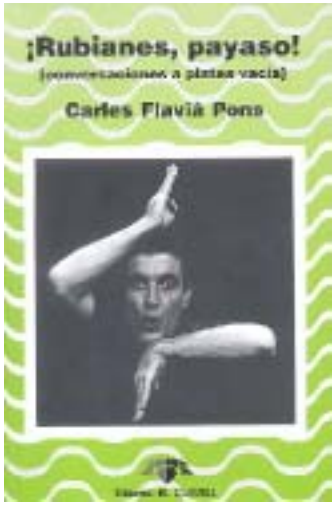
¡Rubianes, payaso!

(Conversaciones a platea vacía)

Carles Flavià Pons



[7]

Prólogo

Ya está, se acabó. Después de las largas conversaciones mantenidas con Carles Flavià en Sitges, Barcelona y a lo largo de nuestros casi veinte años de amistad, ha salido este libro que resume aspectos de mi vida artística y personal, en un recorrido de quince años de actor en solitario (ése era el proyecto encargado por Ginés Morillas, el editor), pero que nos ha desbordado hasta casi los orígenes en mi Villagarcía de Arousa natal.

Al leerlo tengo la sensación de que es otra persona la que habla. Es como si fuera un conocido, o un amigo que me cuenta historias que ya sé o he vivido. Un tipo que me copia e intenta engañarme haciéndome creer que soy yo. Y yo dudo si es cierto o falso lo que me dice, pero me da absolutamente igual.

Hay momentos que me arrastran a las vivencias de entonces, haciéndome sentir el escalofrío del instante vivido. Me veo de paseo por mi pasado, con las manos en los bolsillos, sin ningún tipo de prisa; a la par que un sinfín de experiencias casi olvidadas, me van saludando con su mano de tiempo viejo y sonrisa de luz y alegría.

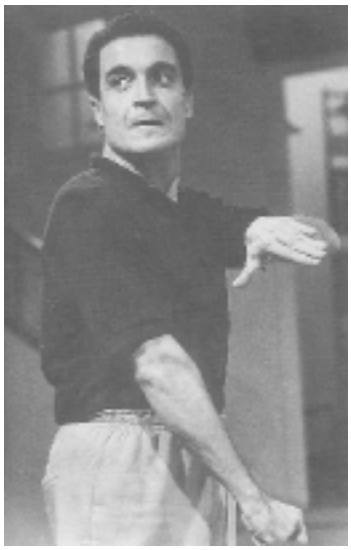
No puedo evitar emocionarme al leer los nombres queridos: Lucila, Carles, Bozzo, Molina, Parramón, Bertí, Dagoll, Rafael Álvarez «El Brujo», señor Pascual, Miquel Periel, Loles León, Genís Hernández, Carol, Concha, Cuba, Cristina, Anna Rosa, María, Toni Coll... al verme de su mano a lo largo de mi andadura, agarrándome a su brazo en los momentos difíciles del camino, con intención de sortear los obstáculos con los que me he ido encontrando y que, gracias a ellos, he logrado superar.

Quisiera que estas líneas fueran un homenaje a Lola Alegret, José Rubianes, Carmen Rubianes y Aitana, mi familia, a la cual debo todo, absolutamente todo.

Gracias.

Pepe Rubianes [8] [9]

Introducción



La primera imagen que recuerdo de don José Rubianes Alegret, conocido artísticamente como Pepe Rubianes, es en el teatro del Círculo Católico de l'Hospitalet de Llobregat, descargando unos hierros y material de escenario de la excesivamente mitificada *Antaviana*. Le acompañaban en estos menesteres otros ilustres «pipas», como se conoce en el argot teatral a los montadores: Joan Lluís Bozzo, que con el tiempo se convertiría en su gran amigo; Anna Rosa Cisquella, alma mater de Dagoll Dagom; Mar Targarona, hoy en día flamante directora de cine y la actriz Assumpta Serna, una de las más internacionales del cine español. Mientras realiza estas labores, veo perfectamente la cara de sufrimiento y malestar de nuestro héroe.

En *Antaviana* destacaba poderosamente en el número de la planta que crecía vertiginosamente, un Pepe que con el fondo de la cortina y solo en el escenario, presagio de su futura carrera, lograba que el público se partiese de risa.

Personalmente lo recuerdo en el Zeleste, a las cuatro treinta de la madrugada, junto a su fiel Pep Molina, el alcoyano más famoso después de Ovidi Montllor y Camilo Sesto, y que hacía gala de la famosa moral atribuida a los de su pueblo cuando, con una pequeña ayudita etílica, entonaba solo o a dúo con Pepe canciones sin parar, para desespero de todos los camareros que llevaban ya un par de horitas diciendo aquello de «señores, que tenemos que cerrar...».

Por aquella época acudía a dicho local con mi novio, el difunto Jaume Sisa, y nos habíamos preguntado en repetidas ocasiones sobre el coeficiente intelectual de Rubianes, pero es que don José Rubianes Alegret, natural de Villagarcía de Arosa, provincia de Pontevedra, es y ejerce de gallego desde que salió del [10] seno de su madre, doña Lolita Alegret.

La duda sobre las capacidades de nuestro celebrado actor se producían porque Pepe siempre ha sido un gran conversador y, aparentemente, un gran encajador y escuchador. Pepe puede pasarse horas en una barra haciendo ver que escucha a alguien con una profesionalidad, un interés, una mirada fija y unos asentimientos de cabeza capaces de consolar a cualquier palizas que se hace el deprimido.

Pepe tiene la virtud de no escuchar casi nunca al interlocutor, aparentando una atención fuera de lo común. Esta extraordinaria virtud, la ejerce casi, casi a la perfección. Por ello, si alguna vez el palizas de turno se fija en algo más que en el plomizo discurso que le suelta a Pepe, puede captar, en el aparente interés de su rostro, un cierto aletargamiento que refleja, sin lugar a dudas, que Pepe está a cientos de kilómetros de quien le habla.

Si lo pillan, distraído, en un renuncio, Pepe, actor-torero, lo resuelve con un «claro, claro», o con un «perdón, pero no te he oído, cada día estoy más sordo...».

Esta sensación de escucha congelada, de respuestas atropelladas, de frases tópicas aunque vendidas con excelente profesionalidad, nos hacían dudar de las luces de Pepe: «Este tío parece tonto...».

Más adelante, Jordi Farrás, «La Voss del Trópico», intimó con Rubianes y nos informaba a mí y a mi novio de las cualidades del personaje: «Pepe es un tío cojonudo».

Con el tiempo, esta universidad constante, fui descubriendo un perfil de Pepe que lo convertía en divino: Pepe es inalcanzable, inasequible. Si los gatos tienen siete vidas, menos mi querido Gato Pérez que tuvo que conformarse sólo con una, Pepe tiene setenta y siete capas. ¿Cuándo se llega al fondo de Pepe Rubianes? Ni el comandante Cousteau, con todo su equipo, puede bucear hasta el yo de este hombre que emerge de su torturado mundo interior hasta hacernos morir, aunque sea de risa.

Años más tarde, oí las palabras que inician esta larga conversación.

-Venga, arranca. [11]

Con estos dos escuetos imperativos y con cierto aire de quien está acostumbrado, quizás hastiado de tanta entrevista, Pepe Rubianes me invita con autoridad, tal vez para acoquinarme de entrada y con aires de «estemos por la labor», a iniciar nuestras maratonianas conversaciones.

Este libro arranca de un proyecto del señor Rubianes de plasmar vivencias, poemas y otros temas, a los quince años de carrera en solitario.

La cosa no ha sido fácil. Verán ustedes. La idea de un libro se comentó primero con Damià Barbany, por aquel entonces ¿1994?, director de *SCUMM...!*, último montaje de Pepe Rubianes. Satisfecho del montaje, Pepe le habló del libro y empezaron las conversaciones a base de magnetófono.

Pero, ¡ay!, fatalidades del destino. Aquella maravillosa unión laboral y de amistad se rompió, y de qué manera, en vísperas del estreno de *SCUMM...!* en Barcelona,

Hubo cruce de insultos, descalificaciones por prensa y radio, exigencias de Barbany de borrar su nombre como director de la obra y del póster que lo anunciaba. Casi, casi exigía tachar uno por uno los miles de pasquines impresos con su nombre...

Después del clásico «no me hables más en tu puta vida», contestado con el pertinente «que te den por el culo», acabó la primera parte de este culebrón.

Ni decir que la ruptura, en el más puro estilo valleinclanesco, alcanzó, para mi suerte o desgracia, el libro de marras. «Devuélveme el rosario de mi madre, digo, los cassettes que me grabaste», reclamó Rubianes en medio de la tormentosa situación.

La habilidad gallega de Rubianes, junto a su nobleza de corazón (no se nos vaya a enfadar la estrella) unidas a la dificultad de estar cabreado con un amigo, hizo de nuevo tenderle la mano al pequeño gran hombre Barbany y hoy, gracias a Dios, vuelven a mantener una relación idílica. Sí, sí, pero el libro aparcado.

Después de esta primera y desafortunada intentona, Pepe dirigió sus pasos hacia un periodista de oficio: Ramón Barnils. «Éste irá al grano y no existirá la explosiva mezcla amistad-trabajo», pensó.

Ramon Barnils, para el que tenga la desgracia de no conocerle, [12] es un acérrimo catalán y, evidentemente, un aguerrido defensor de todos nuestros usurpados y pisoteados derechos. Barnils, profesor de periodismo de la Universidad Autónoma de Bellaterra, profesor de la prestigiosa escuela Eina, colaborador de Catalunya Ràdio, que respira aires de «pencaire» (trabajador infatigable) hasta en la barretina, parecía el hombre apropiado. Rubianes, con una moral a prueba de bomba, largó, una vez más, su vida que le debe resultar tediosa y digna de suicidio de tanto contarla.

De Barnils como presunto autor del libro, nunca más se supo. Una vez me lo encontré, transcurrido ya medio año de sus conversaciones con Pepe sin haber dado señales de vida, y, lejos de excusarse y apartarse del proyecto, con total voluntad pujolista («apa, som-hi», ¡adelante!), me comentó que se sentía moralmente obligado a terminar el libro y que cuando se proponía algo, lo acababa y bla, bla bla...

«Este libro tiene gafe», debió pensar Pepe, así que el tema siguió aparcado un par de años más.

Este verano, el señor Rubianes me citó un día en su casa para, con la excusa de enseñarme el piso nuevo, preguntarme si quería, a la tercera va la vencida, que me contara su vida y escribir el libro de una puñetera vez. Las intenciones de Pepe Rubianes siempre están teñidas de niebla gallega. Para mí el tema estaba claro. Por un lado, a Pepe le gusta ir de cazatalentos, aunque no siempre acierta, y por otro quería zanjar unas pequeñas diferencias conmigo, que para contarlas necesitaríamos la enciclopedia Espasa-Calpe.

La ambigüedad de la propuesta, al no ser yo un escritor profesional, sembró en mí cierta desconfianza. Verán ustedes: Rubianes me había pedido, años ha, colaborar como guionista en un espectáculo que pretendía ser una obra sobre dos locutores de radio. La chica era (¿ven como Pepe es un cazatalentos?) Mercé Pons. El director era Frederic Roda. Yo no tenía ninguna experiencia y no sabía ni lo que tenía que hacer. «Los diálogos los haremos sobre la marcha Mercé y yo», me decía Pepe. «Entonces, ¿qué coño hago yo?», pensaba para mis adentros. «Tú haz las preguntas», me contestó como si fuese una difícil labor.

A las dos sesiones ya no se me convocó más. Fui despedido a la gallega, modalidad distinta a la francesa, que consiste en [13] hacerse el loco a base de «ya te diré algo».

El espectáculo no se hizo nunca, por cierto, y la primitiva idea derivó en *Por el amor de Dios* con Pep Molina de director y Cristina Dilla de actriz. De los del principio no quedó ni uno.

Con estos precedentes me dispuse a trabajar con cierta rapidez, para que Pepe no tuviese tiempo de cambiar de opinión, cosa harto difícil. Así que me presenté un día en el Bar Raval, segunda, o tal vez primera, casa de Pepe con un prólogo. Lo leyó y dio su aprobación. Ésta estimuló mi confianza por espacio de diez segundos, que fue el tiempo en que Damià Barbany, que estaba sentado a su lado, tardó en preguntar qué era aquello.

Iba yo a contestar, cuando sentí un fuerte pisotón, a la vez que Pepe decía que era un escrito para un folleto publicitario de uno de sus espectáculos. «Vamos bien, -pensé-. Seguimos como siempre».

Hace días que no nos vemos con Pepe, pues está rodando la película *El crimen del cine Oriente*, con el director Pedro Costa. Yo, Carles Flavià Pons, a 20 de agosto de 1996, juro solemnemente que, de momento, no he sido relevado de mi encargo, aunque me asalta la duda de si se publicará sólo mi libro, o también las conversaciones con anteriores oyentes, o todo junto en un mismo tomo, o tal vez Pepe está contando su vida a un nuevo autor. Igual lo que le gusta a Pepe es ir hablando de su vida, más que publicar el libro.

Yo, en el ínterin, me siento como el náufrago que envía un mensaje en una botella. ¿Llegarán, algún día, a ser publicadas estas líneas? [14] [15]

De Fernando Fernán Gómez a Dagoll Dagom

Un nuevo «¡Empezamos o qué!», me hizo regresar al entrevistado.

-Señor Rubianes, usted, ¿cuándo se hace actor?

-Yo creo que actor se es siempre. Recuerdo que de niño ya tenía cierta facultad para la interpretación. Era numerero. De joven, también. En la Facultad, con mis compañeros, hoy casi todos ilustres catedráticos, era el clásico contador de historias. Entonces ya tenía cierta fama de narrador. También estuve en el teatro universitario, pero profesionalmente empecé en el 77 con la compañía Dagoll Dagom.

-Profesional de compañía de teatro independiente, que era una profesionalidad curiosa, porque además de actor, ustedes cargaban y descargaban la furgoneta...

-Entonces no era como ahora, aquello era una esclavitud. Más que profesionalidad era esclavitud (Risas...). Viajábamos los de la compañía en una furgoneta, recuerdo que era una Mercedes y llegábamos más o menos hechos polvo, pues en la furgoneta, además de la compañía, iba el decorado y el vestuario. A tope en la parte de atrás. Entonces representábamos *No hablaré en clase*. Llegabas al sitio. Descargabas la furgoneta con todo el material y empezabas a montar, prácticamente hasta la hora de la función. Acabada la función, nada de copa ni de alterne, desmontar el decorado, cargar otra vez la furgoneta, dejarla lista e ir a dormir en el mismo pueblo o salir para el pueblo de la próxima actuación.

-Entre nueve personas debía haber el listo que se escaqueaba, el currante solidario...

-Yo era de los que se escaqueaban a la mínima, pero me trincaron como a un pollo. Había sí, el currante nato, como [16] Miquel Periel, que le encantaba el curro. También se daban situaciones curiosas con algunas actrices que se llevaban el novio.

-¿Ah, sí?

-Y el novio también curraba (Risas...).

-Por ejemplo, la hoy famosísima Assumpta Serna, ¿no?

-Hombre, ésta era ya una consumada especialista, con tal de no tocar una «fusta» (madera).

-¿Tenía novio?

-Sí. Se llevaba el novio o al «pringao» de turno, al pobre lo tenía allí esclavizado... Alguna vez hasta llegó a hacerse novia de alguno de la compañía para no pegar ni golpe.

-Y, ¿le duraban mucho los novios a esta chica?

-Depende. Tuvo noviazgos largos y otros que le duraron un par de furgonetas.

-Los traía fuertes...

-Sí, sí... Los tenía currando como uno más de la compañía, incluso hubo uno que opinaba en las asambleas de la compañía. Lo tenía por allí sentado y, entonces, él levantaba la mano: «Puc intervenir? (¿Puedo intervenir?)». Nos quedamos todos parados. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo y le tuvimos que llamar al orden.

-Si el chico ayudaba a descargar, debía considerar que reunía ciertos méritos para opinar sobre el arte de la compañía.

-Sí, pero era uno de estos novios que no callan. Creo que era Mario Gas quien decía: «Lo peor que hay en el teatro son los novios de las actrices o las novias de los actores». Eso es...

-Una lacra.

-Una clase social sin determinar (Risas...). Eso son. Un espécimen, un numen sin clasificar... ¡Un palo!

-Siempre preguntan a qué hora terminan de trabajar sus novios.

-Si, sí. Dan el coñazo. Aparece aquel tío que no tiene nada que ver por el camerino y empieza una relación, un trato con la compañía. Tú piensas: «Vaya pedazo de gilipollas que es el Josep éste», porque el ambiente de cotilleo que se da en la compañía es muy fuerte. «¿Sabes con quién está saliendo fulano?». Y entonces estábamos todos expectantes pendientes de cómo era la novia. «¿Qué te ha parecido la pájara?». Y empieza el cachondeo... Uno de los novios gloriosos de Assumpta fue Carles Tristancho, [17] con el que después se casó y, claro está, más tarde se separó.

-Pero éste era ya un actor.

-Sí, éste tenía otra aceptación porque era actor. Estuvo de técnico y luego prosiguió su carrera de actor.

-Yo lo recuerdo en el Teatre Grec de Barcelona, colgado en la parrilla de las luces dirigiendo los focos.

-Era un atleta, todo músculo y pura fibra...

-O sea, que por lo que me está contando esto era como la película *El viaje a ninguna parte*, pero un poco más moderno, ¿no?

-Sí, como la película de Fernando Fernán Gómez acerca de las giras de una compañía teatral, pero con mucha fe todos.

-En la película viajan en autobús de línea y ustedes en furgoneta. La cosa ha ido mejorando.

-Sí, sí, una furgoneta, pero no vea usted qué furgoneta, aquello era tremendo...

-Por lo menos usted se libraba de conducir, porque me han dicho que usted no tiene carnet de conducir...

-Yo hacía de acompañante del conductor… No conduzco, porque el coche no me gusta nada.

-Pues lo debe pasar mal con tanto viaje.

-Me paso media vida en el coche, y no me gusta nada. Si alguna vez viajamos usted y yo en coche se dará cuenta que...

-De que se agarra como un loro al palo de la jaula (Risas...).

-¡Parezco un náufrago agarrado a un flotador! Debe ser por un defecto óptico, que me impide medir bien las distancias.

-Pues usted quedaría muy bien con un deportivo italiano tipo Alfa Romeo...

-No, hombre. Eso ya lo hacen los de Tricicle...

-Sus amigos...

-Sí, ellos son especialistas...

-En deportivos, pero ya tipo Mercedes.

-Lo que pasa con Tricicle y la gente que va así de coches buenos, fincas y mansiones es que tienen un problema diferente al mío. Verá usted: yo nací rico.

-¿Rico?

-Sí. Yo nací rico. Entonces, claro, nunca he tenido esos sueños de comprarme un buen coche, una buena casa o tal, pues al nacer de buena cuna, ya lo he tenido. A mí lo que más me [18] motiva es comer en un Frankfurt en un barrio humilde... Me da más morbo que tener un cochazo. Eso lo sueñan los que van al revés de mí, de pobres a ricos y yo voy contracorriente de rico a pobre...

-Pero vamos, con un deportivo, así más sencillito, a la italiana, a lo Mastronianni no quedaría mal.

-¡Eso lo hacen los actores horteras, hombre! Esto es una chorrada... Un actor es más que todo eso. Lo que no puede hacer un actor, creo, es pensar igual que una persona que trabaja en una oficina o en una empresa y su sueño es tener un coche, una casa y eso... Yo creo que esta profesión representa un poco más de riesgo y aventura. A mí, llegar a un teatro con un deportivo, en plan americano, como los actores de Hollywood, me importa un bledo. También sé de actores de Hollywood que van a pie a recoger el Oscar y la mar de contentos.

-No me dirá usted que trabaja para comprarse la Enciclopedia Espasa-Calpe.

-Tampoco es eso. Lo que quiero decirle es que a mí este tipo de lujos me dejan indiferente, no me seduce la idea de ir al Teatro Victoria o al Condal a trabajar, en un coche de lujo.

-¿Y con chófer?

-Ya puestos, así o nada. Una *limousine* de cojones, pero no de alquiler, ¡de propiedad! Yo no voy a hacer el hortera y alquilar una *limousine*...

-Es usted un hombre elegante.

-O vas como Xavier Cugat, en un Rolls o para de contar...

-¡Qué torero es, señor Rubianes!

-La verdad, todos los que me conocen saben que no he sido nunca rico, es una broma que le he hecho, pero jamás he pensado en todo eso. Nunca me ha interesado. ¿Usted ha visto alguna vez a Fernando Fernán Gómez, con todo lo bueno que es, en un deportivo?

-Más bien me lo imagino en una diligencia.

-Seguro que gasta en libros lo que gana.

-Me han dicho que usted funde sus ganancias en libretas.

-Y en bolígrafos. Es una especie de manía que tengo con las libretas. Yo soy un coleccionista de libretas, porque compro muchas, pero no las lleno.

-Tienen que ser cuadriculadas, ¿no? [19]

-Sí, me gusta llevar la cuadrícula bien delimitada.

-Me han dicho que en las libretas diseña usted su propio calendario.

-Sí, y las agendas también me las hago yo, con las libretitas.

-¿No le interesan las agendas convencionales?

-No. A veces me he comprado alguna o me han regalado de alguna empresa o del banco por Navidad... Pues nada, paso de ellas, siempre voy con libretas pequeñas y me hago el diario y toda la historia.

-Y tacha con una crucecita los días que han pasado.

-Si, señor. Día transcurrido, día tachado.

-Lo tacha con colorines...

-Sí, y me sirve de diario, lo consulto para ver lo que tenía que hacer y le doy un repaso.

-Ver lo que tenía que hacer y no ha hecho.

-Exactamente...

-Volviendo a don Fernando Fernán Gómez, creo que tuvo la fortuna de trabajar con usted.

-No bromee, señor Flavià, la suerte la tuve yo, porque le admiro muchísimo.

-En el desaparecido Teatro Calderón.

-¡Coño! Si que está usted informado.

-De usted se cuenta mucha leyenda, se confunde la verdad con la mentira, pero me han asegurado que trabajó con él, incluso...

-Tuvimos nuestros más y nuestros menos (Risas...). Bueno, él tuvo más que menos conmigo.

-¿Qué pasó exactamente?

-Bueno, yo estaba en el Teatro Universitario. Entonces hicieron en Barcelona *Un enemigo del pueblo*. Le hablo del año sesenta y pico.

-Por aquel entonces debía ser usted muy jovencito...

-Pues sí, un poquito más que ahora.

-¿Le dejaban en su casa trabajar en el teatro de noche, siendo usted un chavalín?

-Atienda señor Flavià, ¡no le digo que estaba en la Universidad! No se me distraiga, ya tenía veintipico años.

-Y pelo en los cojones (Risas...). [20]

-Pues sí, ya me peinaba los huevos (Risas...). Como Belmonte, el torero, ya me peinaba mis atributos... Pues bien, como le decía, estrenaron esta obra en el Teatro Calderón con Fernando Fernán Gómez. Yo estaba de figuración y tenía, nada más ni nada menos, que una frase. Le tenía que llamar: «canalla». La frase la decía después de un monólogo de Fernando, mientras él cruzaba el escenario. Yo estaba al lado de la tristemente desaparecida María Luisa Ponte. Me entusiasmaba tanto viéndole actuar que un día me quedé embelesado, porque si normalmente estaba bien, aquel día estaba especialmente bien y María Luisa Ponte, que se percató, me dio un codazo con un: «Venga, dale la frase, ¿qué haces?» y yo que me doy cuenta le digo a ella, bajito: «¡Coño! se me ha olvidado». Fernando cruzaba la escena y entré tarde y con el aturdimiento y los nervios del momento, servidor, que representaba al pueblo oprimido, además de canalla, le llamé cabrón y desgraciado.

-¿Tres insultos le soltó?

-Sí. Él se quedó como perplejo. El susto que se llevó. Tragó saliva treinta veces. Puso unos ojos de sorpresa que no le cabían en las cuencas. En el teatro todo va muy medido y si te falla una cosa así, se te va el santo al cielo. Acabó la función y por la megafonía del teatro me llamaron a dirección. «¡Se ruega al figurante que dice la frase: 'Canalla...', pues ni siquiera sabían mi nombre»!...

-Al figurante que va de figura...

«...que suba de inmediato a dirección». Y todos mis compañeros me decían: «Vaya paquete que te va a caer. La que has liado, tío». Yo no subía ni pa hostias.

De repente otra vez por megafonía la voz cabreada: «Este figurante o sube o lo bajo a buscar» (Risas...).

-Era la voz de Fernando Fernán Gómez.

-No, era el productor. Subí y estaba Fernando con el productor y con ese vozarrón que tiene, mirándome fijo, me dijo: «Bueno, chico, ¿qué ha pasado?». Y yo, totalmente acojonado, «Pues mire, don Fernando, que estaba mirándole a usted embelesado y no sé qué me ha ocurrido que me he quedado en blanco...». Me contestó: «Joven, no me salga con adulaciones de compromiso. Esto no puede ser, compréndalo. Encima que los escogemos para que practiquen, si me lo hacen mal... Esto no se [21] puede consentir en el teatro profesional. Tome usted buena nota, esto no puede ser; la próxima, a la calle».

Me sentí aliviado. Volví al camerino y todos los compañeros inquietos preguntándome: «¿Qué te ha dicho?». Les solté una bola: «No, me ha felicitado por lo bien que improvisaba».

-Desde luego, vaya pegotes se tiraba ya de jovencito...

-Huy, y no acaba aquí la historia. Por aquella época tenía yo una novia, la típica novia de los veinte años y le contaba unas bolas impresionantes explicándole que Fernando Fernán Gómez y yo éramos más o menos culo y mierda, íntimos amigos.

-Ya.

-Yo lo tenía mitificado, me pasaba el día hablándole de él. Total, que la tía debía estar hasta el coño de Fernán Gómez. Me pasaba el día con que si Fernando y yo, que si hoy hemos ido a comer una paella a la Barceloneta, que si Fernando está deprimido porque está cansado de la función... Además me parece que entonces tenía problemas con su pareja, Emma Cohen, y le decía a mi novia que yo era un poco el confesor de Fernando y que me lo contaba todo.

-Todo eso era para impresionar a su novia y así llevarla al huerto...

-No era para seducir a mi novia. Dispense, pero mi novia ya estaba seducida, menudo es uno (Risas...). Y un día, en Gracia, fuimos a cenar al restaurante Envalira de la plaza del Sol. Entramos y ¡coño!, en una de las mesas estaba cenando Fernando con Emma Cohen.

-Sí que tenía pasta para ir tirando de restaurante...

-Bueno, tampoco era tan caro.

-Ganaba usted sus «duritos».

-Hombre, yo ganaba dinero en la compañía, no me acuerdo exactamente, creo que unas doscientas pesetas, que en aquella época era un dinero...

-Más lo que le chuleaba a su novia...

-¡Qué va! (Risas...). Si ella no tenía ni un duro, qué coño le iba a sacar. Entonces las tías salían sin dinero, no sé si usted se acuerda, pero llevaban el bolso vacío...

-Ahora, esto tampoco ha cambiado mucho...

-No sé...

-¿No va usted con chicas a cenar? [22]

-Normalmente, cuando salgo las invito...

-¡Qué caballero es usted!

-Ya que las invito, pago. De vez en cuando para tener un gesto, pero muy de vez en cuando, alguna saca el monedero, pero por lo normal, se dan por invitadas.

-Ahora hay unas más sencillitas, que vienen con el bocadillo: «No quiero que me pagues nada».

-Y tú comes dentro y ella en la acera (Risas...). No quieren dar molestias: «Te espero en la acera, te espero aquí en la calle, comiendo el bocata»...

-No le quiero distraer. ¿Que pasó en el Envalira?

-Bueno, pues, mi novia empezó a machacarme con que le presentara a Fernando. Y yo, escudándome en que ahora no estaba para presentaciones, estaba más cortado que la hostia. Me decía: «Va, preséntamelo». Tanto insistió que fui para su mesa y claro, tuve que echarle «morro» y le dije: «Fernando, majete», como si nos conociéramos de toda la vida (Risas...). Me miró, diciendo: «Oiga, pero qué pasa, ¿de qué va esto?» Y yo siguiendo con mi rollo: «¿Qué hay, majete? Cenando por aquí, ¿no?» Y él: «Oiga, por favor, deje que cenemos en paz»

-Pero, ¿te reconoció?

-Algo, mi cara le sonaba de algo ya que hacía una semana habíamos tenido el problema del «canalla». «Bueno, oiga, haga el favor o llamo al camarero». Montó un escándalo de padre y señor mío y se descubrió todo el cuento de mi amistad con Fernando.

-¿Se presentó a trabajar al día siguiente en el teatro?

-Sí. Noté que en escena me reconocía y al acabar me volvieron a llamar al despacho de dirección. Recuerdo que don Fernando estaba sentado en su mesa y me dijo: «¿Usted de qué va? ¿Qué pretende?» Y yo: «Mire don Fernando, es tanta la admiración que le profeso, que...» «¡Está despedido!», me grito. «¡Es que usted es un mito para mí y tenía montada esta película con mi novia!» Así le conté toda la verdad. Noté en él como un amago de risa: «A ver qué hago con usted». Le dije: «Don Fernando, perdóneme, pero no me eche, por favor, si quiere me pongo de rodillas. Si me quedo sin verle cada día en el escenario, me moriré».

-Estaba rozando el absoluto ridículo. [23]

-«Segundo aviso. Al tercero, a la calle. Vaya para abajo y déjeme en paz ¡coño!».

-¿Ha vuelto a hablar con él alguna vez?

-Sí, cuando fui a Madrid con el Dagoll representando *Antaviana,* vino a vernos al teatro, y le refresqué la memoria.

-¿Cómo reaccionó?

-Se descojonaba de la risa.

-¿Trabajó usted en alguna otra obra como figurante?

-No. Lo que sí hacíamos en el Teatro Universitario era invitar a actores de nombre que actuaban en Barcelona para darnos una charla. Yo hacía un poco de relaciones públicas del Teatro Universitario... Vino Agustín González, todavía hoy uno de los grandes maestros del teatro, José María Rodero, Ana Mariscal, de la que tengo un recuerdo increíble, Nuria Espert, Juan Diego, que entonces joven actor ya era una figura de cojones... Manuel Aleixandre, bueno, todos los famosos de la época, todos pasaron por el Teatro Universitario y todos se enrollaron de puta madre... ¡Ah!, las hermanas Gutiérrez Caba, Julia e Irene, su hermano Emilio, que en aquella época era un galán buenísimo...

-Ahora se ha hecho aún más famoso en Catalunya como protagonista de *Rosa,* un culebrón de la televisión catalana...

-Sí, señor. Habla muy correctamente el catalán. Ellos nos invitaban al teatro, pero ya no era para trabajar de figurantes.

-¿Iban de claca?

-No, señor. De invitados.

-De invitados para ir aprendiendo... Muy bien. ¿Y cuándo decide trabajar solo? Abandona Dagoll-Dagom porque tiene ganas de trabajar solo o, simplemente, porque está harto del grupo.

-Estuve cuatro o cinco años con ellos y tenía ganas de vivir otras experiencias. Todos mis compañeros de Dagoll habían trabajado en otras compañías. Yo era el único que había nacido con la compañía.

-En el noviciado aquel.

-La verdad sea dicha, en Dagoll estaba de puta madre. Era una compañía de éxito, éramos co-propietarios y estábamos Miquel Periel, Bozzo, Anna Rosa Cisquella, que aún siguen, y Mar Targarona, Bertí Tobías, Claudi Sierra y Montse Guallar, [24] que había substituido a Assumpta Serna. Los fundadores, Joan Ollé y Josep Parramón, ya no estaban. Después de *Antaviana* la compañía empezó a girar filosóficamente un poco, empezó a imperar una forma de hacer teatro más conservadora, más dirigida al gran público.

-Sí, porque el montaje anterior *No hablaré en clase,* era de denuncia, más rupturista.

-Sí, coño, era realmente muy fuerte. Yo creo que es uno de los montajes más espléndidos de Dagoll-Dagom. *Antaviana,* de Pere Calders, ya fue un primer toque de suavidad temática, un mundo demasiado maravilloso. Me parece que a usted no le gustó mucho *Antaviana.*

-La música de Sisa me encantó. Ahora, la obra la encontré un poco blanda...

-El mundo de Calders era un mundo fuerte. Tenga en cuenta la época. Acababa de morir Franco y era un intento de salir del teatro de compromiso...

-Me acuerdo de verles a usted y a sus compañeros dando unos saltitos...

-Sí, allí bailábamos y cantábamos... Se hacía de todo. Como le decía, tenía ganas de vivir otras experiencias. Me había llamado Boadella para trabajar en un montaje con Els Joglars, gracias a mi amigo Jaume Sorribas, uno de los mejores Joglars históricos.

-¿No me hablará usted del famoso «Senyor encarregat» (señor encargado) del programa *Filiprim* de TV3?

-El mismo.

-El rey de la bata (Risas...).

-En aquella época, Boadella iba a montar *Operación Ubú* sobre textos de Alfred Jarry, contratado por el Teatre Lliure y me llamó para trabajar en la obra.

-Lo recuerdo perfectamente. Fue un escándalo. Un ataque despiadado contra Jordi Pujol.

-Sí, y ahora han hecho una reposición...

-Y fíjese usted que ahora no se ha escandalizado nadie.

-No.

-Ni el propio President

-¿Usted la vio entonces?

-Sí, tuve la suerte de verla. [25]

-No le recuerdo en el teatro (Risas...).

-Sí, estaba el malogrado actor Joaquim Cardona, espléndido.

-Sí, hacía de Excels, imitando a Jordi Pujol de maravilla.

-Curiosamente provocó mucha más polémica la primera versión que la recientemente estrenada, que parece, al menos en Barcelona, que no haya escandalizado a nadie, incluso no ha sido un gran éxito de taquilla...

-La primera versión fue algo totalmente revolucionario.

-Quizás ahora los políticos tienen más oficio, se han hecho más fajadores y encajan los golpes con total desfachatez. Le diré una cosa...

-Diga, diga.

-Yo, por Jordi Pujol había sentido toda mi vida un gran desprecio por él y por lo que representa.

-¡Qué dice!

-Pero le diré que, con el tiempo, he descubierto que es un gran político. Esté o no esté de acuerdo con su ideología. Entonces yo era mucho más radical con esta historia. Pujol me parecía y me sigue pareciendo la Catalunya reaccionaria y carca. De hecho, es un poco la bandera de esta historia. La Catalunya de la pequeña empresa, el catalán mediocre. No es el catalán Dalí, ni el catalán Josep Pla, ni el catalán Xavier Cugat. Representa más bien al «catalanet petitó», al catalán pequeñito, como se dice en Catalunya. Un poco su imagen es ésta. Pero, ha sido, es, un gran personaje... Es como Fraga Iribarne, ni loco estoy con su política, pero también me merece una admiración, porque son unos tíos con una entereza política envidiable. Defienden lo suyo con una categoría bestial y esto me merece un respeto... Aparte, he leído cosas de Jordi Pujol y, coño, me va ganando en simpatía, no voy a ser nunca de Convergència, este partido no me interesa para nada...

-Torres más altas han caído...

-Pero Pujol me merece una consideración, un respeto como persona. Toda su historia, sus movidas cristianoides, la lucha que llevó por Catalunya, sus enfrentamientos con el poder de entonces, que no era moco de pavo. Ahora nos hemos olvidado y lo ves como una anécdota del pasado, pero aquello era terrible. De hecho, estaban treinta o cuarenta millones de personas [26] acojonadas con el «generalito» de los cojones. No le quepa a usted la menor duda, aquel hombre, Pujol, tuvo la valentía de, a su manera, enfrentarse al momento histórico.

-Estuvo en la cárcel, cosa de la que no puede presumir su amigo Felipe González...

-Sí, fue interrogado por los famosos hermanos Creix, curiosamente catalanes, y le dieron «p'al» pelo. No le dieron tanto, supongo, como a los comunistas, a éstos los zurcieron (Media risa...). Pujol tiene arrestos, considero que es un tipo valiente y a mí, los hombres valientes me gustan.

-No, si al final, se va a ir usted de excursión con el señor Pujol y encima llevándole la mochila...

-Pujol representa la derecha culta y civilizada, sobre todo si la comparamos con la española. Al igual que Roca Junyent, son tipos que vale la pena escuchar. Hoy en día, Pujol es el que manda en este país, no sólo en Catalunya, sino en toda España y son hombres que van a pasar a la historia democrática con todos los honores. Son gente que se ha jugado el físico... Ahora bien, son personajes a batallar con ellos limpiamente, ya me entiende. Que quede claro, a pesar de lo que he dicho: ¡yo no estoy con ellos, ni soy uno de sus cómicos!

-Quizás el señor Boadella, volviendo a lo de antes, ha perdido acidez y sólo molesta a algún obispo integrista. Parece como si fuera un funcionario instalado, de oficio fustigador, pero que haya perdido mordiente. Es una denuncia «conservadora», un poco vista y tal vez el público considera demasiado fácil meterse con Pujol y es algo que ya no sorprende.

-Yo soy bastante fiel a una máxima que le oí a Boadella, hace ya muchos años: «Un cómico no se puede comprometer nunca con una ideología política» y fíjate, ahora se ha metido él en el P.S.C.

-Sus amigos...

-Yo he defendido a los socialistas, no soy socialista, ni nunca he pertenecido al partido, pero los he defendido porque a mí la derecha me da mucho miedo. Qué quieres que te diga... En el Estado Español la derecha ha mandado durante muchísimos años y nos hemos olvidado de eso. Sabemos cómo funcionan, a pesar de la cara y de la sonrisa que ponen. Mira el presidente de ahora. Tiene cara de hiena y sonrisa de conejo. [27] Caras que nunca sabes qué ocultan... La derecha no sabes qué esconde... He procurado mantenerme libre de la afiliación a un partido, pero antes tomaría partido por el P.S.O.E. que por el P.P., o por Convergència... Hombre, defendería a Convergència en caso de una agresión a Catalunya, como fuerza mayoritaria ¿no? Pero bueno, sería un estado casi de guerra, a tiro limpio.

-«Amic Rubianes, m'agrada que parli així». (Amigo Rubianes, me gusta que hable así), le diría su amigo Jordi.

-Yo no estoy con el perdón éste que dicen... No les perdono el pasado a esta gente, qué quiere que le diga «Hay que olvidar, hay que perdonar» ¡Qué coño olvidar y perdonar! ¿Y los que han muerto? ¿Cómo se van a olvidar? ¡No me jodas!

-Pero, ¡cómo me dramatiza, señor Rubianes! Si de los que mataban ya no queda nadie. Están todos descansando en paz. Además, ¿no cree que el señor Aznar ha limpiado el partido de los fósiles de la época de Franco?

-A mí me da miedo, porque ni se les ve ni se les oye. Como el león. Es una de las cosas que aprendí cuando estuve en África: el peligro no es el león que se ve, sino el que se esconde...

-¿Estaba usted de misionero en África?

-Sí, estuve de misionero, haciendo el bien en las tribus primitivas (Risas...). Lo decía el guía que iba conmigo: «El león peligroso es el que está escondido». Y claro, no estamos hablando de los fascistas históricos que tienen todos ochenta años, pero los hay jóvenes... De momento, Aznar, por suerte, parece mantenerlos más o menos a raya.

-Más adelante, si me lo permite señor Rubianes, tendremos ocasión de adentrarnos en sus ideas políticas, que tanto le gusta proclamar, pero viéndole trabajar solo en un escenario se me hace un poco cuesta arriba pensar que Pepe Rubianes se pueda adaptar a un ritmo de compañía y más aún de teatro independiente.

-La verdad es que la vida de compañía, de los plurales, de los hacemos, nunca me ha entrado bien. Esto de «iremos», «andaremos», no va mucho conmigo. Yo siempre le comentaba a los más íntimos de la compañía, como Bozzo o Boadella: «Me gustaría trabajar solo. Hacer lo que sea, pero solo». Nunca he querido ser humorista, no me gusta aquello de salir a explicar chistes... Además se ha dado la tragedia en este país que la mayoría de humoristas son de derechas. Sigo pensando que existe [28] la derecha y existe la izquierda, y se ha acabado. Los que dicen: «No, esta división ya no existe», son de derechas, por supuesto. El humorista en España, por lo general, es descaradamente de derechas.

-Menos Don Miguel Gila.

-Sí, por suerte.

-De todos modos serán de derechas los humoristas televisivos, porque los que dibujan chistes en los periódicos son, normalmente, de izquierdas...

-Sí, desde luego. De todos modos yo nunca he querido ser contador de chistes...

-Sólo chistoso.

-Cuidado, hay artistas que los explican excelentemente bien. De vez en cuando oír a alguno de ellos es una gozada. Eugenio, por ejemplo, siempre me ha gustado...

-Éste...

-Sí, es de derechas me parece, pero me da igual.

-No es ese humor tan facilón.

-Hay gente de ésta que lo hace de puta madre, sea de la ideología que sea...

-El problema no es que sean de derechas. Es que la mayoría son muy malos.

-A mí, no me ha gustado contar chistes ni en las reuniones de amigos.

-Me han informado que usted no sabe explicar chistes, que es, incluso malo...

-¡Sí, hombre, claro que sé explicar chistes! Parece que quiera hundirme. Lo que pasa es que no me divierte contar chistes y menos que me los cuenten.

-Lo que le gusta es contar su variado anecdotario, tal vez ligeramente fantasioso.

-Ni más, ni menos... Como le comentaba, después de trabajar con Boadella y aprovechando que tenía cuatro duros de la liquidación del Dagoll al marcharme de la compañía me fui de vacaciones a Cuba. En La Habana se me presentó la oportunidad, por puro azar de trabajar solo y me subí al tren.

-De hecho, en *Antaviana*, ya hace un número solo, el del inglés que compra una planta que crece y crece sin cesar.

-Sí. [29]

-Y que tenía mucho éxito.

-Sí, y eso que me pusieron para cubrir un hueco, con el telón detrás mío, mientras dentro, sin que se viera, naturalmente, preparaban una cortina que cruzaba el escenario para el próximo número... Hombre, yo era bastante *show-man*. Cuando viajábamos en la furgoneta, montaba mis numeritos y tal y hacía reír a mis compañeros...

-Como no conducía, por lo menos estaba obligado a entretenerles...

-Tenía un problema muy grande en *Antaviana:* el problema de la lengua catalana. Soy castellanoparlante, a pesar de llevar muchos años en Catalunya. Nací en Galicia, no lo olvide, educado en castellano en mi casa y en el colegio de aquella época no se hablaba el catalán.

-¿A qué colegio iba?

-Acabé el bachillerato en el Colegio SIL.

-Muy burgués, por cierto...

-Sí, porque mi padre partía de la teoría de que los colegios...

-Cuanto más caros, mejores.

-Exactamente (Risas…). Cuanto más caro, mejor. Los institutos no los quería ni ver, según él, allí te preparaban para trabajador, para llevar una vida de currante (Risas...).

-Y los colegios, cuanto más palos, mejor.

-También. «Tú tienes que ser director», me decía. «O jefe o nada». A ese colegio iban hijos de la burguesía catalana. No obstante, en el colegio también había división entre pobres y ricos, como en todos lados. Había unos que vivían en la calle Muntaner, otros en la Bonanova, otros en la Avenida del Doctor Andreu. Gente de dinero. No vivían en pisos, vivían en torres. Muchos de ellos eran de familias de negocios, banqueros, empresarios... Por otro lado estábamos nosotros, que éramos de familias humildes. La clase estaba dividida en dos categorías: ricos y pobres y no había mucha mezcla. Sólo en la clase, luego en el patio y los recreos la gente hacía sus grupitos y tal. La división era absoluta. Ésa era la obsesión de mi padre, que fuera un destacado profesional de la medicina o del derecho.

-El catalán ni lo rascaba. [30]

-Nada. Más tarde lo fui aprendiendo, pero no tenía la suficiente soltura para improvisar todo lo que se improvisaba en el Dagoll, que era muchísimo. No podía seguir su ritmo, ellos todos eran catalanes, y eso era un problema para mí, iba de culo. Para paliar este problema, se montó el número de la planta donde yo salía parodiando a un inglés que compraba una planta de rápido crecimiento. Hablé con Pere Calders y me dio autorización para hacer con el número lo que quisiera y me lo monté a mi manera. Fue un número de mucho éxito, una especie de avanzadilla de lo que después sería mi vida como actor solitario.

-Algún día lo podía volver a hacer en esos espectáculos en los que recoge números de toda su carrera. El número era muy vistoso.

-A veces me encuentro a gente que todavía se acuerda de la planta. El otro día, en un bar, un tío: «¡Coño!, me acuerdo cuando hacías lo de la planta». Yo dije: «¡Hostia!, pero si hace veinte años....».

-Usted tenía problemas de lengua y algún que otro problemilla de convivencia... Se cuenta que algo le pasó en Cádiz con un compañero con el que andaba peleado...

-Caramba, parece usted de la prensa del corazón... Supongo que se refiere a lo que pasó en el Hotel Roma, de la hermosa ciudad de Cádiz (que creo ha desaparecido). Me acordaré toda la vida. Un hotel muy bonito, de la parte vieja de la ciudad. Compartía habitación con dos compañeros que eran homosexuales, pero no estaban liados entre ellos, iban de por libre. Yo estaba peleado con uno. El otro era como una especie de madre protectora de la compañía.

-Con el que estaba peleado creo que era de Esparraguera...

-No exactamente de Esparraguera, era de otro pueblo, famoso por la *Pasión*, de Semana Santa, pero permítame que guarde un poco de discreción... La cosa era así: una habitación con tres camas individuales. Yo estaba en un lado, el homosexual amigo, en medio y el enemigo en el otro lado. Antes de dormir, tengo por costumbre leer. Ellos habían acabado de hablar de sus cosas y tal y el homosexual enemigo le dice al amigo: «¿Le puedes decir a ese señor de la punta si sería tan amable de apagar la luz?» Yo, que estaba girado, de espaldas a ellos, naturalmente le [31] oí. Entonces, el de en medio, el amigo, me dice: «Pepe, me ha dicho fulano que si puedes apagar la luz». Y yo, le conteste: «Dile a fulano que no me sale de los cojones».

-Vaya vocabulario, señor Rubianes.

-Entonces el de en medio empezó: «A mí no me metáis en esas boberías y chorradas». El enemigo, que oye lo de los cojones, soltó: «Me parece que este señor de la punta, no tiene». Y entonces yo ya me arranqué: «Pues ahora ya no apago la luz, ni hostias y me voy a cagar en la puta madre de este señor que duerme en la tercera cama para allá». Y vuelve el enemigo: «Sí, algunos dormimos en cama porque lo merecemos, pero otros duermen en cama, pero deberían dormir en camastro». Al oír aquella directa, tan directa, le respondí: «Sí, los animales no tienen que dormir en cama, tienen que dormir en cuadra y el animal que tengo en la otra punta debería dormir en una cuadra». Y él: «Sí, todos los gallegos tendrían que dormir en cuadras, que es a lo que están habituados».

Llegados a este punto, ya me tuve que cuadrar: «Catalán de mierda, vosotros no dormís en colchón para no gastarlo y dormís sobre el somier, aunque dañe la espalda». Y la otra: «Y tú, gallego de los cojones, que hace dos días que habéis conocido la cama, que antes dormíais sobre la paja de la cuadra...» (Risas...).

Y entonces, el de en medio gritó: «¡Basta ya! Se acabó, señores. A dormir todo el mundo, yo soy el responsable de compañía y se acabó. Pepe, apaga la luz. Tú, a dormir. A dormir los tres, venga, que mañana será otro día. Se acabó la juerga.»

Efectivamente, éste fue el punto final de una discusión que vete a saber a dónde hubiese llegado.

-Supongo que yendo en este plan de compañía de recursos limitados, le tocaría dormir alguna vez con otro en cama de matrimonio.

-¡Huy, sí! Una vez con Bertí Tobías, un personaje muy especial. Una persona a la que le tengo un gran cariño. A pesar de los años que han pasado, siempre me acuerdo de él, y nuestra amistad no ha decaído un ápice en todo este tiempo...

-Me hará llorar.

-Era muy maniático y en San Sebastián me tocó compartir habitación y cama con Bertí. Aquello era tremendo. No se podía fumar en la habitación, le molestaba el humo. No se podían [32] dejar los calcetines o los zapatos cerca de la cama, porque le molestaban los olores y me los hacía dejar en el baño... En fin, que te organizaba un poco la vida. Ya la rehostia fue que, en la cama de matrimonio, con la colcha, hizo una especie de frontera y me decía: «Pepe, no pases, ¿eh? No me toques ¿eh?» (Risas...). Y yo: «Bertí, tranquilo, que, vamos, ni siquiera te rozaré. Salvo que tú me lo propongas, yo ni soñarlo. Puedes estar tranquilo por este lado, ahora bien, si yo noto una cierta caricia por la noche, no te digo que no me aguante, pero, estate tranquilo». A pesar de todo puso un par de almohadas y la colcha... parecía el muro de Berlín.

-Cuando iban a comer todos son famosas las cuentas que hacía la señorita Cisquella...

-Anna Rosa Cisquella, vaya lo que usted me ha dicho. Ésta era una mujer a una calculadora pegada. Siempre la llevaba encima. Acabábamos de comer y se encargaba de pagar la cuenta y la dividía según lo que cada uno había tomado. Con la calculadora en ristre, preguntaba: «A ver, ¿tú qué has tomado?» «Pues he tomado sopa, pollo y helado» «¿Has tomado vino y pan?, sí, pues son setecientas veinticinco». Y, cuando alguno decía «Yo no he tomado ni vino ni pan», Anna Rosa contestaba «es igual, se suma en general». Y otro protestaba: «Yo no he tomado vino ni pan, ¿por qué tengo que pagarlo?» La Cisquella sentenciaba: «Pues lo pagas para colaborar con la causa común».

Si no estabas de acuerdo, corrías el riesgo de que te pegara con la calculadora en la cabeza, ¡no veas cómo era la niña! ¡Todo un carácter!

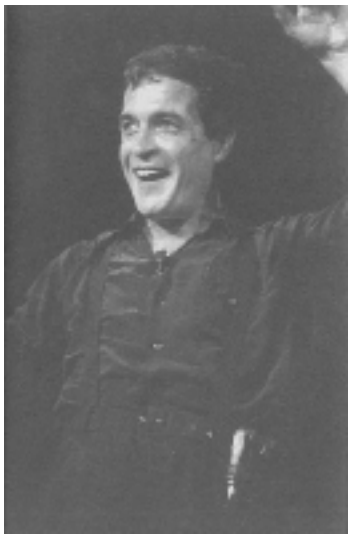
-Su amigo Bertí Tobías protagonizó alguna anécdota en los restaurantes...

-El señor Bertí Tobías protagonizó infinitas anécdotas en los restaurantes... Era gurriñica. Lo más gurriñica que he visto en mi vida. Fíjese cómo era, con todo cariño se lo cuento. Por ejemplo, pedíamos pollo y en mi plato había cinco trozos y en el suyo, cuatro, quería pagar menos porque yo había comido más pollo. O sea, si yo tenía que pagar cuatrocientas cincuenta, él quería pagar cuatrocientas... Así era el señor Bertí Tobías... Y no le cuento nada del camerino...

-¿Qué pasaba en el camerino?

-Usaba mi lápiz de maquillar para no gastar el suyo. Me [33] encontraba sin lápiz y pensaba, ¡coño!, sí que gasto. Ya sé que tengo mucha cara (Risas...), pero el gasto me parecía excesivo. El señor Tobías tenía el suyo intacto, y con los cambios rápidos que había en la obra, ibas de culo, buscando el lápiz que tenía apalancado el amigo... [34] [35]

Rinconete y Cortadillo



A la vuelta de Cuba, etapa que ya comentaremos más detenidamente, usted trabajó con Rafael Álvarez «El Brujo»...

-Sí, señor. Hicimos un montaje. El montaje de la miseria y el hambre se podía titular. Montaje con el que estuvimos de gira por toda España, alimentándonos a base de las duras piedras del camino y pasando más hambre que un maestro de escuela, de la posguerra, exiliado en un remoto pueblo de la meseta castellana.

-Cómo me toca el drama, señor Rubianes... ¿Cuál era el título de la obra?

-*Yo tenía dos pistolas con los ojos blancos y negros,* de Darío Fo.

-Espectáculo divertidísimo que tuve ocasión de presenciar en L'Hospitalet.

-Sí, señor. En Barcelona el espectáculo, producción de la Sala Villarroel, funcionó a tope y después salimos de gira. Acababa de llegar de Cuba y sustituí a un actor. A Rafael lo conocía un poco de antes, y en la compañía nos hicimos uña y carne. La gira fue muy mal de público llegando a los topes de la miseria. En el reparto había un muchacho que era muy mal actor y al pobrecito lo teníamos engañado. Le hacíamos creer, Rafael y yo, que era buenísimo, y así conseguíamos que se nos pusiese a tiro para darle un señor sablazo. Le hacíamos la pelotilla de una forma descarada y él, venga a soltar dinero.

-Vaya un par de rufianes.

-Cuando salía de escena lo trincábamos entre bastidores y le decíamos: «Tío, has estado fenómeno», ¡y sólo tenía una frase! Y él: «¿De verdad, de verdad lo hago bien?». «No es que lo hagas bien. ¡Eres la rehostia! Pocos actores hay en el mundo que [36] diciendo una frase consigan la templanza y el lucimiento tuyos». Al acabar la función estaba contentísimo y le atacábamos suavemente: «Oye, ¿no tendrás dos mil pesetitas por ahí, que me hacen falta?». «Sí, hombre, sí, sólo faltaría», decía «¿te hace falta más?»

Tenía mucho dinero. Este trabajo sucio lo alternábamos «El Brujo» y yo y lo manteníamos colgado en una nube. Y nada, dos mil por aquí, dos mil por allí. Lo hacíamos de forma que no se sintiera explotado, que no sospechara. Era muy cándido, muy inocente.

-Vaya tocomocho le montaron.

-Siempre había un punto delicado que nos jodía: las críticas. A él le daban unos palos de cojones y nos preguntaba el por qué de tan nefastas críticas. Nosotros: «Tú piensa una cosa. Los críticos, a la que ven un nuevo valor, un actor fuera de serie y joven como tú, lo castigan, lo foguean, como hacen con los toros en el campo cuando son jovencitos, que les dan con el palo y los tiran. Acoso y derribo, ¿no? Pues lo mismo hacen con el actor para ver si tiene templanza y aguanta los envites de la vida teatral». Esto le convencía, pero al final, como llegamos a abusar tanto, nos cortó el grifo.

-Otra cosa les tenía que haber cortado... De todos modos la ruina máxima fue en Madrid...

-En Madrid fue la miseria a tope. Venía muy poca gente al teatro. El aforo era de seiscientas personas y acudían sólo unas cincuenta por función. Para más inri, el empresario, el señor Kramer, no nos pagaba y aquello era de penuria total. Recuerdo que estábamos en una pensión, junto al teatro, pensión de una estrella, en una habitación que compartíamos Rafael y yo. Como la habitación estaba a mi nombre el dueño me decía: «A ver cuando tiene un regalito para mí, señor Rubianes.» Yo, en mi inocencia, no caía: «¿Será su cumpleaños?», pensaba. Luego, cuando ya le entendí, como era gallego, le decía: «No se preocupe, carallo, que esto está al caer. Esta semana cobramos y ya está todo arreglado».

Y así un día y otro, nosotros le explicábamos al empresario nuestra desesperada situación, pero él nos iba dando largas.

-¿Y de qué comían?

-Calle, calle. La ex-mujer de Rafael, Margarita, era enfermera [37] de un importante hospital de Madrid. Ella, que es encantadora, buena gente, como pocas he conocido en mi vida...

-Qué, ¿también la chulearon?

-No, qué va, pero nos traía una especie de Biomanán, que era nuestra comida, lo que en el hospital daban a los enfermos del estómago. Nos tomábamos tres al día. Puede imaginar el tipazo estilizadito que nos quedó a los dos, delgados y fibrosos.

-¡Estaba negra la cosa....!

-Sí, hasta que un día, hartos de esta situación entre el empresario que no pagaba y el de la pensión que no paraba: «Señor Rubianes, a ver si nos acordamos, que me dijo que sería la semana pasada». Y yo: «Sí, de esta semana no pasa, carallo». «El carallo te lo voy a dar yo a ti como no me pagues esta semana», farfullaba mientras cerraba la puerta.

Un día estábamos maquillados, Rafa hacía de comisario de policía y yo de su secretario, con unas pintas muy de caricatura. A media función fuimos al despacho de Kramer, durante una escena que no salíamos nosotros y le dijimos: «O nos paga o se ha acabado la función», que por cierto, era un día que había bastante gente. Y el otro, ahí trabado: «Esto no me lo pueden hacer. Esto es un chantaje». «O paga o no seguimos». Y el tío pagó, vaya si pagó.

Rafa, que es muy soñador y aventurero me propuso fugarnos de la pensión, sin pagar, pero el gallego tenía mi DNI apalancado y tuvimos que pagar la pensión saliendo de aquel gran apuro.

-Como para retirarse de la escena.

-Nuestra desesperación había llegado a tal punto que veías a un amigo y lo primero que pensabas era: «Ahí vienen cinco mil pesetas». Rafa igual: «Ahí vienen tres mil quinientas», porque sus amigos tenían menos dinero.

-Qué suerte ser amigo suyo o de Rafa por aquel entonces.

-Es una época que recuerdo muy especial de mi vida.

-Ya la puede recordar, ya. ¡Vaya carrerón! ¿Y la compañía continuó?

-Acabamos en Sevilla y allí se deshizo. Pero no acabaron ahí nuestras aventuras y desventuras. El señor José Luis Castro, director del Teatro del Globo de Sevilla, hoy director del Teatro de la Maestranza de esa ciudad, nos contrató a los dos para participar [38] en su montaje de *Los sueños de la Alhambra*, de Washington Irving, en la hermosa ciudad de Sevilla y le puedo asegurar que tanto Rafa como yo conseguimos, pese a los buenos propósitos del señor Castro, arruinarle (Risas...). Se comportó con nosotros, no como un amigo, como un padre.

-¿Ya estamos otra vez haciendo la rosca?

-Puso toda su fortuna personal a nuestra disposición. No le negaré que tanto Rafa como yo nos embarcamos en el proyecto con la mejor de las intenciones, pero acostumbrados a ir de pedigüeños, junto a nuestra tremenda facilidad para adecuarnos a las formas fantasiosas de la noche, usted ya me entiende...

-Me temo que perfectamente.

-Hizo que nos engolfáramos rápidamente. Andábamos de juerga por Sevilla, engañando vilmente al señor Castro, haciéndole creer que ensayábamos hasta altas horas de la madrugada. Incluso sé de gente que se encontraba al buen Castro y le decía: «Ayer vi a Pepe y a Rafael en tal tablao» y él fíjese si tenía fe en nosotros que decía: «Imposible. Están ensayando».

-Vaya ensayo llevaban.

-Se nos tenía que caer la cara de vergüenza y «José Luis, dame de aquí y José Luis, que necesitamos veinticinco mil para esto». Total, que Castro, que tenía una buena posición, acabó pidiendo créditos a los bancos, porque estuvieron a punto de desahuciarle de su casa. Esto fue lo que conseguimos Rafael y yo con ese gran amigo que es Castro, que casi se suicida, cuando descubrió que todas las informaciones que le llegaban de los dimes y diretes de la calle, eran absolutamente ciertas. Tomó una decisión tajante...

-Llamar al Cuartel de la Guardia Civil más cercano.

-No, qué va. A Rafa lo mandó para Madrid, porque tenía morriña, pero a mí, como estaba muy bien en Sevilla, me propuso, fíjese si ese hombre me quería, producir un espectáculo con los textos que había traído de Cuba y como castigo, me hizo ganar el dinero con el sudor de mi frente, poniéndome a trabajar en un cabaret de la calle Betis, Zarabanda, hoy desaparecido, junto al río Guadalquivir, en un paraje increíblemente bonito.

-¿Y qué hacia? ¿alterne? ¿*Streep tease*?

-No diga bobadas. Pues dos pases. Uno a la una de la madrugada y otro a las cinco, ya totalmente derrotado, con lo [39] cual empecé a desarrollar mi arte y también mi capacidad de engolfamiento. Pude devolver el dinero a Castro, pero no tenía ni un duro ahorrado debido a la vida de desenfreno que llevaba. Pero bueno, gracias a Castro pude presentar mi primer espectáculo, *PAY-PAY*, en el local del Teatro de El Globo de Sevilla, y gracias a ello, Antonio Coll, manager teatral de Barcelona, me vio y me fichó para debutar en la Cúpula Venus de Barcelona, en diciembre de 1983.

-Pues ya puede dar gracias a la Macarena, a la Virgen me refiero, no a la canción.

-Todo se lo debo a José Luis Castro y a su hermosa ciudad de Sevilla, que me dio ese empujoncito al carromato para tirar adelante con la aventura del teatro. [40] [41]

Palomeque

Pepe Rubianes me recibe en su nuevo piso del que disfruta como niño con zapatos nuevos. Pepe habita un piso antiguo, confortable, «molt de Convergència» (muy de gente bien), al que no le falta detalle. Atrás quedan aquellos pisos que apestaban a tabaco negro, con ceniceros repletos de colillas. Nada, Pepe ha decidido, por fin, poner *seny* (sentido común) en su vida y se ha comprado un piso. Por él anda como una recién casada, enseñándoselo a todo el mundo y preguntando si combinan bien los muebles. Un perfume nada desagradable, que resulta ser un ambientador, acaba con cualquier resquicio de olor a tabaco.

Pepe, medio de reojo, está mirando una película de Hollywood de las de antes...

-A mí, estas películas antiguas, me encantan. El otro día vi una sobre la Guerra Mundial y era demasiado. Todas las estrellas de Hollywood: William Holden, James Stewart, Kirk Douglas...

-Todos estos, señor Rubianes, ya no hacen ninguna película, porque...

-Están muertos.

-Están en el más allá.

-Holden, creo que murió alcoholizado.

-Es raro, debe ser el primer caso que se da en Hollywood.

-Sí, me parece que todos ellos se llevaban bien con la botella.

-Al que hacía *Patton*, no recuerdo ahora su nombre...

-George G. Scott.

-Caramba, señor Rubianes, qué preparado le veo, ni que fuera un concurso de televisión, pues Scott hacía de abuelo, de artista invitado, porque a estas edades ya sólo te dan papeles de asilo. [42]

-No querrá que hagan de Romeo. Pobrecitos, si los ponen de sheriff encima del caballo se caen.

-Al que vi en la ceremonia de los Oscar fue al gran Kirk Douglas y parecía un papiro.

-Está muy mal.

-Usted ha tenido breves apariciones en el cine y se podría decir, así lo ha manifestado, con escasa fortuna. ¿Por qué hace estas películas? ¿Por dinero? No me dirá que por sus valores artísticos.

-La verdad es que no siempre ves el resultado de la película con el guión en la mano. Lo ideal es que vayan unidos el interés artístico y el económico.

-Ahora está rodando, por fin, una película de protagonista con Pedro Costa como director y parece que promete... De todos modos, es curioso ver que los protagonistas de las películas tienen ya sus añitos, porque usted ya tiene el servicio militar cumplido, ¿no?

-Sí, hace unos años.

-A mí me dijeron en Capitanía que lo habían enviado a Lleida, castigado por motivos políticos.

-Bueno, yo tenía una ficha policial abierta debido a una detención que sufrí en los años 60, en una manifestación en la que me detuvieron y llevaron a la Jefatura Superior de Policía y en esa ficha me acusaban de desórdenes públicos. Eso fue suficiente para que me enviaran a Raimat, junto a Lleida.

-Raimat, famoso por sus cultivos de caldos...

-A mí sí que me tenían a caldo (Risas...). Recuerdo sus vinos con alegría, pero el resto ya puede suponer que no me resulta nada agradable. He vuelto varias veces por la zona y es un sitio muy hermoso.

-¿Y de qué iba el tema?

-Estábamos en un polvorín que era un destacamento disciplinario. Cuando te destinaban allá arriba iba todo el mundo cagado, a excepción de los de Lleida, que estaban contentísimos, por estar cerca de casa y su destino no obedecía a motivos extramilitares. Pero para los demás, ir a Raymat ya sabíamos lo que significaba, era un plan de vida muy bestia, pero que muy bestia.

-¿Había castigos fuertes? [43]

-Había presos políticos y comunes. Hacer guardia cada día era lo normal. Si ha hecho la mili, sabrá lo que significa tener guardia cada día..

-Uno de los castigos consistía en subir al palo, al mástil de la bandera...

-Sí, sí, al mástil de la bandera...

-¿Cuál era la causa para recibir este castigo o era así, por la cara?

-Por cualquier chorrada te enviaban al mástil, un juego en el comedor, una broma a un compañero.

-Tiene mal recuerdo, claro. Pero si jugaba a la política, como joven agitador de calles...

-Agitador de masas. Estaba en AGIPROP, Agitación y Propaganda del P.S.U.C.

-Dicho con todo respeto, porque usted se siente muy orgulloso de esta etapa.

-Muy orgulloso, pero tampoco lo voy pasando a la gente por la cara. Cuando tenía veintidós o veintitrés años, estaba en la Universidad. Era una época de gran agitación política. Eran los últimos vestigios del franquismo y entré en un estado de gran concienciación política, era lo que se respiraba.

-Perdone que le interrumpa, usted siempre tan acelerado, porque, según sus biógrafos, ingresó en la Universidad sin ningún tipo de concienciación política...

-Sí, sí. Pasé directamente de aquel colegio pijín a la Universidad. No obstante, en el colegio ya había profesores que no hablaban bien de Franco, lo cual era una cosa que chocaba mucho.

-Entonces los curas jóvenes ya empezaban a meterse con el régimen...

-Si, allí estaba el padre Santamaría que era muy descarado. Cuando se comentaba algo acerca de Franco, que si venía a Barcelona o cualquier cosa, el tío soltaba: «¡Pero a dónde va ese boniato!», lo cual a nosotros nos dejaba de pasta de ídem... Era la primera vez que oía hablar mal de Franco.

-Estaría mal del oído...

-Y lo bueno es que nadie se chivaba. Santamaría era un hombre valiente y oír en aquella época, principio de los 60, hablar mal de Franco y de sus ministros resultaba muy fuerte. Se [44] lo comentaba a mis padres en casa y mi padre me decía: «Tú no escuches eso, tú a estudiar, a lo tuyo».

-Franco no dejaba de ser un paisano suyo...

-Sí, bueno, en todas partes cuecen habas (Risas...).

-No sé, no sé.

-Si esto me lo tengo que tomar como una indirecta, le recordaré que el Presidente del C.O.I., Juan Antonio Samaranch, un destacado fascista, también es paisano suyo.

-Parece que tenga que defender a Francisco Franco Bahamonde.

-Samaranch y otros más. Hay más, hay más.

-De todo hay en la viña del Señor (Risas...).

-Recordará, don Carles, que Samaranch le dijo una vez a Franco que sentía vergüenza de ser catalán, que le perdonara por ser catalán. Eso es lo que se comenta en el libro *El deporte y el poder* de Jaume Boix, si no recuerdo mal.

-¡Por favor, don José!

-Y ahora merece el respeto y consideración de todo el pueblo de Catalunya...

-De toda Catalunya y de todo el Estado Español, si me permite. Es el Papa del deporte.

-Sí, pero el catalán se siente muy honrado con que Samaranch sea de aquí y haya pronunciado, cuando la elección de la sede de los Juegos Olímpicos del 92 «Barselona» con acento catalán.

-A ver si esto va a acabar como en Cádiz, cuando se peleaba con la maricona catalana y empezaron los insultos de «gallego de aldea» y «catalán de mierda». De todos modos, gracias al señor Samaranch se ganó la Olimpiada para Barcelona...

-Pues, este señor fue un fascista y en otro país le hubieran procesado. Recuerde a Kurt Walheim.

-¡Qué dice!

-Por lo menos, lo hubieran depurado.

-Es usted un caso. Pero si aquí no han depurado a nadie, ni siquiera han metido en la cárcel a ningún responsable de la etapa franquista.

-Ésta es la tragedia de este país.

-Pero se ha hecho el cambio político tan civilizado que es un modelo de transición ejemplar. [45]

-La derecha no tiene consideración. A la derecha-derecha, habría que aplicarle su propia justicia: paredón sin consideración.

-Cree que habrían tenido que fusilar a aquella gente.

-Hombre, ha habido personajes que han hecho mucho daño. Se ha ido el monstruo aquél y aquí no ha pasado nada. Ha habido una especie de amnesia histórica, la gente no tenía ganas de líos después de cuarenta años de dictadura y no han juzgado a nadie.

-¿Esto lo ve mal?

-Desde luego. Tienen que responder de la sangre que derramaron.

-Sangre hubo en las dos Españas.

-Una de ataque y otra de legítima defensa.

-Quiere vengar, tal vez, a su querido Federico García Lorca.

-No les perdono su historia, lo que hicieron no tiene nombre. Fue un acto de traición a un régimen legalmente establecido. Han intentado justificarlo de mil maneras, pero no cuela. Los ricos aplastaron a los pobres. Eso fue todo.

-De todos modos, esta concienciación política que va adquiriendo mínimamente en el colegio...

-Y le recordaré que en mi último espectáculo *Rubianes, 15* años... cada día, me cago en ellos. Es un número nuevo que usted aún no ha visto, pero yo aprovecho para cagarme en ellos, en su boca.

-¿Defecación oral?

-Bueno, ya lo verá. No quiero adelantarle acontecimientos...

-Espero ver el impacto.

-Es un pequeño placer que me doy...

-Y encima cobrando, el placer es doble... Y volviendo a lo nuestro, le comentaba que cuando acude a la Universidad sigue la consigna paterna de «a la Universidad se va a estudiar y no a hacer política»...

-Ese espíritu me duró dos meses.

-En estos dos meses, según los archivos de la Universidad de Barcelona, presenció una huelga que no secundó. ¿Cómo fue el tema?

-Cuando entré en la Facultad había profesores a los que los [46] alumnos de cursos superiores tenían en la lista negra. Yo no hice caso a esa lista, pues entré con la máxima de «valora lo que hay y quédate con lo que te gusta». ¿Le agrada esta máxima?

-Me deja usted cortado. Tendría que meditarla.

-No es mía, no sé de quién es, pero no importa. Pues bien, me encontré con una serie de profesores que no tenían alumnos en sus clases. Era descarado, cuando el profesor entraba, los alumnos se ponían de pie y abandonaban el aula. Era la consigna para que el profesor tuviera constancia de que los alumnos le despreciaban. Un día me dije: «Hoy me quedo para valorar al profesor». Le llamaban fascista y quería conocer su ideología y su pedagogía. Una vez, era en el Aula Magna, se levantaron todos y me quedé sentado con la única compañía de cuatro o cinco monjitas, una de ellas negra.

-Monjita negra, ¿de piel o de hábito?

-Una de piel negra, con el hábito con alerón blanco y azul.

-Qué hábito más guapo. Eran Hermanas de la Caridad.

-No sé de dónde serían, pero había en el pasillo un cristo impresionante: «¡Fuera, fuera!» El profesor dijo: «Les recomiendo que salgamos por aquella puerta».

-El profesor se llamaba...

-Palomeque.

-Hombre, el famoso Palomeque.

-De la cátedra de Historia. Salimos y nos abuchearon, nos zarandearon, nos... A las monjas les quitaron la toga de la cabeza y a mí, uno que después ha sido buen amigo mio, me pegó un puñetazo que me tumbó en el suelo.

-¿Y usted no defendió a las monjitas?

-¡Qué coño iba a defender! Si había setecientos tíos gritando como locos. Yo iba como los árbitros cuando salen abroncados del campo de fútbol, con la policía y el escudo (Risas...) Así iba yo...

-Menudo debut.

-La cosa no acabó aquí. Me pasó otra con el Doctor Rubert de Ventós, hoy conocido filósofo y pensador, con el que coincidí hace poco en un programa de televisión y le recordé la anécdota y se descojonaba de risa... Rubert de Ventós permitía que en sus clases se celebrasen asambleas y estaban hablando sobre expulsar o boicotear a tal profesor. Me levanté en medio de [47] una arenga y manifesté que no estaba de acuerdo. Me miraron todos. Yo ya me había destacado con lo de las monjas y me empezaron a llamar «social», que es como se denominaba a los policías de paisano, y facha, y volví a salir como los árbitros después de un partido «glorioso».

-¡Con la manía que le tiene a los fachas!

-Iba por el patio de la Universidad Central y todo el mundo me miraba: «Este tío de qué va, es un poli», la situación era algo angustiosa y fui a hablar con uno de los cabecillas, Miguel Morey, hoy destacado filósofo y catedrático: «Escúchame, por favor, que yo no soy un facha» y me vio tan pardillo que se lo creyó y me empezó a introducir en el ambiente. Rafael Argullol, Manolo Cruz y otros llegaron a la conclusión de que no era facha, «éste es un pardillo que viene con la boina».

-Como un nuevo Pablo de Tarso, se cae del caballo, se convierte y pasa del absentismo político a...

-La militancia en el Partido Comunista...

-Ya sabe usted, señor Rubianes, que no hay nada peor que un neoconverso.

-Pero no fui nunca un extremista. Fui discreto. Tenía bastante miedo, todo hay que decirlo, me daba mucho miedo.

-Y en su interior fue anidando ese odio antifranquista...

-Cuando se hacían las convocatorias, por ejemplo, manifestación en tal sitio, me ponía malo del estomago y aún me dura. Se me hacía una especie de nudo en la boca del estómago de los nervios.

-Del miedo.

-Sí, porque entonces ya sabías, que al rato aparecía la policía «disparando al aire».

-¿Le han tocado la carita?

-¿La poli? Sí, hombre, una vez me dieron p'al pelo. Recuerdo, en el Mercado del Ninot, que la policía nos arrinconó y a un amigo mío, Tom Rimbau...

-Hoy uno de los dueños del Teatre Malic...

-Exactamente. Pues, en medio de la somanta de palos que me estaban arreando, veo que a Rimbau lo agarraba un municipal corpulento y como Rimbau le arreaba un derechazo al poli que cayó fulminado. No sé cómo me atreví a hacerlo, apliqué la [48] misma técnica. Me llevaba un gris medio cogido, me giré y le di un puñetazo en toda la jeta. El policía se llevó las manos a la cara y me soltó, lo que aproveché para salir corriendo. Eso me libró..., pero vamos, si fallo y me sale el golpe fallido...

-Cuenta la leyenda que usted huyó sin camisa...

-No, eso fue en otra ocasión en la Facultad de Económicas, ya le he dicho que entré en la militancia activa.

-Por lo visto se pasaba el día de manifestaciones...

-Estaba con José Luis Cots, hermano del doctor Walter Cots. Entre la Facultad de Derecho y la de Económicas, en la Diagonal, hubo una carga de la policía. Recibí de cojones de los que iban a caballo, me dieron con el látigo aquel, con aquella fusta larga que llevaban. No sé si se acordará...

-Perfectamente, usted era como la pelota del polo a caballo.

-Sí, y a la altura de la Facultad de Derecho, por una calle que baja, salieron varias dotaciones de las del pañuelo en el cuello... ¿o no había pañuelito en aquella época? No me acuerdo.

-Yo tampoco.

-Con pañuelo o sin, los tíos eran muy ágiles y perdí la camisa en la lucha. Total, que iba desnudo de cintura para arriba y además lleno de moretones que empezaban a salir, de lo que había cobrado.

-Como un nuevo Nazareno.

-Me habían arreado con aquellas porras rústicas de antes y trincamos a un pijo que había en el bar Sandor de la antigua Plaza Calvo Sotelo, hoy Francesc Maciá, y le obligamos a que nos diera la camisa. Aquello estaba lleno de pijos, que no se si recordará, frecuentaban dicha plaza.

-La verdad, los ambientes pijos no los seguía.

-Yo tampoco, don Carles, pero era público y notorio que era una zona de la pijería barcelonesa.

-Sí, aún se les puede ver hoy, tomando el sol en la terraza del bar Sandor a la hora del aperitivo.

-Total que les trincamos las camisas, porque había otra técnica que empezaba a aplicar la policía. Cuando pegaban manguerazos en las manifestaciones, le metían un líquido colorado al agua que te dejaba mancha y cuando pasaba algún coche de la policía y te veían manchado, te llevaban a comisaria. Así que tuvimos que quitarles las camisas. [49]

-¿Conocía las comisarías?

-Sí. En una de las detenciones nos condujeron a la comisaría de la calle del Doctor Dou, que ya no existe y la consigna era «Visca Catalunya». En el interrogatorio, lo único que había que contestar era «Visca Catalunya». Se me acercó un policía, al que ya conocía de otras manifestaciones...

-Usted debía ser como de la familia...

-Y le grité al social «Visca Catalunya». Me pegó un puñetazo en el estómago, que ¡hostia! caí fulminado. De allí pasamos en un furgón a la Vía Layetana. Recuerdo, en referencia a las palizas, que subiendo por la escalera, en la entrada, había un policía que dijo a sus compañeros: «Mira, estos que llegan se han cagado en vuestra puta madre». Y los que estaban de retén nos pusieron morados.

-¿El Visca Catalunya ya no salió más?

-No. Además fui el único que gritó Visca Catalunya, los demás se cagaron.

-Se le habrán pasado las ganas de pronunciar Visca Catalunya.

-Sí, le puedo asegurar que no lo he repetido nunca más (Risas...).

-No sé lo que pensará de esta etapa, pero para mí no hay nada tan lamentable como los yuppies que hablan de estos temas como pecados de juventud, como pasatiempos para justificar su aburguesamiento actual. No sé como lo ve, pero no lo podemos limitar a unas notas nostálgicas.

-Con los años he ido pensando que los yuppies eran unos enanos infiltrados. La burguesía manda a sus hijos para que lo jodan todo, ¿no? y la verdad, la verdad es que los que han pringado, como siempre, son los obreros. La brutalidad que empleaba la policía no era la misma con el hijo de un abogado o de un notario que con el hijo de un pintor o de un paleta...

-No me dirá que les pedían el DNI antes de zurrarles.

-A éstos, de entrada, los masacraban, porque eran los peligrosos. La burguesía, lo que hacía con esos movimientos era enviar a sus hijos, como se aburren, para joder todas las movidas. Ellos, claro está, tenían una formación diferente y se hacían enseguida los líderes de la movida, los cabecillas de toda la historia. Y detrás de todo eso había un reaccionario de tres pares de [50] cojones, ¿no?, el padre les sale por detrás. De hecho, fijese bien, el 90% de esta gente son lo que eran entonces: unos carcas de tres pares de narices, entonces hablan así, como usted dice, que si locuras de juventud. Hasta la derecha te habla del mayo del 68 o de la lucha antifranquista, pero si habla con uno de Fabra y Puig o de Cornellá, vera qué visión tan diferente tiene del tema. El niño bien vuelve a su mansión y el otro a buscarse la vida.

Había cosas tremendas, gente de mucho dinero se ponía a trabajar de paleta para concienciarse más, incluso adoptaban el argot típico del obrero. Eran cosas que yo veía y no me parecían bien, lo que pasa es que no lo decía, porque entonces me podían dar p'al pelo (Risas...).

-Los de su grupo de Agitación y Propaganda arrojaban octavillas clandestinas por el Mercado de San Antonio.

-Sí. Con Toni Rimbau hacíamos las fábricas. Íbamos a La Seda a las cinco de la mañana. Recuerdo un día en el Mercado de San Antonio, que llegamos y gritamos: «Partido Comunista». Y los de las paradas empezaron: «Hijos de puta, fora, canallas, iros a la mierda, cabrones».

-«Que no nos dejáis vender».

-Exacto. Eran los dueños de las paradas, miserias de la vida. Los de la carretilla, los que llevaban las terneras apiladas, decían: «Dame una hoja, a ver qué dicen estos».

-Como siempre.

-Las que estaban cabreadas eran las pescateras (Risas...)

-Normalmente, si se fija, hay como dos focos de reacción. Los de la plaza y los taxistas. No sé por qué rara historia. Éste es un país en que a la que uno tiene coche, aunque esté empeñado hasta el cuello y tenga que hipotecar su vida, se considera un terrateniente. Tener una pequeña propiedad te hace sentir como si fueras el Marqués de Griñón. Recuerdo aquellos insultos y abucheos en el mercado, aunque también había gente que nos apoyaba, pero lo recuerdo como algo bestial. Yo pensaba: «Pero bueno, si son trabajadores», estaban con las manos heladas de remover el pescado, las manos llenas de sabañones. Me parecían unos idiotas.

-Ellos defendían su paradita. Nos olvidamos, a veces, que con Franco alguien debería vivir bien.

-Franco potenció la clase media. [51]

-A los hermanos Creix, famosos policías torturadores de Via Laietana, y a otros muchos, les debía ir bien.

-A esos, les iba de puta madre.

-De todos modos, considero como ha señalado algún destacado sociólogo, que el desencanto tiene que ver con el aburrimiento de lo alcanzado: la democracia. Primero, una gran euforia por lo obtenido, pero lo apasionante siempre es la lucha, el esfuerzo, que una vez conseguido se desvanece en nuestras manos. Usted, por lo que explica, aunque no fuese un líder estudiantil, participaba de estas movidas y de estas luchas, tenía una gran actividad... Esto era más o menos emocionante. Hay quien atribuye el desencanto y el pasotismo político, en parte, a esa falta de emociones. No es lo mismo pegar sellos y contestar al teléfono en el Partido que repartir propaganda clandestina o hablar por teléfono con el temor de tenerlo pinchado. Debía ser muy emocionante todo lo que nos cuenta de las manifestaciones y el reparto de octavillas...

-Yo tenía miedo y el miedo es, de hecho, una emoción, pero tenía un miedo que me cagaba, se lo puedo asegurar, y no me resultaba nada agradable. Cuando me tocaba repartir propaganda tengo que reconocer que me cagaba por la pata abajo, la situación era de miedo, era terrorífica.

-Sí, pero ¿no había nada de aventurero en todo ello?

-Tenía miedo de que le pudiera pasar algo a mi familia... ¿Aventurero? No, no, yo no jugaba a burguesito libertador. De hecho, yo soy hijo de trabajadores, esto está claro. En mi casa vivíamos normal, clase media baja.

-Su padre tenía una pensión, como comentaremos más adelante.

-Pero tampoco éramos gente rica. Éramos ricos de la calle, del pasaje Escudillers. Vivíamos bien, nunca he pasado hambre, pero, mis padres eran trabajadores.

-Horario de quince horas

-Sí, sí. Se dejaban la piel. Todo el día en la pensión. Yo tenía la visión del rollo del trabajador, del puteado, aunque mi padre nunca me habló de política. Descubrí que era de izquierdas o simpatizaba con la izquierda, a la muerte de Franco. A mi padre, durante la Guerra Civil, le marcó soberanamente ver cómo fusilaban a amigos suyos, contra la tapia del cementerio de [52] Villagarcía de Arousa. Esto, supongo, te deja huella, piensas, esta gente no juega. En casa se vivió un poco este temor, este silencio... Tampoco era franquista, no íbamos a ver a Franco cuando desfilaba por Barcelona... Pero vivíamos en silencio, era la España del silencio y empecé a odiar a Franco. Incluso, de joven, pensaba en matar a un policía. Recuerdo con un íntimo amigo de la época, hoy arquitecto, Santiago Padrés me preguntaba: «¿Tú matarías a un social?» Yo decía: «No sé si sería capaz de pegar un tiro, pero ganas tengo», lo que no sé si la mecánica me funcionaría, ¿no? Pero en mi vida, si he pensado en matar a alguien, era a aquellos tíos del régimen.

-Pero, a veces, cuando habla de Franco sonríe un punto... Parece que diga: «Qué cabrón ha sido aquel tío, mira lo que hacía...», pero parece que asome un poco de admiración. ¿Admira usted algo a Franco?

-No creo que se le pueda llamar admiración, es más bien asombro. ¿Cómo se puede ser de esta manera? Después he leído mucho sobre él y he descubierto a un ser muy mediocre. Un enfermo mental, como lo definía un conocido intelectual, del que no recuerdo ahora el nombre. Era un enfermo, el hijo de Dios. Se pensaba que era un escogido de Dios para salvar el país y que todo le estaba perdonado y lo que hizo fue teñir este país de sangre.

-Pero, ¿puede haber sufrido alguna vez una especie de síndrome de Estocolmo con Franco y que le haga, en ocasiones, algo de gracia?

-A mí, se lo digo rotundamente, no me hacía ninguna gracia.

-Ni le hacía, ni le hace.

-Ninguna, ninguna gracia. Veo la Historia de España de esa época y digo: ¿Cómo fue posible aquello? Recuerdo un día, para acabar con las manifestaciones, que me impresionó mucho ver cómo se llevaron a patadas, puñetazos, arrastrándolo de los pelos a Jordi Solé Tura, brillante profesor de la Facultad de Derecho y Económicas, que entonces militaba en el P.S.U.C. y que acabó como ministro con los socialistas. Al ver aquel atropello, me dije: «Esto no se lo voy a perdonar nunca». Cómo ha sido posible que ese enfermo haya mandado cuarenta años en este país y nos haya tenido a todos cagados de miedo. [53]

Biberones

Pepe Rubianes está en estos momentos representando en el Teatro Villarroel su espectáculo antológico *Rubianes 15 años* con un notabilísimo éxito de publico. El trabajo de Rubianes ha ido mejorando peldaño a peldaño. Si sus anteriores montajes ya fueron exitosos, éste los ha superado con creces.

-¿Qué es lo que le gusta al público de Pepe Rubianes? Porque imagino que es consciente de gustar al público...

-Alguien viene a verme, desde luego.

-Pero aparte de venir a verle, notará que gusta al público.

-La verdad, no sé qué contestar.

-No se me haga el humilde y el distraído con «no sé qué contestar»...

-A veces yo me sorprendo y me pregunto «¿por qué habrán venido a verme?». Estoy en el teatro, en el escenario y cuando hay un lleno, me digo «fíjate esta gente lleva desde la mañana hablando de mí». No es que estén todo el día hablando de mí, pero dirán a más de uno «hoy voy a ver al Rubianes». ¿Qué me habrán visto? Me gustaría conocerles para decirles: «Oiga, ¿usted por qué ha venido?».

-Usted tiene la platea llena, sale, se ríe solo, se ríe el público cuando explica sus cosas... ¿Cómo nota que está gustando al público? Desde arriba debe notar un calor que sube...

-Por supuesto, llega el *feeling* del público, que te envuelve y arropa. ¡Hostia!, es una sensación... ¡Es un orgasmo! Ni con una mujer he vivido esa sensación... Eso se lo puedo asegurar, yo y cualquiera que trabaje en este medio, cuando el público responde esa sensación no tiene comparación. Acabas la función, te aplauden y, joder, notas aquellas caras de satisfacción. Es una sensación orgásmica. [54]

-¿Y qué es lo que les hace reír?

-Hay un humor, más bien ácido. También hay una cierta sinceridad, la forma de hacer. Claro hay un humor blanco, que hacen Tricicle, Dagoll-Dagom, o una manera más blanda de tratar los temas... yo procuro meter un poco más de caña.

-De todas maneras, sin menospreciar estos momentos en que, efectivamente usted da caña, con Pepe Rubianes se produce un fenómeno que me recuerda al torero cuando en plena faena tiene al toro entregado y le entran todos los capotes. A veces, usted está arriba sin hacer, sin decir nada y el público se parte de risa.... o improvisa o lo hace ver o se inventa la historia en el mismo escenario. Aquel número de un viaje a Bali con una novia, Margarita Solivellas, pubilla de Manresa en que a usted, por una picadura, le empiezan a crecer los huevos hasta límites insospechados. Parece que adivine rápidamente lo que le gusta al público.

-Sí, es la química que se produce entre el actor y el público. A veces voy al teatro y me quedo enganchado con según qué actores, joder, es que me encantan. Y dices, ¿por qué, si es mejor Fulano? Pero estás deseando que vuelva a salir a escena. Es una química que se crea, el duende que le llama Lorca.

-¿El público vuelve a sus espectáculos?

-Hay gente que durante estos quince años ha venido siempre a verme. Me cuesta entenderlo, yo voy a ver cosas y aunque me gusten, no vuelvo más, ya está visto. A veces, algún espectador joven me dice: «Mis padres le vieron de solteros en la Cúpula Venus».

-No exagere, señor Rubianes, no exagere, no dirá que vienen a verle con diez años...

-Quizás me bailan las fechas, pero le aseguro que muchos padres me han mandado al hijo al teatro. Son cosas que te llenan de satisfacción, dices «¿este hombre qué pensará de mí?», me gustaría saberlo.

-Hay quien dice que tiene usted un lenguaje muy cinematográfico, explica una cosa y la ves, estás en el cine. Por ejemplo, cuenta que está en la selva con el padre...

-Ataúlfo. Ataúlfo Remi.

-El de la lengua partida.

-Sí. [55]

-Pues, en aquel momento, parece que estés en la selva. Ves los mosquitos, los árboles, las plantas carnívoras. Tiene la facultad de hacer ver la película.

-Esta facultad que señala, la aprendí de pequeño. Mi padre era muy severo conmigo por los estudios, y el castigo estaba a la orden del día, y me quedaba solo en casa, mientras mis padres iban de paseo. Y yo, en vez de estudiar, reproducía las películas que había visto. Hacía de Gary Cooper, de Burt Lancaster, imitaba los sonidos... Al día siguiente, en el colegio me decían «Rubianes, ¿qué viste?» *Veracruz* y les contaba la película con todo tipo de detalles. Así fui creando, sin darme cuenta, este estilo de narrar. Se me quedaba la película grabadísima. Entonces venía otro compañero: «Cuéntale la peli al Balançó». Y se la explicaba otra vez. «Cuéntasela al Iniesta»...

-Y le iba añadiendo alguna cosita...

-Sí, bueno, al final la película que yo contaba, ya no tenía nada que ver con la que había visto. Luego la iban a ver y me decían: «Pues esto no sale...» (Risas...). Yo la redondeaba, a mi manera.... También era la época de las «aventis», que después popularizó Marsé con sus novelas. Las aventis eran historias que contabas inventadas por ti.

-Claro, en su infancia no había televisión ni nada.

-Me decían los amigos de la plaza Medinaceli: «Pepe, una de miedo». Y yo, Londres, niebla, ruido de vientos, puertas que chirrían, noche de tinieblas, lobos que aúllan... A mi hermana la tenía acojonada de miedo con la serie de Ibáñez Serrador *Historias para no dormir*.

-Pero esto ya fue un poco más tarde.

-Sí, pero yo continuaba con mis aventis. Del cine empalmé con la televisión y le puedo asegurar que en el colegio disfrutaba de cierta fama y popularidad entre mis compañeros por saber contar historias.

-Yo he asistido en Villagarcía de Arousa, su pueblo natal...

-Ah, ¿usted conoce mi pueblo?

-Sí, señor, muy bonito, por cierto. Tuve la fortuna de asistir a una velada en que la gente, en corro, iba explicando anécdotas. Y destacaba un tal «Biberones», apodado así porque de niño se bebía los biberones de sus hermanos y amigos, que contaba [56] historias del pueblo y te morías de risa. Lo curioso es que la comadrona, que había ayudado a nacer a medio pueblo, le iba indicando al tal «Biberones» las historias que debía contar y los asistentes que ya las habían escuchado muchas veces, se seguían partiendo de risa.

-Mi abuela era especialista en contar historias de meigas de la Galicia ancestral. Me acuerdo que de pequeños, mi abuela nos sentaba a mi hermana y a mí en unos taburetes al lado de la cocina, y mientras cocinaba y nos explicaba las meigas que pasaban, la Santa Compaña y toda esa historia.

-Quizás ha notado usted esta influencia...

-Sí, claro, totalmente. El gallego es muy narrador, el clima condiciona a estar en las casas y contar las historias. Mi padre me decía que, de niño, un hombre viejo les contaba las historias de Galicia, de la aldea: «Entonces por el monte los muertos salen por detrás de los árboles y van con velas...» y estaban todos los chavales cagados. Esta tradición ha tenido mucho que ver con el teatro de Valle Inclán, uno de los grandes dramaturgos de la escena española, las historias de *Las comedias bárbaras*. Valle Inclán lo que hizo fue recoger toda esta leyenda popular gallega y filtrarla con su estilo propio.

-Bien, quedamos en que el éxito es muy satisfactorio, pero ¿qué pasa al revés? Por ejemplo, cuando trabaja en zonas en que es menos conocido o menos querido, un domingo por la tarde con aquel público que se ha vestido para ir al teatro... Qué pasa cuando Pepe Rubianes empieza con «Estaba Jesucristo en el Monte Calvario»... y empiezan a verse aquellas caras rígidas...

-Esto lo viví en el Teatro Infanta Isabel de Madrid. Un teatro al que acostumbraba a ir gente muy conservadora. El espectáculo se llamaba *Por el amor de Dios* y el título les sugería un tema piadoso y se hacían de la picha un lío. Arrancábamos con una historia de Adán y Eva y temas del Paraíso Terrenal. Venía a verme la clásica señora del café a las cinco y después al teatro. Tuve unos líos bastante considerables. Me llegaron a insultar: «¡Vete a tu tierra, catalán de mierda!». Lo habitual. Señoras y señores de corte fascistón, ¿no? Les puedo asegurar, que es una sensación terrible, una angustia salir al escenario.

-Yo no me refería tanto a esta hostilidad, que debe ser muy [57] duro de soportar, sino cuando ves que aquello no gusta, cuando notas una pared...

-Pues es otra sensación terrible. Además ¡solo! Cuando estas en compañía, uno por el otro como el bajel, vas remando. Pero, cuando estás solo, es aquello de «tierra, trágame» y te queda hora y cuarto por delante, porque acabas de empezar (Risas...).

-¿Y los bostezos o cuando se duerme el espectador?

-Peor cuando la gente se va. Lo que pocas veces he vivido es el escándalo, el abucheo, por suerte. El público de teatro es un poco más culto y no reacciona de manera bestial. Se van y lo pasas muy mal, ves caras de mala leche en el patio de butacas, el público que te está mirando con una cara de mala hostia, que te cagas, no sabes si te van a partir la cara o no. Y todo eso es un trago doloroso.

Cuando haces temporada a diario, hasta que empieza a venir público y se empieza a enrollar, es un trago amargo. De todos modos, es mejor que no venga nadie a que venga un público equivocado.

-Desde luego.

-No viene nadie y «mira, mala suerte». Incluso te vas a cenar y dices «hoy no he trabajado», aunque vaya en contra de tus intereses económicos y artísticos. Pero cuando vienen esas caras, es terrible.

-Al principio, le ocurría.

-Cuando voy a una plaza nueva, a pesar de tantos años hay muchísimos sitios en los que no he trabajado aún, voy un poco cagado, porque quieras o no, siempre te viene aquello de «quien va a venir». Ahora, la serie *Makinavaja* me ayuda, porque es un personaje transgresor, destripador y entonces el público ya sabe lo que le espera.

Recuerdo que en una convención de una importante empresa, no sé si Construcciones y Contratas o una de esas, el director general ponía cara de mala hostia y no se atrevía a reír nadie. Había un grupo de personal joven, los de siempre, debían ser los botones que lo pasaban bien...

-Anda algo anticuado, señor Rubianes, botones ya no quedan casi ni en las camisas.

-Bueno, los jóvenes, pero el resto del personal, caballeros trajeados, rubias oxigenadas, abrigo de postín, alhaja y mucho [58] rollo, no se reían para nada. Despaché el tema en una hora.

-Mató al toro rápido.

-Tenía que durar hora y media y me salté la mitad, cobré un millón de pesetas y me fui a cenar contentísimo de acabar con aquella pesadilla.

-Cuando empezó en solitario, lo foguearon en giras por discotecas y salas de fiestas de tercera, lo que debe ser primo hermano de lo anterior.

-Esto es terrible, lo peor. En el teatro o en una convención, por lo menos están callados, ponen cara de mala hostia, pero están callados. Pero en las discotecas van excitados, hay agresión, insulto, jaleo... Me tiraban arroz, monedas, daban gritos normales, mejicanos «iu-ju»...

-¿Es cierto que en una sala de fiestas le pegaron un puñetazo?

-Sí, sí. En Bilbao. No le gustó lo que decía a un tío y fue hacia mí y me lanzó un puñetazo que me dejó K.O.

-Y ¿usted qué hizo?

-Cuando pude levantarme, vigilar que no me diera otro (Risas...). A partir de aquel día tenía un palo escondido a mi lado. En una discoteca de Barcelona estaba en un escenario elevado y alguna vez decía «al que se acerque le pego una patada».

-¿En Muntaner, 4?

-Más tarde se llamó «Shadows» y, ahora, creo que «Metrópolis».

-Allí recuerdo haberle visto trabajar con japoneses.

-Una vez llenaron el local de japoneses. Los pobres no entendían nada (Risas...), pero estaban callados. Había un momento en el número de la Pasión, cuando unos japoneses hacían fotos a Jesús en la cruz y yo decía «Suzuki-Toyota» y hubo un «¡Aahhh!» colectivo (Risas...) Habían entendido algo. [59]

Xavier Sardà

Hoy miércoles, el señor Rubianes me cita en un bar para, cómo no, tomarse el enésimo café cortado del día. A continuación, como un hombre del pueblo, sencillito que es él, va a la bodega del barrio a comprar dos garrafas de agua de ocho litros.

-Para limpiar por dentro.

-Usted, un hombre famoso, que sale en televisión, de compras en la bodega, como uno más de los mortales...

-Me permite un comentario.

-Por favor, diga, diga.

-Es curioso. Siempre que voy a comprar la reacción de los tenderos es muy cojonuda, «qué, no hay mucho trabajo, verdad» (Risas...). Vas a comprar y piensan «mal va la cosa». Además creen que la gente que sale en televisión y goza de cierta popularidad debe tener servicio.

-¿Usted, mayordomo?

-Yo no, desde luego, pero deje que le puntualice esta historia.

-Perdone, perdone.

-Entonces todos los tenderos se asombran de que vaya a comprar. Piensan que hay una relación directa entre ir a comprar y la falta de trabajo. Que la cosa no va muy bien. Están hechos de la picha un lío, porque te ven en televisión y les sorprende que vaya a la compra. Piensan que debería tener criados que comprasen por mí. Todo esto me llama mucho la atención: «¿qué no va muy bien el asunto?» y «¿hay poco trabajo?».

Voy a los bares del barrio, me siento en la terraza de la calle de Los Ángeles a leer el periódico y te miran un poco extrañados, sin que les acabe de cuadrar la cosa. El rollo de televisión lo identifican con vivir en Pedralbes o en Puerta de Hierro, o con [60] tener un chalet... Pero bien sabe, don Carles, que como nací rico, voy al revés. Es normal que la gente que procede de la nada suspire por tener un buen coche, una torre... pero como nací rodeado con los oropeles de la fortuna, pues voy al revés, a la pobreza. Hago el camino a la inversa.

-Usted tiene este espíritu franciscano que le hace ir a la compra como un ciudadano más, pero ha aprovechado mi compañía para convertirme en un porteador voluntario de su garrafita de ocho litros...

-No creo que se haya herniado, don Carles.

-¿Le gusta hacerse el ciudadano normal?

-No me lo hago, lo soy.

-Es usted sencillo.

-He ido a comprar siempre, aparte, me entretengo, me distraigo... En mi barrio lo tengo todo controlado. Voy a Simago, porque hay de todo. Lo que ya no me va es el rollo de ir a varias tiendas. No me gusta lo de tornillos en la ferretería, los calcetines en la mercería...

-Bragas en el mercado...

-...las medias en otro lado. Yo no. Voy a mogollón.

-Por cierto, en Simago hay muchas libretitas.

-Sí, hombre. He comprado alguna para seguir la tradición.

-Ahora bien, me disculpará, no es que le llame mentiroso, lejos de mí semejante acusación, pero al ciudadano de a pie y a mí mismo, le resulta difícil creer que una persona que recibe el aplauso de tanto público se pueda comportar normalmente. ¿Es compatible?

-Tal vez hay mucho idiota en esta profesión, que se empalaga, pero yo provengo un poco de la filosofía...

-No es por ser idiota, pero si se pasa el día recibiendo piropos: «Pepe, cómo me reí con aquello» o «qué bien estuviste, Pepe» o «cómo me gusta aquello, Pepe». Las chicas dicen que usted es tan simpático. Esta recepción constante de halagos como si fuera Su Majestad el Rey, puede afectar la personalidad o llega un momento en que ya pasa de todo.

-No sé los demás cómo reaccionan, pero en mi caso particular, pienso que no. Sé como soy, ya pueden decir misa, que yo no me lo creo. Dentro de todos los halagos, me creo una persona bastante desgraciada en mi forma de ser. Soy una persona [61] insegura, contradictoria. Estas cosas son puramente laborales y tú sabes que todo es efímero. Tengo casi cincuenta años, llevo veinte de profesión y sé que se sube y se baja, ahora te aplauden y después te olvidan. Cuántos compañeros he visto que han gozado de éxito y aplauso y hoy no se acuerda nadie de su nombre, nadie les mira y ya ni les fía la tendera de la esquina.

-Esto debe ser muy duro para estos chicos...

-Claro que es duro. El peligro, es creerte que eres algo importante. Aquí está el gran patinazo y la gran cagada. Siempre me he considerado una persona, ya se lo he dicho antes, que «no ho té massa clar» (no está muy segura). Yo nunca me he creído nada, al revés la gente que me conoce sabe que soy una persona muy tímida. Es más, yo con todos estos halagos y saludos de gente desconocida sufro porque me da timidez, no sé qué decir y a veces, cuando me cogen de mala hostia, los mando a la mierda.

-Eso, eso. Yo he visto que es muy amable con los demás. Saluda al tendero, invita al teatro a todo el mundo, atiende al camarero y, de repente, aparentemente sin más ni más, aunque no dudo que tenga sus razones, se le acerca un señor con un comportamiento parecido para decir o pedirle algo y a usted le coge un ataque de ira y le pega un corte bestial.

-Sí. Hay un tipo de gente que no me gusta por diversos factores. No me gusta su aspecto o su forma de mirar y que estos me digan algo me pone malo, no sé si me explico. Yo me he encontrado con un señor que me ha saludado y con la gente mayor acostumbro a ser muy respetuoso, pero el patachanero, el patacanclero...

-Perdone, el patachanero, ¿eso qué es?

-El patachán, el tomatero es un público que no aguanto. El público de teatro es más culto, más preparado, pero el público de televisión es, por lo general, muy horterón. Entonces, si sales por la televisión es una moneda a pagar. La gente se cree que eres un objeto de su casa, el jarrón que ponen encima de la tele, un muñequito o lo que sea y disponen de ti: «¡Pepe!» Y yo no tengo ganas, no tengo por qué aguantar todo esto, ¿entiende? Para mí la televisión, el cine y el teatro son aspectos laborales. Es como si a un tío que trabaja en el Banco de Bilbao le están recordando todo el día: «Oye, la factura aquella que te dí» cuando [62] el tío está en el campo descansando y quiere olvidarse de su historia. Cuando estoy de relajo o voy por la calle o voy a comprar, también quiero olvidarme de mi historia por unos momentos. Hay gente que te avasalla, porque afortunadamente hay otra que te mira, te sonríe y ¡oye! de puta madre, pero con el que te entra a saco, voy mal. Tú valóralo, vas por la calle y le entras a saco a un tío: «¡Eh!, ¡qué pasa! ¿adónde vas?» a ver qué te dice. Lo primero que hace es mandarte a la mierda, ¿no? Estás pagando un poco el salir en televisión y ser para algunos un mueble más de su casa. A veces, ya te digo con la gente educada da gusto. Jamás he cortado a nadie que haya entrado con educación. He cortado al que se pasa, bueno... usted, ¿quién coño cree que soy yo? ¡Que yo no soy una pelota para chutar en la calle!

-Pero es la misma timidez del público la que le lleva a hacer y decir estas cosas...

-Y la mía.

-Y la de ellos.

-La mía y la suya. La gente, a veces, entra mal. Es como un mal servicio y yo mando la pelota a la grada.

-No sé si se ha fijado, pero el mismo cariño que la persona le profesa a usted o al famoso, se convierte en odio, si no le complace.

-Sí, claro, he perdido un cliente.

-«Con lo que a mi me gusta. Vaya decepción he tenido». Supongo que a Lennon le debieron matar por esto.

-La gente con fama universal tipo Sinatra debe ser horroroso. De hecho fijate cómo van: rodeados de guardaespaldas que como intentes acercarte al Banderas de turno te pegan un par de hostias que te dejan cuadrado. No te permiten el acceso, son karatecas y judocas que saben todas las artes marciales habidas y por haber. Supongo que al señor Sinatra y a Madonna les gustará ir a comprar como me gusta a mí, pero es el precio que están pagando a su historia. También es triste tener que salir con los gorilas. Yo, mis amigos lo saben bien, nunca voy solo por la noche a tomar una copa. Soy incapaz, para evitar este follón. Y siempre me ha gustado ir solo a los sitios y ponerme a escribir en las mesas de los restaurantes. Esto lo acostumbraba a hacer cuando trabajaba en teatro solamente. Iba a cenar solo, sacaba mi libreta e iba haciendo. En Sitges tengo un sitio que se llama... [63]

-No lo diga. No lo diga porque...

-Un restaurante en Sitges, donde el dueño es un tío que me cae de puta madre. Me pone casi un biombo en un rincón, me encanta el local y me inspiro mucho allí. He escrito muchas historias y me tienen un poco controlado para que no me den la paliza. La tranquilidad ya se ha acabado, tengo que ir, no con guardaespaldas como Sinatra y Madonna (Se ríe), con dos o tres amigos. No puedo ir solo, es una cruz que tengo que pagar. Que si la firmita, que si tal que si cual. Con un amigo o me tengo que quedar en casa.

-Comentaba usted lo de un mal servicio. Me han informado que entiende de tenis, que tiene incluso notables nociones como jugador.

-Bueno me defiendo, je, je.

-Resulta curioso y hasta me confunde un poquito que usted, criado entre Villagarcía de Arousa y las Ramblas sepa jugar a tenis. ¿Dónde ha aprendido estas costumbres tan pijas y tan poco partidarias de su escuela revolucionaria?

-El espíritu revolucionario no está en contra del deporte. (Ríe). Está claro que el tenis ha sido un deporte de élite hasta que hace muy poco tiempo se ha popularizado. En la época de Santana, que era la mía, andaba todo el mundo con la raqueta debajo del brazo, pero nunca había sido socio de ningún club de tenis, que, al menos en Barcelona eran para gente de pasta.

De estudiante, no tenía dinero. Jugaba gratis en la ciudad universitaria o pagando una cuota mínima. Allí empezó mi afición, pero no lo hacía por ir vacilando por la plaza Calvo Sotelo, hoy Francesc Macià, con la raqueta debajo del brazo.

-Me han dicho que, de jovencito, para conquistar a una mujer se tiraba los rollos que hicieran falta.

-Yo para conquistar a una mujer he hecho de todo, incluso he utilizado al gran García Lorca en las piscinas de la Ciudad Universitaria. Me llevaba libros de Lorca para las chicas extranjeras que hacían cursos de verano.

-¿No se mojaban los libros en el agua?

-No, sonríe, estaba tumbado en el césped de la piscina. En aquella época todas estaban locas por Lorca. Era casi como utilizar el jamón serrano y el botijo como gancho para ligar.

-¿Como aguantaba el libro? [64]

-¿Qué?

-¿Que cómo aguantaba el libro?

-¿Cómo aguantaba el libro?, no le entiendo.

-Sí. El libro que cómo lo aguantaba, cómo lo cogía.

-Lo tenía allí en la toalla, no me bañaba con él, caballero.

-¿Y la chica qué? ¿Las manos no se le escapaban del libro?

-Hombre, tampoco la cosa iba tan rápido, era más lento todo.

-Primero, la palabra, el verbo.

-Había que empezar por el pico para llegar a...

-Usted siempre me entretiene con historias de mujeres, pero le decía lo del tenis porque de niño me sorprendía, viendo un partido, el silencio que se exigía al público y cómo se enfadaba el tenista cuando alguien hablaba, ¿se acuerda? El público no entendido decía «¡Que vol aquest paio! ¡Tant silenci i tanta merda!» (Qué pretende este tipo, tanto silencio y tanta mierda).

-Si pasaba una mosca volando y paraban el partido, la gente decía ¡Vaya par de gilipollas!

-No sé usted, como yo con el tiempo lo ha ido viendo más normal. Lo saco a colación, porque ustedes los actores, aunque lleven una vida normal, necesitan momentos de soledad, de tranquilidad, de concentración que les hace aparentemente raros, ¿no? Y quizás la gente no lo interpreta siempre bien. A lo mejor piensan estos tíos son maniáticos o gilipollas.

Le contaré una anécdota. Yo frecuento un bar en mi barrio donde voy a desayunar. Me gusta, hay mucha luz, compro la prensa me siento y tomo un café con leche. Pues bien ya hay dos o tres vecinos que me tienen localizado.

-Vamos mal

-Los saludas, se sientan conmigo. Me hablan que tal y que cual. Esto a una persona digamos normal, a una persona de la calle se sienta allí y no le pasa. Eso sucede porque soy artista más o menos famoso. Y es terrible porque no pueden llegar a pensar lo mucho que disfruto leyendo la prensa, empiezo, voy mirando todo, me tomo el café con leche, me relajo, veo alguna niña que entra. Toda esta historia, no sabe el rato de placer que significa para mí. Pues bien, toda esta gente que se me sienta en la mesa y me habla con todo el cariño y la buena intención del mundo ya me ha jodido. Termino escapándome de los bares, ahora voy [65] a otro y empieza a pasar lo mismo. Siempre hay alguno que dice «¿Tú no eres?»..., que también va todos los días, «el café está pagado» y para mí el desayuno, se lo puedo asegurar, es un momento sagrado. O desayuno con una persona muy cercana con la que previamente he quedado o con una amiga con la que puedo haber pasado la noche.

-Alguna de esas lagartonas que usted se trajina.

-Incluso ligado me he ido a desayunar solo. Por ejemplo, tener una novia, estar ella en casa y he bajado a comprar un croissant o algo para que desayune, porque yo nunca, de toda la vida, desayuno en casa. Aprovecho para leer la prensa y después subo otra vez. Es como una manía que arrastro de siempre.

-Se comenta que en alguna ocasión cuando tiene a la lagartona, a la chica arriba y usted ya se ha desahogado, como se decía en los años 50, simula una cita por la mañana para sacársela de encima y cuando la larga se vuelve a meter en la cama.

-Eso son historias que pasaban sobre todo cuando bebía, como los marinos, iba dragando el fondo del mar y arrastraba con lo que pillaba. Y muchas veces me he encontrado al despertar, al abrir los ojos a la vida, con personas que no me gustaban nada. Todo fruto de una noche de locura y de alcohol... Y al ver que aquella persona no tenía prisa he utilizado miles de ardides.

-Pero qué pasaba, ¿quería ser su novia tal vez?

-No, pero igual estar así tranquilamente y pasar la tarde.

-Un amigo mío, muy machista él, dice que algunas buscan desayuno y comida.

-Y la cena

-¿Ah sí? (Risas...).

-Y una semana.

-¿Y cuál era el truco que usaba para despedirlas?

-«¡Coño! ¡Qué hora es! Si tengo que ir a la radio». Siempre he buscado un programa de nombre, como el de Sardà o Luis del Olmo, cosas que suenen porque se lo creen más y tiene más empaque. «¡Hostia, tengo que grabar 'La Ventana' con el Sardà, me cago en la leche!». Y así ellas, al ver que son tíos famosos dicen: «Corre, corre, que esto es muy importante para tu carrera» y entonces me he largado.

Alguna vez me ha pasado una situación curiosa. Iba a las Ramblas, me compraba la prensa y me sentaba a leer el periódico [66] y me encontraba con el señor Sisa.

-¿El famoso cantautor galáctico?

-Sí. Un par de veces lo encontré en una situación parecida.

-¡Ah! Que también había trincado

-Sí, y había bajado a pasear por las Ramblas.

-Usted al señor Sardà le puede agradecer, no tanto sus programas, como las estupendas coartadas que le ha proporcionado.

-Por mi parte he ido a muchos de sus programas y siempre que me ha necesitado, ha contado con mi colaboración.

-El señor Sardà también le ha buscado, por el mismo motivo.

-No, hombre, no. Él me ha utilizado para su programa y yo me he tomado la libertad de utilizarlo para otras cosas.

-Con la crisis de identidad que tiene la gente, supongo que el señor Sardà estará muy satisfecho de que su programa sirva para que usted se libre de una pelma por la mañana. Verá que ha hecho algo importante.

-Se sentirá realizado.

-Por lo que está contando, ustedes los artistas viven en un constante agobio por parte del público, quizás los únicos que pueden llevar una vida normal son los que son unos ogros, que muerden al personal y no hacen caso a nadie. Si fuera un mastín o un bulldog, mordiendo a la gente por la calle, tal vez le dejarían tranquilo.

-No, hombre. Esto es una cosa que hay que asumirla y sé de artistas que lo llevan muy bien. Son educados con todo el mundo, por ejemplo Joan Manuel Serrat, aunque supongo que se buscará sus momentos de tranquilidad. Hay artistas que son más enrollados, pero yo tengo el problema este de la timidez, no sé qué decir, me violento y si me cogen cruzado tengo bastante mal genio.

-¿No ha probado de matar a ninguno?

-No, hombre, por favor, pero sí he estado a punto de darme de hostias. Una vez en un local nocturno uno me vino con el rollo de «¡Pepe!» y me puso el brazo encima achuchándome y otro me llamó para que le contara una gracia a su novia.

-Les resulta tan simpático, que quieren estar con usted. [67]

-Sí, pero coño hay una cosa que también está clara, no dejan de ser unos desconocidos... Hombre yo soy una persona que tengo problemas de relación con la gente. Quizás viene acusado por la timidez, pero no soy una persona muy abierta.

-Casi con cincuenta años, ¿usted cree que puede tirarse el rollo éste de la timidez?

-Esto no se cura, es una conformación casi física. El tímido no se cura nunca.

-No parece usted tímido

-He hecho algunos esfuerzos para superarlo.

-Algunos estudiosos de su vida y obra piensan que la timidez es una argucia que usted utiliza.

-También hay mucha gente que dice que soy maricón.

-¿Y qué hay de esto?

-De momento, nada.

-No ha encontrado aún al hombre de su vida.

-Todavía no, pero no digo de este agua no beberé.

-Pues a mí me habían dicho que tenía relaciones con Danuá Barbany, conocido director teatral.

-Sí, y con el actor Pep Molina y con Joan Lluís Bozzo y con el Flavià.

-Algo me han comentado.

-Sí, muy maricones todos ellos

-Desde luego es usted un aventurero, su vida es una gincana, no me extraña que tenga sobresaltos... Va a desayunar y ya tiene problemas, se tiene que librar de la bella durmiente, simular programas de radio, porque usted ¿qué hace en todo el día? Porque le recuerdo, señor Rubianes que el día tiene veinticuatro horas...

-Hacer, hacer, tendría que hacer muchas cosas, pero...

-No le pregunto, aprovechando su condición de filósofo, acerca de lo que debería hacer, el desiderátum, el imperativo ético, sino que remítase por favor a lo empírico. ¿Qué hace durante las veinticuatro horas del día?

-Depende mucho de la época. Por ejemplo un día como hoy le explicaré lo que he hecho. He actuado dos veces este fin de semana, me he levantado, he ido a desayunar, hoy he desayunado solo...

-Se ha levantado, pero, disculpe, ¿a qué hora se ha levantado? [68]

-A las nueve o nueve y media, pronto, si tiene en cuenta que llevo vida nocturna, me acuesto tarde. Y ya que he visto cierta inquina en su pregunta, le diré que antes de meterme en el teatro he trabajado muchos años y me he tenido que levantar a las siete, tirando de metro y de toda la historia. Pero siempre he pensado que este sistema no era para mí. Tenía que buscar una profesión que me permitiese llevar otro horario y yo no quería, no me salía de los cojones vitalmente hablando, tener que hacer este tipo de vida. Igual hay gente que le encanta ir a trabajar a las siete de la madrugada y otros se cagan en todo, pero si nos dan a escoger supongo que el 90% de la humanidad preferiría no tener que ir a trabajar, ni por la tarde.

Entonces me he encontrado con una profesión que me permite organizarme el día a mi manera, salvo cuando hay algún trabajo en televisión con un horario concreto, pero siempre es algo temporal...

A lo que iba, después del desayuno he ido a ver a mi familia, pues mi padre estaba algo enfermo, luego he comprado unas pinturas y he pintado unos muebles de mi casa. Por la tarde, he leído un rato el guión de una película y me he echado una siesta. Al despertar, he hecho mi tabla de gimnasia, y ahora, la entrevista. Cuando acabemos, me iré a cenar.

-Hoy tiene usted la desgracia de que su padre está un poco enfermo, pero normalmente goza de una salud espléndida.

-Si, es cierto. Goza de bastante buena salud. También voy mucho a pasear, me encanta pasear por Barcelona, la considero la ciudad más hermosa del mundo y ya que tengo la suerte de vivir en ella, paseo por sus calles. Es una gozada. También escribo cosas mías o hago guiones. Tendría que ser más disciplinado en cuanto al trabajo, pero estoy pasando una época en que, no lo niego, no tengo ganas de hacer absolutamente nada. [69]

Ramallets y don Benigno

-¿Usted se aburre?

-Sí, hay momentos que sí, como todo el mundo, supongo.

-No me salga con lo de «como todo el mundo».

-Hay momentos que me aburro, que me viene el mundo encima, me aburro como una mona. Quizás no sé administrar bien el tiempo libre de que dispongo.

-¿Su tiempo libre?

-Cuando no escribo, hace mucho tiempo que no escribo, estoy insatisfecho y me aburro.

-Claro, usted vive solo.

-Sí.

-Tal vez si tuviera una familia, unos hijos, estaría más ocupado.

-No, no. Déjeme de rollos, déjeme. No he nacido para eso. No me gustan ni la familia, ni los hijos... Con eso no quiero decir que no me gusten los niños, pero no es para mí. Me gustan los niños de los demás y no todos, algunos.

-Cuando habla de que le gustan los niños me habla usted en clave de Arny, en plan paidófilo...

-No le hablo en clave de Arny, le hablo en clave de vida normal. Los niños pequeños no me gustan. Cuidado, me gustan algunos que son muy simpáticos pero no estoy especialmente entusiasmado con ellos. Me parece, además, que ahora está saliendo una generación muy mimada y consentida.

He viajado por todo el mundo y he visto niños tercermundistas, que me recordaban un poco a los de España, cuando yo era niño. Eran más vivos, más espabilados tal vez por la carencia de cosas. No hay que prescindir de la sociedad de bienestar, [70] pero me dan miedo los niños estos que están saliendo. ¿Se imagina lo que puede ser dentro de unos años un mundo llevado por una generación de mimados y consentidos, de niños mandones, tontos e imbéciles?

-Los de su generación y los de la mía son los que los han subido así.

-Nosotros éramos más pillos, no teníamos esa mala leche, porque de entrada con tus padres no existía ese lenguaje, este consentimiento...

-Señor Rubianes, cómo me sale con lo del lenguaje, con las palabrotas que usted utiliza en público y en privado...

-Creo que los niños son cabrones, muy cabrones. Yo he visto el comportamiento de hijos de mis amigos, a otros los veo por la calle y son insoportables, bobísimos, pataleteros.

-¿Cómo era usted de pequeñito?

-Yo era revoltoso, pero a mí me marcaban de cerca. Mi padre me dejaba hacer, pero algún guantazo me caía, que una hostia a un niño tampoco le va mal. Somos animales racionales, el padre o los padres tienen que marcar un poco de autoridad, porque si no se te suben a la parra. Si se te sube un amigo ¿qué no hará tu hijo que te tiene más confianza?

-Cómo ha pontificado, cómo ha sintetizado el problema familiar (Nos reímos). Usted ¿qué recuerda de su infancia?

-Ahora la recuerdo con cierta nostalgia. Unas cosas con cierto cariño y otras con cierto horror, pero me vienen muchos recuerdos.

-¿Qué paisaje le viene de su infancia?

-Pues el pasaje de La Paz, la zona de la Barcelona de las Ramblas es el paisaje al que le tengo más cariño.

-No quisiera llamarle mayor, pero ¿cómo eran las Ramblas en los años 50?

-Eran otra cosa, claro. En aquella época no había televisión y recuerdo ciertas calles al lado del pasaje de La Paz donde la gente ponía en verano las mesas en la calle y se sentaban a la fresca. La calle San Francisco, Bofarull, dueño del restaurante Los Caracoles, que llegaba en coche de caballos. Había un juego: mi madre me daba un pedazo de pan y me decía: «Vete allí al restaurante Los Caracoles» y veías cómo asaban los pollos, cuando el pollo sólo se comía por Navidad. Cogías el pan y a la [71] que el cocinero se despistaba, mojabas el pan en el aceite y salía el camarero detrás tuyo: «¡Verás como te agarre!»

-Cuando hacía frío, en invierno, había visto algún mangui quitarse el frío al calor del fuego de los pollos... Por allí también había un tablao flamenco.

-Sí, en la calle San Francisco había dos o tres.

-En la calle Escudillers actuaba «Bola de Nieve», famoso bolerista cubano.

-Sí, el flamenco estaba muy dirigido al turismo. Recuerdo haber visto a Robert Taylor en Los Caracoles.

-¡Hombre!

-A Mario Cabré y a Dalí. Yo jugaba por allí. Siempre estaba por la zona hasta las ocho y media o las nueve en que la gente venía a cenar a la pensión... Veía a Chamaco, famoso torero de la época, que tiene un hijo también torero...

-Los marinos americanos.

-Sí, claro. La sexta flota. Te daban dinero. Les decías: «money, money» y te daban duros o lo que llevaban suelto.

-Usted vivía en el pasaje de La Paz, donde aún viven sus padres.

-Sí.

-Y allí tenía usted una pensión.

-Bueno, yo no, mis padres.

-Aquella pensión también era un mundo.

-Claro que era un mundo. Además, cuando mi padre abrió la pensión tuvo la suerte que coincidió con la llegada del turismo a España, lo que permitió que viviéramos bien. Mis padres trabajaban muchísimas horas, pero gracias a eso pudimos estudiar mi hermana y yo.

-¿Y usted no colaboraba en las tareas de la pensión?

-Sí. Carmen, mi hermana mayor que yo, ayudaba en la contabilidad y yo era experto en cortar el pan de las comidas. Mi madre en la cocina y mi padre en las mesas. Me escaqueaba como podía. A veces me mandaban a por aceite y mi padre se desesperaba al ver lo que tardaba: «¿A dónde fuiste?», preguntaba cuando regresaba.

-Su padre era marino.

-Sí, pero no le gustaba navegar, no le gustaba estar separado de la familia y de ahí lo de la pensión. Yo no he conocido [72] la vida de familia clásica encerrada. En mi casa han vivido siempre como cuarenta personas de todo el mundo, lo que también te daba otra dimensión. Ha habido cosas que me han marcado, por ejemplo, el hecho de que mi familia no fuera aficionada al fútbol, ni a los toros. A mí no me gusta el fútbol, bueno no me gusta, me es indiferente. Me encanta Cruyff, me encantan una serie de futbolistas que son mitos.

-¿Su máximo mito, quién era?

-Hombre, Ramallets y Kubala, por supuesto.

-Usted jugaba de portero en la calle.

-Sí. Un día me encontré en un programa de televisión con Zubizarreta, el gran portero vasco. Tuve la suerte de conocerle, porque es un tío que me cae de puta madre y estuvimos toda la tarde hablando. Le conté que yo jugaba de portero y me dijo que le gustaría escribir un libro para hablar de toda la gente famosa que ha querido ser portero.

-¿Hay muchos?

-El tío dijo que la tira. Gente que no tiene nada que ver con el mundo del espectáculo y del deporte, y que en el colegio jugaban de portero.

-Tal vez para ser portero se requiere una personalidad diferente...

-A mí el que me entusiasmaba era Ramallets. De pequeño, yo vivía obsesionado con Río de Janeiro, porque yo había oído hablar de Río a mi padre, mis tíos, mi abuelo. Había visto alguna foto de Río y me tenía loco. Y Ramallets fue a jugar el Campeonato del Mundo a Río en el año 50 y le llamaban el Gato de Río.

-Y el guapo goleiro.

-Fue la estrella del mundial. Yo lo tenía mitificado. En el año 60 mi tío Lelo me llevó al fútbol, mi sobrina aún conserva la entrada, y tuve la suerte de ver al Barça contra el Santos de Brasil con Pelé, Pepe, Zagalo y el Barça con Ramallets y Kubala y vi unos paradones de Ramallets acojonantes e incluso yo explicaba a mis compañeros de colegio que era familia de Ramallets, que yo me llamaba José Rubianes Ramallets. Cambié el Alegret por Ramallets, que suena parecido.

-Y usted, según cuenta la leyenda, jugaba de portero hasta con el traje de Primera Comunión. [73]

-Bueno ya se sabe que en aquella época el traje de comunión se reconvertía. Me hicieron un traje, creo que era gris, con pantalón largo. Después, una vez hecha la comunión, fuera galones, fuera oropeles y me quedé con un traje que utilizaba los domingos para ir de paseo con mis padres. Un domingo estaba en la plaza Medinaceli con unos amiguetes y partido que te crió y yo con el traje flamante hice una palomita al estilo Ramallets. Caí de lado y me jodí todo el pantalón, se quedó rasgado. Toda la cacha al aire y el pantalón hecho jirones. Me fui para casa y entré de lado ocultando el estropicio y mi padre: «Venga, prepárate, que vamos a cenar, ¿qué llevas ahí, qué pasa?».

El resto ya se lo puede imaginar. Me pusieron a caldo. «Con lo que le cuesta el traje a tus padres». Y mi madre decía: «En la cabeza no, Pepe, que puede quedar tonto». «¿Más aún?», contestaba mi padre.

-¿Éste es el mismo traje con el que paseaba usted por las Ramblas estirado?

-No sé si era el de la comunión o uno de los primeros trajes que me hicieron, aquellos de «Quítate. Ponte bien». Te hacían ir casi como a un maniquí. «Ponte recto que llevas la arruga montada en el zapato por la parte de atrás». «Estírate bien, quítate la chepa», iba como un torero por las Ramblas. Mi madre me veía un hilo y me lo sacaba. «Ven aquí. Hala, vete». Me tenían harto con el traje y eso que tardé bastante en tener un traje de pantalón largo, porque me alargaron el tema de los pantalones cortos que ya me daba una vergüenza de cojones andar con ellos.

-Esto de los pantalones cortos era un fallo tremendo.

-Había un chica de mi calle que me gustaba, pero iba cortado con lo del pantalón corto y cuando me puse el pantalón largo estuve horas delante de su balcón para que me viera.

-Y ¿tuvo éxito?

-Pues no, nada. Que muy bien. Ni caso.

-¿Hacía colecciones de cromos?

-Sí. De futbolistas y de chocolates Batanga, aquellos de los negritos.

-Batanga. Vaya hombre, lo ha recuperado usted de mi memoria. Y debería ir bien de dinero para comprar cromos.

-Sí, le mangaba a mi padre el dinero. [74]

-¿Qué dice?

-Por las mañanas cuando iba al colegio. Mi padre tenía la costumbre de dejar el dinero encima de la mesita de noche y yo al darle el beso de despedida le tapaba la mesita con el cuerpo. Con una mano le abrazaba y con la otra le mangaba alguna peseta o algún duro para cromos.

-Nueva versión del beso de Judas.

-Sí. Hasta que me enganchó. Coño si me enganchó. Él notaba que le faltaba algo y me montó una trampa. Un día me siguió y vio cómo entraba a comprar los cromos. Yo escondía el álbum con los cromos fuera de casa en un escondite muy pequeñito que había en el pasaje de La Paz, para que mi madre cuando limpiara no los viera. Lo tenía tapado con una especie de piedra en un escondrijo perfecto... Mi padre me siguió, vio el agujero, metió la mano, sacó el álbum y cuando volví del colegio, me encontré el álbum encima de la cama. Me dio el álbum y me dio de todo. Me cayó toda la caballería encima.

-Su padre le daba bien...

-«Ladrón. Te voy a cortar la mano», me decía.

-Así que su padre lo ponía guapo (Risas...). Pero es que usted andaba siempre metido en follones.

-Sí. Era un follón continuo.

-Cuentan que era un poco inconsciente, ingenuo, inoportuno con las visitas...

-Había un matrimonio, ya no me acuerdo del nombre, que venía mucho a casa de visita y mi padre decía: «Coño, los pesados estos todos los domingos aquí a dar la lata». A mi madre le gustaba la gente, pero a mi padre no le apetecía el rollo de aguantar a nadie por compromiso. A él le gustaba estar sólo.

-Ha salido a su padre.

-En ciertos aspectos sí. Los domingos por la tarde estábamos en la pensión tan tranquilos y aparecían los pesados con el pastel. «Hola Lolita, hola Pepe». «Para que os habéis molestado con el pastel», decía mi madre. «Sentaros, hala. ¿Un cuenquillo de café?» Así todos los domingos, hasta que un día estaba yo por allí en medio mirando y dije: «Pues sabe lo que dice mi padre, que son ustedes unos pesados y que está harto de verles cada domingo». Mi padre rápidamente terció un «no hagas caso. Son cosas de críos. Pepiño que es un travieso». Se creó un ambiente tenso [75] que se cortaba con cuchillo. «Bueno, nosotros nos vamos a ir». Y mi padre: «Por favor, ¿a dónde vais?, que son cosas de niños». Y yo, insistiendo: «Pero papá, si antes de que llegaran has dicho que eran unos pesados». Y mi padre: «¡Que te calles la boca!».

Se fueron, no volvieron más y me quedé muy satisfecho, por el favor que había dispensado a mis padres. Yo pensaba erróneamente: «Ves, si se dicen las cosas sin rodeos, funciona mejor». Pero al cerrar la puerta, mi padre me demostró con hechos palpables y golpes contundentes que él opinaba de manera distinta.

-A usted le gustaba decir las cosas a la cara.

-Era pura inconsciencia.

-Menos mal que, un amigo de la escuela le echó un cable para reivindicar sus derechos y frenar los atropellos a los que le sometía su padre.

-Sí, había un compañero de la escuela primaria del barrio, de la Plaza Real, porque antes de ir al colegio de pijos, de lo que me acusa usted, estudié hasta los catorce años en un colegio más modesto. Pues bien, yo le contaba a un compañero de clase las tortas que recibía de mi padre y me dijo un día: «¿Tú quieres acabar con esto de los guantazos de tu padre? A mí, mi padre me pegaba hasta que me he plantado delante de él y le he dicho: ¿A qué no me tocas hijo de la gran puta? Atrévete a tocarme otra vez, hijo de la gran puta». Y yo dije, pues manos a la obra. La ocasión no tardó mucho en presentarse y en un momento de esos en que se intuía el guantazo, me planté delante de mi padre y le solté: «¿A qué no me tocas, hijo de...», y ya no me atreví a continuar. Me quedé clavado en el «hijo de», pues ya vi cómo mi padre cambiaba la expresión y el color de la cara. «¿Qué dijiste?» Y antes de que pudiera repetírselo, me arreó una que no veas. De nuevo «¿Qué has dicho?» y otra vez a caldo. Bueno al día siguiente fui a clase y parecía El Lute

en la foto aquella, cuando lo agarró la Guardia Civil tras largos meses de persecución y le pregunté a mi compañero, «¿Pero, qué clase de padre tienes tú, que se acoquina tan rápido?». El mío era como una locomotora que se me vino encima. Todo un tren, el Shanghai de Galicia, como le llamaban entonces.

-También cuentan, esas leyendas gallegas donde se confunde la realidad con la ficción, nunca se sabe, que usted fue un [76] prematuro asesino de un familiar suyo. Ahora que, evidentemente, el delito ya ha prescrito y por lo tanto ya no irá a la cárcel, ¿nos puede aclarar el entuerto?

-Bueno, yo tiré a mi abuela al mar, en las Golondrinas del puerto. También por mi afán de redentor de causas perdidas. Mi padre, que estaba harto de mi abuela que era su suegra, siempre se quejaba, cuando se cabreaba con ella: «¡Ay, esta vieja que nunca muere!». Tanto lo repetía que yo, por hacerle la pelotilla a mi padre, un día que mi abuela me sacó de paseo por el puerto cerca de Colón, cuando íbamos a la orilla del mar, la empujé y se cayó al agua. Un señor que pasaba por allí se tiró al mar y la salvó. Recuerdo a mi abuela con sus setenta y pico de años saliendo del agua con un poco de alga en el pelo. La llevaron a casa el señor que la salvó y un guardia urbano. De todas maneras no acababa de ver claro si mi acción liberadora sería bien interpretada por mi padre. Estaba un poco cagado, después de aquel baño forzoso.

Abrió la puerta mi padre y se encontró con la abuela mojada, el señor también y yo completamente seco. «¿Pero qué ha pasado Pepiño?» me preguntó mi padre. Yo callado y mi abuela decía: «Fue Pepiño, pero no le pegues, pobrecito», decía aquella santa mujer. Pero ni Pepiño, ni pollas. Otra vez la caballería encima.

Me acuerdo de aquel señor, al que mi padre le había dejado un traje que le venía enormemente grande, pues mi padre era así fortote y le quedaba como acharlotado... Mi abuela encadenó un proceso de enfermedades y se murió. Siempre pensé que yo había sido el causante de aquella muerte...

-¿No se le ha ocurrido nunca ir a pie a Montserrat para intentar reparar el daño cometido?

-No, porque mire usted, mi familia no ha sido nunca de misa, una familia así muy católica. Mi madre iba a misa, pero a mi padre no lo recuerdo nunca en misa. Alguna vez, cuando la comunión, dos o tres veces y tal. Mi familia no ha sido así muy creyente.

-¿Su madre no era presidenta de las hijas de María?

-Sí, pero eso era en Villagarcía, luego lo fue dejando. Allí estaban todo el día con el cura.

-Cura famoso.

-Sí. Don Benigno. Todo un personaje, sí. [77]

-Creo que tiene una estatua en su pueblo.

-Sí. Estuvo de cura en Villagarcía la tira de años. Su tío que también se llamaba Benigno y también era cura le había precedido en el cargo.

-Creía que iba a decir que el padre de don Benigno también era cura.

-No, hombre, no. El cargo se pasó familiarmente, pero al final no sé qué coño debió pasar, que cuando era viejo quitaron a don Benigno de Villagarcía y lo mandaron a La Coruña. Cogió un disgusto muy gordo y murió.

-Su padre sospecha que era su competidor.

-Sí. Había las coñas esas. Mi padre dice que mi madre tenía lío con don Benigno, porque el día de su boda, que por supuesto la celebró don Benigno, se giró un momento discretamente, entonces la misa se celebraba de espaldas a los fieles, y le guiñó el ojo a mi madre. Esto, mi padre lo cuenta siempre y ella se descojona.

-Ella lo desmiente

-Sí. Dice: «Si era un santo. Jamás tocó a ninguna de nosotras. Con lo bien que nos trataba a todas...» Bueno, según mi padre, don Benigno se cepillaba a todas las de Villagarcía y a todas las de Villajuan.

-Y, ¿usted qué cree?

-No sé. Alguna habrá caído. (Se ríe).

-Entre confesión y rosario.

-¿Toda su familia es de Villagarcía?

-Sí, todos. Menos mi bisabuelo o mi tatarabuelo, que era de Barcelona, y que se fue a montar una conservera a Villagarcía. Por eso me llamo Alegret de segundo apellido.

-Por el carácter tan alegre que tiene.

-Exactamente.

-¿Cómo se le ocurrió a su padre venir a Barcelona?

-Mi padre era marino mercante y se quería ir a vivir a la Argentina. A mi madre le salió la vena patriótica y le dijo: «Llévame adonde quieras de España, pero, al extranjero, jamás». Los únicos puertos en los que atracaban los barcos en España eran Cádiz y Barcelona. A él no le gustaba navegar. Lo hacía más que nada, porque al acabar la guerra civil tenía unos veinte años, era la única salida que había en la ría de Arousa, embarcarte para [78] ganar algún dinero. Se embarcó y anduvo navegando hasta el año 1952. Entonces con otro compañero del barco hablaron de montar un pequeño negocio en Barcelona.

Mi padre en el barco trabajaba de marinero de cubierta y se fijaba en cómo ponían los camareros las mesas, los cubiertos y toda la historia. Así que con el dinero que ahorraron, más otro que les prestaron alquilaron un piso y montaron la pensión.

La primera idea fue trabajar con los marinos gallegos cuando paraban aquí. Hoy esto se ha acabado, pero entonces había bastante movida. Así empezó y nos trajo a todos a Barcelona. Yo tenía unos cinco años.

-Ustedes vivían en la zona rural y marinera de la ría de Arousa en una casa con abuela, con gallinas, huerto...

-Sí, como en Catalunya lo equivalente a una masía, eso era la casa de mi abuela.

-Y su familia sigue allí.

-Sí, salvo algún primo o primo segundo que vive por aquí, los demás siguen en Villagarcía.

-O sea que usted, sin querer ofenderle, es para los familiares del pueblo, el señorito, el que fue para Barcelona. En una familia de rudos y luchadores marineros, apareció un filósofo.

-Sí, claro. Yo he sido en mi familia de los primeros que estudió, que tuvo acceso a la Universidad. Mi familia ha sido de marinos en un 80%. Después ya han venido otras generaciones y todos han estudiado... pero yo fui, digamos el primero de mi familia.

-A usted le hubiera tocado ser marino tirando de amarre o heredero de la pensión de su padre.

-Ni marino, ni continuador de la pensión tampoco. Él quería que hiciera una carrera universitaria. Abogado, médico, un chico famoso. El plan era cojonudo: ser abogado para casarme con una rica, la hija de una familia de esas poderosas y montarme en el dolar. Pero, los ricos, se lo digo a mis padres, cuando recordamos el tema, no sueltan un duro. Por eso son ricos.

-En la pensión Rubiprat, de Rubianes y Prat, su padre organizaba unas fiestas en plan café-teatro.

-Sí, se hacían muchas fiestas y él cantaba. Muchas veces invitaba a los clientes y aquel día no se pagaba. Mi padre había conocido a muchos artistas que trabajaban en el barco. A veces [79] venía, por ejemplo la compañía de Gracia de Triana y se hospedaban los bailarines que se habían enterado que había abierto una pensión. O él se movía para potenciar el negocio. Era su marketing. Iba a verlos a los teatros: «Hombre, coño Rubianes». Claro, nunca eran las grandes estrellas con las que tenía trato. En el barco se hacían muchas fiestas. Actuaba Rafael Farina, que entonces ya era famoso, Carmen Morell y Pepe Blanco... Las grandes estrellas hacían las fiestas con el capitán y después los guitarristas, los bailaores flamencos bajaban donde estaba la tripulación y montaban unos saraos flamencos impresionantes. Yo recuerdo ver pasar por mi casa compañías enteras de artistas. Había fiestas que duraban tres días. Empezaban el sábado y no acababan hasta el lunes. Si se celebraba un cumpleaños, allí se cantaba, se bebía... Mi madre hacía comida a la gallega: para tres días. Y también cuando venían sus compañeros del barco o familia, mis tíos por parte de mi madre. Siempre que venía alguien allegado era motivo de fiesta, eso sí lo recuerdo...

-Y su padre hacía actuaciones.

-Sí. Se vestía de Lola Flores o de Carlos Gardel y me sacaba a mí de bandoneista, en una especie de escenario en el comedor de la pensión.

-Allí empezó usted su carrera de actor y a hacer los sonidos guturales que le han hecho famoso.

-Sí. Me ponía a su lado, mi madre tiene fotos de esa época y estamos allí en la pachanga.

-Y su tío Lelo, ¿qué?

-Bueno, éste era el no va más. Cuando paraba en Barcelona, me llevaba al Paralelo. Le conocían todas las putas del barrio chino.

Una vez en Villagarcía le dijo a su mujer: «Carmen, me voy un rato a despedir a este amigo». Se trataba de un compañero marino. Mi tía no supo nada más de él hasta que le llamó al cabo de tres días y le dijo que hablando, hablando, lo había acompañado hasta Cádiz. [80] [81]

Aranguren, Tierno y Cugat

-Señor Rubianes, hoy creo que es el cumpleaños de un familiar suyo muy allegado.

-Sí. De Aitana, mi única sobrina. Hoy cumple diecinueve años, diecinueve hermosos años.

-¿Y cómo se ha quedado usted?

-Me he quedado atónito, porque yo siempre pienso que es una niña y resulta que ya tiene novio. Es muy guapa. En eso ha salido a su tío.

-Si piensa que tiene siete años, es porque usted cree tener treinta y uno.

-No, lo que pasa es que mi contacto con ella ha sido muy esporádico. No he estado encima de ella, digamos. Tengo muchas fotos de cuando era una niña con mi hermana Carmen, con mi primera mujer, Lucila. Por cierto, señor Flavià, ¿le suena de algo este nombre?

-Sí, hombre, muy bonito. De la canción de Elvis Presley, *Oh Lucille!*

-Como le decía, tengo la imagen de niña y siempre que la veo, me quedo un poco sorprendido. Es toda una mujer de rompe y rasga.

-Tampoco es usted un niño.

-No, tengo cuarenta y ocho y en septiembre cumplo cuarenta y nueve años.

-Estamos más cerca del final del trayecto que del principio.

-Sí, como Indurain, después de subir el pico del Tourmalet, cuando empieza la bajada en picado, a tumba abierta,

-A tumba abierta, nunca mejor dicho, don José. La diferencia estriba en que Indurain cuando desciende es en pos del triunfo. [82]

-Hombre, morir también puede ser un triunfo. La culminación de un todo: morir de viejo. Por lo menos has resistido como el ñu, cuando logra cruzar la sabana, cosa que entraña mucho riesgo y hace que los ñus que llegan a viejos sean super considerados por los de su especie. Hay una especie de distinción, simplemente por llegar a viejo.

-¡Rubianes, parece un documental de animales de la segunda cadena...! ¿Morir de viejo es lo mismo que morir de asco?

-Depende, los hay que mueren de asco y otros bailando como Xavier Cugat.

-Y otros bailando con sus ideas, como su estimado...

-El doctor Aranguren, una vejez auténtica y total. Lo que tiene que ser tremendo son esas vejeces aburridas, de estorbo. La sociedad en que vivimos tiende a eso, la vejez es símbolo de molestia, de mueble.

-O sea, que usted quisiera ser un viejo verde entre Cugat y Aranguren.

-Un viejo verde, sí. Un poco de baile, un poco de mambo y un poco de libro. Me consta que el señor Cugat también leía.

-Vaya usted a saber si el profesor Aranguren tendría su rinconcito bacilón, porque se comenta del otro gran profesor, don Enrique Tierno Galván, que tanto le impresionó cuando siendo alcalde de Madrid recibió al Papa, Juan Pablo II, hablándole en latín.

-A mí me impresionan todos ellos, Tierno Galván, Aranguren, toda esa gente que fueron los grandes catedráticos de la universidad española en la época de Franco, todos ellos de una excepcional categoría intelectual y de una gran valentía, pues se enfrentaron al sistema y fueron expulsados de la Universidad. Son hombres, lo que se llama campeones, super bien preparados, cultísimos y sabios, viejos sabios.

-Me contó mi amiga Rosana Torres, periodista de *El País* que Tierno era además de viejo profesor, un viejo verde que tiraba los tejos que era un primor.

-Hombre, todos ellos.

-Pero Aranguren era más bien católico.

-Sí, pero...

-Quiere decir que tal vez pecaba.

-No sé, no he tenido el placer de conocerle, pero [83] Aranguren tenía fama de ser muy mujeriego, de gustarle mucho las mujeres. No es nada malo. El libro no está reñido con la curva.

-El libro y la curva pueden unificarse. En su juventud se utilizaba mucho el libro para la curva, ¿no?

-En la mía o en la de Tierno Galván (Risas...).

-No, no, en la suya, señor Rubianes.

-Cuando estaba en la Universidad en el cacareado mayo del 68, había mucho contacto oral en el ligue, mucho cambio de impresiones. Por lo menos se leía algo, a alguien le habrá aprovechado la historia.

-En una de sus obras, *SCUMMM*, recuerdo cómo explica la historia de uno que aprovecha sus recuerdos de la «lucha política» para ligarse a una niña...

-Pero ése es un cabrón, hombre. Hay mucho fantasma con el mayo del 68. Al ser un movimiento juvenil dio cabida a todo dios y aparecen los que lo hunden, los que lo fastidian... Ayer me pasó un incidente, para que vea.

-¿Ayer?, si yo lo dejé tan tranquilo...

-No llegó a incidente, pero casi. Estaba yo en el bar Raval...

-Como siempre.

-Y estaba nuestro común amigo Miguel Horta con un pijo de estos de Barcelona, que se empezó a pasar conmigo, haciéndose el gracioso y yo, por respeto al señor Horta, no le di un puñetazo.

-¿Pero iban los dos juntos?

-Sí. Estaba su prima Ana, Horta y este tío. Y hablaban de mis libretas porque Horta explica todo lo mío.

-Como iban juntos a la Academia de la Plaza Real.

-Empezaba: «Explica lo que te pasó con tu padre el día que le plantaste cara y le dijiste que era un hijo de la gran puta...» Y el otro vacilando, hostia, me puso malo.

-¿Era de la edad del luchador, qué luchador, gladiador antifranquista, Miguel Horta?

-Quizás un poco más joven. Tirando a la mía.

-¿Sabe que a causa de su militancia política tuvo Horta que exiliarse a Londres?

-Sí, fue un héroe de la lucha antifranquista. Héroe ponderado [84] por el «Campesino».

-Hoy empresario de una editorial intelectual...

-Toda esta gente, estos fantasmas y todo este rollo son los que joden y destruyen todo lo que tocan. En el 68 pringó el obrero, el trabajador, el de siempre... Los otros, los señoritos, los cabezas de movimiento, a vivir del cuento. Míralos ahora lo que hacen: contar batallitas de su época universitaria. También hay gente cojonuda y muy valiosa. Te puedo nombrar algunos que, son profesores y trabajan, pero la mayoría son bastante fantasmas y el número de *SCUMMM* refleja al fantasma.

-Total, ahora que son mayores ya no luchan por nada.

-Sí, juegan a estar de vuelta de todo. Para mí una de las cosas más bonitas de tipos como Aranguren y Tierno es que a pesar de todo lo que saben y de todo lo que han vivido, no están de vuelta de nada y son los primeros en manifestarlo. La humildad, seguramente lo podrá glosar usted con alguna frase, es la madre de estos grandes hombres.

-Bueno, usted siempre cita aquella frase archisabida de «Sólo sé...»

-«...que nada sé», de nuestro amigo Sócrates.

-Esta cita, junto a la de Ortega y Gasset de «yo soy yo y mi circunstancia», es número uno en el *hit parade* de frases de filósofos. Son como «El manisero»... Entonces toda esta gente del 68 se está haciendo mayor. ¿También los ve usted mayores?

-Físicamente, sí.

-Y usted ¿se nota mayor?

-Hombre, claro. Me miro en el espejo y no tengo la imagen muy clara. Me veo una mezcla de joven y mayor. Me doy cuenta, cuando la gente joven me habla de usted, como hablaba yo de niño a los amigos de mis padres.

«Me río mucho con usted, señor Rubianes. Me gusta mucho lo que hace», le dicen... Yo a los que veo muy mayores son a mis amigos casados, cuando los veo con la familia y los hijos. ¿Le pasa a usted lo mismo?

-Ah, sí. Veo sus problemas familiares y como estos temas no me han interesado mucho, me parecen de otro planeta.

-Desde luego, con los problemas que tuvo con su padre, herniado con las palizas que le daba, no tiene por qué interesarse en la problemática familiar. Ya cobró lo suyo. [85]

-Cubrí el cupo. Pero a estos tíos los veo en otra onda... Supongo que el ser padre es otra historia y otra vida condicionada un poco por los hijos. Claro, yo soy una persona más libre, en ese sentido no tengo ataduras, no me preocupa ni mi hijo, ni mi hija.

-¿Cómo se ve cuando sea viejo?

-No lo sé, primero no sé si llegaré.

-¿Por qué? ¿Tiene algún achaque?

-No, pero suponiendo que lleguemos, me gustaría estar con mis amigos y pasármelo lo mejor posible. Salvo que me recoja alguna amiga, mi hermana o mi sobrina o tal, no sé..., pero tampoco pienso en ello, ni me preocupa. Ya improvisaremos sobre la marcha.

-Cada día tiene su pena, dice el Evangelio. También cree usted en la Providencia «mirad los lirios del campo como crecen sin que nadie los cuide...»

-Sí. No me hago planteamientos de futuro.

-¿Pero se ve, por ejemplo en un escenario con sesenta y pico de años con aquello de «Estaba Jesucristo...» de su famoso número de la Pasión?

-Con sesenta y pico, pues claro que sí. Yo hablo de vicio, de ochenta para arriba. Es cuando empiezan los problemas físicos.

-Siempre puede interpretar el papel de actor que pierde la memoria.

-Me condiciona el físico. Ahora tengo un desgaste de energía en el escenario que supongo que con sesenta años no podría mantener, pero con pillería y eso, seguramente te va saliendo. Yo vi al gran Darío Fo con sesenta y pico de años en el Teatre Grec y estaba fantástico.

Una vez presencié un partido de tenis entre Andrés Gimeno y Roy Emerson, dos históricos del tenis, tenían más de cincuenta años y era una maravilla verles jugar. No corrían como Sergi Bruguera, pero le daban a la pelota con gran maestría. Vas dosificando las energías.

-Notamos, señor Rubianes, que no mentía al decir que sabía jugar a tenis, porque le vemos bien informado de antiguos campeones.

-Es que aquel partido me impresionó. Vi a Gimeno jugar [86] un partido precioso, jugaban para disfrutar, no para ganar. Era un disfrute presenciar a dos de los grandes maestros del tenis, pelotas al fondo de la pista, dejadas a la red. Hicieron jugadas realmente sensacionales. Con el teatro se puede hacer esto. No haré el salto mortal, pero podré decir cosas, sin moverme tanto. Con los años se adquiere experiencia. Antes acababa las funciones como un futbolista con la lengua un palmo fuera y ahora lo llevo más tranquilo, más en plan de jugar con el gesto.

-Más como su estimado Franz Beckenbauer, entregando la bola sin correr... Por cierto, ¿se le han muerto muchos amigos?

-Hostia, pues sí. Bueno, grandes amigos, por suerte, ninguno. Conocidos sí. Ahora recientemente ha muerto uno, un actor que se suicidó y claro, cuando la muerte anda por ahí...

-Van bombardeando.

-Dices, joder. Es una sensación bastante impactante, no piensas en ella y te aparece de golpe.

-¿Le tiene miedo a la muerte?

-Hombre, no me agradaría, supongo que como a todo quisqui, estar ahí revolcándome de angustia y de dolor hecho una mierda. No le temo a la muerte fulminante que es la que me gustaría: un infarto, una cosita así y pim, pam, fuera.

-Podría ser el último espectáculo de Rubianes, allí en el escenario.

-No, hombre, no. No quiero morirme en el escenario, preferiría los brazos de una señorita, su ternura y su calor. Sería una putada para ella, pero bueno.

-Qué creído es, señor Rubianes.

-No me salga torciendo las cosas. La putada sería por el susto que se pegaría la pobrecita.

-Mientras no se lleve una alegría... De todas maneras yo me refería como su último gran espectáculo el ataúd en el escenario. Espero verlo.

-Estaría bien llevar el ataúd en la furgoneta, por si acaso. «Parramón, pásame el ataúd».

-¿No se ha imaginado nunca su propio entierro?

-Sí, creo que todo el mundo lo ha imaginado. Veo a los amigos, me veo yo puesto, veo que me llevan al cementerio, me meten dentro del nicho...

-Que algún amigo cabrón se ríe... [87]

-Aquello es lo último.

-El cemento, la paleta, ¿cómo es aquel ruido?

-Chuff, chuff. Ahí sí que no hay salida, salvo que el juez dictamine desenterrar el cadáver, pues igual me han envenenado.

-De todas maneras y tal como dice, quizás se valora o se le da excesiva importancia al hecho de morirse, ¿no le parece?

-Claro. Es el peso de la tradición y de la historia. Hay países en los que es una alegría, una fiesta, en Oriente, en la India...

-Es usted tan viajado.

-Aquí es algo espantoso, pintado como una cosa negra, supongo que la Iglesia ha tenido mucho que ver en estas lecturas así tan tenebrosas.

-Siempre la Iglesia, señor Rubianes. A ver si la Iglesia va a tener la culpa de todo. ¿Ha pensado cuánta gente vive de la muerte?

-Muchos, empezando por el de la paleta, los de las casas fúnebres, los de las flores, los de las cintas, los de los grabados de las cintas, aquello de: «le pondremos aquí un doradito», «con cariño de Pepi». Fotos, el notario, el médico, el abogado. Pues pueden vivir igual cuarenta o cincuenta personas.

Siempre he pensado que tener una funeraria debe ser muy fuerte. Una mentalidad muy curiosa. ¿De qué vives?: del muerto. Aparte es un negocio que no se acaba.

-Recuerdo la película *El verdugo*, que supongo habrá visto, en que salía el gran Pepe Isbert y nada más empezar aparecía un enterrador diciendo: «En este oficio no se gana mucho dinero, pero es seguro. No hay crisis».

-Hombre, vi la película aquella del verdugo, pero no me acuerdo del director.

-Sí, su amigo Luis G. Berlanga.

-No, me refiero a un reportaje sobre los verdugos, que hizo Patino.

-Y ya sabe que su hermano era el secretario e ideólogo del cardenal Tarancón.

-¡Ah!, sí, que era sacerdote.

-Martín Patino, que escribía en *La Gaceta Ilustrada.*

-Que son castellanos viejos. Precisamente ahora que menciona al cardenal Tarancón me compré los videos de la serie *La* [88] *Transición* y hay momentos en la muerte de Franco en que se ve a los fachas insultándole con el famoso «Tarancón, al paredón». Tenía que ver la postura y el empaque que tenía enmedio de aquel griterío de generales para arriba. Él hacía oídos sordos a toda esa escandalera, supongo que le pediría al Señor «perdónales porque no saben lo que hacen».

-Hace unos días don Adolfo Suárez dio una conferencia en la Universidad de Madrid en la que destacaba el papel de la Iglesia en la transición. Por lo visto, don Adolfo hace como usted: va de bolos por ahí. ¿Cree que le darán algo al duque por estas charlas?

-Creo que sí. A esta gente le tienen que pagar bien, deben tener un caché potente. De hecho, deben vivir de eso.

-¿Tendrá manager también que les organice las actuaciones?

-Hombre, manager, no. Tampoco van de actores, tendrán secretarios. Piense que un ex-presidente de gobierno, aun retirado, tendrá un equipo de gente trabajando para él bastante potente. Me parece que este hombre ha tenido muchos problemas familiares a nivel de enfermedad con su mujer y su hija y lo ha pasado bastante mal.

-Pues cuando está jugando al golf no parece que esté tan afectado.

-Ahora está bien, pero sé que lo ha pasado muy mal y se ha gastado todo el dinero que tenía en operaciones de su hija en América. Ahora dicen que resurge otra vez, por suerte. Además, es un tío que me cae de puta madre y me alegro de que haya superado todo eso y haya vuelto un poco a la vida.

-Estábamos, perdone usted...

-¡Ah!, sí, con los verdugos. Pues en la película de Patino, que cuando se rodó el oficio aún estaba en vigor, hablaban los verdugos como de su trabajo: «me levanto a las nueve, voy allí con mi herramienta, llego, pun-pun desayuno», era una rutina muy amena. Imagínate: «hijos míos, papá se va a trabajar».

-¿«De qué trabaja papá»?

-Por suerte ya no había muchas ejecuciones, pero después de la guerra civil, en los años 40, tendrían mucho trabajo.

-Igual les pagaban más. Tendrían un plus.

-Por muerte ejecutada. Aunque lo que más se llevaba era [89] el fusilamiento: el tiro al plato. Y aparte Franco, he leído en un libro que tengo por ahí, que Franco mientras tomaba el café ponía en el parte: «fulano garrote, fulano fusilamiento». Hacía una selección de métodos, según las personas. A otros les daba publicidad en la prensa...

-Al padre de Fernando Rey creo que también se lo cargó.

-No, lo tuvo en la cárcel. Franco había sido compañero de Academia con el padre de Fernando Rey, que era el general o el coronel Casado, no me acuerdo bien y en una recepción que dio Franco con motivo del estreno de una película, de esas de los años 40, le preguntó a Fernando, despistando: «¿Qué cuenta su padre? Mi padre, excelencia, está en la cárcel». Lo que no sé es cómo acabó la historia.

-Franco lamentaba el verse obligado a mantenerlo encerrado en prisión. Por cierto, ¿dónde ha leído todo eso?

-En libros que tengo de la época.

-Me refiero al de las ejecuciones del garrote vil, en que Franco va dando las recetas.

-Uno que se llama algo así como *Franco, el dictador implacable*.

-Si se acuerda de la película *El verdugo*, Nino Manfredi, el protagonista que interpreta el papel de verdugo, se pasa todo el rato separando gente que está a punto de pelearse...

-Sí, para que no haya líos y acabe en muertes y tenga que trabajar, porque se ha metido en este trabajo el pobre y está cagado... Al final, cuando hay una ejecución, hasta el reo le va consolando: «Hombre, tranquilo, que sólo es un momento». Una película genial por cierto, del gran Luis Berlanga.

-Pues fíjese bien, con la cantidad de gente que vive a costa de la muerte y usted puede decir con orgullo que lo que vende es alegría. No vende muerte, vende alegría. Total sólo cuatro gatos lo hacen: las putas, los restauradores del estómago, los camareros. ¿Cuándo vamos al abogado? Cuando tenemos problemas. ¿Al médico? Cuando tenemos un susto. ¿Al lampista? Cuando se estropea algo. Todos viven de las desgracias ajenas, en cambio usted, ¿qué vende?: Alegría. A lo mejor un matrimonio está cabreado, va al teatro y se lo pasan bien.

-A veces los reconcilio.

-El día que estuve en el recital de su amigo Joan Manuel [90] Serrat, pensaba: «la de gente que habrá pegado un polvo escuchando a este hombre». Esto, ¿también se le puede aplicar a usted?

-Me acuerdo, de jovencito, que fui de excursión con gente de mi barrio, de la plaza Medinaceli, a la montaña, no recuerdo exactamente a dónde...

-A ver un mossén, quizás...

-Ibas el domingo por la mañana y volvías por la noche y me acuerdo que uno del grupo se pasó todo el viaje cantando canciones de Serrat, del que yo no había oído hablar nunca: *Ens ho ha de dir la veu tremolosa i trista d'un campanar*... A mí me gustaba una de las chicas que iban allí y es curioso, porque siempre que oigo esta canción, me acuerdo de ese momento y de esa mujer, que no he vuelto a ver más en la vida. Tendría dieciséis o diecisiete años...

-Más vale que no la vea ahora.

-Estaba muy enamorado de ella y entonces, al escuchar aquella canción me encantó. Son de esos momentos de: «¡hostia, qué canción!». «Pues sí, es de un tío nuevo que ha salido que se llama Serrat». Supongo que mucha gente que va a sus recitales, se conocieron en aquella época y siguen juntos. Sí, vivirán un pequeño recuerdo: «Te'n recordes, nena?» y «Ponte que voy».

-Usted, más que fomentar el polvo familiar, igual ha ayudado a ligar. El tío que lo ve a usted en el escenario, le ve vacilando y ligón y, por mimetismo, va por ahí haciendo de Rubianes, ¿no? «Hola guapa, qué tal, a dónde vamos»... y la tía ji-ji, ja-ja y fíjese qué labor. ¡Es usted un Mesías!

-Hombre, algún polvo por mi culpa, habrá caído así en tantos años...

-Y alguna bronca...

-Una vez me vino un tío, para que le firmara la entrada de su novia, pues era un regalo que él le hacía en el día de su cumpleaños. La invitaba al teatro y con mi autógrafo en la entrada. Tendrían unos veinte años. A mí me gustó mucho el detalle, se la firmé y le deseé suerte.

Pasó el tiempo y el otro día me lo encontré por la calle. Me saludó: «Hola, ¿te acuerdas?» y yo «Ah, sí ¿qué tal?» y me dijo: «No sabes tú, la de veces que me he cagado en aquel momento».

-¿Por qué? ¿Se casaron? [91]

-Se casaron, se separaron.

-¿Con su autógrafo tampoco les fue bien?

-Nada. Mal rollo, mal rollo. «Maldito el momento en que la llevé al teatro o se me ocurrió invitarla». Supongo que habrá historias de todo tipo.

-¿Sabe cómo crea broncas en las parejas? La chica, a riesgo de que me tache de adulador, queda prendada de sus gracias y ella: «Ja-ja-ja, qué simpático es, m'ha agradat molt» (me ha gustado mucho). Claro y el tío normalmente quemado, porque esto lo he visto yo en alguna actuación suya suelta: «Pues yo no se dónde le ves la gracia».

-Sí, y a veces, al saludarte el tío está con cara de palo y ella, entusiasmada.

-Compréndalo. Tiene que comprenderlo.

-No deja de ser un peligro. Seguramente Serrat también será un peligro. Muchas casadas se irían a la cama con él.

-El peligro aún se puede controlar, porque sales con la mujer amarrada, pero la bronca... «Cómo me ha gustado. Que bueno está el Rubianes y qué simpático es». Y el tío ya tiene que decir: «Pues vete a tomar por el culo con el Rubianes». ¿O no?

-Sí, hombre, por supuesto. Con Serrat pasará lo mismo o peor. El tío dirá: «Vaya rollo de recital, ya no es lo que era, no me ha gustado nada».

-Y ella: «Pues a mí, sí, qué guapo es». Y él: «¿Guapo? ¿Qué le ves de guapo? Si parece que tenga sesenta años». Y ella: «¿Sesenta? Qué más quisieras tú, si no tiene ni cincuenta».

-A mí me ha pasado a veces por la calle, encontrarme con un matrimonio y la señora: «Mira, no el coneixes?» (mira, ¿no lo reconoces?). Y él: «Pues no».

-Y miente como un bellaco. Se nota que le conoce.

-Se nota en la cara el que te conoce de verdad. «Ara no hi caic. Es que no miro la tele. No tinc temps» (no caigo, es que no veo televisión, no tengo tiempo).

-Y entonces la mujer lo machaca: «Es que mi marido no se entera de nada».

-La gente trata de despreciarte, es mala. Yo he vivido eso de hacer ver que no saben quién eres: «¡Ah!, pues no le conozco de nada» y ellos saben que eso a un artista le jode, que aunque no tenga ninguna popularidad, eso siempre duele, no sé cómo, [92] pero siempre toca. La gente tiene siempre este instinto de «homo di lupus...» del gran...

-Tomas Hobbes. «Homo homini lupus», perdone que le corrija, qué le tengo que enseñar que usted no sepa... Pero comprenda que la pobre gente del pueblo, ante ustedes que quedan magnificados en el escenario, omnipotentes, como pequeños dioses, se sienten minúsculos y su defensa consiste en ignorarles. Lo que deberían hacer ustedes cuando la crítica les ataca sin piedad. Pero los actores y directores, si me permite, son tan cortos, que hacen caso al crítico, le otorgan un poder que no tiene, que ustedes le dan. El teatro no puede vivir sin actores, pero puede perfectamente vivir sin críticos. Porque hay críticos que tienen mala hostia, ¿verdad? ¿Duelen las críticas?

-A mí, la verdad, sólo me ha pegado un varapalo el director de la Real Academia de la Lengua, el señor Lázaro Carreter que me hizo una crítica espantosa en la revista *El Mundo.*

-¿Qué le decía? (Risas...).

-La tengo por ahí guardada, siempre conmigo.

-¿Le llama de todo?

-Me dice de todo. Si quiere ya se la enseñaré. Me arrasa. La verdad es que he tenido bastante suerte, no he sido de los que han recibido palo. Los críticos importantes, por suerte, me han dejado bien.

-Pero, cuando ve a un compañero que lo dejan mal, ¿jode?

-Yo he visto insultar. Yo tenía una buena relación con un crítico al que la gente de la profesión desprecia, pero al que le tengo una cierta admiración, el señor Sagarra, Joan de Sagarra, hijo de Josep Maria de Sagarra, el escritor. Una vez metí la pata con él, porque firmé una carta de esas colectivas en contra suyo y me metí donde nadie me había llamado.

-Pero, permítame que le diga ¿por qué no hizo caso de los consejos paternos? ¿Qué le hubiera dicho su padre?

-«A ti quién te mandó meterte en esto. Haz lo tuyo y deja a los demás con sus vainas». El problema era que decían que agredía a la gente de la profesión, porque a ellos les había dado palo, y me metí allí como un capullo y al final perdí la relación con esta persona. Es una espinita que tengo clavada. Estoy deseando verle para pedirle disculpas.

-Bueno, a lo mejor como tiene buena amistad con Isabel [93] Gemio, en ese programa *Sorpresa, sorpresa*, tal vez pueda hacerle un favor.

-¿Sabe que me llamaron para trabajar en el programa? Ayer lo vi y me daba vergüenza ajena. Tenía que hacer lo que hace el señor Caparrós, ir por el mundo paseando a la gente, pero al final, por suerte, no salió.

-Esto, Andrés Caparrós lo debe hacer bien.

-Vi ayer el programa y me pareció lamentable. Deben creer que son Dios, después de hacer tanto el bien. A continuación de Dios ya debe venir Isabel Gemio.

-Se olvida de Teresa de Calcuta.

-Lo de ayer era impresionante, no sé si ha visto el programa.

-Mis actividades me han impedido verlo. Había un Español-Barcelona en otra cadena.

-¡Ah!, que por cierto, empataron y perdió la liga el Barça.

-Vi un momento lo de la Gemio, unos bomberos que no sé qué pintaban.

-Sí, salió un bombero que quería torear. Estaba Matías Prats, que dijo lo más genial de la noche: «Yo recuerdo de siempre al torero-bombero, pero lo que no había visto nunca era el bombero-torero». Pero, no me interesó el programa, porque joder, ir por todo el mundo con ese rollo. Es como aquel programa de *Reina por un día*, que hacía Mario Cabré, pero modernizado.

-Mario Cabré, el tío de su amigo Mario Gas, gran director de teatro.

-Exactamente, ¿se acuerda de *Reina por un día*? Antes no llevaban al concursante ni a Esplugues, pero ahora los llevan a Indonesia, al Caribe. Los vuelven locos una semana y luego vuelven...

-A su mediocridad, podríamos decir... Usted sabe que Mario Gas era un gran fan de su tío. La única vez que le he visto perder los papeles al gran Mario Gas fue cuando se publicaron las memorias de Ava Gardner en las que decía que sólo había estado una vez en la cama con Mario Cabré. Se lo comenté con algo de sorna y se indignó: «No es verdad». El mito de su tío caído por los suelos.

-Aparte, no hablaba muy bien de Mario Cabré. [94]

-Al señor Mario Gas le dice usted que un montaje teatral no le ha quedado muy bien y le da lo mismo, pero esto de empañar la memoria de su tío en la cama, no le gustó nada.

-Señor Rubianes, una vez más nos hemos ido de una cosa a la otra. La muerte, los verdugos, los críticos, que son otra clase de verdugos, Mario Cabré, que desgraciadamente sólo torea en el más allá... Vamos a dejar ya lo del último viaje, al que no parece darle excesiva importancia, este viaje sin retorno.

-El de los hijos de la mar: «Me encontraréis a bordo ligero de equipaje», como decía el gran Antonio Machado.

-No quiere que le hagan ninguna cursilada de éstas cuando palme, cenizas y..

-Qué va. No he pensado en eso. Lo bueno es el epitafio de Groucho Marx: «Perdone que no me levante» (Nos reímos.).

-Y lo de Buster Keaton antes de morir, que le decía a su mujer: «Tengo frío». Y ella le contestó: «Es normal. Todos los que van a morir, están fríos, cariño». «Pero no Juana de Arco», le replicó.

El viaje sin retorno no le preocupa, pero los viajes por el mundo sí le preocupan, porque no para.

-Lo llevo en los genes, es una herencia familiar. Vengo de gente marinera.

-Sí, pero ha superado el viaje marino y lo ha cambiado por el aéreo. Usted no ha ido en busca del mejillón por el mundo en plan Pescanova.

-No, no he practicado el viaje laboral en teatro. Bueno, algo sí: Canadá, Cuba, Argentina, Italia, Francia. Pero sobre todo mis viajes han sido de placer. Toda América, África, Filipinas, Vietnam...

-Y no se ha encontrado con un psiquiatra de segunda mano que le pregunte: «Pepe, ¿de qué huyes con tanto viaje?»

-Sí, hombre. Recuerdo que un amigo mío en Raiatea, una isla cercana a Bora-Bora (Polinesia), me comentó: «Pepe, esto se acaba aquí, ya no podemos tirar más».

-Esto está inspirado en la película *Dos hombres y un destino*. Paul Newman y Robert Redford están huyendo todo el día y de todo el mundo hasta que llegan a California, al Pacífico y se acaba el Oeste. El mundo tiene unos límites. Se acaba y ha estado usted en muchos sitios. [95]

-Sí, he viajado bastante, pero quiere que le diga una cosa, después de tanto viaje, ahora me da pereza moverme. [96] [97]

Joan Lluís Bozzo

-Señor Rubianes, a lo largo de esta conversación nos ha ido informando de la dureza de su trabajo, que no acaba en el escenario, continúa con el acoso de fans. A veces es víctima del famoso acoso sexual de jovencitas veinteañeras, agobio de los medios de comunicación, pasto de afiladas críticas de los entendidos... En estas circunstancias me parece cínico y excesivo por mi parte preguntarle si existe la felicidad, si cree en semejante abstracción, pero dígame por lo menos: ¿Usted cree en la minifelicidad? O mejor aún, ¿qué le produce satisfacciones en la vida?

-Yo, cuando me he sentido bien es cenando con mis amigos o con la novia en plan relajado.

-Tiene fama de hombre de sobremesa.

-Me encanta la charla.

-Que ejecuta a la perfección en el Bar Raval, al que acude sin fallar nunca. Parece que esté en nomina como relaciones públicas.

-Sí. Allí nos encontramos compañeros de profesión entre los que hay una especie de cariño. Es un trabajo duro y jodido y con mucha gente parada. En Catalunya me parece que hay dos o tres mil actores. Bueno, vamos a poner mil quinientos. ¿Cuántos trabajan? Porque censados, hay la hostia en barca, pero que trabajen... Pues cien o doscientos. ¿Dónde están los mil trescientos restantes?

-En la Passió d'Esparraguera hay unos cuantos, ¿no? Y en Els Pastorets (Risas...).

-Hay cantidad. Aquello es una cantera.

-Me ha parecido observar que, entre los actores, es muy importante dar sensación de felicidad, de mucho proyecto de [98] curro, de todo de puta madre. Es muy importante, casi imprescindible, estar bien.

-Estar bien queda muy bien. Animo que no falte. A mí me gusta este ambiente. Hay gente que me dice: «Siempre estás en el Raval. Nunca vas a ningún otro lado». Yo digo: ¿Para qué? ¿A quién tengo que ver? ¿Qué hago yo en Bikini?, aparte me condiciona mucho el hecho de no beber.

-De no beber alcohol.

-Sí, hombre, ¿qué quiere que me deshidrate? Me he informado de que también usted ha guardado largos períodos de abstinencia y que, incluso, ahora no bebe. Supongo que sabe lo terrible que es aguantar al que va bebido y más aún, cuando va en grupo. De fiesta, todos colocados y tú allí con cara de palo.

-Y no miden la distancia cuando hablan, con un pestazo de alcohol.

-Joder. Te echan todos los «capellans» (Salivazos.).

-Y te van manoseando en plan cariñoso.

-Y además son pesadísimos. Te pegan unas palizas... Yo, desde que dejé de beber, he dejado de ir al 90% de sitios que iba. Al Raval, vale, además ahora lo tengo al lado de mi casa, aunque también iba cuando vivía más lejos, para ver a mis amigos del teatro, pero me da pereza salir del barrio. Vamos, desde que actué en el Nitsa, sala muy conocida de Barcelona, no he vuelto por allí, ni por ningún otro local.

-Desde luego usted o se planta en Filipinas o no pasa de la plaza de Catalunya.

-Sí. Salto gordo o nada, pero yo lo atribuyo al hecho de no beber. Incluso algunos días bajo al Raval y si no hay gente, me vuelvo para casa. Antes, como vivía más lejos alargaba, pero ahora voy al bar y si no hay nadie que me interese, me tomo un café y me subo. Me pongo a ver la tele, a escribir o a leer algo.

-Qué familiar es la escena de verlo dicharachero con sus contertulios, riéndole sus gracias.

-Es más, le explicaré un secreto. A veces he salido con alguna tipa con intereses de revolcón y, por lo que sea, si en la cena no me ha entusiasmado mucho, he buscado una excusa, creo que ya se lo he comentado anteriormente, la he acompañado a su casa y me he ido al Raval a tomar un café.

-Me había explicado sus falsas coartadas radiofónicas, después [99] de una noche loca de pasión.

-Sí, pero lo que le digo, es ni llegar a la mañana, o sea, después de cenar, mejor dicho, durante la cena ya se me ha caído el tenderete. Me he enterado después que ellas han comentado: «Oye, pues me envió para casa, tú. Qué tío más raro, ¿no?». La otra parte imagino que venía dispuesta a vivir una suave e inolvidable historia, pero... (Risas...).

-Es, si me permite, algo presuntuoso, señor Rubianes. Si esto lo lee alguna de esas señoritas, dirá: «Qué más quisiera. Aixó es el que volia ell» (esto es lo que él quería).

-Claro, ahora me entrarán a saco. Pero bueno, yo de la otra manera me lo paso mejor. Aparte es curiosa, porque no estás hablando con los amigos todo el rato, con Francesc Orella, David Bagés, pero estás allí. Te has visto el día anterior, pero, fíjate, siempre se recibe con alegría la presencia de esta gente. Son personas de tu vida que están ahí y yo igual estoy hablando con alguien que no tiene nada que ver con el rollo. Encuentro a una chica que me gusta, pero sabes que están allí. Es importante, no sé cómo decirle, es parte de mi vida, ¿no?

-¿Es un solitario que vive rodeado de gente?

-Más o menos.

-Tiene muchos amigos, pocos...

-Muchos no tengo, más bien pocos... Hombre, la amistad no creo que sea una cosa muy amplia, aunque, por lo general, la gente se queja de que tiene pocos amigos... Yo tengo dos o tres amigos. Pero tampoco me gusta estar todo el día con ellos, voy bastante a mi bola.

-Digamos que es un gran amigo del señor Joan Lluís Bozzo. Tienen una curiosa manera de vivir esa amistad.

-Es mi mejor amigo, que no le quepa la menor duda. No obstante, en algunas cosas, somos tremendamente diferentes.

-Al parecer, el señor Bozzo es también un gran solitario...

-Sí, pero él prefiere a la gente mucho más que yo. Le encanta estar acompañado. Le encanta la familia, la vida de familia. Tiene un hijo y está loco por él. Yo, por el contrario, soy bastante indiferente a todo eso. No he formado una familia, no tengo hijos y, nunca hasta ahora, me he planteado el tenerlos. Bozzo, como gran artista que es, vive la soledad a su manera. Yo he sido testigo de la tremenda incomprensión de que goza y muchas veces he [100] tenido que defenderle ante cuatro idiotas que hablaban mal de él sin haberle conocido jamás, sin haber cruzado una sola palabra con él. No es una persona que «caiga bien» de entrada por un ademán altanero-defensivo que le da aureola. En lo más hondo es como un niño pequeño atemorizado ante la enorme mala leche que le circunda tanto en lo profesional como en lo vital.

-Los que les conocen a ustedes dos dicen que cada uno admira del otro su parte opuesta, lo que no tienen, pero que tienen en común mucho más de lo que parece a simple vista. O sea, que Bozzo aparenta ser muy serio y a lo mejor no lo es, y usted tiene un aire de sinvergüenza y a lo mejor no lo es tanto...

-Yo soy mucho más mundano e independiente. Él es más trabajador y hombre de equipo. Yo voy de salir, él es casero. Él es monógamo, yo soy variado. Él es ahorrador, yo soy despilfarrador. Se dice que a uno le gustaría ser lo que no es. A mí me gustaría ser trabajador, casero, monógamo y ahorrador, pero no puedo. Es de creer que él, muchas veces piense en que le gustaría ser como yo, pero de hecho, a estas alturas de la vida ya es muy difícil cambiar, y, ¿vale la pena?

-¿Han viajado juntos alguna vez, por placer?

-Nunca. Siempre que lo hemos hecho ha sido por motivos laborales. Por placer, jamás. ¿Sabe una cosa? Me encantaría enseñarle Kenia a Bozzo, todo lo que yo viví del mundo de los grandes mamíferos. A él le encantan los animales, allí alucinaría. Pero nunca se ha dado la ocasión. Una vez me propuso irnos a New York. Acepté, pero al final iba un grupo muy numeroso de gente acompañándole y me eché para atrás. Con él hubiera ido, pero en plan mogollón, no.

-Él es afín al proyecto de Convergència i Unió.

-Más que yo sí, desde luego. Él está mucho más favorecido por el poder que yo. A ellos les ayudan (Dagoll), sin embargo a mí, no, absolutamente en nada. Dagoll hace una labor teatral afín a la ideología imperante. Yo paso de ellos olímpicamente. En las Municipales Bozzo apoyó a Roca y yo a Maragall. Apoyé a Maragall porque me parece uno de los políticos más interesantes del siglo y un gran alcalde. No soy del Partido Socialista, pero voté a la persona, y puestos a escoger, me quedo antes con los socialistas [101] con todos sus defectos que con los de Convergència. Tan sólo de pensar en el aspecto físico de estos últimos, me dan náuseas. Tienen cara de rara comunión entre la hostia consagrada, a la que son muy adictos y la mentalidad fenicia miserable. Claro, después se confiesan a ese Dios que se han creado, quedan perdonados y vuelta a empezar...

-Y dígame, señor Rubianes, Bozzo y usted ¿se han cogido alguna vez de la mano?

-Que yo recuerde, nunca. A pesar de todo, ya se lo dije antes, es una de las personas que más quiero en esta vida. No concibo mi vida sin su presencia. Es de esas pocas personas que cuando te preguntan «cómo estás» escucha lo que le respondes. Él me ha ayudado mucho, tanto personal como profesionalmente hablando. Siempre he contado con su apoyo y estímulo. Debo reconocer que yo no le he correspondido igual. Nunca se ha quejado, ni tan sólo ha supuesto un problema en nuestra relación.

-¡Cásense, Rubianes, cásense!

-Lo haríamos, pero nuestros padres no nos dejan (Risas...).

-Pero lo tienen bien, Maki es soltero.

-No me hable de la televisión. El otro día enganchamos al maître de una pizzería y le dimos un repaso magistral. El tío tiene que estar alucinando. Hablábamos de televisión, porque los dos trabajamos en televisión. Y yo decía que era una mierda de cojones. Y lo mantengo. La televisión es una puñetera mierda y más con las prisas con las que se trabaja. Hombre, yo me cabreo mucho con las prisas, porque no hay tiempo de nada, no se ensaya, con esa fiebre de la popularidad, de la audiencia y luego tampoco pasa nada. Le puedo asegurar que, si me he hecho famoso, ha sido por el tiempo que llevo en el teatro. El personaje de Maki el Navaja no va a gozar de la fama que pueda tener Isabel Gemio, es un personaje marginal, de fama restringida.

Yo me cabreo más, porque según José Luis Cuerda, director de la segunda parte del Maki, tengo el teatro, el seguro del teatro.

-¿Esto le decía José Luis Cuerda?

-Bueno, seguro. ¿De qué seguro me habla? Aquí no hay ningún seguro. Siempre puedo recurrir al teatro, mientras acuda [102] el público, pero me gustaría trabajar en televisión en condiciones, como trabajo en el teatro. Toda la gente que ha pasado por el medio sabe cómo funciona eso y ahora con la locura de la competencia de las cadenas, ya es la hostia.

-Y todo eso le explicaron al maître del restauran?

-Sí, estaba el pobre que no entendía nada. Y todo, porque tuvo la poca fortuna de decir que me había visto en una entrevista en el programa *Amb el cor a la mà.* Allí empezó toda la historia. Pero la verdad, basta que yo ataque una cosa para que Bozzo empiece a defenderla.

-Recuerdo una imagen cuando usted aún bebía su vinito blanco, que era una visión cercana a la felicidad: aparecían ustedes por la puerta del Raval después de cenar. Se les veía satisfechos, con un puntito de alegría, de haberlo pasado bien, cenando el domingo por la noche...

-Sí, hombre. Ya le he dicho antes que me gusta ir a cenar con un amigo.

-Sí, me lo comentó al hablarme de lo que le hacía feliz. Pues sabe, lo más feliz que yo veo es un chico subnormal. ¿Usted ha visto a alguien más feliz que a un subnormal?

-Pues, no, hombre, va a su bola.

-Son cariñosos, dan besos. En TV3 vi un reportaje de una pareja de chicos subnormales, que se besaban. Eran novios y se decían te quiero con mucha potencia. Se veía a sus padres, aparentemente normales, que estaban hasta cortados porque los niños se declaraban el amor con tanta fuerza e ingenuidad.

-Claro, ellos no tienen ni prejuicios ni historias.

-Será la felicidad cosa de subnormales.

-Puede ser. [103]

Copito de nieve

Pepe Rubianes es un hombre al que le gusta estudiar, le gusta cultivarse. Conoce perfectamente la obra de su paisano Valle Inclán. Ha viajado varias veces a Fuente Vaquero (Granada), tras las huellas de Lorca y no se cansa de documentarse acerca de la Guerra Civil. Sin embargo, el gran público tal vez deja un poco de lado esta faceta más intelectual de este actor, licenciado en Filosofía y Letras, y se siente más atraído por su fama de *bon vivant*.

-Señor Rubianes, es conocida su fama de mujeriego, de ligador, de latin lover, como quiera usted llamarle, pero ¿cuántas novias ha tenido?

-Oiga, primero quisiera puntualizar que yo no soy un frívolo.

-Disculpe, yo no le he llamado frívolo.

-Me ha calificado de mujeriego, ligador, don Juan de capa y espada, quiero decir que...

-Que reniega de su pasado.

-No, pero le puedo asegurar, que con la mujer siempre ha sido una historia llena de sentimiento y que nunca he vivido una historia porque sí. He tocado más que nada la sensibilidad, el sentimiento, la pasión... Yo no he hecho de ligador, como el don Juan. No he sido de almacenar mujeres como si fueran sacos de harina, o barras de pan o monedas. Yo he ido con la pasión, la entrega. Con todas las personas que he estado, siempre ha habido una historia de amor, nunca ha sido una cosa superficial y barata.

No se me ha ocurrido contar las novias que he tenido, pero en toda mi vida con cuarenta y ocho años ya se puede imaginar. Alguna ha habido.

-¿Alguna? No me interprete mal, señor Rubianes, no quisiera atacarle, pero muchas veces en conversaciones le hemos oído decir: «Ésta fue novia mía». Y no una vez, sino varias.

-Fíjese que digo siempre «novia mía», nunca digo «esto fue [104] un ligue mío». Hombre, no le negaré que en noches de borrachera, de alcohol ardiente, ha caído alguna de «hola i adéu» (hola y adiós).

-¿Pero a esto también le llama novia?

-No. Yo le llamo historia.

-Bueno, habrá tenido amores, pero se han ido fundiendo, no han tenido duración. Vamos, que ha tenido amores varios, espero no ofenderle, más bien esto despertará la envidia de muchos mortales como yo, que se han de conformar con una mujer o con ninguna...

-Yo también he vivido períodos largos de una mujer, pero descubrí que no había nacido para eso, que por mi nerviosismo o mi espíritu inquieto, yo no soy de establecerme con una persona. Soy propenso al aburrimiento rápido e incapaz de estar con alguien por estar, mi pareja se ha contagiado y se ha aburrido mucho conmigo. Se cae en un tedio que te hace salir rebotado. Yo no creo en lo permanente, creo más en lo inmediato.

-Perdone. Tendría que tomar algún apunte. Permanente, inmediato, no alcanzo a comprenderle.

-Mi vida es así.

-Usted que es filósofo está más con Heráclito que con Parménides. Prefiere el cambio a la permanencia.

-No hay nada permanente. Todo va fluyendo en la vida. Y curiosamente, porque con la mayoría de personas que he tenido una relación un poco estrecha, continúo siendo amigo, nunca he acabado una relación traumáticamente.

-Por suerte, habría ingresado en varios hospitales. De todos modos, no se suelta del todo, no suelta prenda.

-Hombre, cuando alguien convive contigo significa que hay algo, no es una relación de hola y adiós, sino que hay una historia y un peso. Normalmente con las personas que yo he estado ha valido la pena y cuando se acaba la relación, digamos amorosa, nace otra que es la amistosa, puede ser, incluso para toda la vida.

-Pues sí que vamos mal. Debe tener muchas amigas habitualmente. Si cada ex-novia la convierte en amiga, tendrá un harén de amigas.

-Le hablo como relación fuerte. Después cada una de ellas hace su vida y tiene su historia. Tampoco nos vemos cada día. [105]

-No tendría ni tiempo, ni horario, ni fecha en el calendario, como la canción, para atender a tantas amistades. Y además las tiene en diversas capitales, ¿no?

-Sí, claro. He viajado mucho.

-Estaría como Miguel Indurain pedaleando por toda la geografía hispana.

-Además, cuando la ex-novia tiene nuevo novio, la cosa deriva en culebrón, el mundo de los celos hace su presencia, es una especie de apocalipsis.

-Usted ha notado lo de: «Hoy vendrá Pepe», dice la niña. «¿Otra vez?», contesta el novio. Se palpa el malestar.

-Ves al otro que suelta: «Bueno y el Pepe ese no tiene nada más que hacer o qué».

-«¿No actuaba tanto en el teatro»? (Risas...).

-«Ése, ¿trabaja o no trabaja?», y ya empieza el otro a tocar los cojones.

-«No, es que es muy buen tío. Ahora está solo, está pasando un mal momento y queremos hablar»...

-«¿Y tú eres su madre? Pues que se vaya con su madre».

-Es usted de los que llegan a los sitios con un pastelito en son de paz.

-No lo he llevado, por si acaso me daban con él en la cara, como en las películas de Charlot.

-¿Sabe que le espían por la calle?

-Cómo, ¿me siguen?

-No se asuste. Nosotros para obtener datos de su vida hemos contratado a gente que le sigue e investiga sus movimientos. Le llevamos controlado y desde hace unos tres años no se le ve con mujeres, tampoco con hombres. ¿Qué ha pasado con sus novias? ¿Se ha acabado el gran Rubianes, torrente de amor?

-También yo me lo planteo, pero no tengo ganas de salir con nadie. Tiene que ser alguien que me sorprenda mucho, pero de lo que conozco a nivel de amor en plan pasión, no hay nadie que me atraiga.

-Es muy exigente.

-No lo sé, pero no soy del rollo de salir por salir, si no me interesa la persona.

-Sin ánimo de ofender a las mujeres, parece que los animales le interesan más. [106]

-Supongo que lo dice por la colección de libros de animales que tengo en casa. Desde que estuve en África viendo un poco la movida de los animales he descubierto un mundo que me tiene fascinado. Tampoco hay tanta diferencia entre lo que ellos hacen y lo que hacemos nosotros. Me atrae toda la relación del mundo animal con el hombre, no me refiero a tener un gato en casa, sino al hecho de admitir y comprobar que somos animales racionales y que no es tanta la diferencia. Creo que incluso, son más nobles.

-Ya estamos, señor Rubianes con el tópico de la nobleza de los animales. ¿Será porque mantiene una cierta amistad con Copito de Nieve, no?

-En mi espectáculo *¡ÑO...!* tenía que hacer de mono e iba al parque cada día a tomar notas de sus movimientos, cosa que a sus guardianes les tenía un poco así obnubilados. Decían: «¿Qué hace este tío haciendo el mono?» Acudía a horas en que no hubiera gente para evitar el famoso agobio de los niños y los papás chillando. Por las mañanas, a horas en que no había casi nadie, me ponía delante del espacio en que está Copito de Nieve y tomaba nota de los movimientos que hacía. El montaje de *¡ÑO...!* arrancaba con un mono encaramado en una silla. Una cosa muy escueta, como un apunte.

-Pues, al parecer, su amigo Copito de Nieve está como usted, ya no alterna con las gorilas.

-Bueno, está claro que Copito debe tener ya sus años. Es mayor que yo. La edad de Copito equivale, supongo, a la de un señor de setenta u ochenta años. Ya le baila un poco la cosa y además lo que tenga que hacer ya lo ha hecho porque vive rodeado de gorilas.

-Pero, usted se siente bien, así, solo.

-Sí, en principio sí. Gozo de la independencia que da la soledad, no tengo que dar cuentas a nadie, no existen los plurales en mi vida de momento. Pero, lo que le comentaba de ir a cenar con alguien, si me aburro prefiero venirme a casa y leerme un libro o ver un programa de televisión, o alguna historia. Me gusta más que perder el tiempo hablando mierda hasta las tantas para conseguir después un revolcón. Me ha pasado la fiebre de la época ésa en que el revolcón lo justificaba todo. Ahora no lo veo así. [107]

-Señor Rubianes, antes me ha comentado que el amor es lo único que le interesaba, que no iba de don Juan a pegarse el lote.

-Sí, bueno, con todas las personas con las que salía había siempre la pretensión de que surgiese una historia, si veías que no salía quedaba siempre el consuelo del revolcón. Pero ahora, no. Ya paso hasta del revolcón.

-Da mucha importancia a su independencia, defiende con uñas y dientes sus costumbres personales, pero físicamente, ¿cómo se encuentra? Parece que está fuerte.

-En principio, sí. Tengo los achaques del medio siglo...

-Pero hace gimnasia cada día.

-Sí, aunque me lesiono más. Tengo algún tironcillo, que antes no tenía... Siempre hay alguna cosa física que se va presentando. Hombre, tengo una edad en que ya empieza a salir algún achaque.

-Qué manía con lo de la gimnasia.

-Bueno, yo he hecho gimnasia toda mi vida, pero además mi trabajo en el teatro lo exige. Es imprescindible una preparación física como la de un deportista. No tengo la edad de un futbolista en activo, pero los veteranos del fútbol como Ramallets llevan toda la vida entrenándose. Yo empecé muy joven con lo de la gimnasia y estoy tan habituado, que si un día no hago, me siento mal físicamente, me falta algo. Lo he ido manteniendo a lo largo de mi vida: cada día una hora de gimnasia, ahora mismo, sin ir más lejos, antes de verle he hecho una tabla.

-Para estar fresco y ágil en sus respuestas.

-Sobre todo para mí. No lo hago ni muchísimo menos para estar guapo y musculoso. Sin gimnasia no podría hacer la función.

-Ya se considera suficientemente guapo.

-Cuando se nace guapo... (Risas...).

-Ahora bien, tanta gimnasia, ¿no le ha creado conflictos?, ¿no le ha separado de ninguna mujer?

-Le aseguro que no se puede dejar la dinámica de la gimnasia. Por ejemplo he viajado a Kenia con una amiga y estábamos juntos en la tienda. Como no podía salir a correr, porque estaban los leones fuera, me lo montaba en la tienda que era espaciosa. Ponía un biombo para no molestar y allí hacía mis [108] ejercicios cada día. Si estoy de gira hago gimnasia en la habitación del hotel o *footing* por la calle.

-Esto habrá sido objeto de broncas con alguna de sus novias.

-Pues sí. A veces algunas querían guerra, teníamos que salir de viaje y no había tiempo...

-Para el combate del amor.

-Exacto, pero ¡coño! tampoco se acaba el mundo y la preparación física hay que hacerla, es una disciplina y la tengo completamente asumida. No sé, a mí no me gusta tomar el sol y más de una vez me he sacrificado acompañando a la que le dije con la sombrilla para que tomara el sol, cosa que me fastidia, porque yo un día de playa no lo aguanto ni loco. También he aprovechado el bronceado de mi acompañante para irme a correr por la montaña o por las cercanías de la playa, cosa que me ha creado algún disgusto. «¿Por qué te vas? ¿No quieres estar conmigo?»

-Lo que resultará divertido es, cuando está enfadado con su novia, hacer la tabla en pleno mosqueo.

-Sí, porque así libero energías.

-Debe ser bonito oírle decir a ella: «¡Y encima, la tabla!»

-Se van. Dan un portazo y acabo la tabla (Risas...).

-Además de su preparación física, nos consta que excelente, también está preparado en plan lavandería. Pepe sorprende al personal lavándose la ropa en el camerino al acabar su actuación en el escenario. ¿Usa Ariel?

-Antes compraba Ariel, pero ahora me he decantado por el jabón Lagarto, que es más clásico.

-Sí, señor, Lagarto. El jabón de nuestros abuelos.

-Tengo por costumbre, al acabar la función, lavarme la ropa, porque me relaja. Cojo la camiseta, le pego un «lagartazo», la cuelgo en el perchero cerca de la calefacción para que se seque, la dejo allí y al día siguiente está limpia.

-Pero esto no cuadra con el «look» del divo. Ahí, lavándose la camiseta...

-Hombre, no sé las costumbres de los demás, supongo que cada uno tendrá sus manías. Hay quien se tumbará en una camilla para quedarse relajado un rato, a otro le apetecerá fumarse un canuto. Yo tengo esa historia.

-Se lava la ropa. [109]

-Y me la plancho antes de entrar en escena. Normalmente hay una señora en el teatro que se ocupa de la ropa, pero le digo: «Déjeme a mí». Plancho la camisa, hago la raya al pantalón. Me relaja.

-En su casa, ¿también se lava la ropa?

-Sí, sí.

-¿Y también cocina?

-No, cocinar, no.

-¿No sabe?

-El Señor no me ha dado esa gracia.

-No es un moderno, aficionado a la gastronomía.

-No soy de comida de paladar. Como porque lo exige el cuerpo. No disfruto comiendo como aquellos de «aquí hacen un puré de calabacín que te cagas».

-Como su amigo Bozzo.

-¡Ah!, sí. Bozzo va de gourmet, prueba los vinos, los cata: «Éste está un poco picado». Yo soy más de rancho.

-Es austero. Es capaz de comer un año seguido entrecotte con huevos fritos y patatas.

-Sí, como no soy de paladar exquisito… Me encanta el entrecotte con los huevos y las patatas, es como una obsesión. Puedo estar jamando eso cada día. Comer para mí es más cubrir una necesidad, que disfrutar con los manjares.

-Desde luego, lo tienen mal sus admiradoras para conquistarle. ¿Cómo debe ser la mujer de su vida? ¿Qué habilidades ha de poseer para llevárselo al zurrón? Que le cocine bien, no le importa, lavarle la ropa, no se lo permite, planchar, tampoco...

-Señor Flavià, vaya haciendo bromita con esto que igual le dan con el libro en la cabeza.

-Porque, ¿qué espera de la mujer? Precisamente el otro día lo vi en televisión, no sé si era la catalana o la murciana, porque no para de salir en todas las televisiones del mundo y estaba de tertulia con su admirado profesor el filósofo Rubert de Ventós, y le preguntaba si aceptaría una sabia en su vida.

-Estábamos en un programa, sentados en un sofá en plan tertulia. Rubert de Ventós había sido profesor mío en la Universidad. En aquella época era ya un profesor brillante y solicitado por los alumnos.

-Y por las alumnas, según me han contado. [110]

-Sí, hombre. Siempre iba rodeado de guapas.

-Les explicaba el ser y el devenir.

-Esto era hace unos veinticinco años. Siempre he tenido un gran respeto por la gente ilustrada, intelectualmente preparada, que se ha preocupado de estudiar. En la entrevista recordamos aquella época en que la gente entraba a sus clases por la ventana. Era un campeón Rubert de Ventós. Y le solté: «Si fuera mujer, me casaría con usted. Tener una novia sabia, no va mal». Una persona preparada, da gusto, una persona culta y preparada es una gozada. Lo que no soporto es a la cateta de turno. Me pone malo. Además, el cateto como tal es el primero en hacer crítica de puchero a todo lo que sea culturizarse un poco... ¡Cuidado! No es que yo sea un espíritu ilustrado, ni muchísimo menos.

-Qué modesto es, señor Rubianes.

-Pero, por lo menos, me preocupa un poco. Entonces la patachana, me jode. A los actores jóvenes les digo: «Hostia, tío, no te olvides de leer».

-¿También da consejos?

-Sí, bueno, cuando me hablan del tema. Yo no aconsejo a nadie, pero, si sale a colación les digo: «Tío, podrías hacer una carrera universitaria».

-Lo mismo que le aconsejaba su padre.

-Sí, yo no lo encuentro desacertado, él casi me obligó a estudiar y se lo agradezco. No pienso en absoluto: «Coño, qué tiempo perdí», sino más bien al revés, «tenía que haber estudiado más».

-Ahora cuando me vaya tiene toda la tarde, para seguir estudiando.

-Sí, sí. Leo cosas al margen del teatro. Ahora estoy leyendo la última novela de Paco Umbral.

-¿Le gusta mucho Paco Umbral?

-Sí. A mucha gente no le gusta, pero a mí me gusta mucho, qué quiere que le diga. Me parece un gran escritor y de una gran agilidad. Estoy leyendo una novela suya sobre la Guerra Civil, no recuerdo exactamente el título.

-Este tema parece que le gusta. En el cine español, la Guerra Civil ha sido lo que el *western* en el cine americano...

-Sí, es importante, porque ha habido una especie de [111] amnesia generalizada. Hay un período de la historia de España que la gente no quiere recordar, pero hay que empezar a acordarse y analizar lo que ha pasado aquí. A mí me parece de locos la historia de España del 36 al 75. Pienso que España, antes de la Guerra Civil, era un país brillante y que ahora empieza a resurgir, aunque estemos pagando la moneda de cuarenta años de dictadura, que no es moco de pavo. Todo eso, lógicamente, me interesa.

-Tal vez si hubiera nacido en esa generación hubiera encontrado una mujer más sabia.

-¿A qué generación se refiere?

-A la de los años 30, cuando dice que España era un país brillante.

-Bueno, no sé esto de la sabia.

-¿Qué pasa, no conoce a muchas sabias?

-No me muevo en ese ambiente. No estoy en un ambiente, digamos, culturalmente fuerte. Supongo que, en el mundo de la filosofía. Se lo digo por lo que he estudiado y vivido en mi juventud hay gente de cojones. Hay catedráticas, que igual no son sabias, pero que están muy preparadas, más que yo por lo menos.

-Está reclamando lo que le dijo en televisión a una chica que se quejaba de que su novio la había decepcionado. Usted le preguntó que dónde lo había conocido y ella le contestó que en una discoteca. Se ganó el aplauso del público del estudio con aquello de: «Chica, menos discoteca y más biblioteca».

-Sí, es un poco lo que le acabo de decir. Está muy bien la discoteca, pero que sin dejar la biblioteca.

-Además, cae en verso...

-Hoy, cuando iba a un programa de televisión, el taxista estaba con el tema de Cruyff y de Núñez y al cabo de un ratito le he dicho: «Muy bien, pero sabe quién es Paco Umbral». Y me ha contestado: «Lo he visto en la tele» y he seguido investigando en plan Sherlock Holmes: «¿Pero el Umbral éste es futbolista?». «No, suelta el taxista, creo que es un actor». «Vamos bien», le he replicado. «Sabe quiénes son Cruyff y Núñez y no sabe quién es Paco Umbral». No jodamos, hombre. Hay cosas que son de formación básica. Yo también he seguido el problema de Cruyff y del señor Núñez, pero bueno, es preocupante que una [112] persona no sepa quién es Cervantes. Leer *El Quijote* tendría que ser obligatorio, como pagar a Hacienda. Todo catalán debería estar obligado a leer un libro de Josep Pla.

-Le gusta a usted el señor Pla.

-Y Valle Inclán. No puede ser esta historia de aborregamiento. La cultura no hace daño, pienso yo. El fútbol sí que mata a la gente. No verá darse de hostias entre los de Pla y los de Valle Inclán.

-Bueno, el señor Valle Inclán se quedó manco porque...

-Bueno, tuvo una discusión con un amigo, una pelea con un amigo.

-Una pelea literaria cegado por la pasión de la pluma...

-Hay rivalidades literarias, pero no llegan ni de lejos a esa historia brutal y bestial del fútbol. A mí me parece un deporte hermoso, pero desmadrado de contexto. No puede ser que una persona viva pendiente de un deportista. Si se fija, todos los futbolistas hablan igual, los jugadores de veinte años: «Lo importante es pensar en el futuro, vamos a echar el resto». Todos dicen lo mismo, una colección de tópicos. De vez en cuando surge la excepción, pero, en general, parece que les hubieran metido un disquette, una máscara de bobos. Usted veía un Ramallets, un Kubala, su cara transmitía algo, ahora todos parecen cortados por el mismo patrón. Si viera una cinta que me he comprado de Pelé, tiene una personalidad, un empaque, aflora el genio que fue.

-Esta hablando del mejor o de uno de los mejores futbolistas del mundo, no del extremo izquierda del Alcoyano...

-Perdone, le estoy afirmando que los futbolistas de antes tenían más carisma.

-Perdone, pero ahora estudian más.

-Pues lo aprovechan poco. El nivel es bajísimo. Al futbolista medianamente culto como Guardiola, se le ve otra cosa, es un tío al que yo admiro mucho, por lo menos cuando no sabe algo se calla. Y es una persona agradecida. El otro día comentaba de Cruyff. «Le debo todo lo que soy».

-¿Le debe dinero?

-Lo que le debía, decía, era su descubrimiento y lanzamiento como futbolista. Explicaba otras cosas.

-Lo que parece molestarle es la colección de frases tópicas de los futbolistas. Como si todos dijeran lo mismo. [113]

-Lo que más me jode es que el fútbol se haya convertido en el «refugium pecatorum» del catetón, de un populachero total. Ves a los seguidores y es algo terrible. Son unos bestias, a mí me da pánico, es como una fábrica de fascistas. Gana el Barça la liga y tienes que alegrarte por cojones, pasas por las Ramblas, cuando han ganado y si no estás por la fiesta, se mosquean. El fútbol es la agresividad en el comportamiento, en el sentimiento. Todo esto, como fenómeno, me preocupa, qué quiere que le diga.

-¿Pero cree que esta agresividad es culpa del fútbol? A mí me parece, que lo visceral utiliza el fútbol como válvula de escape.

-Yo creo que todo proviene de la falta de cultura.

-Que desemboca en el fútbol, porque este fanatismo y este apasionamiento en otros países se da en el fútbol americano, el boxeo o lo que sea.

-La televisión, con todo el poderío que tiene, no hace más que retransmitir partidos de fútbol. Incluso pasan partidos de Grecia y Turquía. El machaque es continuo, esto no sucedía antes. El fútbol está aniquilando todos los restaurantes. Hay un lío montado de tres pares de cojones.

-Ahora se me va de tema. Esto no tiene nada que ver con la cultura.

-Pienso que es peor el fútbol que la heroína.

-¿Que usted piensa que el fútbol es peor que la heroína?

-Tal como está planteado, sí. Cuidado que a mí es un deporte que me gusta. Me gusta, cuando juega Pelé, bueno ya no juega, pero cuando ves partidos de Cruyff, Pelé o ves al Milán o al Barcelona, me parece una delicia. El Barça de la gran época de Cruyff era una gozada verlo, era puro arte, pero, se está sacando de contexto, se está saliendo de madre.

-Pero el problema no es el fútbol, sino cómo lo vive el personal. Porque a usted le gusta el fútbol y no le dan esos ataques.

-Pero desgraciadamente el 80% de la sociedad, mal que nos pese, lo vive alienadamente, es el constante tema de conversación. Ahora, sin ir más lejos, sólo se habla del despido de Cruyff como entrenador del Barcelona.

-Recogiendo el pensamiento marxista, antes la religión era [114] el opio del pueblo, quizás ahora el opio es el fútbol. Pero creo que el problema es que la gente se aliena con el fútbol o con lo que sea.

-Pienso que habría que hacer una campaña de extensión cultural potente, si queremos arreglar esto, no sé cómo, pero creo que es un tema grave.

-Usted, si me permite, tiene una gran intuición. Ve el problema, pero modestamente se lo digo, debería matizar algo más. Ve el caos del fútbol, incluso afirma que es peor que la heroína, pero como estudioso de la filosofía no creo que pueda sostener que el fútbol, como deporte, sea peor que la heroína.

-Yo le hablo del fútbol como fenómeno social, no como deporte.

-De las consecuencias que origina.

-Estoy hablando de la repercusión que tiene este fenómeno, que es tremenda, es terrible. Arrasa familias, destroza todo lo que pilla. La excusa del padre de familia para aguantar el griterío de los niños y el aburrimiento con la mujer.

-Dele la vuelta ¿y si no existiera el fútbol?

-No sé, igual leían más.

-O igual se mataban más.

-Hombre, leer un libro no hace daño. Parece que sea un aburrimiento. Más aburrida es la típica vida de familia.

-Pero no va a llenar un campo de fútbol con ochenta mil tíos leyendo.

-No, pero sí crear una dinámica cultural, que la gente lea. España es el país en que existen más librerías y donde menos se lee. No sé, habría que potenciar la lectura y la formación de la gente.

-De acuerdo, pero el problema no es que la gente vaya al fútbol, sino que no lean.

-Es que no interesa que lean. Es aquella máxima cubana de ser cultos para ser libres. Si te vas desarrollando culturalmente descubres demasiadas cosas, que no les interesa que sepas a los que dominan el cotarro, a los que dominan nuestras vidas, a los grandes *trusts* económicos, ¿entiendes? No les interesa la protesta, no les interesa que la gente sea culta y preparada porque les descubren el chollo.

-Veo que tiene un alto concepto del ser humano. Cree que [115] el hombre puede progresar y hacer mucho más de lo que hace.

-Creo que en alguna fábrica de L'Hospitalet de Llobregat, por ponerle un ejemplo, habrá muchachos que no han tenido acceso al mundo cultural y puede haber entre ellos un Einstein, por qué no. Al nacer en este contexto acabará engrasando tuercas toda su vida y este tío, con formación, podría ser la hostia y ahí se morirá de asco.

-Le insisto en que el fútbol que pone como ejemplo de desastre, sirve para que un hombre no mate a su mujer o a sus hijos. Aliena como la televisión, pero es como la morfina. Calma al personal.

-Sí, hombre, reconozco que no te vas a pasar el día estudiando, que de vez en cuando ver un programa de varietés o el rollo que sea, está muy bien, pero lo que no puede ser es que el fútbol sea el centro de tu vida.

-Habrá observado que mucha gente, no sé usted, cuando llega a su casa enciende la televisión, aunque no la mire. Es una compañía.

-Sí, claro. Antes le comentaba que me lavaba la camiseta para relajarme, no voy a estar todo el día leyendo.

-Parece como si oír una voz alivie la soledad.

-Sí, y ver un partido de fútbol. Pero insisto, hacer del fútbol el centro de tu vida y coger esos cabreos y esos disgustos si pierde el Barça o liarte a bofetadas como pasó el otro día en el bar de ahí delante por el problema del Núñez y el Cruyff, es demencial. Además, me parece un insulto para el trabajador que un tío se mate por un señor que cobra ciento cincuenta o doscientos kilos de ficha.

-Hay compañeros de su profesión que también ganan muchísimo dinero.

-Nadie en España haciendo teatro o cine gana, ni por asomo, lo que gana un futbolista. No tiene equivalencia lo que gana un buen actor, comparado con lo que gana un buen futbolista. Claro está que el fútbol, como espectáculo, mete a cien mil personas en un estadio y en un teatro caben muchísimas menos.

-Ahora bien, hablando de los tópicos de los futbolistas, también podíamos hablar de los tópicos de los actores, porque así como las declaraciones de los futbolistas son repetitivas, las de los actores también son lucidas: «Yo no acepto cualquier papel. [116] Yo no me vendo, yo no me alquilo. Sólo me desnudo si el guión lo exige. Lo mío es realizarme...»

-El yo no me vendo, ya no se lleva. Se llevaba hace muchos años. Ahora me vendo, me alquilo y lo que haga falta. Es una profesión que no va sobrada de ofertas de trabajo. La gente a la que pilla algo se agarra como a un clavo ardiendo, y más ahora, que en televisión se han puesto de moda las series de culebrones.

-¿Todos las hacen?

-Sí, está todo dios metido.

-Muchos de los que querían hacer solamente cine de interés, hacen culebrones.

-La gente tiene que trabajar, se busca la vida y si el culebrón tiene sesenta capítulos, pues mejor que cuarenta.

-Estos culebrones alienan tanto como el fútbol.

-Sí, sí, por supuesto.

-O más. Son veneno puro.

-Es que todo es un plan: fútbol, culebrón.

-Va organizado. Es un *forfait*. Va combinado.

-Es todo un esquema.

-¿Es usted un hombre apasionado?

-Hombre, en según qué cosas sí.

-En las discusiones, por ejemplo.

-Según de lo que vayan.

-Yo le he visto discutir en televisión apasionadamente, porque le va o parece que le vaya bastante la tertulia de bar.

-Ahora ya no voy. Me di cuenta de que me estaban utilizando como *enfant terrible*, parecía que me pagaban para provocar. Yo lo que digo, lo siento, no voy a televisión a quedar bien. Cuando sale un tema como estos del fútbol o del amor, digo lo que creo y entonces me di cuenta y me dije: «Estos cabrones me están cogiendo a mí como chirigota, en plan de *epater* al personal».

-Una vez en un bar, estaban hablando unos pijos acerca de una intervención suya en televisión. Creo que era un programa en que se hablaba de las madres de las artistas y usted dijo algo así como que estas madres eran la ruina de las artistas y que si usted pudiera las mearía en la cara, no sabemos si lo dijo en plan erótico. Pues bien, estos tertulianos pijos, decían: «A mí Pepe Rubianes, me hace mucha gracia, pero cuando se pone en plan [117] trascendental o reivindicativo no me gusta y para mí mea fuera de tiesto como Pedrito Ruiz». Yo pensé que este comentario no te agradaría. ¿No ha pensado que estas opiniones suyas algo faltas de matiz, con este verbo tan bonito que Dios le ha dado, le hacen quedar mal y van en contra suyo?

-En televisión va todo muy rápido y no se puede matizar nada. Hay un tiempo marcado y no te puedes extender y entonces queda todo confuso. Con la experiencia procuro sintetizar y si es un debate, según veo a la persona, ya no pierdo el tiempo discutiendo con ella, pero a veces te preguntan directamente y digo lo que me parece acerca de que la pareja es un aburrimiento o que no me gustan los críos. No lo digo para impresionar a nadie, tengo mi vida como muestra: soltero y con pocas ganas de compromiso. [118] [119]

De Genís Hernández a Fidel Castro

Sitges, lunes de Pascua por la noche. Los domingueros acaban de desaparecer. Nos encontramos en la terraza de un bar. La cita ha sido de las de gincana. Errores de horario y de ubicación, esperas para el señor Rubianes, que «si no te acuerdas que habíamos quedado», que «sí, perdona, pero iba confundido...» El talante comprensivo del señor Rubianes, convierte en anécdota este pequeño contratiempo.

-Usted pasa aquí muchas horas. Me comentaba que descansa muy bien en Sitges.

-Para mí es un lugar de una extraordinaria belleza y me proporciona un gran relajo. Es un sitio que te enamora y no me extraña que la gente se quede colgada con este pueblo.

Bajo mi punto de vista sólo le pondría una pega: el tipo de veraneante que acude a Sitges. En un gran tanto por ciento esta formado por gente mayor bastante apijotada, señores que se les ve que «les va bien la vida», se nota en sus ademanes. O sea, que hay bastante imbécil por la calle, por decírselo de alguna forma. Es el único punto negro que le pondría a la historia.

-¿Tantos pijos hay?

-Sí, hombre. Éste es un lugar de alta pijería. Sólo tiene que mirar las casas que hay por ahí. Ahora no se nota porque estamos en el centro del pueblo y ellos andan por las zonas residenciales.

-Yo lo que veo son muchos homosexuales, pero pijos no he visto.

-Pues hay un mogollón. Concéntrese. No mire tanto a los mariquitas y esté más por los pijines.

-¿Quiere decir que entre los homosexuales no hay ningún pijo? [120]

-Vaya observando y me informa. Tenga en cuenta que dentro de la movida mariconil, Sitges está considerado, con Río de Janeiro y la isla de Mykonos, uno de los sitios de encuentro de la homosexualidad internacional.

-¿Le molesta a usted?

-A mí no. Es una gente que va a su bola, están aquí a su historia. Se meten, a lo mejor con ellos, pero ellos van a lo suyo. En cambio, el pijo es aparentemente más suave, pero su aspecto es ya la agresividad, tienen cara de perro de mala leche.

-Usted siempre con sus luchas sociales a cuestas.

-No, hombre, no. Tampoco voy de Che Guevara por la vida, pero los ves y algo te sienta mal. No es precisamente una visión bucólica. El pijo joven con su vocecita engolada y el pijo viejo, con su aspecto pseudoaristocrático, totalmente pasado de moda, resulta patético.

-El dominguero, ¿no le molesta?

-A mí, el dominguero, no. Viene con transistor, novia, va a la playa, se queda allí y pasea poco.

-Además, como usted no va a la playa.

-No, a la playa no voy. He visitado las mejores playas del mundo y no me he bañado nunca. Me habré bañado dos o tres veces en la vida.

-Felizmente se ducha usted dos veces al día. ¿Qué pasa con la playa? ¿Le molesta enseñar el torso?

-No, lo que pasa es que no soy hombre de playa. Me parece que ya le he comentado que cuando voy con alguien aprovecho para hacer ejercicio, para correr un poco, porque no soporto estar tumbado al sol. Me aburre soberanamente.

-La playa es para tomar el sol y también para bañarse, hay que bañarse.

-Ya le he dicho que me ducho, pero también me baño. Cuando voy a correr, me meto en el agua y me refresco un poquito, pero no soy de los de la toalla, la cremita y el espejito para obtener el «moreno Julio Iglesias».

-Usted siempre con estos reflejos espartanos de no estar para disfrutes sino mojarse, refrescarse y seguir con su tabla gimnástica (Risas...). Fíjese, señor Rubianes, volviendo a lo del mariconeo, una pareja mixta, ortodoxa, que se nos ha sentado al lado y él con una pluma de espanto. [121]

-Se contagia del ambiente (Risas...).

-A usted no le preocupa ahora que está sentado conmigo que sus fans puedan pensar: «Mira, el Rubianes, también entiende».

-No se moleste, señor Flavià, pero si un día me lanzo me lo buscaré más jovencito y sobre todo con menos kilos, de peso claro está, y un poquito más de pelo (Risas...).

-Algún comentario habrá surgido de alguna mariquita mala: «Qué hará Pepe Rubianes en Sitges y solo...»

-Me acuerdo que me encontré un día a un compañero de profesión que lo es en una terraza de la calle Dos de Mayo, popularmente conocida como calle del Pecado, cosa que a los suburenses les sienta fatal...

-Ah, sí. ¿Por qué?

-Pues exactamente no lo sé, pero amistades de aquí me lo han comentado... Pues bien, me encontré con este compañero y «Pepe, siéntate», tomamos una copa y tal y me di cuenta que estaba rodeado de mariquitas, no fallaba ni uno.

Al cabo de un rato, ya me había ido del bar, y un amigo de la profesión, de Sitges, me comentó que en otro bar le habían preguntado: «Oye, el Rubianes entiende, ¿no?». Y mi amigo contestó: «Que yo sepa, no». «Anda que no», le contestó la mariquita.

Esto es un pueblo y todo se sabe, pero vamos, no me preocupa que piensen si soy o no maricón. Algún venazo sí que lo tengo (Risas...).

-Tiene la vena que dicen tenemos todos. Desde luego, esto es un constante desfile de «locas».

-Huy, sí. Hoy estaba con una amiga mía...

-Se refiere a una mujer...

-Claro, hombre, claro.

-Es que ya una, perdón uno, se hace un lío (Risas...).

-Pues bien, en el restaurante con la amiga había sentado, en frente nuestro una mariquita, tan mariquita que parecía que se iba a romper, era ya cincuentañera y pensaba como venga «un cop d'aire», se lo lleva.

-Un día estaba yo cenando y había unos moñas que molestaban bastante.

-¿Dónde? [122]

-Ahí, en un restaurante al que va usted a veces. Había una maricona extranjera acompañada de dos o tres más que iba gritando al camarero «Eggs» que, como usted bien sabe, en inglés significa huevos y pegaba unas voces en su afán exhibicionista que incordiaban muchísimo... Pero usted se lo perdona todo.

-Hostia, no me acuerdo...

-Es que usted no estaba, le estoy explicando, con su permiso, lo que me pasó a mí.

-Ah, que lo vivió usted.

-Sí, un mariquita extranjero, bueno ya era una carroza, que pegaba berridos por todo el restaurante.

-Lo jodido de los extranjeros es que ellos gritan mucho aquí, pero haces lo mismo en su país y te echan toda la policía encima. Las democracias europeas funcionan así, como montes un griterío en un restaurante alemán o en Bélgica, Holanda o Suiza, no veas la que te puede caer: te muelen a palos. En cambio ellos, vienen aquí... Y otra cosa quería comentarle...

-Comente, comente.

-El extranjero que vive aquí, le hablo concretamente de Sitges, no se molesta en aprender una sola palabra de castellano, no sé si usted que es tan sagaz lo habrá observado.

-Tendrían que aprender catalán.

-Bueno, catalán o castellano.

-Estamos en Catalunya, «som sis milions» (somos seis millones) y adictos al Jordi.

-Disculpe, ya sé que usted es ultra catalanista.

-Como dijo una vez Terenci Moix, en una de sus pocas frases brillantes, en una entrevista en la revista *Destino,* donde escribía su estimado Josep Pla, yo soy catalán, aunque no me guste Montserrat, el Barça y, mucho menos, la butifarra con mongetes. De todos modos para qué tienen que aprender nuestra lengua, si ellos con la suya van de guapos y les entiende todo el mundo. «Qui paga, mana». Descendemos de los fenicios.

-En verdad le digo «en verdad en verdad os digo», que decía el Maestro, que estas actitudes reflejan la clase de turismo que nos llega: unos catetos que te cagas, catetos educados, pero catetos a fin y al cabo.

-Usted qué espera de la masa, señor Rubianes, siempre con este concepto tan alto de la naturaleza humana. ¿Qué espera de [123] un obrero francés?

-Yo sé que el obrero español cuando va por el mundo, se espabila, no sé como se lo hace, pero se espabila para...

-Cree que el obrero español viaja mucho por el mundo.

-Intenta espabilarse, trata de que le entiendan...

-Y dónde ha visto obreros españoles, ¿en Vietnam, en Filipinas?

-Yo he visto gente por ahí y se preocupa. No le falta el librillo de inglés para decir dos palabras y lograr entenderse, eso no quita que vaya mucho capullo, como los extranjeros que vienen por aquí.

-¿Con su inglés va a todos lados?

-Hombre, poco a poco y con la práctica lo he ido cogiendo.

-Si sabe inglés puede ir a todos los sitios sin problemas.

-Si voy a Alemania, aprendo alguna palabra para saber la carta de los restaurantes.

-Al obrero español, donde lo habrá visto, será en Cuba, claro, a vivir el mito...

-Perdone que le diga, pero cuando yo estaba en Cuba, aún no había turismo. Imagínese que yo era de los dos o tres extranjeros que había en La Habana.

-¿Qué me dice, alternaba con Hemingway o qué?

-No, hombre, no. No estuve en los años 50, estuve en los 80. El turismo en Cuba empezó en el 85, tirando más bien al 90 el turismo masivo. En mi época lo que había era mucho técnico, mucha gente que iba a trabajar.

-¿Ha presenciado lo que hace el obrero español cuando va a Cuba? Ya sabe a lo que me refiero.

-Sí, hombre, claro.

-Lo que hacía usted, lo mismo.

-Disculpe que le diga, yo vivía en Cuba. No iba a follar a Cuba.

-Perdone, pero yo no he usado esta palabra.

-Vivía allí, alternaba, incluso trabajaba, lo que me permitía tener acceso a la vida cubana cotidiana, cosa que la gente que va quince días no tiene. Eso de ahora, gente que va a un «Todo a 100» a comprar un stock de perfumes y jabones y van a Cuba a eso, no lo llegué a vivir, sólo vi algún caso de gente de Iberia. [124]

-A usted quizás no le ha hecho falta, porque ha hecho el amor en todos los rincones del planeta. Bien parecido, no necesita hacer tantos kilómetros...

-Ésta es la mentalidad del capitalismo salvaje, por decirlo de alguna forma, aprovecharse de la necesidad del otro para sacar fruto.

-¿Cree que esto es aprovecharse?

-Hombre, descaradamente, vas con dólares, con regalos y eres una especie de Rey Midas y que la gente que haga esto, pues lo veo muy triste, ¿no?

-Más triste es lo que pasa aquí, me decía un amigo del Club Natación Barcelona, del que creo es usted socio. Este consocio de unos cincuenta años se fue a Cuba y el primer día, él que es feito y de pueblo, se lo hizo con tres, eso sí, por separado.

-Y con veinte, si hubiese querido.

-Hombre, con veinte no creo, a no ser que mi amigo, que no me consta, posea varios atributos masculinos... Me comentaba que, a la vuelta de Cuba, llamó a una amiga cuarentona (las cubanas eran veinteañeras), la invitó a cenar y le dijo para ir a dormir. La otra se hizo la estrecha y le mandó a la mierda. Ésta loco por volver al Caribe.

Hay una parte criticable, desde luego, que es el mercantilismo que usted expresa, pero, por otra parte, con el hambre que pasamos esto constituye un paraíso, ¿no? Encontrarte con gente tan amable que te da el cuerpo y tantas cosas.

-Bueno, dentro de esta frivolidad y de toda esta historia, no le negaré que pueden salir historias de amor acojonantes, supongo... Yo, perdóneme, pero jamás en mi vida me casaría con una cubana. Ellas mismas me lo decían, cuando vivía en Cuba: «Chico, somos putas. Nos gusta mucho el bacilón, mi hermano».

-Por lo menos a aquella gente le gusta follar. No van con la mojigatería occidental, no digamos española. Aquí, como en el chiste, follar no es pecado, ¡es un milagro!

-Los cubanos, cuando conocen a alguien dicen: primero chingar y después hablar.

-Eso debería ser lo más normal del mundo, ¿no?

-Sí, porque follar le gusta a todo el mundo. No he conocido a nadie que no le guste. Es el placer rey del hombre y, desgraciadamente, [125] el que menos practica. En Cuba hay una mezcla de etnias impresionante, con predominio de la raza negra, que es mucho más liberal que la blanca, mucho más libre, más vital, con más energía... y su filosofía es no privarse de lo que les gusta y cuando un español va a Cuba es un poco como irse de putas y cuidado que yo no critico el irse de putas.

-Porque supongo que alguna vez habrá ido de putas.

-Sí, sí, claro que he ido. Lo que no me entusiasma son estas excursiones horteras y obsesivas para ir a follar a Cuba.

-Pero si le damos la vuelta al tema, vemos que esto refleja la miseria sexual que vivimos aquí, que de normalidad sexual, nada, porque esta riada que va a Cuba, al margen de un talante ético discutible, ¿qué demuestra?

-Hombre, la mierda de sociedad en que vivimos y la porquería de vida que llevamos.

-Que un tío para pegar un polvo tenga que hacer ocho mil kilómetros, ya me explicará.

-Pero es que es más que pegar un polvo, lo he observado y vivido en muchos casos, no con el boom de ahora. La historia es cómo te tratan. Te tratan con mucho cariño, la gente recibe el cariño que aquí no se le da. Yo vi en Cuba a un grupo de jóvenes del P.S.C. y, coño, veía a aquellas tremendas mulatas cubanas, ligando con toda aquella juventud catalana y era un espectáculo. Recuerdo a uno de Santa Perpetua de la Mogoda, creo que era, que no medía más de metro y medio de estatura, con aspecto de simio y unas chirucas que no le cabían en los pies y cara de «Visca Catalunya» que, agarrado a la mulata en un cabaret, gritaba desesperadamente: «Hacedme una foto, hacedme una foto para enmarcar y poner en la puerta de mi casa». Aquel tipo estaba colgado, pero colgado de verdad y yo conocía a la negra con la que estaba y le puedo asegurar que estaba encandilada con él. Este hombre sufrió una transformación en su vida, nunca mejor dicho, se le apareció la Virgen.

Aquel tío, que supongo sería el hazmerreír de las chicas de su pueblo, de repente se encontró con una mujer de bandera, que estaba encantada con él y que no estaba para nadie más. Cuando se fue nuestro héroe se ligaría a otro, pero recuerdo que hablaba de él, que si era un gallego, allí a todos les llaman gallegos, de gran sensibilidad. Nunca le oí decir: «el monito ese». [126] Una amiga sí decía: «era feo del carajo», pero ella contestaba: «pero muy interesante, muy interesante».

Ellas estaban hartas de ir con guapos perfumados, con la cadenita de oro colgando, tipo piloto de Iberia. Y el tío necesitado de un amor y un cariño, que seguro que en su pueblo no había tenido nunca, se encontró en Cuba bien tratado, bien follado, bien arreglado a cambio de comprar unas medias a la mulata.

Después, creo que se escribieron y ella me comentó que le había propuesto irse a su pueblo. Imagínate aquella tremenda mulata en un pueblecito de Catalunya, ¡menudo escándalo! Ella le agradeció mucho su ofrecimiento, pero sin Cuba, no podía vivir. Y no me extrañaría nada que el tío se haya ido para Cuba o se vaya a la que pueda.

-Seguramente será lo más importante que le haya pasado a este señor en su vida...

-Supongo que sí.

-Yo conozco a unos cuarentones que han estado en Cuba y pronuncias la palabra Cuba y los ojos les brillan.

-Es que además en La Habana te diviertes mucho.

-A uno de esos que han estado en Cuba le hago un ejercicio que no falla nunca y consiste en preguntarle cosas de Cuba y es capaz de contarme lo mismo quinientas veces. «Pero, bueno, allí se liga o no». Y él: «Que si se liga, ¡no paras!» «Pero ¿están buenas las mulatas?» Y él, otra vez, como un loco: «Están buenísimas», con una carita de pena que pone al recordarlo...

-Tendría que ver las caras en el avión de vuelta a España, unas caras de felicidad... Todo el mundo va bien follado, es un vuelo bien follado. Vienen todos con cara de pan y cara de tristeza, jodidos, porque tienen que volver por el motivo que sea, pero se les nota en la expresión cara de relajo. Los únicos que vuelven amargados son los que van con la novia o con la mujer por lo que se han perdido.

-Les importa una mierda que se caiga el avión.

-Es que es otro mundo, aquella manera de moverse, de hablar, de ser... También hay una cosa curiosa, no existen las clases sociales, lo que considero un buen fenómeno. Todo el mundo es igual, no hay nadie que sea más, ni nadie que sea menos, no existe el pijo, el que le va bien la vida, «a los cubanos [127] nos va mal a todos», decían. Esto crea una «germanor» (fraternidad), como, había, me parece, en España después de la Guerra Civil, salvo los cuatro desaprensivos que se beneficiaban de la historia. Yo recuerdo, de niño en los años 50, que no había tantas diferencias y la gente era mucho más afectuosa, más cariñosa, más abierta. Aquí ha habido un progreso mal entendido, progreso económico pero no progreso cultural, que para mí es el importante y ha afectado negativamente en el alma de la gente...

En cambio el cubano está en la fase de gente noble, gente abierta... Cuidado, piensas que estás saliendo con una chica blanca, pero su abuela es negra, y un negro en la familia marca mucho, es una filosofía diferente... Me acuerdo que tuve una novia mulata, que tenía unos abuelos blancos y otros negros. Me invitó un día a cenar con los abuelos blancos que eran descendientes de gallegos y querían ser un poco europeos, aquello de: «Pepe, quieres un poco más de...» Iban de finos y luego fui a casa de los abuelos negros y aquello era una locura. Con un negrito pequeño, Ramón, que era malísimo: «Ramón estate quieto», le decía su abuela, una negra gorda, con una risa escandalosa que contagiaba. Yo me lo pasé mejor con los abuelos negros, con los que me descojoné de risa y luego con los «ronsitos», empezaron a tocar la conga. Total que la cena acabó a las siete de la mañana, cantando la abuela canciones preciosas de la Cuba antigua.

La gente en Cuba es abierta, hay muy buen rollo por la calle. Allí todo el mundo te saluda y te ríes un montón. Las mujeres hasta te piropean. Esto yo no lo había vivido nunca y me impactó mucho: «adiós guapo, adiós mamey». Mamey es una fruta muy buena. Yo fui allí para quince días y me quedé un año. Vivía bien y me dije: «Aquí me quedo» y eso que Albert Boadella me había conseguido una beca para ir a Francia a la prestigiosa escuela de teatro de Jacques Lecoq. Vi aquello y dije: «Aquí he encontrado mi vida, he vuelto a nacer otra vez».

-Abandonó a Lecoq y su prometedora carrera teatral: «Muy agradecido, pero me quedo con las mulatas».

-Pues mire usted el fruto que le he sacado a mi experiencia cubana.

-Eso le iba a decir. Teatralmente igual le ha ido mejor que con la escuela de Lecoq. [128]

-Yo he viajado por todo el mundo y no he vuelto a encontrar, a sentir en ningún país del mundo la misma sensación que sentí en Cuba. Quizás Egipto sea otro país que me tiene enganchado, como Kenia, pero la fuerza que tuvo Cuba y el impacto que me produjo no lo he vuelto a sentir nunca más. Son los tres países del mundo que cuando estoy ofuscado, cosa que me ocurre bastantes veces, paso por mi mente como películas y me relaja pensar en ellos.

-Ahora conocí a un grupo de gente que se dedican a recoger ayuda humanitaria para Cuba. Lápices, libretas, lo que sea. Y con la cosa de entregar el material, se van diez o quince, para quizás ver el otro material y es que la gente no sabe cómo montárselo para ir a Cuba.

-A la que pueden, se apuntan todos. Hay gente que me dice que quiere ir con la novia o con la mujer y yo les digo: «No seas gilipollas, vete solo». La gente no sabe ir sola por el mundo. Y otros que se tiran para atrás. Una vez estuve en Cuba con un amigo mío, del que no voy a citar su nombre por respeto a su intimidad y se enamoró tremendamente de una cubana. Él tenía en España su vida estabilizada, con mujer, y por un momento decidió quedarse en Cuba, pero luego se acojonó y continuó como antes del viaje...

-O sea, muerto de asco.

-Lo que le puedo asegurar es que en Cuba vives emociones diarias. Allí, como están locos, cada día pasa algo, aquello no es normal y además gritan por cualquier cosa: «¡Ay, lo que pasó!» y te cuentan cincuenta veces la historia. A todos mis amigos les recomiendo que a la que puedan vayan a conocer aquello, la isla es un regalo para el espíritu.

-Tal vez se produce la paradoja de que los que teóricamente van a ayudar al país, resulta que los arreglan a ellos. El europeo va a ayudar, en plan cooperación, y encima le ayudan a él. Porque, ¿cómo veía la vida del país, la situación política?

-Lo veía jodido, en la época que estuve todavía aparecía la Unión Soviética como madre protectora. La revolución cubana ha sido muy puteada, empezando por su vecino el amigo americano. Ha sido una revolución torpedeada continuamente, lo cual no ha permitido una evolución normal y ha creado muchos problemas en Cuba. Yo me pregunto a veces, ahora que nadie [129] apoya a Fidel Castro, si tanto odio tiene el cubano a Fidel Castro, ¿quién mantiene a Fidel?

-Bueno, en España, su paisano Franco también aguantó lo suyo.

-Sí, pero Franco estaba protegido por el gran capital, pero en Cuba no es así, entonces, ¿quién mantiene a Fidel? Algo le tienen que querer, vale que hay una población que quiere irse, pero yo vivía allí y había gente que estaba encantada con Fidel. Recuerdo allí, siempre lo tengo en la cabeza, a un negro, un vecino mío de Cojimar de unos setenta años que me decía: «Chico, yo no soy fidelista, pero hay que reconocer una cosa. Hace treinta años, en la época de Batista, un negro en Cuba podía aspirar a limpiabotas, a conserje de hotel, personal de servicio. Hoy mi hija es médico y mi hijo abogado. Esto en Cuba era impensable y este maricón me los ha hecho médico y abogado. Yo, a pesar de lo duro que es, le tengo que dar mi agradecimiento por haberme subido de status». La revolución cubana tiene cosas muy buenas y cosas malas, como en todos lados, pero Fidel resiste.

-Hoy precisamente el periódico publicaba cómo su presidente Aznar ha cortado la ayuda a Cuba y el vicepresidente de Estados Unidos, Gore, le ha felicitado.

-Hombre, ¿cómo no la va a cortar? Pero bueno, ¿qué quiere que haga este hombre? No me extraña que un personaje lamentable como José María Aznar...

-Perdone, usted tiene que respetar a los que han votado al presidente del Gobierno.

-Pero bueno, le puedo criticar, no me fastidie. Yo, lógicamente, no he votado a este señor, pero tampoco cojo el fusil y me voy a la Sierra de Gredos a levantarme contra él, pero le puedo criticar...

-Pero no insultar, «personaje» tiene un cariz despectivo...

-Puedo decir que no me interesa para nada. Es un chicharelo, como dicen los catalanes. Pero es curioso, un personaje cruel y vandálico como Franco no rompió con Cuba. España fue uno de los pocos países que mantuvo relaciones.

-Su amigo Manuel Fraga, tiene una gran amistad con Fidel.

-Sí. Aznar hará lo que le digan, pero Fraga tiene personalidad. [130]

-Se le nota que le gusta Fraga.

-Como ya le dije, me atrae más Fraga, como personaje político, y eso que no comulgo con él, pero le tengo respeto. Él defiende sus ideas a capa y espada, como yo defiendo las mías.

-Usted tiene que agradecer a Cuba entre otras cosas que allí empezó a trabajar, conoció a «Titina» que nos la presentó en *PAY-PAY* y al «Niño Bueno» que salió en su segundo espectáculo *¡ÑO...!*

-Yo le tengo que agradecer a Cuba el haber vuelto a nacer. A mí se me apareció la Virgen en Cuba. Como a aquel chico de Santa Perpetua de la Mogoda, vi otra vida, descubrí otra cosa, me dio un giro la vida.

-La primera vez que trabajó solo en un escenario fue en Cuba... Pero antes, según dice en uno de sus espectáculos, trabajó en el Tropicana de bailarín.

-Sí, esto forma parte del anecdotario teatral, no me gusta profundizar en este tema.

-Porque esto pone de manifiesto su confusión entre verdad y mentira, realidad y fantasía. Parece cuando lo cuenta, que no lo tiene claro ni usted.

-¿Me permite que estos temas los dejemos en el aire? Con su misterio, porque si no pierden la gracia.

-Dejémoslo en el aire, si no sería como un mago que enseñara el truco.

-Si alguien se quiere creer que yo he trabajado de bailarín en el Tropicana, con el tanga y los manguitos, ¿por qué le va a quitar la ilusión, hombre de Dios?

-Por lo menos tiene usted la sencillez de decir que trabajaba en tanga y en la tercera fila.

-Sé que es usted un defensor de la verdad a ultranza, pero no se puede ir por ahí rompiendo ilusiones. Es como si yo tengo mitificado a Frank Sinatra y usted me está diciendo todo el día que Frank Sinatra tiene almorranas. Me está enturbiando la imagen del señor Sinatra.

-Bueno, aparte del Tropicana, ¿dónde trabajó?

-En un cabaret que se llamaba Atellier, gracias a un amigo mío, Rudy Casanovas, que estaba allí de cantante. Salía a explicar mis números, durante los descansos o los cambios de [131] atracciones en el cabaret. Y también tenía mucho éxito en las tertulias caseras en casa de Gonzalo, un amigo mío, a las que se apuntaba todo el mundo.

En Cuba pasa una cosa que en España se ha perdido, ibas a casa de la gente sin avisar. Yo iba a casa de fulano y no tenía que telefonear previamente como hacemos aquí. Ni loco puedes en Barcelona, por mucha amistad o intimidad que tengas con alguien, presentarte en su casa de golpe. Te presentas y a lo mejor molestas. En Cuba pasabas por la calle y decías voy a subir a ver a fulano y siempre, se lo puedo asegurar, siempre era bienvenido. No importaba la hora que fuese, incluso a las dos de la mañana, se levantaba el amigo y la tortillita a la francesa y el *ronsito* siempre estaba. Nunca había visto hacer una fiesta en casa y pedir permiso al vecino. Aquí no se te ocurra montar un guateque en tu casa sin avisar al vecino.

-Si no pides permiso, los primeros «invitados» son la «Guardia Urbana».

-Sí, los primeros, exactamente. En Cuba se hace una fiesta y el vecino viene solo, no hace falta que le invites. Pero viene el de arriba, el de abajo, el de al lado, todos vienen a tomarse algo y una cosa vi clara: la música no le molesta a nadie. A las seis de la mañana, la música a tope y no hay gente de esa «por favor, pueden bajar la música». Al revés: «dale volumen, mi hermano».

Al regreso de Cuba, después de un año de estancia, recuerdo que fui a ver a un íntimo amigo a su casa, sin avisar, y se quedó como «qué haces aquí..., me has cogido...., no puedes venir luego, es que ahora no puedo...». Igual el tío no estaba haciendo nada, pero se sintió como avasallado en su intimidad...

-Hoy ya se teme que una visita se convierta en un problema. Es como cuando le dicen: «quiero hablar contigo». Nadie quiere hablar para dar algo bueno. Cuando la gente quiere hablar contigo, a no ser de trabajo, que se ve a la legua, normalmente es para pedir algo, que acostumbra a ser dinero. Y cuando llaman al timbre, nunca es para nada interesante: un testigo de Jehová, correo comercial, uno que se equivoca de piso...

-El cartero para no cansarse y tener que esperar, toca todos los timbres a la vez. Molesta a toda la escalera para acabar antes su trabajo. Pero, cuando llaman por sorpresa, abro con sigilo la persiana, procuro encaramarme para ver quién es y no [132] recibir visitas inoportunas.

-Aquí, en Occidente, estamos quemados, es lo de su amigo Sartre, el otro como molestia, «el infierno es el otro» y en Cuba hay una visión más sana, más vital. El otro como hermano, el que da alegría.

-Es que la visita intempestiva te viene a pedir algo.

-Antes se decía visita inoportuna. Ahora no hace falta aclararlo: todas las visitas lo son.

-Aunque sea la familia. Vienen tus padres a verte y tienen que avisarte también: «Oye, que vamos a ir». Pasaremos a verte y dices que no te va bien aunque estés en casa sin nada que hacer.

-El tipo de vida cubano debe ser paradisíaco, te sientes acogido, amado, feliz. Esto me recuerda un poco aquella inocencia que veían los guiris en nosotros, al principio del turismo en los años 60, que veían en España mucha alegría.

-Muchos extranjeros se querían quedar a vivir aquí.

-Cuando intuíamos que un extranjero buscaba alguna dirección aparecían diez tíos para darle explicaciones.

-Me acuerdo de niño en unas vacaciones en Villagarcía que había una pareja de hippies haciendo autostop en la carretera y medio pueblo fue a llevarles cosas, que si empanadas, vino y decían «povriños, pobrecitos, tan jóvenes y en la carretera» y la pareja, aturdida, no entendía nada e iba dando las gracias.

-Ahora es casi imposible hablar por teléfono con alguien en su trabajo. Si no le interesa te responde permanentemente la secretaria: «Está reunido».

-Casi todo el mundo tiene el contestador automático puesto. Es el filtro.

-La muralla, la secretaria casera.

-Sí, todo el mundo, es muy raro telefonear a alguien y que te conteste directamente. Está el contestador todo el día puesto. Y como estés esperando una llamada y te telefonee otro, lo despachas aunque sea el amigo más íntimo y lleves tres años sin verle: «Pepe, qué quieres», le contestas tajante.

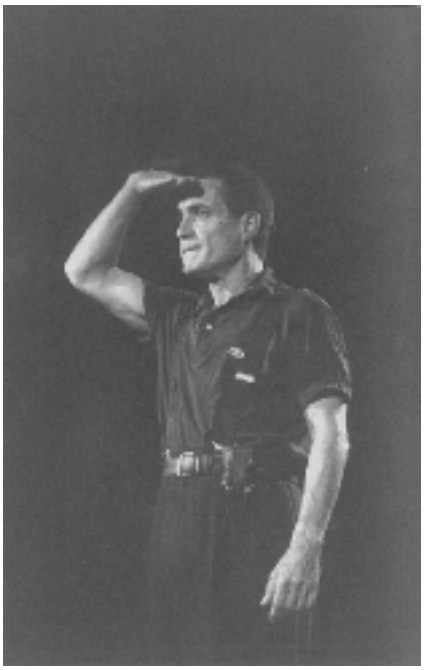
-Los hay más radicales, que colocan la gran muralla y no tienen ni teléfono. Aunque no puedan evitar, al salir a la calle, que alguien se les dirija y si sólo quiere fuego, pueden darse por satisfechos.

-Pues yo, además de las molestias normales, desde que [133] salgo en televisión, sufro las acometidas del público como ya le he explicado antes. Hay famosos a los que no les importa quedarse encerrados en casa. Pero yo soy un tío de la calle, sin la calle no puedo vivir, soy incapaz de quedarme en el balcón mirando cómo pasa la gente por la calle. Le puedo asegurar que si no pudiera pasear, me suicidaba.

-Es usted un solitario que vive entre la multitud.

-Sí, yo creo que sí. [134] [135]

Gaspar García Laviana



-Bien, señor Flavià, usted dirá.

-Ante todo, buenos días.

-Buenos días en esta soleada mañana de Sitges, descansando del ajetreo de estos días de fiesta, pues estaba esto lleno de gente, a rebosar.

-¿Se han ido ya los pijos aquellos que tanto le molestaban?

-Sí. El escarabajo pelotero ha hecho la pelota y se va.

-¿Quiere decir que estos señores están trabajando?

-No creo, siempre tienen planes y estarán tomando algo.

-Es la primera vez que me atiende a esta hora, tan temprano.

-Yo, perdone que le diga, soy una persona que acostumbra a madrugar mucho.

-¿Qué quiere decir mucho? O se madruga o no se madruga.

-Acostumbro a levantarme pronto, hago mi tabla de ejercicio, que por cierto hoy no he hecho debido a la emoción que sentía de encontrarme con usted (Risas...). La alta responsabilidad que suponen estas entrevistas. Me he encontrado a mi amigo José Manuel Gómez y he estado departiendo con él a lo largo y ancho de Sitges.

-¿Habla mucho al cabo del día?

-Hablo mucho y digo poco.

-Habla mucho y dice poco. ¡Qué modestia!¡Qué humildad! (Risas...).

-Hay quien habla y hace, quien habla y dice y quien dice y no habla.

-Vaya crucigrama más profundo... Dígame de alguien en su vida que haya hablado y hecho. [136]

-Alguien que haya hablado y hecho... Muchísima gente.

-Dígame uno.

-Amigo mío o personaje.

-Hombre, alguien que tenga que ver con su vida, no le voy a preguntar por El Cid Campeador.

-Mucha gente, por ejemplo, usted.

-No, no, yo no. Olvídese, por favor, de este modesto entrevistador. Escarbe en su vida.

-Hombre, mucha gente. Bozzo es uno, yo que sé, mi padre. Ahora me hace bailar.

-Una persona que tal vez haya influido en su juventud.

-¿Que haya influido en mi juventud?

-Sí, su ejemplo.

-¡Ah!, sí, ahora caigo.

-¿Ahora cae?

-Va usted barriendo hacia su portal: el padre Gaspar García Laviana. Tuve la suerte de conocerle en sexto de bachillerato o preuniversitario. Era costumbre en aquella época traer un sacerdote para hacer ejercicios espirituales.

-¿Hacía usted ejercicios espirituales?

-Sí, en la punta del capullo. Entonces había dos modalidades. Una que te llevaban a un convento, creo recordar a una casa religiosa, y estabas allí una semanita de ejercicios y la gente iba allí con la botella de coñac y..

-Perdone, señor Rubianes, mire que tía más buena está pasando. ¿Cómo ve este ejercicio?

-Muy bien. Todo lo que sea ejercicio lo veo muy bien (Risas...) Pues estos ejercicios se tomaban un poco en plan de juerga. Entonces el Colegio S.I.L..., que era un colegio de pago, ya sé que usted fue a un colegio público, yo fui a un colegio de pago mientras que usted era carne de instituto, ¿no? (Risas...)

-Yo hice el preuniversitario en el Instituto Milà i Fontanals.

-No, no. ¿El bachillerato lo hizo en un colegio de pago o del Estado?

-Por desgracia, de pago. Los Hermanos Maristas de la calle Valencia. No tenía que ir como usted cada día de excursión hasta el Tibidabo. También le podían haber pagado el colegio al lado de su casa. Le imagino subiendo por las Ramblas...

-Tenía quince años y esto no me suponía ningún esfuerzo [137] y encima me ahorraba el dinero que me daba mi padre para el metro y el tren de Sarriá.

-Qué hacía, ¿colarse en el metro?

-No, iba y volvía andando.

-¡Qué dice! ¿Andando de las Ramblas hasta el tranvía azul?

-Así hacia ejercicio.

-Buenos zapatos usaría. Y volviendo ahora que lo dice, a los ejercicios...

-Sí, pues nos trajeron a un sacerdote, joven, creo recordar que era jesuita.

-Me parece que está confundido. Pertenecía a una de esas órdenes religiosas de segunda división.

-Bueno, pues vino este hombre, fuerte, de buena planta, encantador. Recuerdo que en aquella época se murió su madre y nos lo contó. La muerte de la madre era algo que nos quedaba a todos lejos, nuestras madres eran muy jóvenes y hablaba de la pérdida de un ser querido: «Disculpen mi tristeza» y ya nos llamó la atención, porque no era un lenguaje habitual para un profesor. Nos hablaba de los Beatles, de los Rolling Stones, de una serie de cosas que ocurrían en el mundo.

-Perdone, señor Rubianes, ¿qué clase de ejercicios eran estos? Los Beatles, los Rolling Stones...

-Sí, bueno. Era un enfoque moderno del tema. Nos hablaba de Jesucristo, como personaje revolucionario, no nos obligaba a ir a misa, lo que nos llamaba la atención. Nos hacía escribir redacciones para ver la vena poética que teníamos cada uno y, por cierto, a mí me felicitó.

-¿Por su vena poética?

-Sí. Por las redacciones. Sobre el tema que se tocaba teníamos que escribir un par de páginas. Hacer un poco de lectura poética o filosófica de la charla que habíamos tenido.

-Usted ya apuntaba el creador que sería más tarde.

-No le diré que no, porque me dijo un día: «Escribes muy bien, Rubianes». Nos hacía escuchar las canciones de Bob Dylan, nos traducía las letras y poco a poco nos fuimos encariñando con él y era pasión lo que sentíamos los alumnos por aquel sacerdote.

El súmmum de la historia fue el día que nos llevó a toda la clase a cenar a l'Agut. Fue la primera vez que iba a cenar a un [138] restaurante. Bebimos vino con autorización de la familia y él pagó todo. Nos invitó, porque al día siguiente se iba hacia Sudamérica en su condición de misionero, en la línea de la, más tarde, llamada teología de la liberación, pues él ya criticaba a Franco. Sólo, curiosamente, recuerdo hablar mal de Franco en aquella época al Padre Santamaría y al Padre Gaspar García Laviana.

-¿De que año me habla?

-Le hablo del 64-65. Le puedo asegurar que uno de los momentos más tristes de mi vida fue el de la marcha del Padre Gaspar. Se me cayeron las lagrimas, después de la cena, en la despedida... No volví a saber más de él hasta que un día, hace ya unos años, leí en una revista que hablaban de un sacerdote guerrillero español, bueno ex-sacerdote, integrado en el ejército sandinista, héroe de la toma de Managua, en la que murió. Era uno de los comandantes de la revolución nicaragüense. Entonces vi la foto y ¡coño! era el Padre García Laviana con unos años más.

-¿Y lo reconoció en la foto?

-Sí, estaba cambiado. Llevaba barba y una boina de comandante con la estrella y todo el rollo. Después ya me empece a interesar por la historia. Por lo visto, era un héroe nacional nicaragüense y me emocioné mucho. Tal como lo recordaba no me extraña que acabara así, tomando partido por los pobres, con la miseria que existe en aquellos países. Había colgado la sotana y se había comprometido con la lucha armada.

-En la línea de la teología de la liberación, del franciscano Leonard Boff y del obispo catalán Pere Casaldáliga, natural de Vic y que está amenazado de muerte.

-Sí, sí. Era de esta movida. En Managua tiene una avenida con su nombre, que he visto, y un amigo nicaragüense tuvo el detalle de mandarme un escrito de Laviana. Una reflexión sobre Nicaragua. No llegó a ver la victoria sandinista, porque murió en el último combate. Eso me hizo coger un asco terrible a los sacerdotes de aquí, cuando los veía gordos y sebosos. Yo recuerdo al Padre Laviana, tipo Jesucristo, no sé cómo decirle.

-¿También conoció usted a Jesucristo?

-No, hombre (Risas...). Me refiero a la imagen típica de Jesucristo, delgado y con barba... Era otra imagen de sacerdote, [139] no usaba sotana, aunque era obligatorio llevarla. El día que vino a cenar, vino de paisano.

-A ver si después de la cena hizo alguna excursión.

-Podría ser.

-¿No lo vio con ninguna señorita?

-Laviana había estado implicado en el caso Favara y era amigo de los sacerdotes que protagonizaron una reivindicación en favor de los agricultores. Una vez nos presentó a uno de estos sacerdotes y, al parecer, alguno tenía novia.

-¿Qué dice? ¿No estará ofendiendo la memoria de estos señores que a lo mejor no tenían novia, ni tenían nada?

-Después me enteré que todo este grupo de Favara había dejado el ministerio y tienen mujer e hijos.

-¿Y usted cree que han hecho bien en dejar la Iglesia para casarse y formar una familia? Pues si la familia, según usted, es una mierda, ¿cómo debe ser la vida de sacerdote?

-Bueno, no sé, pero una persona que no tiene muy claro lo que está haciendo y lo deja, me parece muy normal.

-Sí, pero que lo deje para hacerse trapecista o una cosa más interesante...

-No lo dejarían para casarse. Lo dejarían por otro motivo más de corte filosófico.

-Yo creo que algunos lo habrán dejado para casarse pero, fíjese usted con todo el respeto del mundo que se merecen esos señores, dejar a Dios por una mujer, el absoluto por lo relativo.

-Perdone que le diga, pero para una persona que de pequeñito, como pasaba, lo meten o entra en un seminario y llega a la madurez virgen, como teóricamente tiene que ser la cosa, supongo que el conocimiento de una mujer puede ser toda una revolución en su forma de pensar. Quien pueda cometer la estupidez de dejar una historia por casarse...

-La vuelve a cagar.

-Y quién no lo ha hecho. Ellos son libres de cagarla como todo dios. Quiero decir que se lo planteen así, de que por amor dejen el ministerio sacerdotal, me parece muy bien, aunque después se equivoque, pues bueno, hay más días que longanizas.

-No crea que hay tantos días y tanta longaniza.

-A mí me merece mucho respeto. Antes que estar fingiendo una historia e incumplir con el celibato, más vale dejarlo. O [140] cumples o no, no puedes estar que sí, que no. Yo soy de cumplir: «Oye, me he enamorado de esta tía, dejo el sacerdocio». Eso me parece mucho más legal, a mí lo que no me parece bien, qué quiere que le diga, es el doblete. O enfrentarse al poder de la Iglesia e intentar cambiar la cosa para que los sacerdotes se puedan casar como en otras religiones o, si no es posible, abandonar el sacerdocio como acto de protesta, porque a la Iglesia no le haga ninguna gracia que los sacerdotes se casen, ¿no?

-Yo creo que les da lo mismo. El caso que nos ocupa es que don Gaspar García Laviana lo dejó por su compromiso con los oprimidos... Señor Rubianes, usted que tiene esta sensibilidad política no ha pensado nunca en abandonar su carrera teatral y dedicarse al compromiso político.

-Yo no creo que mi historia sea la de irme a Bolivia a luchar en favor de los oprimidos. El Padre García Laviana ya tenía una «profesión» que le empujó a enfrentarse al poder. Con la palabra de Dios no vamos a ningún lado. Esto no se arregla con hostias consagradas. Hay que luchar con las armas del poder: la violencia.. Yo he viajado por Suramérica y he visto cómo está la gente y entiendes que se produzcan estas movidas de legítima defensa, porque a ti te atacan con la violencia institucional y cuando se acaban las palabras hay que pasar a la acción.

Aparte de sacerdotes, también hay gente de otras profesiones: médicos, abogados, ingenieros que luchan contra la burguesía de sus países incorporándose a las luchas guerrilleras. Y no es nada fácil, cuidado, vivir amenazado, metido en la selva, carcomido por la dureza del entorno... no crea usted que es una labor bonita y romántica...

Una vez en Kenia me hice amigo de un misionero catalán y se me cayó el alma a los pies cuando vi cómo vivía aquel tipo. Pensé: «Hostia, vaya choza llena de mierda, de barro...» No es lo mismo ir de turismo a un sitio y decir: «¡Ah!, qué bonito, he estado viviendo como los de las tribus durante quince días», que pasarte años viviendo metido en un barrizal y tan contento.

-Sí, «en plena naturaleza».

-Y era un tío joven, de unos treinta años y estaba allí en el silencio e igual se morirá allí. No todo el mundo toma la opción de García Laviana, de lucha armada. El misionero estaba haciendo un trabajo callado y silencioso por aquella gente. [141] Tenía conocimientos de medicina y había salvado de la muerte a mucha gente, porque allí, un cortecito insignificante de esos que nosotros decimos: «¡Ay! me he cortado», puede significar la muerte. Tampoco debería estar muy de acuerdo con la manera de funcionar de los obispos y jerarcas de la Iglesia. Supongo que además debe tratar de atraer a los negros a su historia, hablandoles de Dios y todo eso, pero bueno, a mí me dejo muy impresionado que haya gente capaz de hacer eso, gente con esa valentía.

Recuerdo que le pregunté: «¿Cuánto tiempo estarás aquí?» y me contestó: «Toda mi vida»... No me dijo estaré un par de años y me iré a Nairobi o iré a París a hacer un curso de tal, no qué va, su planteamiento era para siempre.

-¿Usted cree que una persona que esté bien de la cabeza puede hacer eso?

-No sé si los que están bien de la cabeza son los que hacen eso y los demás estamos mal o viceversa. Me hace una pregunta que no sé qué contestarle. A mí, cualquier persona que tiene un detalle con otro me parece bien, claro que hoy en día esto significa estar mal de la cabeza, pero es necesaria la gente que da buen rollo a la vida. Yo no salí deprimido de ver al misionero aquel, incluso sentí vergüenza de pensar: «Y yo de señorito en Kenia», me sentía un poco como Hemingway con el fusil por África, tuve una sensación extraña allí con un tío de Gavá.

-Leía hace poco que José Saramago, este escritor que creo usted admira, decía que el instinto le ha funcionado mejor a los animales que la razón a los hombres. Que la razón no la hemos sabido utilizar. En esta línea parece poco razonable la labor de este misionero, porque para llevar este tipo de vida hay que estar medio loco.

-Una locura muy sana.

-La frontera debe ser muy borrosa entre la locura sana y la enfermiza, porque si disfruta debe ser un enfermo. Recuerdo una novela de Pío Baroja, algo así como *El árbol de la vida* o *El árbol de la Ciencia.*

-*El árbol de la Ciencia.*

-Gracias, es gratificante conversar con usted porque enseguida aclara estas lagunas de la memoria (Risas...), pues bien, en la novela sale un hermano de San Juan de Dios tan familiarizado con el dolor y la desgracia que sentía hasta placer de verse [142] envuelto en la mierda y el protagonista de la novela expresa su asco y repulsa ante esta identificación. Llega un momento en que la mierda ya no es mierda, sino...

-Un punto de placer.

-Exacto.

-Es como la maratón. Llega un momento en que no puedes con tu alma y experimentas una sensación de placer. Evidentemente existen unas satisfacciones y unas compensaciones, pero aquello es barro y el barro siempre es desagradable.

Todo esto se lo digo, señor Rubianes, porque si usted y yo estamos de acuerdo con este tipo de actuaciones, en vez de reivindicar la razón, deberíamos reivindicar la locura.

-Todos los grandes hombres de la humanidad han sido grandes locos, ¿no?

-Ya, pero no parece razonable pasarse la vida sacrificándose por los demás. No le digo que pasarse la vida mirando la televisión, me parezca razonable, pero estar luchando solo en la selva contra los elementos...

-Tendrá sus compensaciones, hablando con la gente, obteniendo pequeños logros... viendo otras formas de vida, otras sensibilidades de las que puede aprender mucho.

-Entonces, ¿cómo es que no se pelea la gente para ejercitar esta labor?

-Porque, es muy duro, no jodamos.

-Porque afortunadamente para él y para la humanidad, el misionero no está en sus cabales...

Continuando con estos temas altruistas que abren inquietudes de trascendencia, sorprende que usted, señor Rubianes, que se define ateo trate tanto en sus obras el tema religioso. En *PAY-PAY*, con su famosa *Pasión*, en *ÑO...!* con historias de Dios y el Paraíso terrenal, en *SIN PALABRAS* con la historia de un monje en el monasterio de Sant Pere de Roda, en *Por el amor de Dios* explica la creación, los amores de Dios... Es constante la presencia de Dios en sus obras y personalmente el interés por personajes de la Iglesia como el cardenal Tarancón, el cardenal Jubany... ¿Cómo explica este interés y desinterés a la vez?

-Hombre, yo particularmente, como ha señalado, soy ateo, no tengo ningún tipo de creencia religiosa, ni católica ni ninguna otra, pero he sido educado bajo el manto de la religión católica, [143] porque era la que tocaba, cuando nací. Toda mi vida, sobre todo la primera fase ha estado bajo esta influencia. He arrastrado las cosas buenas que tenía la religión católica y he dejado las malas. Han podido más las malas que las buenas y por eso dejé de ser creyente... El Dios como ente y eso, no me interesa para nada. Soy de la filosofía de lo inmediato, de lo que hay y para de contar. No me planteo un Ser superior que esté allí y nos pone y nos quita... La religión católica como hecho teatral da mucho partido. Es como las leyendas, que son acojonantes. En la Biblia hay unos cuentos y unos relatos preciosos. Es una religión de dos mil años, muy sabia, que tiene sacerdotes preparados culturalmente. No son cuatro catetos y no me llevo a tiros con los curas, soy respetuoso con ellos, aunque a algunos sería capaz de llevármelos por delante, porque son malas personas con descaro.

A mí me merece un respeto toda persona que se toma con seriedad cualquier tema, siempre que no sea un tema nocivo como el fascismo o que va de exterminio y eliminación del prójimo, pero la religión católica no habla de exterminar a nadie, la religión católica en sí propaga el cariño entre la gente, ¿no? y esto nunca hace daño. Lo que pasa es que los métodos que emplean para conseguir este cariño varían según el enfoque que les da el responsable de turno. Pero la religión católica no pretende el mal, que luego se tergiverse, ya es otra cosa. Cualquier persona que se lo tome en serio me merece un respeto y sea un budista o un mahometano, me saco el sombrero ante ellos...

-Pero, ¿por qué esta reiteración del tema religioso en sus obras?

-Yo he cogido la parte teatral de la religión y los números que hago no pretenden ser ofensivos, sino humanizar esos personajes míticos que nos han legado. Si Jesús era hombre, pues cagaría y mearía como yo, ¿no?

-Hombre, pero seguramente en una piedra. Usted tiene la suerte de cagar en la taza del water.

-Los griegos eran distintos, humanizaban a sus dioses y los hacían más asequibles, reducían la distancia con el hombre. Incluso el Evangelio muestra esa familiaridad. En un momento cumbre, en el Huerto de los Olivos, Jesús le dice a su Padre «apartarme el cáliz, que vienen a meterme caña» y el Otro, dice: «Qué coño, hasta el final de la historia». O sea, que tenía sus [144] dudas y sus rollos y a mí lo que me gusta de la religión es lo que tiene de humana y no de etérea y de dioses inalcanzables...

En cuanto dice a Tarancón y Jubany, pues son gente que ayuda a vender esta imagen del Dios inalcanzable y que fueron capaces de dar una imagen más progresista. La Iglesia estuvo en España ligada al poder franquista y Tarancón plantó cara a una situación que era muy jodida. La gente no tiene a veces, memoria histórica, pero a mí estas actitudes me despiertan cierto respeto, qué quiere que le diga. Otros conservadores, como Marcelo González Martín que merecen mi total desprecio. Tarancón y Jubany ayudaron a liberalizar un poco el ambiente tremendo y terrible de un pigmeo enfermo, de un enfermo mental como era el general Franco.

-¿Otra vez con este señor? ¿Cada día lo mismo?

-Me sé toda su historia, era hijo de Dios.

-Usted también es hijo de Dios.

-Pero él era el hijo de Dios oficial, por autonombramiento, y lo más curioso era que la Iglesia lo consentía y le doraba la píldora. A mí me vino a ver al teatro un obispo de izquierdas, Alberto Iniesta, y se reía bastante. La Iglesia con el tiempo fue abriéndose, aunque ahora parece que vuelva a las andadas... Y todo eso lo he mamado desde niño. Si hubiera nacido en Oriente Medio, sería islámico y me hace gracia humanizar a un ser mítico que he concebido en mi cabeza, hablando con acento andaluz, porque si Dios lo es de todos, también lo será de los andaluces, digo yo.

Nunca he entendido eso de cuando un equipo de fútbol le va a ofrecer la Copa a la Virgen con todas esas chirigotadas, pero bueno macho, ¿la Virgen no es también de los que pierden? La ofrenda a la Virgen de Montserrat, ¿es que la Virgen es del Barça?

-Ignora usted que también hay una Liga de vírgenes. Este año la Virgen de la Almudena ha quedado primera, la Xeperueta la segunda y la Moreneta la tercera.

-Saramago ponía muy en cuestión a la Virgen, hablaba de ella como de una señora de pueblo catetona que no entendía muy bien a su hijo. Era una mujer de pueblo a la que le salió un hijo muy listo.

-Además, es que si lee el Evangelio, verá que la Virgen María tiene un papel como el que tenía usted en la obra de Fernando [145] Fernán Gómez, muy cortito, sale poco.

-Pues, cómo la han lanzado. Ni la Claudia Schiffer.

-Serían cinco minutos como los de Marlon Brando: guest estar. De todos modos, fíjese bien que la gran mentira de la religión, como en el caso de la Virgen, consiste en humanizar a Dios, en antropomorfizarlo. Dios ha sido definido por la teología como «el radicalmente otro», el distinto al hombre. No participa de sus limitaciones y miserias. En el momento en que se humaniza a Dios, se está pretendiendo que piense y reaccione como el hombre. Por eso, si me permite, señor Rubianes, tienen tanta importancia en las religiones las influencias culturales y cómo varía la visión de Dios al compás de los cambios culturales. En el cristianismo, por ejemplo, se justifica la indisolubilidad del matrimonio a partir de una frase del Evangelio que vaya usted a saber quién la dijo y a qué hora y en qué contexto. A partir de ahí, observe las consecuencias que de ello se han derivado... Si la humanidad, por ejemplo ha pintado a Dios vengativo, es porque ella ha sido vengativa.

-Ahora responde a los intereses del poder.

-Efectivamente, se ha utilizado a Dios para legitimar el orden establecido como última razón. ¿Por qué las cosas son así?, porque Dios lo quiere. Por eso, la teología más honrada sería, como señalaba Karl Barth, la teología apofática o de negación, que consiste en decir «Dios es amor, pero no ama como el hombre», porque si no, rebajamos a Dios, lo empequeñecemos. Si ve usted una obra de arte, lo mejor que puede hacer es callarse. Si la explica, ya la deforma. Esta deformación cultural, usted me ha dicho que la ha visto en Sevilla con todas las advocaciones religiosas, el Cachorro, el Cristo del Gran Poder, que no aparecen en el Evangelio.

-Sí, sí. La Virgen parece que sea sevillana, todo esto pertenece a la parte folclórica de la historia, pero vamos, se juega usted la vida, si como teólogo pretende clarificar el papel de la Virgen. Aquellos fanáticos son capaces de matarte. La Virgen del Rocío tiene una guardia personal que te pega de hostias como se te ocurra tocar a la Virgen. Se llaman los almonteños, y no permiten que nadie la toque. Es puro integrismo fascista y tiene una lectura sin ningún interés filosófico ya que es puramente visceral y brutal... [146]

-Usted, ¿cuándo vivió en Sevilla?

-A la vuelta de Cuba, viví unos ocho meses.

-En aquella época, parece que estuviese buscando fiesta y alegría constantes. Primero Cuba, luego Sevilla.

-No, hombre, ya estamos con el tópico del folclore andaluz, la camisa de lunares y el sombrero cordobés. Fui a Sevilla por motivos laborales.

-¿Fue a la recogida de aceitunas? (Risas...).

-Ya se lo dije antes, fui con El Brujo.

-Sí, pero el tema de la fiesta iba a tope...

-Sí, claro, en todos lados me he tirado fiestas, también en Barcelona, en donde presumen de serios y trabajadores. Fue una época de mi vida de las más felices que recuerdo, junto con la de Cuba.

-¿Bailaba usted sevillanas?

-Nunca he sabido bailar el baile típico de los lugares. Llevo cuarenta y tres años en Catalunya y no sé bailar sardanas.

-¿Y la muñeira?

-Tampoco, y soy gallego. He vivido la época del auge de las sevillanas y aquello era terrible. Por suerte las aguas han vuelto a su cauce, pero hubo unos años en que era horroroso. La sevillana se puso de moda y todo el mundo, incluso la gente que odia a los andaluces, trataba de aprender que si la primera, que si la segunda...

-Con la gracia que tenemos los catalanes para el baile.

-Eso también hay que sumarlo...

-Pisando uvas (Risas...).

-En Catalunya hay gente que baila de puta madre, tampoco es un pueblo patoso. Ahora bien, una vez que un amigo mío catalán de esos del acento marcado, viendo en Sevilla al Camarón de la Isla, le soltó un olé, con la «I» esa catalana bien marcada, que hasta el Camarón se llevó un susto y se lo quedó mirando. Era un momento del cante de esos jodidos y llenos de sentimiento y el andaluz sabe cuando tiene que decir olé, pero el tío ese, con toda su buena intención, pues le salió del alma, casi le hace perder el compás al Camarón. Y todo el mundo «Psss».

-Lo dio a destiempo.

-Pero no hubo mala reacción, porque se noto que el tío [147] estaba emocionado viendo a aquel pedazo de artista. No era para menos.

-Lo peor es cuando un tío que viene de fuera se quiere integrar a tope en la cultura ajena.

-Sí, pero además, rápido, en dos días. Hay gente que llega a Liberia y a los dos días ya son liberianos.

-¿Iba a los toros en Sevilla?

-Alguna vez fui, pero no mucho. Una vez que toreaba Curro Romero, que es uno de los toreros que hay que ver. En Barcelona había ido de jovencito. No hay mucha afición, pero es entendida.

-Su amigo, el cantante de boleros La Voss del Trópico, es un gran aficionado. Ahora ya debe ser un entendido. Éste era de aquellos que al primer día, ya lo sabía todo.

-Recuerdo un día que La Voss del Trópico, que pesa sus ciento veinte kilos y tiene un vozarrón de espanto, estaba presenciando la faena de José Mari Manzanares y en el momento en que los cuernos del toro estaban a la altura de los huevos y se iba arrimando para forzar el pase del toro, de repente gritó: «Manzanares, estás cagado». Se hizo tal silencio que Manzanares miró hacia el tendido y hasta el toro giró la cabeza del susto que se pegó al ver a semejante cetáceo.

-El toro diría: «¿Por qué no torean a ése?

-En plan la matanza del porc (matanza del cerdo).

-Y qué me cuenta de Sevilla...

-Que la gente es muy abierta y tiene una simpatía innata, tiene un toque como el cubano, el sol, es una ciudad caliente, hermosísima. La gente pasea porque es un gusto caminar por Sevilla. En Barcelona todos van deprisa. Años atrás la gente se paraba en las Ramblas, daba tres pasitos y se volvía a parar. Ahora todos van rápido... Pero en Sevilla es una gozada ver a la gente andar tranquilamente de paseo, por la calle de las Sierpes, su finito, su vinito, su cervecita, su rollo, un poco un disfrute de la vida. Una filosofía que ciertos pueblos tienen y otros no.

-Y de mujeres, ¿qué tal?

-Hombre, alguna novia tuve, faltaría más, y de alguna sigo siendo amigo a pesar del tiempo transcurrido.

-Siempre con el cuento ese de mantener la amistad de sus novias. Alguna novia le debía retener en Sevilla... [148]

-Eran las novias y era Sevilla, una especie de completo. Era la situación, la aventura, venía caliente de La Habana y Sevilla fue una especie de Habana 2.

-Ahora parece como si se hubiera cansado de esos países calientes...

-¿Por qué lo dice?

-Parece que no viaja tanto y si lo hace, que prefiera otras zonas...

-Sí, claro, procuro conocer el mundo lo máximo que puedo. Últimamente he estado en Egipto con mi amigo el actor Pep Molina.

-¿Este muchacho que canta por Camilo Sesto y Nino Bravo y no hay manera que se vaya de los bares, cuando lleva dos copas de más?

-Efectivamente. Fue un viaje que recuerdo con mucho agrado. Era una época en que habían ocurrido varios atentados y viajábamos en crucero por el Nilo con un 20% de ocupación en el barco. Molina estaba entusiasmado con lo que veía. Yo había estado otra vez con Carol, una novia mía, y en aquel viaje la situación era crítica, pues la cosa no iba bien, aunque ahora somos también muy amigos.

-No podía fallar. A usted le va mejor de ex-novio que de novio.

-Seguramente, la cuestión es que con mi amigo «Moli», como le llamo así en plan un poco maricón, fue un auténtico relajo. Teníamos nuestro camarote individual por si caía algo, no diré si cayó o no porque Molina está casado y no puedo comprometerlo.

-Me consta que el señor Molina es muy responsable y seguro que no ligaron.

-Entonces, he procurado viajar lo máximo que he podido y conocer los países que de pequeño había soñado. Lo que pasa es que ahora no tengo el afán y el interés de antes, voy más tranquilo. Ahora me encanta estar en Sitges. Podría estar en Argelia, Marruecos o Turquía, pero, aquí también me siento bien.

-Va a celebrar quince años de carrera teatral en solitario. ¿Cuántos años se piensa dedicar a esto?

-Hombre, yo como Gila, hasta que me muera. Como Don Miguel Gila, al que rindo mi admiración como uno de los cómicos [149] más bestias de todos los tiempos. Supongo que usted también le profesará admiración, o tiene sus peros...

-Los que estamos entrados en años sabemos que Gila era ya una estrella en la radio allá en los años 50.

-Gila ha sido siempre una estrella. Desde que nació.

En la revista de humor *La Codorniz* y en la radio. Los chistes de Gila y su teléfono eran famosísimos... Bueno, y en el umbral del medio siglo ¿qué espera Pepe Rubianes del otro medio?

-A partir de los cincuenta... No sé, no me gusta. A veces pienso, como el gran Errol Flyn que murió a los cincuenta años y en una entrevista le preguntaban: «Usted que ha sido una estrella de Hollywood, ¿qué piensa hacer el resto de su vida?» Y contestó: «Nada, no me interesa nada».

-Y murió a los cincuenta.

-Sí, al poco de la entrevista lo fulminó un infarto.

-Bebía mucho, ¿no?

-Todo lo que podía y más.

-Usted, por lo menos, no bebe...

-No. Hace tres años que no bebo, pero no bebo porque me harté. Me pasó algo así como cuando te separas de una novia porque te aburres. Yo bebía muchísimo y he estado bebiendo toda mi vida, desde jovencito. Puedo decir que he sido un alcohólico y sigo siéndolo, aunque no beba. Me encanta el alcohol, pero ya no bebo, no me atrae. Es decir, como cuando tienes una novia guapa y ya no la ves guapa. Esto me pasó con el alcohol, me cansé, me aburría. Me aburría de mis borracheras, me aburría de hablar mierda y de hablar chorradas.

Un día me asusté porque estuve a punto de pegarme con uno por causa del alcohol... y otro día conté un secreto muy íntimo de un amigo a otro amigo y se me cayó la cara de vergüenza... Entonces le cogí manía a la bebida y dejé de beber. Y la verdad sea dicha, lo que pensaba iba a ser un duro sacrificio, no lo ha sido. Como lo dejé por propia voluntad, no por prescripción facultativa, no lo he echado nunca en falta. Es más, empecé a ver que amanecía en una situación diferente, mejor, sin resaca, era como volver a nacer... Noté un cambio en mí que me animó mucho y me ha ocurrido que si antes me aburrían mis borracheras, ahora me aburren las borracheras de los demás, sus [150] conversaciones y los temas que toca la gente cuando va bebida. Es un agobio: exaltaciones de cariño, palizas a las cuatro de la mañana. Aguantas mejor si tú también vas colocado, es una situación normal, no pasa nada, pero cuando no bebes y estás sereno aguantarle el rollo a otro es un palo, un palo tremendo.

-Tal como va la cosa por la noche hablará con poca gente.

-Sólo voy al Raval o a sitios determinados. No voy a la aventura como antes, que con cuatro gin-tonics te comías el mundo. Ahora sólo salgo con gente que me interesa, no pierdo el tiempo con ligues fáciles y baratos como en los días de vino y rosas. Al dejar el alcohol, me dio un giro todo esto, y no sé si es mejor o peor, pero por lo menos no tengo que aguantar aquellas palizas y me retiro a las tres de la mañana.

-A esta hora aún van serenos...

-A las tres dicen «vamos a tal sitio». Yo me voy a casa, si voy acompañado, bien, y si no, me leo un libro, que nunca hace daño, me acuesto y al otro día me levanto. Al no beber te vuelves más selectivo, pero no creo que sea malo, porque mira que había hablado mierda durante toda la vida... Y ahora ya no hablo. [151]

Lázaro Escarceller y Aitana

Estas entrevistas ya se podían dar por finalizadas. Para redondear, a Pepe y a este humilde transcriptor de sus vivencias, se nos ocurrió hacer una breve prolongación, y dónde mejor que en el Teatro Villarroel, escenario en el que Pepe Rubianes, utilizando una expresión contemporánea, que no es de nuestro completo agrado, triunfa por un tubo o, si lo prefieren, más que el Avecrem.

Se trataba de comentar «lo último», en expresión también actual, de Pepe Rubianes y de aclarar alguna posible confusión a la que abocan la sinceridad y la audacia de nuestro protagonista.

La cosa salió mal, porque en el bar del Teatro Villarroel reinaba un cierto caos. Amigos, el técnico de luz y sonido, José Parramón, fiel escudero de Pepe; la presencia de Joan Lluís Bozzo, que excusó presenciar por «trienésima» vez la obra alegando conocerla perfectamente de cabo a rabo e incluso soñarla en ocasiones, en plan pesadilla... Para acabarlo de rematar tenía anunciada su presencia en el teatro por segunda vez, en plan repetidor nuestro alcalde, el olímpico Pascual Maragall y familia. Afortunadamente la opinión de Pepe respecto a Maragall es distinta como se ha podido comprobar en estas páginas, de la que tiene del mucho más olímpico Presidente del C.O.I. don Juan Antonio Samaranch Torelló.

Finalmente el alcalde no llegó debido a que se le alargó, para su desgracia, el congreso del P.S.C., pero sí apareció su esposa Diana a la que nos consta le entusiasma Pepe.

Sí, fue una lástima, pero tuvimos que suspender la entrevista por exceso de personal y trasladarla, al día siguiente al Bar Raval. Error corregido, pues como dijo Pepe... [152]

-Yo ya se lo había advertido, pero usted no atiende a razones: es un riesgo trabajar en un sitio donde vas a hacer otro trabajo, pues al final acaba dominando el elemento.

-Pero como decía en *Antaviana*, su amigo Bozzo, Dios cierra una puerta, pero abre una ventana. Dios nos castigó ayer en el teatro, pero hoy nos ha conducido con su Providencia al Bar Raval, que es su vida. También puede cantar con Antonio Machín lo de «En este bar te vi por vez primera y sin pensar te di la vida entera»...

-Sí, de hecho me paso más horas aquí que en mi casa.

-Dicen que se le ha visto, a veces, con una escoba y el mocho fregando el suelo.

-No, mi especialidad es cargar neveras, además antes me tenía que desplazar, pero desde que vivo enfrente, lo tengo más fácil.

-No le quiero entretener mucho, porque ahora son las doce y media y creo que mañana es un día ajetreado.

-A las cinco y media, o sea de aquí a cinco horas tengo que levantarme y entonces con alegría y entusiasmo ir al aeropuerto, al puente aéreo, pues a las ocho y media debo estar en Madrid para hacer el doblaje de *El crimen del cine Oriente*. (Se pone a toser).

-No fume tanto que me tose usted mucho. ¿Cuantos cigarrillos fuma al día?

-Muchos.

-No muchos, no.

-Dos o tres paquetes.

-¡Vaya presupuesto señor Rubianes!

-Mucho, estoy un poco cargado de los bronquios.

-O sea, en su interior, sus pulmones son mulatos.

-Más negros que mulatos.

-¿Y cómo es que tiene que ir a doblar la película?

-La película se rodó con sonido directo, pero siempre se cuelan sonidos incontrolados y hay que repetir frases.

-¿No será señor Rubianes, que se equivocó y tiene que ir a clases de repaso en Madrid?

-No me ataque ya, señor Flavià, es lo normal en un rodaje.

-Desde luego. Además no acostumbra a equivocarse nunca. [153]

-Sí, claro que me equivoco, pero se rectifica en el momento a instancias del director, si no le ha gustado. El doblaje de sonido se hace por errores puramente técnicos.

-Esto lo debe cobrar aparte.

-Sí, son ciento veinte millones por el rodaje y cien millones por el doblaje.

-¿Cuánto duró el rodaje?

-Un mes y medio.

-Por un mes y medio cobró ciento veinte millones ¿Y los otros cien millones?

-Quedan a cuenta del día del doblaje.

-Mañana en seis horas cien millones. Le hubiera salido más a cuenta más doblaje y menos rodaje.

-No. ¿Para qué tanto dinero? Si en el fondo el dinero no da la felicidad. Yo con doscientos veinte millones, puedo ir tirando una temporada. ¿Para qué quiero más?

Podía haber pedido más y más, pero, ¿para qué?

-Y se lo hubieran dado.

-Claro, pero si todo va a quedar aquí...

-Para su sobrina me han dicho, ¿no?

-Para mi sobrinísima.

-Cuidado no le envenenen.

-Sí, es verdad, no me vayan a echar la pócima.

-Usted por si acaso no diga nada.

«Oye, a tu tío, por qué no le echamos unos polvitos matarratas», le dirá el novio.

-El novio, como sepa que Aitanita es una rica heredera, igual hace lo mismo que usted con su abuela.

-Por supuesto no iré a las Golondrinas con ellos, pero igual me dejan caer por una escalera en el Tibidado.

-A lo mejor su sobrina empieza con aquello de: «¡Ay! ¿Cuando morirá mi tío?»

-«A ver cuando se morirá, que no se muere nunca, este viejo de mierda.

¡Asqueroso! Que no te aguantas los pedos...» (Risas...).

-Irá un día a buscar setas por ahí con la pareja feliz y lo despeñarán.

-No creo que lo haga, si lo hace ya estaré muy viejo y me dará lo mismo. Igual me facilita las cosas para ir al otro lado, [154] pero dudo que llegue.

-Volvamos a la película. ¿Cómo le ha ido?, aparte de económicamente, ya que hemos visto que discretito.

-Ha sido una buena experiencia. Lo que pasa es que yo prefiero doscientas mil veces más el teatro. En el teatro hago lo que quiero, no tengo que depender de nada, ni de nadie, solamente de mí, de los textos y del publico, claro. He acabado un poco harto del mundo del cine y de la televisión. Se trabaja mal, a mí que no me jodan. La disciplina y el rigor con que se trabaja en el teatro, no se ve en el cine. Van con prisas, es otra maquinaria diferente. Yo, la verdad sea dicha, no disfruto haciendo cine o televisión. Hice la serie *Makinavaja* y lo pasé mal, salvo en la segunda parte que la dirigió el gran director de cine, José Luis Cuerda... Pero en la primera parte de veintiséis capítulos y siete u ocho meses de rodaje, lo pasé muy mal con un pésimo director que tuvimos... Y me preguntaba a mí mismo: «¡Qué hago aquí!». Además pensaba: «Con el paro profesional que hay, para qué vienen a buscarme a mí que voy haciendo mis cosas en el teatro». Incluso llegué a pensar: «Estos me quieren joder ¿o qué?». Pedro Costa, el director del *Cine Oriente*, tenía la mejor de las intenciones, pero no es mi medio. Me aburro, no vibro como con el teatro.

-Vuelven las preguntas existenciales de siempre, asoma el filósofo que alberga en su interior: ¿Por qué yo tanto y otro tan poco?

-No se trata de eso. Lo que hago en el teatro es una forma de hacer muy particular. Para interpretar el personaje que he hecho en *Cine Oriente* o *Makinavaja* hay una serie de actores que lo hubieran hecho perfectamente y mucho mejor que yo, incluso. Lo tengo claro, es otro rollo más clásico de actuación, más al uso...

-Claro. Además, por su manera de actuar, en sus números, improvisaciones, parece que está diciendo que el cine le limita...

-Sí. Yo estoy a disposición de un director. Una vez he firmado el contrato tengo que acatar lo que me diga y no hay más tu tía... Después de tanto tiempo trabajando sólo, me he acostumbrado a ir a mi bola y me cuesta que me dirijan, aparte, depende de quien te toque. Antes cenando hablábamos de Luis Buñuel. Que ese director me dé indicaciones es una maravilla, [155] pero todo el mundo es Buñuel. O sea, que venga «un capullo mañareno» a decirte: «Hazme esto así, porque a mí me da la gana» es duro de asimilar.

-Usted es como las grandes estrellas del fútbol: que tienen que jugar a su aire. No pueden abortarle sus dosis de genialidad. Yo también estoy de acuerdo con usted, que para estar fumando un cigarrillo en el bar del Pirata y decir «Esta tarde robamos», no hace falta que le contraten. Interpretar eso lo puede hacer cualquiera; Pepe Rubianes da más de sí.

-A mí, lo que me gustaría, con el Maki, es dar mi propia versión. Me he criado al lado del Barrio Chino y tengo idea de cómo va el rollo. Disfruté mucho en la segunda parte con José Luis Cuerda, porque es un tío de gran personalidad. Le dio su visión a la historia y era una aventura creativa. Una gozada. Era un tipo muy interesante.

-¿Y le dejaba más suelto?

-No, pero me dejé dirigir a gusto, porque podía aprender.

-Había un desarrollo,

-Ahí veías a un tío genial haciendo cosas. Sí, pero oiga, es terrible cuando viene un «capullete» de estos que van de genial por la vida y resulta que no es tal... Cuando hay un tío genial vale la pena aprovecharlo.

-Además le hablan como actor, pero ya lleva quince años en el teatro y prácticamente es autor-actor-director, porque aunque sus obras las hayan dirigido muchos, las acaba haciendo muy suyas y en realidad habla de director a director y, claro, le cae el alma a los pies con lo que le toca oír.

-Yo acostumbro a ser bastante disciplinado, porque no he montado ningún follón, a pesar de no trabajar a gusto con el Maki. Monté «el cipote» el último día, cuando acabamos el rodaje. Antes no tuve ningún problema, ni pelea, ni escándalos, ni nada.

-Al margen de las diferencias artísticas, si me lo permite, usted es un señor que trabaja sólo en el teatro con su técnico y entre los dos hacen de grúa, focos, maquillaje, producción. Ya señalaba al principio del libro, que estaba harto de trabajar en compañía. Creo que decía algo así como: «Yo no soy de aquellos de vamos, haremos, iremos...»

-De los plurales. [156]

-Veo que tiene fresco el concepto. Entonces allí no hay plural, lo del rodaje ya es demasiado.

-Superplural. Hay un faraón que es el productor-director arriba de la pirámide y va bajando hasta la base. El faraón no utiliza plurales, usa un «quiero». Uno dice quiero y los demás hacemos lo que quiere.

-Y eso de «quiero» es lo que acostumbra a hacer usted en el teatro.

-Sí, lo que ocurre es que en el teatro acostumbro a consultar con el técnico.

-Ya, porque es usted muy humilde. Incluso me ha contado con esos rasgos de humanidad que tanto emocionan a sus numerosos seguidores, que no cenaba en el rodaje, con el director y la protagonista femenina, sino que se iba con el pueblo llano y sencillo.

-No soy de los de mesa aparte con los protagonistas. A mí si me enrolla un técnico y me lo paso bien, nos divertimos comiendo juntos. Este sentido de clase no lo he tenido nunca. A veces coincidíamos Pedro Costa y Anabel Alonso, la protagonista, porque había que comentar algún plano, pero en general cada uno iba a su rollo. Yo me sentaba en la primera mesa que pillaba sin mirar si estaba la peluquera o el maquillador. Además, al final acabas llevándote mejor con los maquilladores y peluqueros, que con tus compañeros de rodaje, porque pasas más horas con ellos. Peluquería y maquillaje, son un poco el confesionario de todo el rodaje.

-Allí se cuentan todas las chafarderías.

-Es el bar. Es el Raval del rodaje.

-Con los cotilleos típicos: «Creo que fulano se ha liado al iluminador,» etc.

-Maquillaje y peluquería es un poco el punto de reunión, como en la calle. ¿Qué pasa cuando va al peluquero? Pues que se habla, que si la jugada del Barça, con gente que a lo mejor no verá más en la vida. Pero en los diez minutos que dura el corte de pelo como digas: «Vaya gol el de fulano el domingo pasado», todo el mundo se apunta. Se crea un clima, todo el mundo esta relajado, para luego continuar su trabajo.

-Resumiendo, que no se le ve muy satisfecho, quizás porque está paladeando su último éxito teatral, no se le ve muy [157] entusiasmado con el cine y la televisión.

-El cine y la televisión no me dan la satisfacción que me da el teatro. ¿Qué quiere que le diga?

-¿Y si la película funciona?

-Me da igual.

-¿Le da igual?

-Seguiré pensando lo mismo. Y seguiré pensando que si la película funciona y me llaman para otras, dudo que las haga... Pedro Costa me decía: «A partir de esta película te vas a hinchar a trabajar en el cine...» y yo pensaba «ya veremos, eso ya lo veremos...» También es posible que no me llame nadie, y si lo hacen no haga la película, porque estoy muy a gusto haciendo teatro.

-A ver si se creen que por doscientos veinte millones va a perder un mes y medio y una mañana.

-¡Anda, ya!

-¡Que se vayan con viento fresco! A estos directores les pasa como a algunos árbitros de fútbol, que van locos por sacarle la tarjeta roja a los mejores, a Maradona, a Romario... Y dicen: «Al Rubianes que me lo traigan que se va a enterar. Es bueno, pero yo lo veo de otra manera, lo voy a centrar...» Quizás esos señores deberían ser más humildes y dejarle ir a su aire...

-Sí.

-Y si me permite, tengo un ejemplo concreto y, espero que no se ofenda, pero yo en el Maki, con el que más me río y he coincidido con bastante gente, es con el viejecito, con Lázaro Escarceller, porque es el que hace lo que le da la gana.

-No le podían controlar.

-¿No? (Risas...). Ustedes los jóvenes son más personas, más educados y hacen caso y él no obedece. Y afortunadamente, desobedeciendo, es con el que más te ríes.

-Sí, es una fuerza de la naturaleza.

-A mí la escena de usted que más me gustó, y es una tontería, es una en que va un negro al water y usted le arrea un coscorrón en el cogote.

-¡Ah!, sí. No vea lo que me costó colar eso, porque lo querían cortar.

-Aquello se nota que es Pepe Rubianes.

-Pues lo querían cortar. [158]

-Oiga para lo que usted hacía, estar fumando un cigarrillo en la barra del bar, ya puede mandar al novio de su sobrina, si quiere heredar. ¿O va a heredar gratis el tío ese?

-El rodaje era terrible, estaba totalmente marcado, no podía hacer nada.

-¿Y para qué coño le querrían, si su especialidad es desmarcarse?

-Al director que te contrata le avisan: «Cuidado con el Rubianes, que como no le controles, se te dispara...» Y ya vienen con esa sobrecarga que le han metido en la cabeza y: «Pepe, no levantes la mano así, déjate la mano quieta». Y me tienen allí «acartonado».

«Acartonado», ésa es la palabra. Esto es como el que se quiere casar con un novia formal y ama de casa y se casa con una puta.

-Como casarte con una puta y quejarte porque te pone cuernos.

-Creo que ha rechazado una oferta de trabajo para hacer de presentador en televisión...

-Sí, en Antena 3.

-¿Qué tenía que presentar, el telediario?

-No, un nuevo programa. El director es un tío interesante, Tom, el dibujante, pero ahora estoy en el teatro y estoy de puta madre y no tengo ganas de marearme. Tenía que ir dos días a la semana a grabar a Madrid.

-Y total por cuatrocientos millones, ¿no?

-Algo más.

-¿Sabe para qué le ficharía yo? Para presentar el telediario.

-Sí, ¿por qué?

-Para darles un poco de color, son muy aburridos.

-«El presidente del gobierno se ha entrevistado este mediodía con...»

-Exacto y de vez en cuando se inventa alguna noticia de esta suyas y la cuela.

-Sí, «Se casa el Papa» (Risas...). Se casa con Teresa de Calcuta.

-No, con otra. «Sor Teresa de Calculta, disgustada».

-Ahora están enfermos los dos.

-Claro, si está mal uno, no va a estar bien el otro (Risas...). [159] Creo que también le ha afectado lo del obispo escocés.

-¿Qué obispo? Ahora no caigo.

-Sí, hombre, uno que se ha fugado con una parroquiana y ahora se va a casar.

-¿A quién ha afectado?

-Al Papa, a Su Santidad.

-Se le ha ido un obispo.

-Hombre, es un escándalo.

-Tiene poca vergüenza el obispo ese. Antes esto pasaba con los curas, ahora ya está alcanzando cotas de obispos. Debe ser, como cuando deserta un general, ¿no? Un cabo, vale, pero un general... ¡No me fastidie!

-Pues a mí me cae simpático el obispo ese. Lo he visto en televisión vestido de gala en una procesión, saludando a los rieles, sonriendo a las feligresas en plan pillín. Me imaginaba a don Benigno en Villagarcía de Arousa, sonriendo a las hijas de María y guiñando el ojo: «A las seis te espero».

-Desde luego, esto habrá supuesto para Su Santidad, un palo tremendo. [160] [161]

Horta, Serrat y Sagarra

-Estoy recién llegado de Madrid después del doblaje de la película. He dormido cuatro horitas, después de estar encerrado en el estudio de doblaje hasta las tres de la tarde y me quedé clavado cuatro horas en el aeropuerto, debido a la intensa tormenta caída en Catalunya. No despegaban los aviones. He llegado a Barcelona a las ocho y media de la tarde. En fin un desastre, mi día de descanso señor Flavià. ¿Cómo lo ve usted?

-Hombre, lo veo mal.

-Descanso de guerrero.

-Mire, hoy la vida se ha vengado de usted. En cambio ha favorecido al obrero. Por ejemplo, los de la construcción están contentos, porque gracias a la lluvia, no han pencado.

-Sí, claro. En cambio los ejecutivos en el puente aéreo andaban revolucionados. Todos con el teléfono portátil a cuestas, llamando sin parar, de un lado a otro...

-Estos se han jodido.

-Estaban jodidísimos: «Pero bueno. Esto no puede ser». Y los de Iberia: «Señores, no se puede volar a Catalunya».

-«Estamos en el tercer mundo»...

-No veas las broncas que había: «¡Tengo consejo de dirección!», etc.

-Y los mecánicos de mi taller, como tienen los coches en la calle, pues no trabajan para no mojarse. Y los dueños, los hermanos Vallés, tienen una mala leche de espanto.

-Y los mecánicos más contentos que la hostia.

-Me sorprende esta magnanimidad de la patronal, de no permitir que se moje el obrero... Como no les ponen un chubasquero en plan Pescanova...

-No creo que sea cosa de la patronal. Si del empresario [162] dependiera, supongo que el obrero trabajaría lloviendo y nevando. Es el obrero que se ha unido en defensa de sus derechos.

-No empiece ya, que no estamos en televisión.

-Algo ha ganado el obrero desde la Revolución Industrial hasta hoy.

-Ha ganado mucho.

-Dicen que el obrero ya no existe.

-Ahora ya no existe ni el trabajo.

-Dicen que todo es clase media.

-Todo es clase vídeo. Todos locos por el vídeo. Y, por cierto, ¿ha ido bien el doblaje?

-Ningún problema. Me han pagado la última parte.

-Los cien millones.

-Sí.

-Por cierto, el otro día le vi en el programa de don Miquel Calzada, más conocido como Mikimoto, estrella de TV3. Y allí, ¿qué cosita hizo señor Rubianes?

-Bueno, pasó un incidente.

-Algo hizo usted.

-El señor Miquel Calzada sacó a colación que en mis actuaciones en el Teatro Villarroel, hacía referencia a lo que había ocurrido en Sitges con el...

-¿Qué ha ocurrido?

-Que uno de los concejales del Ayuntamiento, el de Governació...

-Uno que es amigo suyo.

-No. Es del P.P.

-Usted también se llama Pepe.

-Está muy gracioso hoy señor Flavià.

-(Risas...). Sí, porque no estaba en el puente aéreo.

-Claro, ha llovido y como las plantas, usted se crece con la lluvia.

-Gracias señor Rubianes.

-Entonces este concejal, quería «limpiar», en términos policiales, a Sitges de todo el rollo homosexual. Sitges que ha sido, de siempre, un pueblo abierto y donde no ha habido nunca ningún problema por este tema. Es más, supongo que para el comerciante el colectivo gay es muy interesante, porque no creo que los homosexuales que frecuentan Sitges sean unos «mataos», [163] sino que por lo que he observado son gente con pasta de todo el mundo que tienen a Sitges como lugar de recreo de su ambiente y, supongo que esta gente hace un gasto considerable.

-En tangas dilapidan sus ahorros.

-Y en la vida nocturna... Están de vacaciones, ¿no? Entonces, como pagando, San Pedro baila.

-Canta. Ahora no sé si baila también.

-Sí, canta y baila. Las dos cosas... Pues van a la discoteca aquella tan bonita...

-Trailer, no despiste ahora, señor Rubianes.

-Donde precisamente le pegaron una paliza a un camarero.

-A un camarero de un bar que era lo que antes le llamaban invertido. Cómo va cambiando el nombre de la diferencia sexual.

-Sí, sí.

-Invertido, maricón, parguela, bulla, cartona...

-De todo. Pues el concejal de marras, que hablando en plata es un impresentable, inició esta campaña lamentable, al acecho del homosexual, pidiendo la documentación y molestándoles. La única persona civilizada en este asunto fue el alcalde de Sitges que puso coto y paró al concejal. Entonces en mi espectáculo, hacía mención de este tipo y el señor Mikimoto en la entrevista de TV3 me pidió que hablara del tema. Y yo ni corto ni perezoso, llamé imbécil al concejal y el señor Calzada cortó el asunto.

-La entrevista.

-Sí. «No sigamos por aquí, porque podría tener repercusiones, tal y cual...»

-Y eso en directo y a micrófono abierto.

-Sí, sí. Yo le dije: «Si me preguntas, yo te explico lo que hago y lo que digo en el teatro». Quizás pensó que le iba a hablar del tema de una forma más diplomática. Pero no. Yo le dije, en plan calle, lo que pensaba del concejal ese sin ningún tipo de diplomacia, ni tacto. Yo trato hacer como el gran maestro Josep Pla, el tacto y la diplomacia me lo paso por la punta del nabo.

-Ahora me acuerdo, de que tal vez el señor Calzada ignora que es usted un discípulo aventajado del Padre García Laviana. Un luchador que adonde va, denuncia. [164]

-No hombre, no, yo no soy ningún luchador de nada. Lo que pasa es que hay ciertas cosas en la vida que hay que decirlas. Igual estoy equivocado en lo que pienso, pero ya vale de boberías. Si le llamo imbécil, me arriesgo a que me de una bofetada, pero lo digo, porque es un hecho que atenta lisa y llanamente a la libertad de expresión.

-Si me lo permite, usted no hace el juego a estas preguntas que, parece, le formulan para que no las conteste.

-Sí, exactamente, para jugar,

-Le hacen una pregunta y la contesta. «¿Qué pasa con este señor?».

-Pues, esto. Yo creo que es un idiota y lo digo.

En la campaña electoral y en Las Cortes se habla de asesinatos y se dicen cosas tremendas, ¿me entiende? Se acusaba a Felipe González de asesino. Que yo llame imbécil al concejal de Sitges no es equiparable a calificar de asesino al Presidente del Gobierno. Aquello se decía y no lo cortaban.

-Quizás, sociológicamente, usted que procede del campo de la reflexión convendrá conmigo que hay unos insultos homologados. Si le llama a un político corrupto y asesino, no pasa nada, en cambio, a lo mejor, imbécil, no lo escuchará en Las Cortes.

-Pero es el lenguaje de la calle.

-Claro está. Nada más lejos de mi ánimo que criticarle, pero quiero decirle que a veces el «idiota» sorprende, porque es diferente. Usted no oye «capullo» en el hemiciclo. Escuchará calificativos mucho peores.

-A veces, parece, que lo más sencillo es lo que más jode.

-Ah, claro.

-Puede decir todo lo que quiera con tacto y delicadeza y ser un insulto tremendo, en cambio si le llamas idiota, duele más que todos los eufemismos para decir lo mismo. El idiota directo, que es el lenguaje que oyes en la esquina, ése hace daño. Es lo que decía Quevedo: «En mis escritos uso lo que veo, lo que la gente apunta a escondidas en la calle».

-Ya estamos fajados, y determinados insultos los tenemos integrados, asimilados, y los encajamos como si nada, sin embargo uno aparentemente menor, hace más daño.

-Total, que Mikimoto cortó en plan «pasemos a otra cosa» [165] y no quiso continuar, no porque no estuviera de acuerdo con lo que yo decía, sino por miedo a la repercusión que esto pudiera tener en el programa. Miedo a las quejas, como cuando tuvo follón con el programa de la Infanta, y estaban cagados.

-Les va el pan.

-Claro, al final, la torre adosada que se han comprado es lo que fastidia todo. Pero a mí, lo que más me molesta, es que la gente que hace años iban con el rollo de la «libertad de impresión» con sus barbitas, son los que, ahora, primero te cortan. Yo veo normal que reaccione así un facha, un fascista de la vieja o de la nueva escuela, es algo que ya ni me planteo y que, incluso, me parece más legal.

-Lo ve más coherente.

-Sí, hombre. Yo que Alberto Royuela se cague en todo eso, lo veo normal, no engaña a nadie, aunque, por supuesto, no esté de acuerdo con su ideología. Te dirá, a lo mejor: «Te voy a partir la boca, como te metas conmigo». Pero estos que juegan al «sí, pero no», al final hacen lo mismo que Royuela. No te pegará un puñetazo, pero te corta. El señor Royuela tampoco pega, por lo menos, ahora.

-Alguno habrá que le hayan currado.

-Bueno, ya me entiende. A mí lo que me cabrea son esos progres de baratillo, ex-mayo del 68. No les perdono, por ahí no puedo pasar.

-Quién nos iba a decir hablando en Sitges en los meses de abril y mayo que iba a surgir toda esta problemática. Parece futurólogo.

-Qué va, hombre.

-¿Y a qué cree que se debe todo este follón?

-Yo creo que cuando uno se divierte, hay otro que se jode de envidia.

-Sí, pero los homosexuales llevan años divirtiéndose.

-A mí me parece que la gente cada vez está más amargada por el tipo de vida que lleva y el engaño social que existe. Cada vez estamos más endeudados y de peor humor. Así que si éste se divierte, yo procuraré joderle. Años atrás recuerdo un ambiente mucho más de fiesta, más alegría. Ahora hace un poco de ruido con la música y se lo comen los vecinos, parece que con la sociedad de consumo ande todo el mundo amargado con las [166] deudas. ¿Cómo me voy a divertir si estoy pensando cómo pagar la letra mañana?

-O cómo no pagarla.

-Ya que no me puedo reír, por lo menos trato de fastidiar al que se divierte. Entonces todas estas mentes bienpensantes que existen en Sitges y en todo el mundo se dedican sistemáticamente a joder al que sonríe.

-¿Ha pasado el verano en Sitges?

-Sí, y le contestaré una cosa. Estoy muy bien en Sitges, pero, posiblemente me vaya, porque también estoy muy bien en Barcelona. El otro día fui con mi amigo, el actor Pepe Molina.

-El que canta por Camilo Sesto de maravilla.

-Estuvimos paseando por el Port Olímpic y me encantó aquello.

-Vaya horterada, señor Rubianes.

-Yo de día lo vi bonito y pensé en cambiar el apartamento de Sitges por uno en el Port Olímpic. La playa delante, las palmeras, tengo lo mismo y sin moverme de Barcelona... Además no soporto la pijería del veraneo. No puedo con esos niños tontos de familias horribles y horrorosas de cuatro duros y esas caras de mala hostia y esos coches y esas ostentaciones, que en aquel pueblo, por desgracia, se suelen dar. En invierno será otra cosa, pero en invierno tengo que estar en Barcelona, en el rollo. No soy un hombre de paz. Soy, como Xavier Cugat, hombre de mambo.

-Y usted de un lado para otro.

-A mí eso de: «Ven para acá que se está tranquilito en invierno», no me interesa. Tengo que estar en «el fregado», me muero de aburrimiento en un pueblecito. Quizás me viene de mi padre. De pequeño a veces le decía: «¿Por qué no nos volvemos a Galicia, a Villagarcía que es tan bonito?» Y mi padre decía: «A mí déjame de Villagarcía. Dame Barcelona o Buenos Aires, quiero lío, gentes en la calle, ambiente cosmopolita. Para descansar, ya descansaré, en el ataúd cuando me muera, que creo voy a estar una larga temporada».

-Allí no habrá movimiento.

-No. Se ve que están muy tranquilos. Y este recuerdo me impresionó. Yo, suspirando por Galicia, el mar, mi pueblo y mi padre deseando la pachanga. [167]

-Siempre con su vena poética. Tal vez exista la resurrección para la gente como usted que no puede estar quieta y van siempre de un lado para otro. Habrá gente que igual le dice: «Oiga, ¿quiere vivir otra vida? No, gracias ya estoy bien en el ataúd». Pero a la gente inquieta, quizás le dan una oportunidad en el otro mundo.

-No sé, no sé...

-Ya veremos. Esté preparado y, por si acaso, lleve una muda.

-No tengo ninguna noción de cómo va la cosa por ahí (Risas...).

-Estábamos en Sitges... ¿No habrá asistido al Festival de Teatro?

-He visto alguna cosita.

-¿Es aficionado al teatro?

-Hombre, no soy un espectador adicto de estos que lo van a ver todo, no soy un aficionado ejemplar, pero acudo, cuando trabajan amigos míos.

-Pues tiene fama de no pisar un teatro, ni por casualidad, incluso de que amigos le han dejado invitaciones para asistir a la representación y ha inventado burdas coartadas, toda clase de enfermedades y muertes de familiares, y estaba usted tomándose un cortadito en el Raval.

-Sí. Reconozco que he sido, en este sentido, muy mal compañero y no he correspondido, como lo han hecho conmigo, lo acepto plenamente.

-Y luego tiene que ir con la cantinela de «Perdóname». Desde luego, si todos los espectadores fueran como usted, estaría muerto de hambre.

-Hubo una época, hace diez años, que sí iba, pero ahora sólo voy de vez en cuando, pero no voy a ningún estreno. No sé, si con la edad he ido adquiriendo manías, pero no soporto el ajetreo del estreno. Aquello de: «Hola que tal. ¿Qué estás haciendo ahora?». Y lo tienes que contar veinte veces, prefiero ir otro día.

-Bueno, derrótese y cuénteme, lo que me ha llegado por ahí, de cómo soluciona el tema de quedar bien con sus amigos actores que le invitan al teatro.

-Hubo una época en que a lo mejor se me amontonaban [168] varios compromisos. Entonces iba, al empezar la función, al camerino a saludar al actor o a la actriz y les decía: «Bueno, me voy a acomodar. Mucha mierda», que como sabe es el saludo ortodoxo de la profesión.

-Entonces me ponía al final y a la que salía a escena mi amigo me largaba. Y el otro, convencido: «¡Coño, hoy ha venido Pepe!».

Sin pérdida de tiempo me iba corriendo al siguiente teatro y a la media parte les visitaba en el camerino y «¡Tíos, estáis de puta madre!». Por fin me dirigía al último de la noche, que aparentemente era el más sencillo y al acabar la función les iba a felicitar. A veces me preguntaban: «Pepe, ¿qué te ha parecido la obra? Y yo: «Hombre, mi opinión es lo de menos, lo importante son los aplausos del público».

-Esta picaresca la viví una temporada hasta que uno me trincó y me dijo: «Pepe, qué te ha parecido cuando le grito a la protagonista» Y yo: «Maravilloso». Y resulta que no había ni un solo grito en la obra. Mi amigo interpretaba a un sordomudo. Caí en la trampa (Risas...).

-Vaya corte.

-El otro me dice: «Que no has visto nada, pedazo de cabrón» Yo: «No, es que he llegado un poco tarde».

-No me extraña, con tantos compromisos (Risas...). Usted se limitaba a repartir parabienes, sin entrar en materia.

-Quedaba bien con todo el mundo.

-Y ahora que ya le es más difícil engañarnos, ¿vio algo en el Festival de Sitges?

-Vi sobretodo a Virgilio Expósito, que por la cara que pone, ya veo que no tiene ni idea de quien es. Pues para que haga un poquito de cultura, que no le vendrá nada mal, le diré que es un gran cantante y compositor de tangos argentino y el día en que presencié su actuación Joan Manuel Serrat cantó un par de temas con él.

-¿Su amigo Serrat estaba también allí?

-Sí. Bueno, conocido más que amigo.

-A ver si lee estas entrevistas y se va a enfadar, si sólo lo llama conocido.

-Somos conocidos. Yo jamás he comido a solas con Serrat.

-¿Se lo dice como un reproche? Parece que aproveche estas [169] páginas para sacarle una cena.

-No, hombre, no. De reproche nada, ahora bien, si me quiere invitar... Tampoco le haré un feo... (Risas…). Lo que quiero decir es que hay un cariño profesional, pero no tengo una intimidad con Serrat... Usted ya me entiende lo que quiero decir.

-Un día me pareció ver que en el *Makinavaja* cantaba una canción de Serrat.

-Sí, era un momento en el que Maki y el Pirata recordaban sus años jóvenes y hablaban de los cantantes que les impactaban y el Maki se declaraba fan de Serrat. Decía: «Donde esté *Paraules d'amor senzilles i tendres* que se retiren los demás». Entonces cantábamos la canción así a lo Maki. Cuando llegué a casa me encontré una llamada de Serrat en el contestador agradeciendo que hubiéramos cantado su canción. Y yo le telefoneé agradeciendo la suya. Aparte, Serrat es muy buena gente...

-No sé si creerle...

-Se lo puede preguntar a él. En el contestador me grabó: «*Paraules d'amor senzilles i tendres, no en saviem más, teniem quinze anys*»... Y yo pensaba: «¿Qué coño es esto?» «Hola, soy Serrat, moltes gracies...»

-Y le quedó grabado en el contestador...

-¡Coño!, conservo el cassette, me quedé un recuerdo suyo para toda la vida.

-Ya vale.

-No, hombre, no me lo miro en plan económico, ya sé que usted es «molt català», pero «escolti» no me joda... Considero que Serrat es un gran artista y es un documento para toda la vida y, a veces, puedo escucharlo para que me dé marcha.

-Perdone señor Rubianes, si a la palabra valor sólo le da un contenido económico es un problema. Existe el valor sentimental, el valor de amistad, Diego Valor... ¿Se acuerda de Diego Valor?

-Sí, sí.

-¿También coleccionaba cromos de Diego Valor?

-La colección no. Yo hacía la del Capitán Trueno.

-Bien y al señor Serrat lo saludó en Sitges.

-Sí, estuve con él.

-¿Y también le cantó *Paraules d'amor*? [170]

-No. Pasó otra cosa. Él me había invitado al concierto que dio en el Palau Sant Jordi el 23 de abril en homenaje a la Nova Cançó, y no asistí, porque ya le he dicho que no acostumbro a ir a esos eventos.

-A lo mejor aquel día tenía tres teatros para visitar.

-No, eso era otra época. (Risas...).

-Podía haber ido a escuchar una cancioncita y después largarse.

-No, lo que pasó fue que Francesc Sánchez, uno de los managers, me dijo: «Oye me ha dicho Serrat que te invite». Incluso me insistió, pero como conozco al tal Sánchez y es muy sentimental y muy cariñoso conmigo, pensé que se lo inventaba y que no era cosa de Serrat. Y entonces pasé y di las entradas a otra gente, pero no fue, en absoluto, por desprecio a Serrat. Además ya le he comentado que en estos actos me marco, me pongo nervioso y no lo paso bien.

-No se acabó de creer que Serrat le invitaba...

-Entonces me lo encontré en el bar, antes de la actuación de Virgilio Expósito. No sabía que Serrat estaba allí. Me saludó, él es muy afectuoso y me dijo: *«Em vas fallar»*. Porque yo le había comentado a Sánchez que tenía unas actuaciones. Y le solté: «No, es que no pude venir, porque tuve una actuación en Santiago». Y él, gato viejo se olió el rollo y me contestó: «¿Santiago de Chile o de Compostela?». Y al ver que me había cazado me puse a reír y, me excusé como pude. No creía, ni que se acordara de mi ausencia. «Si quieres, al acabar vamos a cenar unos cuantos. Vente», me dijo. Y yo: «Pues estupendo, hasta luego».

-¿Y fue a la cena?

-Bueno, al acabar el recital ya no iba a ir. Me cortaba ir con tanta gente, ya sabe que llevo una vida retraída y excusé mi ausencia. Y entonces Serrat me dijo: «Vete a cagar», como diciendo «de qué va el Rubianes, ya vale».

-¡Va de Marlon Brando por la vida señor Rubianes!

-No, al final, cuando se fueron pensé: «Voy a ir, coño». Cuando llegué al restaurante Serrat se sorprendió: «Hombre, Pepe, siéntate aquí a mi lado» y al momento me apareció con una bandeja de calamares a la romana. «Coge un calamar», me dijo. Y yo así tímido, «muchas gracias, pero prefiero un pimiento del padrón». Y, como si pensara que iba de guapo, me soltó: «Tú, [171] gallego de mierda o te comes un calamar o te tiro la bandeja por encima. ¡Pretendes putearme o qué!»

-Y a comer calamares por un tubo...

-Sí. Luego ya estuvimos cenando la mar de bien y al acabar me volvió a comentar lo importante que era para él mi presencia y la de los amigos en el recital del Sant Jordi. Y me quedé completamente obnubilado. Es más, le mandé una carta a su casa explicándole lo que significaba para mí. Serrat es algo que llevo en mi corazón. Me acuerdo de jovencito, creo que ya lo he comentado en otra parte del libro, tendría yo dieciséis o diecisiete años cuando la «Cançó de Matinada» que tenía un amigo, Alejandro, que iba de Serrat por la vida. Se sabía todas sus canciones y presumía de conocerle, y no era verdad. Este muchacho se mató en un accidente de circulación con su padre. Iban en coche por la autovía de Castelldefels y fue la primera presencia de la muerte en mi vida, era un amigo de la infancia. Y estaba en la cena en Sitges y me vino a la memoria: «Fíjate, tú, si estuviera aquí Alejandro con Serrat». Me acordé de toda esta historia de hace treinta años y se lo contaba en la carta y le decía que yo, como artista, aparte de admirarle como cantante, le admiraba por la disciplina y el rigor de su trabajo y porque no para de trabajar. Cada año saca algo nuevo sin tener ninguna necesidad. Podría estar mirándose el ombligo, pero sigue arriesgando. Unas le salen mejor que otras, pero bueno, lo que es indiscutible es que Serrat es un mito y en el rollo artístico está por encima de todas las cosas. Me ha dejado sorprendido, nunca pensé que me quisiera tanto. Es más, coincidí con él en las bodas de plata de un amigo mío.

-¿Aún hay bodas de plata?

-Sí, Miguel Horta y Nitsa Antoniu, o algo así, porque es chipriota, deben ser los únicos que quedan.

-Los únicos que llegan a los veinticinco años de matrimonio y los únicos que se atreven a celebrarlo.

-Sí, sí. Debe ser un caso único. Estaba, como le decía, Serrat en la boda y lo noté emocionado.

-¿Con usted o con los mártires de plata?

-Con ellos, hombre. Conmigo le noté un buen rollo estupendo. Estuvimos comentando anécdotas de Cuba, porque él también larga que te cagas, es de anécdota larga. [172]

-Pues si se juntan los dos...

-No vea... En fin lo de Serrat me dejó sorprendido y es más, me honra que me tenga este afecto artístico y personal, aunque sé, por la gente que lo trata, que es un hombre super atento con los compañeros y muy afectuoso.

-Pues sí que le han pasado cosas este verano...

-Hombre, alguna que otra. La vida es un continuo devenir. ¿Sabe lo que significa devenir, usted que presume de tantas citas?

-No me examine que el tema del devenir lo tocamos en charlas anteriores... ¿Y qué me comentaba antes de Joan de Sagarra? No me distraiga... Usted mencionaba al principio de estas conversaciones y, el lector que no se haya fijado, por favor que repase, que los libros se han de leer con detenimiento, no superficialmente, no «por la tapa», como señala usted en *Rubianes, 15 años*.

-Sí, yo nunca he tenido ningún problema con él, sus críticas siempre han sido buenas conmigo, eso no quita que piense que se ha pasado con compañeros. Pero, bueno, éste es un problema entre él y mis compañeros. Total que firmé un manifiesto contra Sagarra y sé que le dolió. Es más, en la réplica, Joan me mencionaba a mí: «Mi amigo Rubianes, me invita a sus representaciones previas y ahora se suma a esta historia...» Yo le invitaba como amigo, no como crítico, porque me interesaba su opinión y un poco le había traicionado.

-En plan Bellido Dolfos.

-Y esto siempre se me quedó grabado, al margen de la opinión que de él tenga la profesión. Y ahora, aprovechando lo de mis quince años de profesión le llamé y le pedí perdón públicamente, ya que le insulté también públicamente.

-Cómo, ¿qué le pidió perdón públicamente?

-Le invité al teatro y en medio de la función paré y le hice un homenaje: «Mira, Joan, la cagué, creo que la cagué, asumo mi responsabilidad y públicamente, pues fue pública la firma de aquel manifiesto, te pido disculpas, porque creo que me equivoqué».

-Esto, ¡ni la penitencia pública con sacos de ceniza! Confesando sus pecados en medio del teatro.

-Creo que tenía que rectificar mi opinión en público. Después [173] me esperó al acabar la función y estuvimos en la cafetería del teatro hablando, y lo que son las cosas de la vida, este tema no lo tocamos. Hablamos de Tahití, porque yo le comenté que había estado en Tahití y que había leído que su padre el escritor Josep Maria de Sagarra y su mujer fueron de viaje de novios a la Polinesia, estuvieron en Bora-Bora, Tahití, sitios en donde yo había estado, y es un sitio que él tiene mitificado. Estuvimos hablando hasta las tres de la mañana de Tahití. Con lo cual, creo que esta historia quedó zanjada, por lo menos para mí.

¡Bueno! Yo conozco a Sagarra y sé que Sagarra, si mañana me tiene que dar un palo me lo dará, esto... él no se casa con nadie, ésa es una de las cosas buenas que tiene. A Sagarra, si una cosa no le gusta, incluso puede llegar al insulto. Puede hacer lo que quiera, pero bueno, yo le respeto su libertad de expresión. Aprovechando lo de Sagarra, a veces en la vida por ligereza de juicios te precipitas y te equivocas. Me pasó con el amigo de Horta, del que también hablamos al principio. No recuerdo en este momento el nombre.

-Oriol Castanys.

-Sí, Oriol Castanys. Lo conocí una noche en el Raval, y te comenté que me había parecido un imbécil y tal. Después lo he ido tratando y me pareció un tío interesante.

-¿Un imbécil simpático?

-No, no, un tipo interesante y..., no sé, a veces me precipito en los juicios y, entonces, pues me gustaría.... ya que estamos acabando, nunca es tarde si la dicha es buena, que me rectifico de lo que dije, porque yo también muchas noches, que usted me conoce bien, la he cagado y quedado como un idiota en noches de borrachera, de salidas por ahí en las épocas que frecuentábamos Bikini, Zeleste y tal y cual. Yo sé de mucha gente que pensaba que yo era un imbécil de tres pares de narices. Después, con el tiempo, he hecho amistad con algunos de ellos, que pensaban de mí eso. Son cosas que van cambiando, depende del grado de marcha o de alcohol que lleves en el cuerpo, a veces cargas mucho. Yo dejé de beber, precisamente para no hacer el imbécil, y sigo pensando que a pesar de no beber, seguiré siéndolo.

-Bueno, ya puede aprovechar usted que estamos en la recta final, para pedir disculpas a todos los lectores del mundo entero, [174] porque usted ha empezado un carrusel con el señor Sagarra, el señor Castanys, «*llibertat, amnistia i estatut de autonomia*» ¡Ja, ja!

-Nadie dudará de mi buen corazón.

-Exactamente.

-Y mi predisposición a pedir disculpas. Y, bueno, ya acabaría estas conversaciones con el personaje con el cual he empezado, es decir, el autor del libro, el señor Flavià, al cual conozco desde hace unos cuantos años, por supuesto, desde hace ya bastantes, casi veinte.

-Y aún nos tratamos...

-Sí. Tenía pelo ¡ja, ja! Tenía pelo cuando lo conocí.

-¡Ja, ja! Me falla la pluma.

-Hay un diferencia. Hombre, es un amigo del tipo Molina, Bozzo, un amigo de estos que piensas que es para toda la vida, con crisis mayores o menores. Es un hombre sencillo, un hombre noble, una buena persona, un hombre abierto a escuchar, un hombre social, un hombre de vida retirada, fuera del mundanal ruido, no soporta las discotecas ni soporta la vida estridente, es un hombre de música clásica, un hombre que disfruta de la lectura, de la poesía y de la filosofía, un gran admirador de Jean Paul Sartre y de Josep Pla y de Camilo José Cela. En fin, acabaría estas conversaciones con un pequeño homenaje a este personaje que, en resumen diría que es tanto y bueno que no sé ni qué pensar de él. Por un lado le quiero, por el otro le odio, por el otro lado le respeto, por el otro lado le desprecio, pero bueno, también la vida es así ¿no? ¿No cree? A mí me pasa con la gente. Hay una especie de amor y odio, pero bueno, eso es la amistad también ¿no? Amor y guerra, «Guerra y Paz».

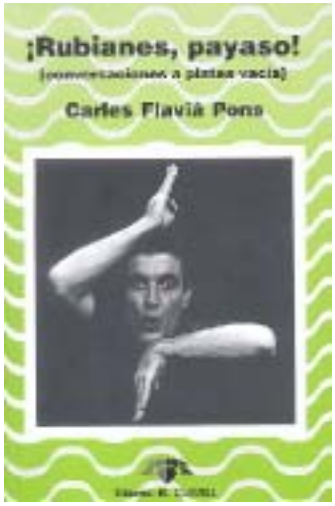
¡¡Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja!!!!!!!!!!!!!!

LOS DOS: *¡Guerra y Paz!*, de León Tolstoi.

¡Rubianes, payaso!

(Conversaciones a platea vacía)

Carles Flavià Pons



[7]

Prólogo

Ya está, se acabó. Después de las largas conversaciones mantenidas con Carles Flavià en Sitges, Barcelona y a lo largo de nuestros casi veinte años de amistad, ha salido este libro que resume aspectos de mi vida artística y personal, en un recorrido de quince años de actor en solitario (ése era el proyecto encargado por Ginés Morillas, el editor), pero que nos ha desbordado hasta casi los orígenes en mi Villagarcía de Arousa natal.

Al leerlo tengo la sensación de que es otra persona la que habla. Es como si fuera un conocido, o un amigo que me cuenta historias que ya sé o he vivido. Un tipo que me copia e intenta engañarme haciéndome creer que soy yo. Y yo dudo si es cierto o falso lo que me dice, pero me da absolutamente igual.

Hay momentos que me arrastran a las vivencias de entonces, haciéndome sentir el escalofrío del instante vivido. Me veo de paseo por mi pasado, con las manos en los bolsillos, sin ningún tipo de prisa; a la par que un sinfín de experiencias casi olvidadas, me van saludando con su mano de tiempo viejo y sonrisa de luz y alegría.

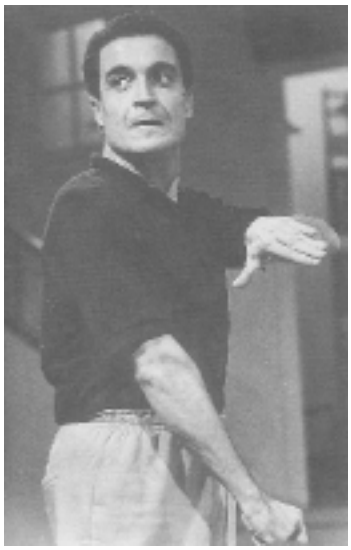
No puedo evitar emocionarme al leer los nombres queridos: Lucila, Carles, Bozzo, Molina, Parramón, Bertí, Dagoll, Rafael Álvarez «El Brujo», señor Pascual, Miquel Periel, Loles León, Genís Hernández, Carol, Concha, Cuba, Cristina, Anna Rosa, María, Toni Coll... al verme de su mano a lo largo de mi andadura, agarrándome a su brazo en los momentos difíciles del camino, con intención de sortear los obstáculos con los que me he ido encontrando y que, gracias a ellos, he logrado superar.

Quisiera que estas líneas fueran un homenaje a Lola Alegret, José Rubianes, Carmen Rubianes y Aitana, mi familia, a la cual debo todo, absolutamente todo.

Gracias.

Pepe Rubianes [8] [9]

Introducción



La primera imagen que recuerdo de don José Rubianes Alegret, conocido artísticamente como Pepe Rubianes, es en el teatro del Círculo Católico de l'Hospitalet de Llobregat, descargando unos hierros y material de escenario de la excesivamente mitificada *Antaviana*. Le acompañaban en estos menesteres otros ilustres «pipas», como se conoce en el argot teatral a los montadores: Joan Lluís Bozzo, que con el tiempo se convertiría en su gran amigo; Anna Rosa Cisquella, alma mater de Dagoll Dagom; Mar Targarona, hoy en día flamante directora de cine y la actriz Assumpta Serna, una de las más internacionales del cine español. Mientras realiza estas labores, veo perfectamente la cara de sufrimiento y malestar de nuestro héroe.

En *Antaviana* destacaba poderosamente en el número de la planta que crecía vertiginosamente, un Pepe que con el fondo de la cortina y solo en el escenario, presagio de su futura carrera, lograba que el público se partiese de risa.

Personalmente lo recuerdo en el Zeleste, a las cuatro treinta de la madrugada, junto a su fiel Pep Molina, el alcoyano más famoso después de Ovidi Montllor y Camilo Sesto, y que hacía gala de la famosa moral atribuida a los de su pueblo cuando, con una pequeña ayudita etílica, entonaba solo o a dúo con Pepe canciones sin parar, para desespero de todos los camareros que llevaban ya un par de horitas diciendo aquello de «señores, que tenemos que cerrar...».

Por aquella época acudía a dicho local con mi novio, el difunto Jaume Sisa, y nos habíamos preguntado en repetidas ocasiones sobre el coeficiente intelectual de Rubianes, pero es que don José Rubianes Alegret, natural de Villagarcía de Arosa, provincia de Pontevedra, es y ejerce de gallego desde que salió del [10] seno de su madre, doña Lolita Alegret.

La duda sobre las capacidades de nuestro celebrado actor se producían porque Pepe siempre ha sido un gran conversador y, aparentemente, un gran encajador y escuchador. Pepe puede pasarse horas en una barra haciendo ver que escucha a alguien con una profesionalidad, un interés, una mirada fija y unos asentimientos de cabeza capaces de consolar a cualquier palizas que se hace el deprimido.

Pepe tiene la virtud de no escuchar casi nunca al interlocutor, aparentando una atención fuera de lo común. Esta extraordinaria virtud, la ejerce casi, casi a la perfección. Por ello, si alguna vez el palizas de turno se fija en algo más que en el plomizo discurso que le suelta a Pepe, puede captar, en el aparente interés de su rostro, un cierto aletargamiento que refleja, sin lugar a dudas, que Pepe está a cientos de kilómetros de quien le habla.

Si lo pillan, distraído, en un renuncio, Pepe, actor-torero, lo resuelve con un «claro, claro», o con un «perdón, pero no te he oído, cada día estoy más sordo...».

Esta sensación de escucha congelada, de respuestas atropelladas, de frases tópicas aunque vendidas con excelente profesionalidad, nos hacían dudar de las luces de Pepe: «Este tío parece tonto...».

Más adelante, Jordi Farrás, «La Voss del Trópico», intimó con Rubianes y nos informaba a mí y a mi novio de las cualidades del personaje: «Pepe es un tío cojonudo».

Con el tiempo, esta universidad constante, fui descubriendo un perfil de Pepe que lo convertía en divino: Pepe es inalcanzable, inasequible. Si los gatos tienen siete vidas, menos mi querido Gato Pérez que tuvo que conformarse sólo con una, Pepe tiene setenta y siete capas. ¿Cuándo se llega al fondo de Pepe Rubianes? Ni el comandante Cousteau, con todo su equipo, puede bucear hasta el yo de este hombre que emerge de su torturado mundo interior hasta hacernos morir, aunque sea de risa.

Años más tarde, oí las palabras que inician esta larga conversación.

-Venga, arranca. [11]

Con estos dos escuetos imperativos y con cierto aire de quien está acostumbrado, quizás hastiado de tanta entrevista, Pepe Rubianes me invita con autoridad, tal vez para acoquinarme de entrada y con aires de «estemos por la labor», a iniciar nuestras maratonianas conversaciones.

Este libro arranca de un proyecto del señor Rubianes de plasmar vivencias, poemas y otros temas, a los quince años de carrera en solitario.

La cosa no ha sido fácil. Verán ustedes. La idea de un libro se comentó primero con Damià Barbany, por aquel entonces ¿1994?, director de *SCUMM...!*, último montaje de Pepe Rubianes. Satisfecho del montaje, Pepe le habló del libro y empezaron las conversaciones a base de magnetófono.

Pero, ¡ay!, fatalidades del destino. Aquella maravillosa unión laboral y de amistad se rompió, y de qué manera, en vísperas del estreno de *SCUMM...!* en Barcelona,

Hubo cruce de insultos, descalificaciones por prensa y radio, exigencias de Barbany de borrar su nombre como director de la obra y del póster que lo anunciaba. Casi, casi exigía tachar uno por uno los miles de pasquines impresos con su nombre...

Después del clásico «no me hables más en tu puta vida», contestado con el pertinente «que te den por el culo», acabó la primera parte de este culebrón.

Ni decir que la ruptura, en el más puro estilo valleinclanesco, alcanzó, para mi suerte o desgracia, el libro de marras. «Devuélveme el rosario de mi madre, digo, los cassettes que me grabaste», reclamó Rubianes en medio de la tormentosa situación.

La habilidad gallega de Rubianes, junto a su nobleza de corazón (no se nos vaya a enfadar la estrella) unidas a la dificultad de estar cabreado con un amigo, hizo de nuevo tenderle la mano al pequeño gran hombre Barbany y hoy, gracias a Dios, vuelven a mantener una relación idílica. Sí, sí, pero el libro aparcado.

Después de esta primera y desafortunada intentona, Pepe dirigió sus pasos hacia un periodista de oficio: Ramón Barnils. «Éste irá al grano y no existirá la explosiva mezcla amistad-trabajo», pensó.

Ramon Barnils, para el que tenga la desgracia de no conocerle, [12] es un acérrimo catalán y, evidentemente, un aguerrido defensor de todos nuestros usurpados y pisoteados derechos. Barnils, profesor de periodismo de la Universidad Autónoma de Bellaterra, profesor de la prestigiosa escuela Eina, colaborador de Catalunya Ràdio, que respira aires de «pencaire» (trabajador infatigable) hasta en la barretina, parecía el hombre apropiado. Rubianes, con una moral a prueba de bomba, largó, una vez más, su vida que le debe resultar tediosa y digna de suicidio de tanto contarla.

De Barnils como presunto autor del libro, nunca más se supo. Una vez me lo encontré, transcurrido ya medio año de sus conversaciones con Pepe sin haber dado señales de vida, y, lejos de excusarse y apartarse del proyecto, con total voluntad pujolista («apa, som-hi», ¡adelante!), me comentó que se sentía moralmente obligado a terminar el libro y que cuando se proponía algo, lo acababa y bla, bla bla...

«Este libro tiene gafe», debió pensar Pepe, así que el tema siguió aparcado un par de años más.

Este verano, el señor Rubianes me citó un día en su casa para, con la excusa de enseñarme el piso nuevo, preguntarme si quería, a la tercera va la vencida, que me contara su vida y escribir el libro de una puñetera vez. Las intenciones de Pepe Rubianes siempre están teñidas de niebla gallega. Para mí el tema estaba claro. Por un lado, a Pepe le gusta ir de cazatalentos, aunque no siempre acierta, y por otro quería zanjar unas pequeñas diferencias conmigo, que para contarlas necesitaríamos la enciclopedia Espasa-Calpe.

La ambigüedad de la propuesta, al no ser yo un escritor profesional, sembró en mí cierta desconfianza. Verán ustedes: Rubianes me había pedido, años ha, colaborar como guionista en un espectáculo que pretendía ser una obra sobre dos locutores de radio. La chica era (¿ven como Pepe es un cazatalentos?) Mercé Pons. El director era Frederic Roda. Yo no tenía ninguna experiencia y no sabía ni lo que tenía que hacer. «Los diálogos los haremos sobre la marcha Mercé y yo», me decía Pepe. «Entonces, ¿qué coño hago yo?», pensaba para mis adentros. «Tú haz las preguntas», me contestó como si fuese una difícil labor.

A las dos sesiones ya no se me convocó más. Fui despedido a la gallega, modalidad distinta a la francesa, que consiste en [13] hacerse el loco a base de «ya te diré algo».

El espectáculo no se hizo nunca, por cierto, y la primitiva idea derivó en *Por el amor de Dios* con Pep Molina de director y Cristina Dilla de actriz. De los del principio no quedó ni uno.

Con estos precedentes me dispuse a trabajar con cierta rapidez, para que Pepe no tuviese tiempo de cambiar de opinión, cosa harto difícil. Así que me presenté un día en el Bar Raval, segunda, o tal vez primera, casa de Pepe con un prólogo. Lo leyó y dio su aprobación. Ésta estimuló mi confianza por espacio de diez segundos, que fue el tiempo en que Damià Barbany, que estaba sentado a su lado, tardó en preguntar qué era aquello.

Iba yo a contestar, cuando sentí un fuerte pisotón, a la vez que Pepe decía que era un escrito para un folleto publicitario de uno de sus espectáculos. «Vamos bien, -pensé-. Seguimos como siempre».

Hace días que no nos vemos con Pepe, pues está rodando la película *El crimen del cine Oriente*, con el director Pedro Costa. Yo, Carles Flavià Pons, a 20 de agosto de 1996, juro solemnemente que, de momento, no he sido relevado de mi encargo, aunque me asalta la duda de si se publicará sólo mi libro, o también las conversaciones con anteriores oyentes, o todo junto en un mismo tomo, o tal vez Pepe está contando su vida a un nuevo autor. Igual lo que le gusta a Pepe es ir hablando de su vida, más que publicar el libro.

Yo, en el ínterin, me siento como el náufrago que envía un mensaje en una botella. ¿Llegarán, algún día, a ser publicadas estas líneas? [14] [15]

Volver Siguiente

De Fernando Fernán Gómez a Dagoll Dagom

Un nuevo «¡Empezamos o qué!», me hizo regresar al entrevistado.

-Señor Rubianes, usted, ¿cuándo se hace actor?

-Yo creo que actor se es siempre. Recuerdo que de niño ya tenía cierta facultad para la interpretación. Era numerero. De joven, también. En la Facultad, con mis compañeros, hoy casi todos ilustres catedráticos, era el clásico contador de historias. Entonces ya tenía cierta fama de narrador. También estuve en el teatro universitario, pero profesionalmente empecé en el 77 con la compañía Dagoll Dagom.

-Profesional de compañía de teatro independiente, que era una profesionalidad curiosa, porque además de actor, ustedes cargaban y descargaban la furgoneta...

-Entonces no era como ahora, aquello era una esclavitud. Más que profesionalidad era esclavitud (Risas...). Viajábamos los de la compañía en una furgoneta, recuerdo que era una Mercedes y llegábamos más o menos hechos polvo, pues en la furgoneta, además de la compañía, iba el decorado y el vestuario. A tope en la parte de atrás. Entonces representábamos *No hablaré en clase*. Llegabas al sitio. Descargabas la furgoneta con todo el material y empezabas a montar, prácticamente hasta la hora de la función. Acabada la función, nada de copa ni de alterne, desmontar el decorado, cargar otra vez la furgoneta, dejarla lista e ir a dormir en el mismo pueblo o salir para el pueblo de la próxima actuación.

-Entre nueve personas debía haber el listo que se escaqueaba, el currante solidario...

-Yo era de los que se escaqueaban a la mínima, pero me trincaron como a un pollo. Había sí, el currante nato, como [16] Miquel Periel, que le encantaba el curro. También se daban situaciones curiosas con algunas actrices que se llevaban el novio.

-¿Ah, sí?

-Y el novio también curraba (Risas...).

-Por ejemplo, la hoy famosísima Assumpta Serna, ¿no?

-Hombre, ésta era ya una consumada especialista, con tal de no tocar una «fusta» (madera).

-¿Tenía novio?

-Sí. Se llevaba el novio o al «pringao» de turno, al pobre lo tenía allí esclavizado... Alguna vez hasta llegó a hacerse novia de alguno de la compañía para no pegar ni golpe.

-Y, ¿le duraban mucho los novios a esta chica?

-Depende. Tuvo noviazgos largos y otros que le duraron un par de furgonetas.

-Los traía fuertes...

-Sí, sí... Los tenía currando como uno más de la compañía, incluso hubo uno que opinaba en las asambleas de la compañía. Lo tenía por allí sentado y, entonces, él levantaba la mano: «Puc intervenir? (¿Puedo intervenir?)». Nos quedamos todos parados. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo y le tuvimos que llamar al orden.

-Si el chico ayudaba a descargar, debía considerar que reunía ciertos méritos para opinar sobre el arte de la compañía.

-Sí, pero era uno de estos novios que no callan. Creo que era Mario Gas quien decía: «Lo peor que hay en el teatro son los novios de las actrices o las novias de los actores». Eso es...

-Una lacra.

-Una clase social sin determinar (Risas...). Eso son. Un espécimen, un numen sin clasificar... ¡Un palo!

-Siempre preguntan a qué hora terminan de trabajar sus novios.

-Si, sí. Dan el coñazo. Aparece aquel tío que no tiene nada que ver por el camerino y empieza una relación, un trato con la compañía. Tú piensas: «Vaya pedazo de gilipollas que es el Josep éste», porque el ambiente de cotilleo que se da en la compañía es muy fuerte. «¿Sabes con quién está saliendo fulano?». Y entonces estábamos todos expectantes pendientes de cómo era la novia. «¿Qué te ha parecido la pájara?». Y empieza el cachondeo... Uno de los novios gloriosos de Assumpta fue Carles Tristancho, [17] con el que después se casó y, claro está, más tarde se separó.

-Pero éste era ya un actor.

-Sí, éste tenía otra aceptación porque era actor. Estuvo de técnico y luego prosiguió su carrera de actor.

-Yo lo recuerdo en el Teatre Grec de Barcelona, colgado en la parrilla de las luces dirigiendo los focos.

-Era un atleta, todo músculo y pura fibra...

-O sea, que por lo que me está contando esto era como la película *El viaje a ninguna parte*, pero un poco más moderno, ¿no?

-Sí, como la película de Fernando Fernán Gómez acerca de las giras de una compañía teatral, pero con mucha fe todos.

-En la película viajan en autobús de línea y ustedes en furgoneta. La cosa ha ido mejorando.

-Sí, sí, una furgoneta, pero no vea usted qué furgoneta, aquello era tremendo...

-Por lo menos usted se libraba de conducir, porque me han dicho que usted no tiene carnet de conducir...

-Yo hacía de acompañante del conductor… No conduzco, porque el coche no me gusta nada.

-Pues lo debe pasar mal con tanto viaje.

-Me paso media vida en el coche, y no me gusta nada. Si alguna vez viajamos usted y yo en coche se dará cuenta que...

-De que se agarra como un loro al palo de la jaula (Risas...).

-¡Parezco un náufrago agarrado a un flotador! Debe ser por un defecto óptico, que me impide medir bien las distancias.

-Pues usted quedaría muy bien con un deportivo italiano tipo Alfa Romeo...

-No, hombre. Eso ya lo hacen los de Tricicle...

-Sus amigos...

-Sí, ellos son especialistas...

-En deportivos, pero ya tipo Mercedes.

-Lo que pasa con Tricicle y la gente que va así de coches buenos, fincas y mansiones es que tienen un problema diferente al mío. Verá usted: yo nací rico.

-¿Rico?

-Sí. Yo nací rico. Entonces, claro, nunca he tenido esos sueños de comprarme un buen coche, una buena casa o tal, pues al nacer de buena cuna, ya lo he tenido. A mí lo que más me [18] motiva es comer en un Frankfurt en un barrio humilde... Me da más morbo que tener un cochazo. Eso lo sueñan los que van al revés de mí, de pobres a ricos y yo voy contracorriente de rico a pobre...

-Pero vamos, con un deportivo, así más sencillito, a la italiana, a lo Mastronianni no quedaría mal.

-¡Eso lo hacen los actores horteras, hombre! Esto es una chorrada... Un actor es más que todo eso. Lo que no puede hacer un actor, creo, es pensar igual que una persona que trabaja en una oficina o en una empresa y su sueño es tener un coche, una casa y eso... Yo creo que esta profesión representa un poco más de riesgo y aventura. A mí, llegar a un teatro con un deportivo, en plan americano, como los actores de Hollywood, me importa un bledo. También sé de actores de Hollywood que van a pie a recoger el Oscar y la mar de contentos.

-No me dirá usted que trabaja para comprarse la Enciclopedia Espasa-Calpe.

-Tampoco es eso. Lo que quiero decirle es que a mí este tipo de lujos me dejan indiferente, no me seduce la idea de ir al Teatro Victoria o al Condal a trabajar, en un coche de lujo.

-¿Y con chófer?

-Ya puestos, así o nada. Una *limousine* de cojones, pero no de alquiler, ¡de propiedad! Yo no voy a hacer el hortera y alquilar una *limousine*...

-Es usted un hombre elegante.

-O vas como Xavier Cugat, en un Rolls o para de contar...

-¡Qué torero es, señor Rubianes!

-La verdad, todos los que me conocen saben que no he sido nunca rico, es una broma que le he hecho, pero jamás he pensado en todo eso. Nunca me ha interesado. ¿Usted ha visto alguna vez a Fernando Fernán Gómez, con todo lo bueno que es, en un deportivo?

-Más bien me lo imagino en una diligencia.

-Seguro que gasta en libros lo que gana.

-Me han dicho que usted funde sus ganancias en libretas.

-Y en bolígrafos. Es una especie de manía que tengo con las libretas. Yo soy un coleccionista de libretas, porque compro muchas, pero no las lleno.

-Tienen que ser cuadriculadas, ¿no? [19]

-Sí, me gusta llevar la cuadrícula bien delimitada.

-Me han dicho que en las libretas diseña usted su propio calendario.

-Sí, y las agendas también me las hago yo, con las libretitas.

-¿No le interesan las agendas convencionales?

-No. A veces me he comprado alguna o me han regalado de alguna empresa o del banco por Navidad... Pues nada, paso de ellas, siempre voy con libretas pequeñas y me hago el diario y toda la historia.

-Y tacha con una crucecita los días que han pasado.

-Si, señor. Día transcurrido, día tachado.

-Lo tacha con colorines...

-Sí, y me sirve de diario, lo consulto para ver lo que tenía que hacer y le doy un repaso.

-Ver lo que tenía que hacer y no ha hecho.

-Exactamente...

-Volviendo a don Fernando Fernán Gómez, creo que tuvo la fortuna de trabajar con usted.

-No bromee, señor Flavià, la suerte la tuve yo, porque le admiro muchísimo.

-En el desaparecido Teatro Calderón.

-¡Coño! Si que está usted informado.

-De usted se cuenta mucha leyenda, se confunde la verdad con la mentira, pero me han asegurado que trabajó con él, incluso...

-Tuvimos nuestros más y nuestros menos (Risas...). Bueno, él tuvo más que menos conmigo.

-¿Qué pasó exactamente?

-Bueno, yo estaba en el Teatro Universitario. Entonces hicieron en Barcelona *Un enemigo del pueblo*. Le hablo del año sesenta y pico.

-Por aquel entonces debía ser usted muy jovencito...

-Pues sí, un poquito más que ahora.

-¿Le dejaban en su casa trabajar en el teatro de noche, siendo usted un chavalín?

-Atienda señor Flavià, ¡no le digo que estaba en la Universidad! No se me distraiga, ya tenía veintipico años.

-Y pelo en los cojones (Risas...). [20]

-Pues sí, ya me peinaba los huevos (Risas...). Como Belmonte, el torero, ya me peinaba mis atributos... Pues bien, como le decía, estrenaron esta obra en el Teatro Calderón con Fernando Fernán Gómez. Yo estaba de figuración y tenía, nada más ni nada menos, que una frase. Le tenía que llamar: «canalla». La frase la decía después de un monólogo de Fernando, mientras él cruzaba el escenario. Yo estaba al lado de la tristemente desaparecida María Luisa Ponte. Me entusiasmaba tanto viéndole actuar que un día me quedé embelesado, porque si normalmente estaba bien, aquel día estaba especialmente bien y María Luisa Ponte, que se percató, me dio un codazo con un: «Venga, dale la frase, ¿qué haces?» y yo que me doy cuenta le digo a ella, bajito: «¡Coño! se me ha olvidado». Fernando cruzaba la escena y entré tarde y con el aturdimiento y los nervios del momento, servidor, que representaba al pueblo oprimido, además de canalla, le llamé cabrón y desgraciado.

-¿Tres insultos le soltó?

-Sí. Él se quedó como perplejo. El susto que se llevó. Tragó saliva treinta veces. Puso unos ojos de sorpresa que no le cabían en las cuencas. En el teatro todo va muy medido y si te falla una cosa así, se te va el santo al cielo. Acabó la función y por la megafonía del teatro me llamaron a dirección. «¡Se ruega al figurante que dice la frase: 'Canalla...', pues ni siquiera sabían mi nombre»!...

-Al figurante que va de figura...

«...que suba de inmediato a dirección». Y todos mis compañeros me decían: «Vaya paquete que te va a caer. La que has liado, tío». Yo no subía ni pa hostias.

De repente otra vez por megafonía la voz cabreada: «Este figurante o sube o lo bajo a buscar» (Risas...).

-Era la voz de Fernando Fernán Gómez.

-No, era el productor. Subí y estaba Fernando con el productor y con ese vozarrón que tiene, mirándome fijo, me dijo: «Bueno, chico, ¿qué ha pasado?». Y yo, totalmente acojonado, «Pues mire, don Fernando, que estaba mirándole a usted embelesado y no sé qué me ha ocurrido que me he quedado en blanco...». Me contestó: «Joven, no me salga con adulaciones de compromiso. Esto no puede ser, compréndalo. Encima que los escogemos para que practiquen, si me lo hacen mal... Esto no se [21] puede consentir en el teatro profesional. Tome usted buena nota, esto no puede ser; la próxima, a la calle».

Me sentí aliviado. Volví al camerino y todos los compañeros inquietos preguntándome: «¿Qué te ha dicho?». Les solté una bola: «No, me ha felicitado por lo bien que improvisaba».

-Desde luego, vaya pegotes se tiraba ya de jovencito...

-Huy, y no acaba aquí la historia. Por aquella época tenía yo una novia, la típica novia de los veinte años y le contaba unas bolas impresionantes explicándole que Fernando Fernán Gómez y yo éramos más o menos culo y mierda, íntimos amigos.

-Ya.

-Yo lo tenía mitificado, me pasaba el día hablándole de él. Total, que la tía debía estar hasta el coño de Fernán Gómez. Me pasaba el día con que si Fernando y yo, que si hoy hemos ido a comer una paella a la Barceloneta, que si Fernando está deprimido porque está cansado de la función... Además me parece que entonces tenía problemas con su pareja, Emma Cohen, y le decía a mi novia que yo era un poco el confesor de Fernando y que me lo contaba todo.

-Todo eso era para impresionar a su novia y así llevarla al huerto...

-No era para seducir a mi novia. Dispense, pero mi novia ya estaba seducida, menudo es uno (Risas...). Y un día, en Gracia, fuimos a cenar al restaurante Envalira de la plaza del Sol. Entramos y ¡coño!, en una de las mesas estaba cenando Fernando con Emma Cohen.

-Sí que tenía pasta para ir tirando de restaurante...

-Bueno, tampoco era tan caro.

-Ganaba usted sus «duritos».

-Hombre, yo ganaba dinero en la compañía, no me acuerdo exactamente, creo que unas doscientas pesetas, que en aquella época era un dinero...

-Más lo que le chuleaba a su novia...

-¡Qué va! (Risas...). Si ella no tenía ni un duro, qué coño le iba a sacar. Entonces las tías salían sin dinero, no sé si usted se acuerda, pero llevaban el bolso vacío...

-Ahora, esto tampoco ha cambiado mucho...

-No sé...

-¿No va usted con chicas a cenar? [22]

-Normalmente, cuando salgo las invito...

-¡Qué caballero es usted!

-Ya que las invito, pago. De vez en cuando para tener un gesto, pero muy de vez en cuando, alguna saca el monedero, pero por lo normal, se dan por invitadas.

-Ahora hay unas más sencillitas, que vienen con el bocadillo: «No quiero que me pagues nada».

-Y tú comes dentro y ella en la acera (Risas...). No quieren dar molestias: «Te espero en la acera, te espero aquí en la calle, comiendo el bocata»...

-No le quiero distraer. ¿Que pasó en el Envalira?

-Bueno, pues, mi novia empezó a machacarme con que le presentara a Fernando. Y yo, escudándome en que ahora no estaba para presentaciones, estaba más cortado que la hostia. Me decía: «Va, preséntamelo». Tanto insistió que fui para su mesa y claro, tuve que echarle «morro» y le dije: «Fernando, majete», como si nos conociéramos de toda la vida (Risas...). Me miró, diciendo: «Oiga, pero qué pasa, ¿de qué va esto?» Y yo siguiendo con mi rollo: «¿Qué hay, majete? Cenando por aquí, ¿no?» Y él: «Oiga, por favor, deje que cenemos en paz»

-Pero, ¿te reconoció?

-Algo, mi cara le sonaba de algo ya que hacía una semana habíamos tenido el problema del «canalla». «Bueno, oiga, haga el favor o llamo al camarero». Montó un escándalo de padre y señor mío y se descubrió todo el cuento de mi amistad con Fernando.

-¿Se presentó a trabajar al día siguiente en el teatro?

-Sí. Noté que en escena me reconocía y al acabar me volvieron a llamar al despacho de dirección. Recuerdo que don Fernando estaba sentado en su mesa y me dijo: «¿Usted de qué va? ¿Qué pretende?» Y yo: «Mire don Fernando, es tanta la admiración que le profeso, que...» «¡Está despedido!», me grito. «¡Es que usted es un mito para mí y tenía montada esta película con mi novia!» Así le conté toda la verdad. Noté en él como un amago de risa: «A ver qué hago con usted». Le dije: «Don Fernando, perdóneme, pero no me eche, por favor, si quiere me pongo de rodillas. Si me quedo sin verle cada día en el escenario, me moriré».

-Estaba rozando el absoluto ridículo. [23]

-«Segundo aviso. Al tercero, a la calle. Vaya para abajo y déjeme en paz ¡coño!».

-¿Ha vuelto a hablar con él alguna vez?

-Sí, cuando fui a Madrid con el Dagoll representando *Antaviana,* vino a vernos al teatro, y le refresqué la memoria.

-¿Cómo reaccionó?

-Se descojonaba de la risa.

-¿Trabajó usted en alguna otra obra como figurante?

-No. Lo que sí hacíamos en el Teatro Universitario era invitar a actores de nombre que actuaban en Barcelona para darnos una charla. Yo hacía un poco de relaciones públicas del Teatro Universitario... Vino Agustín González, todavía hoy uno de los grandes maestros del teatro, José María Rodero, Ana Mariscal, de la que tengo un recuerdo increíble, Nuria Espert, Juan Diego, que entonces joven actor ya era una figura de cojones... Manuel Aleixandre, bueno, todos los famosos de la época, todos pasaron por el Teatro Universitario y todos se enrollaron de puta madre... ¡Ah!, las hermanas Gutiérrez Caba, Julia e Irene, su hermano Emilio, que en aquella época era un galán buenísimo...

-Ahora se ha hecho aún más famoso en Catalunya como protagonista de *Rosa,* un culebrón de la televisión catalana...

-Sí, señor. Habla muy correctamente el catalán. Ellos nos invitaban al teatro, pero ya no era para trabajar de figurantes.

-¿Iban de claca?

-No, señor. De invitados.

-De invitados para ir aprendiendo... Muy bien. ¿Y cuándo decide trabajar solo? Abandona Dagoll-Dagom porque tiene ganas de trabajar solo o, simplemente, porque está harto del grupo.

-Estuve cuatro o cinco años con ellos y tenía ganas de vivir otras experiencias. Todos mis compañeros de Dagoll habían trabajado en otras compañías. Yo era el único que había nacido con la compañía.

-En el noviciado aquel.

-La verdad sea dicha, en Dagoll estaba de puta madre. Era una compañía de éxito, éramos co-propietarios y estábamos Miquel Periel, Bozzo, Anna Rosa Cisquella, que aún siguen, y Mar Targarona, Bertí Tobías, Claudi Sierra y Montse Guallar, [24] que había substituido a Assumpta Serna. Los fundadores, Joan Ollé y Josep Parramón, ya no estaban. Después de *Antaviana* la compañía empezó a girar filosóficamente un poco, empezó a imperar una forma de hacer teatro más conservadora, más dirigida al gran público.

-Sí, porque el montaje anterior *No hablaré en clase,* era de denuncia, más rupturista.

-Sí, coño, era realmente muy fuerte. Yo creo que es uno de los montajes más espléndidos de Dagoll-Dagom. *Antaviana,* de Pere Calders, ya fue un primer toque de suavidad temática, un mundo demasiado maravilloso. Me parece que a usted no le gustó mucho *Antaviana.*

-La música de Sisa me encantó. Ahora, la obra la encontré un poco blanda...

-El mundo de Calders era un mundo fuerte. Tenga en cuenta la época. Acababa de morir Franco y era un intento de salir del teatro de compromiso...

-Me acuerdo de verles a usted y a sus compañeros dando unos saltitos...

-Sí, allí bailábamos y cantábamos... Se hacía de todo. Como le decía, tenía ganas de vivir otras experiencias. Me había llamado Boadella para trabajar en un montaje con Els Joglars, gracias a mi amigo Jaume Sorribas, uno de los mejores Joglars históricos.

-¿No me hablará usted del famoso «Senyor encarregat» (señor encargado) del programa *Filiprim* de TV3?

-El mismo.

-El rey de la bata (Risas...).

-En aquella época, Boadella iba a montar *Operación Ubú* sobre textos de Alfred Jarry, contratado por el Teatre Lliure y me llamó para trabajar en la obra.

-Lo recuerdo perfectamente. Fue un escándalo. Un ataque despiadado contra Jordi Pujol.

-Sí, y ahora han hecho una reposición...

-Y fíjese usted que ahora no se ha escandalizado nadie.

-No.

-Ni el propio President

-¿Usted la vio entonces?

-Sí, tuve la suerte de verla. [25]

-No le recuerdo en el teatro (Risas...).

-Sí, estaba el malogrado actor Joaquim Cardona, espléndido.

-Sí, hacía de Excels, imitando a Jordi Pujol de maravilla.

-Curiosamente provocó mucha más polémica la primera versión que la recientemente estrenada, que parece, al menos en Barcelona, que no haya escandalizado a nadie, incluso no ha sido un gran éxito de taquilla...

-La primera versión fue algo totalmente revolucionario.

-Quizás ahora los políticos tienen más oficio, se han hecho más fajadores y encajan los golpes con total desfachatez. Le diré una cosa...

-Diga, diga.

-Yo, por Jordi Pujol había sentido toda mi vida un gran desprecio por él y por lo que representa.

-¡Qué dice!

-Pero le diré que, con el tiempo, he descubierto que es un gran político. Esté o no esté de acuerdo con su ideología. Entonces yo era mucho más radical con esta historia. Pujol me parecía y me sigue pareciendo la Catalunya reaccionaria y carca. De hecho, es un poco la bandera de esta historia. La Catalunya de la pequeña empresa, el catalán mediocre. No es el catalán Dalí, ni el catalán Josep Pla, ni el catalán Xavier Cugat. Representa más bien al «catalanet petitó», al catalán pequeñito, como se dice en Catalunya. Un poco su imagen es ésta. Pero, ha sido, es, un gran personaje... Es como Fraga Iribarne, ni loco estoy con su política, pero también me merece una admiración, porque son unos tíos con una entereza política envidiable. Defienden lo suyo con una categoría bestial y esto me merece un respeto... Aparte, he leído cosas de Jordi Pujol y, coño, me va ganando en simpatía, no voy a ser nunca de Convergència, este partido no me interesa para nada...

-Torres más altas han caído...

-Pero Pujol me merece una consideración, un respeto como persona. Toda su historia, sus movidas cristianoides, la lucha que llevó por Catalunya, sus enfrentamientos con el poder de entonces, que no era moco de pavo. Ahora nos hemos olvidado y lo ves como una anécdota del pasado, pero aquello era terrible. De hecho, estaban treinta o cuarenta millones de personas [26] acojonadas con el «generalito» de los cojones. No le quepa a usted la menor duda, aquel hombre, Pujol, tuvo la valentía de, a su manera, enfrentarse al momento histórico.

-Estuvo en la cárcel, cosa de la que no puede presumir su amigo Felipe González...

-Sí, fue interrogado por los famosos hermanos Creix, curiosamente catalanes, y le dieron «p'al» pelo. No le dieron tanto, supongo, como a los comunistas, a éstos los zurcieron (Media risa...). Pujol tiene arrestos, considero que es un tipo valiente y a mí, los hombres valientes me gustan.

-No, si al final, se va a ir usted de excursión con el señor Pujol y encima llevándole la mochila...

-Pujol representa la derecha culta y civilizada, sobre todo si la comparamos con la española. Al igual que Roca Junyent, son tipos que vale la pena escuchar. Hoy en día, Pujol es el que manda en este país, no sólo en Catalunya, sino en toda España y son hombres que van a pasar a la historia democrática con todos los honores. Son gente que se ha jugado el físico... Ahora bien, son personajes a batallar con ellos limpiamente, ya me entiende. Que quede claro, a pesar de lo que he dicho: ¡yo no estoy con ellos, ni soy uno de sus cómicos!

-Quizás el señor Boadella, volviendo a lo de antes, ha perdido acidez y sólo molesta a algún obispo integrista. Parece como si fuera un funcionario instalado, de oficio fustigador, pero que haya perdido mordiente. Es una denuncia «conservadora», un poco vista y tal vez el público considera demasiado fácil meterse con Pujol y es algo que ya no sorprende.

-Yo soy bastante fiel a una máxima que le oí a Boadella, hace ya muchos años: «Un cómico no se puede comprometer nunca con una ideología política» y fíjate, ahora se ha metido él en el P.S.C.

-Sus amigos...

-Yo he defendido a los socialistas, no soy socialista, ni nunca he pertenecido al partido, pero los he defendido porque a mí la derecha me da mucho miedo. Qué quieres que te diga... En el Estado Español la derecha ha mandado durante muchísimos años y nos hemos olvidado de eso. Sabemos cómo funcionan, a pesar de la cara y de la sonrisa que ponen. Mira el presidente de ahora. Tiene cara de hiena y sonrisa de conejo. [27] Caras que nunca sabes qué ocultan... La derecha no sabes qué esconde... He procurado mantenerme libre de la afiliación a un partido, pero antes tomaría partido por el P.S.O.E. que por el P.P., o por Convergència... Hombre, defendería a Convergència en caso de una agresión a Catalunya, como fuerza mayoritaria ¿no? Pero bueno, sería un estado casi de guerra, a tiro limpio.

-«Amic Rubianes, m'agrada que parli així». (Amigo Rubianes, me gusta que hable así), le diría su amigo Jordi.

-Yo no estoy con el perdón éste que dicen... No les perdono el pasado a esta gente, qué quiere que le diga «Hay que olvidar, hay que perdonar» ¡Qué coño olvidar y perdonar! ¿Y los que han muerto? ¿Cómo se van a olvidar? ¡No me jodas!

-Pero, ¡cómo me dramatiza, señor Rubianes! Si de los que mataban ya no queda nadie. Están todos descansando en paz. Además, ¿no cree que el señor Aznar ha limpiado el partido de los fósiles de la época de Franco?

-A mí me da miedo, porque ni se les ve ni se les oye. Como el león. Es una de las cosas que aprendí cuando estuve en África: el peligro no es el león que se ve, sino el que se esconde...

-¿Estaba usted de misionero en África?

-Sí, estuve de misionero, haciendo el bien en las tribus primitivas (Risas...). Lo decía el guía que iba conmigo: «El león peligroso es el que está escondido». Y claro, no estamos hablando de los fascistas históricos que tienen todos ochenta años, pero los hay jóvenes... De momento, Aznar, por suerte, parece mantenerlos más o menos a raya.

-Más adelante, si me lo permite señor Rubianes, tendremos ocasión de adentrarnos en sus ideas políticas, que tanto le gusta proclamar, pero viéndole trabajar solo en un escenario se me hace un poco cuesta arriba pensar que Pepe Rubianes se pueda adaptar a un ritmo de compañía y más aún de teatro independiente.

-La verdad es que la vida de compañía, de los plurales, de los hacemos, nunca me ha entrado bien. Esto de «iremos», «andaremos», no va mucho conmigo. Yo siempre le comentaba a los más íntimos de la compañía, como Bozzo o Boadella: «Me gustaría trabajar solo. Hacer lo que sea, pero solo». Nunca he querido ser humorista, no me gusta aquello de salir a explicar chistes... Además se ha dado la tragedia en este país que la mayoría de humoristas son de derechas. Sigo pensando que existe [28] la derecha y existe la izquierda, y se ha acabado. Los que dicen: «No, esta división ya no existe», son de derechas, por supuesto. El humorista en España, por lo general, es descaradamente de derechas.

-Menos Don Miguel Gila.

-Sí, por suerte.

-De todos modos serán de derechas los humoristas televisivos, porque los que dibujan chistes en los periódicos son, normalmente, de izquierdas...

-Sí, desde luego. De todos modos yo nunca he querido ser contador de chistes...

-Sólo chistoso.

-Cuidado, hay artistas que los explican excelentemente bien. De vez en cuando oír a alguno de ellos es una gozada. Eugenio, por ejemplo, siempre me ha gustado...

-Éste...

-Sí, es de derechas me parece, pero me da igual.

-No es ese humor tan facilón.

-Hay gente de ésta que lo hace de puta madre, sea de la ideología que sea...

-El problema no es que sean de derechas. Es que la mayoría son muy malos.

-A mí, no me ha gustado contar chistes ni en las reuniones de amigos.

-Me han informado que usted no sabe explicar chistes, que es, incluso malo...

-¡Sí, hombre, claro que sé explicar chistes! Parece que quiera hundirme. Lo que pasa es que no me divierte contar chistes y menos que me los cuenten.

-Lo que le gusta es contar su variado anecdotario, tal vez ligeramente fantasioso.

-Ni más, ni menos... Como le comentaba, después de trabajar con Boadella y aprovechando que tenía cuatro duros de la liquidación del Dagoll al marcharme de la compañía me fui de vacaciones a Cuba. En La Habana se me presentó la oportunidad, por puro azar de trabajar solo y me subí al tren.

-De hecho, en *Antaviana*, ya hace un número solo, el del inglés que compra una planta que crece y crece sin cesar.

-Sí. [29]

-Y que tenía mucho éxito.

-Sí, y eso que me pusieron para cubrir un hueco, con el telón detrás mío, mientras dentro, sin que se viera, naturalmente, preparaban una cortina que cruzaba el escenario para el próximo número... Hombre, yo era bastante *show-man*. Cuando viajábamos en la furgoneta, montaba mis numeritos y tal y hacía reír a mis compañeros...

-Como no conducía, por lo menos estaba obligado a entretenerles...

-Tenía un problema muy grande en *Antaviana:* el problema de la lengua catalana. Soy castellanoparlante, a pesar de llevar muchos años en Catalunya. Nací en Galicia, no lo olvide, educado en castellano en mi casa y en el colegio de aquella época no se hablaba el catalán.

-¿A qué colegio iba?

-Acabé el bachillerato en el Colegio SIL.

-Muy burgués, por cierto...

-Sí, porque mi padre partía de la teoría de que los colegios...

-Cuanto más caros, mejores.

-Exactamente (Risas…). Cuanto más caro, mejor. Los institutos no los quería ni ver, según él, allí te preparaban para trabajador, para llevar una vida de currante (Risas...).

-Y los colegios, cuanto más palos, mejor.

-También. «Tú tienes que ser director», me decía. «O jefe o nada». A ese colegio iban hijos de la burguesía catalana. No obstante, en el colegio también había división entre pobres y ricos, como en todos lados. Había unos que vivían en la calle Muntaner, otros en la Bonanova, otros en la Avenida del Doctor Andreu. Gente de dinero. No vivían en pisos, vivían en torres. Muchos de ellos eran de familias de negocios, banqueros, empresarios... Por otro lado estábamos nosotros, que éramos de familias humildes. La clase estaba dividida en dos categorías: ricos y pobres y no había mucha mezcla. Sólo en la clase, luego en el patio y los recreos la gente hacía sus grupitos y tal. La división era absoluta. Ésa era la obsesión de mi padre, que fuera un destacado profesional de la medicina o del derecho.

-El catalán ni lo rascaba. [30]

-Nada. Más tarde lo fui aprendiendo, pero no tenía la suficiente soltura para improvisar todo lo que se improvisaba en el Dagoll, que era muchísimo. No podía seguir su ritmo, ellos todos eran catalanes, y eso era un problema para mí, iba de culo. Para paliar este problema, se montó el número de la planta donde yo salía parodiando a un inglés que compraba una planta de rápido crecimiento. Hablé con Pere Calders y me dio autorización para hacer con el número lo que quisiera y me lo monté a mi manera. Fue un número de mucho éxito, una especie de avanzadilla de lo que después sería mi vida como actor solitario.

-Algún día lo podía volver a hacer en esos espectáculos en los que recoge números de toda su carrera. El número era muy vistoso.

-A veces me encuentro a gente que todavía se acuerda de la planta. El otro día, en un bar, un tío: «¡Coño!, me acuerdo cuando hacías lo de la planta». Yo dije: «¡Hostia!, pero si hace veinte años....».

-Usted tenía problemas de lengua y algún que otro problemilla de convivencia... Se cuenta que algo le pasó en Cádiz con un compañero con el que andaba peleado...

-Caramba, parece usted de la prensa del corazón... Supongo que se refiere a lo que pasó en el Hotel Roma, de la hermosa ciudad de Cádiz (que creo ha desaparecido). Me acordaré toda la vida. Un hotel muy bonito, de la parte vieja de la ciudad. Compartía habitación con dos compañeros que eran homosexuales, pero no estaban liados entre ellos, iban de por libre. Yo estaba peleado con uno. El otro era como una especie de madre protectora de la compañía.

-Con el que estaba peleado creo que era de Esparraguera...

-No exactamente de Esparraguera, era de otro pueblo, famoso por la *Pasión*, de Semana Santa, pero permítame que guarde un poco de discreción... La cosa era así: una habitación con tres camas individuales. Yo estaba en un lado, el homosexual amigo, en medio y el enemigo en el otro lado. Antes de dormir, tengo por costumbre leer. Ellos habían acabado de hablar de sus cosas y tal y el homosexual enemigo le dice al amigo: «¿Le puedes decir a ese señor de la punta si sería tan amable de apagar la luz?» Yo, que estaba girado, de espaldas a ellos, naturalmente le [31] oí. Entonces, el de en medio, el amigo, me dice: «Pepe, me ha dicho fulano que si puedes apagar la luz». Y yo, le conteste: «Dile a fulano que no me sale de los cojones».

-Vaya vocabulario, señor Rubianes.

-Entonces el de en medio empezó: «A mí no me metáis en esas boberías y chorradas». El enemigo, que oye lo de los cojones, soltó: «Me parece que este señor de la punta, no tiene». Y entonces yo ya me arranqué: «Pues ahora ya no apago la luz, ni hostias y me voy a cagar en la puta madre de este señor que duerme en la tercera cama para allá». Y vuelve el enemigo: «Sí, algunos dormimos en cama porque lo merecemos, pero otros duermen en cama, pero deberían dormir en camastro». Al oír aquella directa, tan directa, le respondí: «Sí, los animales no tienen que dormir en cama, tienen que dormir en cuadra y el animal que tengo en la otra punta debería dormir en una cuadra». Y él: «Sí, todos los gallegos tendrían que dormir en cuadras, que es a lo que están habituados».

Llegados a este punto, ya me tuve que cuadrar: «Catalán de mierda, vosotros no dormís en colchón para no gastarlo y dormís sobre el somier, aunque dañe la espalda». Y la otra: «Y tú, gallego de los cojones, que hace dos días que habéis conocido la cama, que antes dormíais sobre la paja de la cuadra...» (Risas...).

Y entonces, el de en medio gritó: «¡Basta ya! Se acabó, señores. A dormir todo el mundo, yo soy el responsable de compañía y se acabó. Pepe, apaga la luz. Tú, a dormir. A dormir los tres, venga, que mañana será otro día. Se acabó la juerga.»

Efectivamente, éste fue el punto final de una discusión que vete a saber a dónde hubiese llegado.

-Supongo que yendo en este plan de compañía de recursos limitados, le tocaría dormir alguna vez con otro en cama de matrimonio.

-¡Huy, sí! Una vez con Bertí Tobías, un personaje muy especial. Una persona a la que le tengo un gran cariño. A pesar de los años que han pasado, siempre me acuerdo de él, y nuestra amistad no ha decaído un ápice en todo este tiempo...

-Me hará llorar.

-Era muy maniático y en San Sebastián me tocó compartir habitación y cama con Bertí. Aquello era tremendo. No se podía fumar en la habitación, le molestaba el humo. No se podían [32] dejar los calcetines o los zapatos cerca de la cama, porque le molestaban los olores y me los hacía dejar en el baño... En fin, que te organizaba un poco la vida. Ya la rehostia fue que, en la cama de matrimonio, con la colcha, hizo una especie de frontera y me decía: «Pepe, no pases, ¿eh? No me toques ¿eh?» (Risas...). Y yo: «Bertí, tranquilo, que, vamos, ni siquiera te rozaré. Salvo que tú me lo propongas, yo ni soñarlo. Puedes estar tranquilo por este lado, ahora bien, si yo noto una cierta caricia por la noche, no te digo que no me aguante, pero, estate tranquilo». A pesar de todo puso un par de almohadas y la colcha... parecía el muro de Berlín.

-Cuando iban a comer todos son famosas las cuentas que hacía la señorita Cisquella...

-Anna Rosa Cisquella, vaya lo que usted me ha dicho. Ésta era una mujer a una calculadora pegada. Siempre la llevaba encima. Acabábamos de comer y se encargaba de pagar la cuenta y la dividía según lo que cada uno había tomado. Con la calculadora en ristre, preguntaba: «A ver, ¿tú qué has tomado?» «Pues he tomado sopa, pollo y helado» «¿Has tomado vino y pan?, sí, pues son setecientas veinticinco». Y, cuando alguno decía «Yo no he tomado ni vino ni pan», Anna Rosa contestaba «es igual, se suma en general». Y otro protestaba: «Yo no he tomado vino ni pan, ¿por qué tengo que pagarlo?» La Cisquella sentenciaba: «Pues lo pagas para colaborar con la causa común».

Si no estabas de acuerdo, corrías el riesgo de que te pegara con la calculadora en la cabeza, ¡no veas cómo era la niña! ¡Todo un carácter!

-Su amigo Bertí Tobías protagonizó alguna anécdota en los restaurantes...

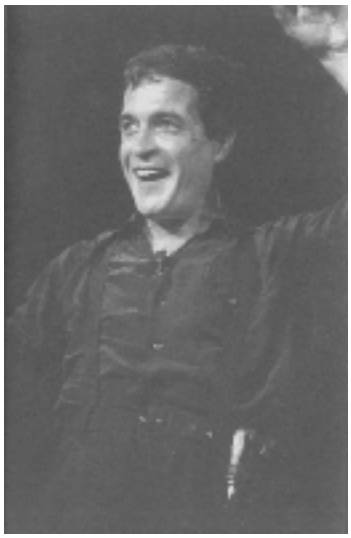
-El señor Bertí Tobías protagonizó infinitas anécdotas en los restaurantes... Era gurriñica. Lo más gurriñica que he visto en mi vida. Fíjese cómo era, con todo cariño se lo cuento. Por ejemplo, pedíamos pollo y en mi plato había cinco trozos y en el suyo, cuatro, quería pagar menos porque yo había comido más pollo. O sea, si yo tenía que pagar cuatrocientas cincuenta, él quería pagar cuatrocientas... Así era el señor Bertí Tobías... Y no le cuento nada del camerino...

-¿Qué pasaba en el camerino?

-Usaba mi lápiz de maquillar para no gastar el suyo. Me [33] encontraba sin lápiz y pensaba, ¡coño!, sí que gasto. Ya sé que tengo mucha cara (Risas...), pero el gasto me parecía excesivo. El señor Tobías tenía el suyo intacto, y con los cambios rápidos que había en la obra, ibas de culo, buscando el lápiz que tenía apalancado el amigo... [34] [35]

Volver Siguiente

Rinconete y Cortadillo



A la vuelta de Cuba, etapa que ya comentaremos más detenidamente, usted trabajó con Rafael Álvarez «El Brujo»...

-Sí, señor. Hicimos un montaje. El montaje de la miseria y el hambre se podía titular. Montaje con el que estuvimos de gira por toda España, alimentándonos a base de las duras piedras del camino y pasando más hambre que un maestro de escuela, de la posguerra, exiliado en un remoto pueblo de la meseta castellana.

-Cómo me toca el drama, señor Rubianes... ¿Cuál era el título de la obra?

-*Yo tenía dos pistolas con los ojos blancos y negros,* de Darío Fo.

-Espectáculo divertidísimo que tuve ocasión de presenciar en L'Hospitalet.

-Sí, señor. En Barcelona el espectáculo, producción de la Sala Villarroel, funcionó a tope y después salimos de gira. Acababa de llegar de Cuba y sustituí a un actor. A Rafael lo conocía un poco de antes, y en la compañía nos hicimos uña y carne. La gira fue muy mal de público llegando a los topes de la miseria. En el reparto había un muchacho que era muy mal actor y al pobrecito lo teníamos engañado. Le hacíamos creer, Rafael y yo, que era buenísimo, y así conseguíamos que se nos pusiese a tiro para darle un señor sablazo. Le hacíamos la pelotilla de una forma descarada y él, venga a soltar dinero.

-Vaya un par de rufianes.

-Cuando salía de escena lo trincábamos entre bastidores y le decíamos: «Tío, has estado fenómeno», ¡y sólo tenía una frase! Y él: «¿De verdad, de verdad lo hago bien?». «No es que lo hagas bien. ¡Eres la rehostia! Pocos actores hay en el mundo que [36] diciendo una frase consigan la templanza y el lucimiento tuyos». Al acabar la función estaba contentísimo y le atacábamos suavemente: «Oye, ¿no tendrás dos mil pesetitas por ahí, que me hacen falta?». «Sí, hombre, sí, sólo faltaría», decía «¿te hace falta más?»

Tenía mucho dinero. Este trabajo sucio lo alternábamos «El Brujo» y yo y lo manteníamos colgado en una nube. Y nada, dos mil por aquí, dos mil por allí. Lo hacíamos de forma que no se sintiera explotado, que no sospechara. Era muy cándido, muy inocente.

-Vaya tocomocho le montaron.

-Siempre había un punto delicado que nos jodía: las críticas. A él le daban unos palos de cojones y nos preguntaba el por qué de tan nefastas críticas. Nosotros: «Tú piensa una cosa. Los críticos, a la que ven un nuevo valor, un actor fuera de serie y joven como tú, lo castigan, lo foguean, como hacen con los toros en el campo cuando son jovencitos, que les dan con el palo y los tiran. Acoso y derribo, ¿no? Pues lo mismo hacen con el actor para ver si tiene templanza y aguanta los envites de la vida teatral». Esto le convencía, pero al final, como llegamos a abusar tanto, nos cortó el grifo.

-Otra cosa les tenía que haber cortado... De todos modos la ruina máxima fue en Madrid...

-En Madrid fue la miseria a tope. Venía muy poca gente al teatro. El aforo era de seiscientas personas y acudían sólo unas cincuenta por función. Para más inri, el empresario, el señor Kramer, no nos pagaba y aquello era de penuria total. Recuerdo que estábamos en una pensión, junto al teatro, pensión de una estrella, en una habitación que compartíamos Rafael y yo. Como la habitación estaba a mi nombre el dueño me decía: «A ver cuando tiene un regalito para mí, señor Rubianes.» Yo, en mi inocencia, no caía: «¿Será su cumpleaños?», pensaba. Luego, cuando ya le entendí, como era gallego, le decía: «No se preocupe, carallo, que esto está al caer. Esta semana cobramos y ya está todo arreglado».

Y así un día y otro, nosotros le explicábamos al empresario nuestra desesperada situación, pero él nos iba dando largas.

-¿Y de qué comían?

-Calle, calle. La ex-mujer de Rafael, Margarita, era enfermera [37] de un importante hospital de Madrid. Ella, que es encantadora, buena gente, como pocas he conocido en mi vida...

-Qué, ¿también la chulearon?

-No, qué va, pero nos traía una especie de Biomanán, que era nuestra comida, lo que en el hospital daban a los enfermos del estómago. Nos tomábamos tres al día. Puede imaginar el tipazo estilizadito que nos quedó a los dos, delgados y fibrosos.

-¡Estaba negra la cosa....!

-Sí, hasta que un día, hartos de esta situación entre el empresario que no pagaba y el de la pensión que no paraba: «Señor Rubianes, a ver si nos acordamos, que me dijo que sería la semana pasada». Y yo: «Sí, de esta semana no pasa, carallo». «El carallo te lo voy a dar yo a ti como no me pagues esta semana», farfullaba mientras cerraba la puerta.

Un día estábamos maquillados, Rafa hacía de comisario de policía y yo de su secretario, con unas pintas muy de caricatura. A media función fuimos al despacho de Kramer, durante una escena que no salíamos nosotros y le dijimos: «O nos paga o se ha acabado la función», que por cierto, era un día que había bastante gente. Y el otro, ahí trabado: «Esto no me lo pueden hacer. Esto es un chantaje». «O paga o no seguimos». Y el tío pagó, vaya si pagó.

Rafa, que es muy soñador y aventurero me propuso fugarnos de la pensión, sin pagar, pero el gallego tenía mi DNI apalancado y tuvimos que pagar la pensión saliendo de aquel gran apuro.

-Como para retirarse de la escena.

-Nuestra desesperación había llegado a tal punto que veías a un amigo y lo primero que pensabas era: «Ahí vienen cinco mil pesetas». Rafa igual: «Ahí vienen tres mil quinientas», porque sus amigos tenían menos dinero.

-Qué suerte ser amigo suyo o de Rafa por aquel entonces.

-Es una época que recuerdo muy especial de mi vida.

-Ya la puede recordar, ya. ¡Vaya carrerón! ¿Y la compañía continuó?

-Acabamos en Sevilla y allí se deshizo. Pero no acabaron ahí nuestras aventuras y desventuras. El señor José Luis Castro, director del Teatro del Globo de Sevilla, hoy director del Teatro de la Maestranza de esa ciudad, nos contrató a los dos para participar [38] en su montaje de *Los sueños de la Alhambra*, de Washington Irving, en la hermosa ciudad de Sevilla y le puedo asegurar que tanto Rafa como yo conseguimos, pese a los buenos propósitos del señor Castro, arruinarle (Risas...). Se comportó con nosotros, no como un amigo, como un padre.

-¿Ya estamos otra vez haciendo la rosca?

-Puso toda su fortuna personal a nuestra disposición. No le negaré que tanto Rafa como yo nos embarcamos en el proyecto con la mejor de las intenciones, pero acostumbrados a ir de pedigüeños, junto a nuestra tremenda facilidad para adecuarnos a las formas fantasiosas de la noche, usted ya me entiende...

-Me temo que perfectamente.

-Hizo que nos engolfáramos rápidamente. Andábamos de juerga por Sevilla, engañando vilmente al señor Castro, haciéndole creer que ensayábamos hasta altas horas de la madrugada. Incluso sé de gente que se encontraba al buen Castro y le decía: «Ayer vi a Pepe y a Rafael en tal tablao» y él fíjese si tenía fe en nosotros que decía: «Imposible. Están ensayando».

-Vaya ensayo llevaban.

-Se nos tenía que caer la cara de vergüenza y «José Luis, dame de aquí y José Luis, que necesitamos veinticinco mil para esto». Total, que Castro, que tenía una buena posición, acabó pidiendo créditos a los bancos, porque estuvieron a punto de desahuciarle de su casa. Esto fue lo que conseguimos Rafael y yo con ese gran amigo que es Castro, que casi se suicida, cuando descubrió que todas las informaciones que le llegaban de los dimes y diretes de la calle, eran absolutamente ciertas. Tomó una decisión tajante...

-Llamar al Cuartel de la Guardia Civil más cercano.

-No, qué va. A Rafa lo mandó para Madrid, porque tenía morriña, pero a mí, como estaba muy bien en Sevilla, me propuso, fíjese si ese hombre me quería, producir un espectáculo con los textos que había traído de Cuba y como castigo, me hizo ganar el dinero con el sudor de mi frente, poniéndome a trabajar en un cabaret de la calle Betis, Zarabanda, hoy desaparecido, junto al río Guadalquivir, en un paraje increíblemente bonito.

-¿Y qué hacia? ¿alterne? ¿*Streep tease*?

-No diga bobadas. Pues dos pases. Uno a la una de la madrugada y otro a las cinco, ya totalmente derrotado, con lo [39] cual empecé a desarrollar mi arte y también mi capacidad de engolfamiento. Pude devolver el dinero a Castro, pero no tenía ni un duro ahorrado debido a la vida de desenfreno que llevaba. Pero bueno, gracias a Castro pude presentar mi primer espectáculo, *PAY-PAY*, en el local del Teatro de El Globo de Sevilla, y gracias a ello, Antonio Coll, manager teatral de Barcelona, me vio y me fichó para debutar en la Cúpula Venus de Barcelona, en diciembre de 1983.

-Pues ya puede dar gracias a la Macarena, a la Virgen me refiero, no a la canción.

-Todo se lo debo a José Luis Castro y a su hermosa ciudad de Sevilla, que me dio ese empujoncito al carromato para tirar adelante con la aventura del teatro. [40] [41]

Volver Siguiente

Palomeque

Pepe Rubianes me recibe en su nuevo piso del que disfruta como niño con zapatos nuevos. Pepe habita un piso antiguo, confortable, «molt de Convergència» (muy de gente bien), al que no le falta detalle. Atrás quedan aquellos pisos que apestaban a tabaco negro, con ceniceros repletos de colillas. Nada, Pepe ha decidido, por fin, poner *seny* (sentido común) en su vida y se ha comprado un piso. Por él anda como una recién casada, enseñándoselo a todo el mundo y preguntando si combinan bien los muebles. Un perfume nada desagradable, que resulta ser un ambientador, acaba con cualquier resquicio de olor a tabaco.

Pepe, medio de reojo, está mirando una película de Hollywood de las de antes...

-A mí, estas películas antiguas, me encantan. El otro día vi una sobre la Guerra Mundial y era demasiado. Todas las estrellas de Hollywood: William Holden, James Stewart, Kirk Douglas...

-Todos estos, señor Rubianes, ya no hacen ninguna película, porque...

-Están muertos.

-Están en el más allá.

-Holden, creo que murió alcoholizado.

-Es raro, debe ser el primer caso que se da en Hollywood.

-Sí, me parece que todos ellos se llevaban bien con la botella.

-Al que hacía *Patton*, no recuerdo ahora su nombre...

-George G. Scott.

-Caramba, señor Rubianes, qué preparado le veo, ni que fuera un concurso de televisión, pues Scott hacía de abuelo, de artista invitado, porque a estas edades ya sólo te dan papeles de asilo. [42]

-No querrá que hagan de Romeo. Pobrecitos, si los ponen de sheriff encima del caballo se caen.

-Al que vi en la ceremonia de los Oscar fue al gran Kirk Douglas y parecía un papiro.

-Está muy mal.

-Usted ha tenido breves apariciones en el cine y se podría decir, así lo ha manifestado, con escasa fortuna. ¿Por qué hace estas películas? ¿Por dinero? No me dirá que por sus valores artísticos.

-La verdad es que no siempre ves el resultado de la película con el guión en la mano. Lo ideal es que vayan unidos el interés artístico y el económico.

-Ahora está rodando, por fin, una película de protagonista con Pedro Costa como director y parece que promete... De todos modos, es curioso ver que los protagonistas de las películas tienen ya sus añitos, porque usted ya tiene el servicio militar cumplido, ¿no?

-Sí, hace unos años.

-A mí me dijeron en Capitanía que lo habían enviado a Lleida, castigado por motivos políticos.

-Bueno, yo tenía una ficha policial abierta debido a una detención que sufrí en los años 60, en una manifestación en la que me detuvieron y llevaron a la Jefatura Superior de Policía y en esa ficha me acusaban de desórdenes públicos. Eso fue suficiente para que me enviaran a Raimat, junto a Lleida.

-Raimat, famoso por sus cultivos de caldos...

-A mí sí que me tenían a caldo (Risas...). Recuerdo sus vinos con alegría, pero el resto ya puede suponer que no me resulta nada agradable. He vuelto varias veces por la zona y es un sitio muy hermoso.

-¿Y de qué iba el tema?

-Estábamos en un polvorín que era un destacamento disciplinario. Cuando te destinaban allá arriba iba todo el mundo cagado, a excepción de los de Lleida, que estaban contentísimos, por estar cerca de casa y su destino no obedecía a motivos extramilitares. Pero para los demás, ir a Raymat ya sabíamos lo que significaba, era un plan de vida muy bestia, pero que muy bestia.

-¿Había castigos fuertes? [43]

-Había presos políticos y comunes. Hacer guardia cada día era lo normal. Si ha hecho la mili, sabrá lo que significa tener guardia cada día..

-Uno de los castigos consistía en subir al palo, al mástil de la bandera...

-Sí, sí, al mástil de la bandera...

-¿Cuál era la causa para recibir este castigo o era así, por la cara?

-Por cualquier chorrada te enviaban al mástil, un juego en el comedor, una broma a un compañero.

-Tiene mal recuerdo, claro. Pero si jugaba a la política, como joven agitador de calles...

-Agitador de masas. Estaba en AGIPROP, Agitación y Propaganda del P.S.U.C.

-Dicho con todo respeto, porque usted se siente muy orgulloso de esta etapa.

-Muy orgulloso, pero tampoco lo voy pasando a la gente por la cara. Cuando tenía veintidós o veintitrés años, estaba en la Universidad. Era una época de gran agitación política. Eran los últimos vestigios del franquismo y entré en un estado de gran concienciación política, era lo que se respiraba.

-Perdone que le interrumpa, usted siempre tan acelerado, porque, según sus biógrafos, ingresó en la Universidad sin ningún tipo de concienciación política...

-Sí, sí. Pasé directamente de aquel colegio pijín a la Universidad. No obstante, en el colegio ya había profesores que no hablaban bien de Franco, lo cual era una cosa que chocaba mucho.

-Entonces los curas jóvenes ya empezaban a meterse con el régimen...

-Si, allí estaba el padre Santamaría que era muy descarado. Cuando se comentaba algo acerca de Franco, que si venía a Barcelona o cualquier cosa, el tío soltaba: «¡Pero a dónde va ese boniato!», lo cual a nosotros nos dejaba de pasta de ídem... Era la primera vez que oía hablar mal de Franco.

-Estaría mal del oído...

-Y lo bueno es que nadie se chivaba. Santamaría era un hombre valiente y oír en aquella época, principio de los 60, hablar mal de Franco y de sus ministros resultaba muy fuerte. Se [44] lo comentaba a mis padres en casa y mi padre me decía: «Tú no escuches eso, tú a estudiar, a lo tuyo».

-Franco no dejaba de ser un paisano suyo...

-Sí, bueno, en todas partes cuecen habas (Risas...).

-No sé, no sé.

-Si esto me lo tengo que tomar como una indirecta, le recordaré que el Presidente del C.O.I., Juan Antonio Samaranch, un destacado fascista, también es paisano suyo.

-Parece que tenga que defender a Francisco Franco Bahamonde.

-Samaranch y otros más. Hay más, hay más.

-De todo hay en la viña del Señor (Risas...).

-Recordará, don Carles, que Samaranch le dijo una vez a Franco que sentía vergüenza de ser catalán, que le perdonara por ser catalán. Eso es lo que se comenta en el libro *El deporte y el poder* de Jaume Boix, si no recuerdo mal.

-¡Por favor, don José!

-Y ahora merece el respeto y consideración de todo el pueblo de Catalunya...

-De toda Catalunya y de todo el Estado Español, si me permite. Es el Papa del deporte.

-Sí, pero el catalán se siente muy honrado con que Samaranch sea de aquí y haya pronunciado, cuando la elección de la sede de los Juegos Olímpicos del 92 «Barselona» con acento catalán.

-A ver si esto va a acabar como en Cádiz, cuando se peleaba con la maricona catalana y empezaron los insultos de «gallego de aldea» y «catalán de mierda». De todos modos, gracias al señor Samaranch se ganó la Olimpiada para Barcelona...

-Pues, este señor fue un fascista y en otro país le hubieran procesado. Recuerde a Kurt Walheim.

-¡Qué dice!

-Por lo menos, lo hubieran depurado.

-Es usted un caso. Pero si aquí no han depurado a nadie, ni siquiera han metido en la cárcel a ningún responsable de la etapa franquista.

-Ésta es la tragedia de este país.

-Pero se ha hecho el cambio político tan civilizado que es un modelo de transición ejemplar. [45]

-La derecha no tiene consideración. A la derecha-derecha, habría que aplicarle su propia justicia: paredón sin consideración.

-Cree que habrían tenido que fusilar a aquella gente.

-Hombre, ha habido personajes que han hecho mucho daño. Se ha ido el monstruo aquél y aquí no ha pasado nada. Ha habido una especie de amnesia histórica, la gente no tenía ganas de líos después de cuarenta años de dictadura y no han juzgado a nadie.

-¿Esto lo ve mal?

-Desde luego. Tienen que responder de la sangre que derramaron.

-Sangre hubo en las dos Españas.

-Una de ataque y otra de legítima defensa.

-Quiere vengar, tal vez, a su querido Federico García Lorca.

-No les perdono su historia, lo que hicieron no tiene nombre. Fue un acto de traición a un régimen legalmente establecido. Han intentado justificarlo de mil maneras, pero no cuela. Los ricos aplastaron a los pobres. Eso fue todo.

-De todos modos, esta concienciación política que va adquiriendo mínimamente en el colegio...

-Y le recordaré que en mi último espectáculo *Rubianes, 15* años... cada día, me cago en ellos. Es un número nuevo que usted aún no ha visto, pero yo aprovecho para cagarme en ellos, en su boca.

-¿Defecación oral?

-Bueno, ya lo verá. No quiero adelantarle acontecimientos...

-Espero ver el impacto.

-Es un pequeño placer que me doy...

-Y encima cobrando, el placer es doble... Y volviendo a lo nuestro, le comentaba que cuando acude a la Universidad sigue la consigna paterna de «a la Universidad se va a estudiar y no a hacer política»...

-Ese espíritu me duró dos meses.

-En estos dos meses, según los archivos de la Universidad de Barcelona, presenció una huelga que no secundó. ¿Cómo fue el tema?

-Cuando entré en la Facultad había profesores a los que los [46] alumnos de cursos superiores tenían en la lista negra. Yo no hice caso a esa lista, pues entré con la máxima de «valora lo que hay y quédate con lo que te gusta». ¿Le agrada esta máxima?

-Me deja usted cortado. Tendría que meditarla.

-No es mía, no sé de quién es, pero no importa. Pues bien, me encontré con una serie de profesores que no tenían alumnos en sus clases. Era descarado, cuando el profesor entraba, los alumnos se ponían de pie y abandonaban el aula. Era la consigna para que el profesor tuviera constancia de que los alumnos le despreciaban. Un día me dije: «Hoy me quedo para valorar al profesor». Le llamaban fascista y quería conocer su ideología y su pedagogía. Una vez, era en el Aula Magna, se levantaron todos y me quedé sentado con la única compañía de cuatro o cinco monjitas, una de ellas negra.

-Monjita negra, ¿de piel o de hábito?

-Una de piel negra, con el hábito con alerón blanco y azul.

-Qué hábito más guapo. Eran Hermanas de la Caridad.

-No sé de dónde serían, pero había en el pasillo un cristo impresionante: «¡Fuera, fuera!» El profesor dijo: «Les recomiendo que salgamos por aquella puerta».

-El profesor se llamaba...

-Palomeque.

-Hombre, el famoso Palomeque.

-De la cátedra de Historia. Salimos y nos abuchearon, nos zarandearon, nos... A las monjas les quitaron la toga de la cabeza y a mí, uno que después ha sido buen amigo mio, me pegó un puñetazo que me tumbó en el suelo.

-¿Y usted no defendió a las monjitas?

-¡Qué coño iba a defender! Si había setecientos tíos gritando como locos. Yo iba como los árbitros cuando salen abroncados del campo de fútbol, con la policía y el escudo (Risas...) Así iba yo...

-Menudo debut.

-La cosa no acabó aquí. Me pasó otra con el Doctor Rubert de Ventós, hoy conocido filósofo y pensador, con el que coincidí hace poco en un programa de televisión y le recordé la anécdota y se descojonaba de risa... Rubert de Ventós permitía que en sus clases se celebrasen asambleas y estaban hablando sobre expulsar o boicotear a tal profesor. Me levanté en medio de [47] una arenga y manifesté que no estaba de acuerdo. Me miraron todos. Yo ya me había destacado con lo de las monjas y me empezaron a llamar «social», que es como se denominaba a los policías de paisano, y facha, y volví a salir como los árbitros después de un partido «glorioso».

-¡Con la manía que le tiene a los fachas!

-Iba por el patio de la Universidad Central y todo el mundo me miraba: «Este tío de qué va, es un poli», la situación era algo angustiosa y fui a hablar con uno de los cabecillas, Miguel Morey, hoy destacado filósofo y catedrático: «Escúchame, por favor, que yo no soy un facha» y me vio tan pardillo que se lo creyó y me empezó a introducir en el ambiente. Rafael Argullol, Manolo Cruz y otros llegaron a la conclusión de que no era facha, «éste es un pardillo que viene con la boina».

-Como un nuevo Pablo de Tarso, se cae del caballo, se convierte y pasa del absentismo político a...

-La militancia en el Partido Comunista...

-Ya sabe usted, señor Rubianes, que no hay nada peor que un neoconverso.

-Pero no fui nunca un extremista. Fui discreto. Tenía bastante miedo, todo hay que decirlo, me daba mucho miedo.

-Y en su interior fue anidando ese odio antifranquista...

-Cuando se hacían las convocatorias, por ejemplo, manifestación en tal sitio, me ponía malo del estomago y aún me dura. Se me hacía una especie de nudo en la boca del estómago de los nervios.

-Del miedo.

-Sí, porque entonces ya sabías, que al rato aparecía la policía «disparando al aire».

-¿Le han tocado la carita?

-¿La poli? Sí, hombre, una vez me dieron p'al pelo. Recuerdo, en el Mercado del Ninot, que la policía nos arrinconó y a un amigo mío, Tom Rimbau...

-Hoy uno de los dueños del Teatre Malic...

-Exactamente. Pues, en medio de la somanta de palos que me estaban arreando, veo que a Rimbau lo agarraba un municipal corpulento y como Rimbau le arreaba un derechazo al poli que cayó fulminado. No sé cómo me atreví a hacerlo, apliqué la [48] misma técnica. Me llevaba un gris medio cogido, me giré y le di un puñetazo en toda la jeta. El policía se llevó las manos a la cara y me soltó, lo que aproveché para salir corriendo. Eso me libró..., pero vamos, si fallo y me sale el golpe fallido...

-Cuenta la leyenda que usted huyó sin camisa...

-No, eso fue en otra ocasión en la Facultad de Económicas, ya le he dicho que entré en la militancia activa.

-Por lo visto se pasaba el día de manifestaciones...

-Estaba con José Luis Cots, hermano del doctor Walter Cots. Entre la Facultad de Derecho y la de Económicas, en la Diagonal, hubo una carga de la policía. Recibí de cojones de los que iban a caballo, me dieron con el látigo aquel, con aquella fusta larga que llevaban. No sé si se acordará...

-Perfectamente, usted era como la pelota del polo a caballo.

-Sí, y a la altura de la Facultad de Derecho, por una calle que baja, salieron varias dotaciones de las del pañuelo en el cuello... ¿o no había pañuelito en aquella época? No me acuerdo.

-Yo tampoco.

-Con pañuelo o sin, los tíos eran muy ágiles y perdí la camisa en la lucha. Total, que iba desnudo de cintura para arriba y además lleno de moretones que empezaban a salir, de lo que había cobrado.

-Como un nuevo Nazareno.

-Me habían arreado con aquellas porras rústicas de antes y trincamos a un pijo que había en el bar Sandor de la antigua Plaza Calvo Sotelo, hoy Francesc Maciá, y le obligamos a que nos diera la camisa. Aquello estaba lleno de pijos, que no se si recordará, frecuentaban dicha plaza.

-La verdad, los ambientes pijos no los seguía.

-Yo tampoco, don Carles, pero era público y notorio que era una zona de la pijería barcelonesa.

-Sí, aún se les puede ver hoy, tomando el sol en la terraza del bar Sandor a la hora del aperitivo.

-Total que les trincamos las camisas, porque había otra técnica que empezaba a aplicar la policía. Cuando pegaban manguerazos en las manifestaciones, le metían un líquido colorado al agua que te dejaba mancha y cuando pasaba algún coche de la policía y te veían manchado, te llevaban a comisaria. Así que tuvimos que quitarles las camisas. [49]

-¿Conocía las comisarías?

-Sí. En una de las detenciones nos condujeron a la comisaría de la calle del Doctor Dou, que ya no existe y la consigna era «Visca Catalunya». En el interrogatorio, lo único que había que contestar era «Visca Catalunya». Se me acercó un policía, al que ya conocía de otras manifestaciones...

-Usted debía ser como de la familia...

-Y le grité al social «Visca Catalunya». Me pegó un puñetazo en el estómago, que ¡hostia! caí fulminado. De allí pasamos en un furgón a la Vía Layetana. Recuerdo, en referencia a las palizas, que subiendo por la escalera, en la entrada, había un policía que dijo a sus compañeros: «Mira, estos que llegan se han cagado en vuestra puta madre». Y los que estaban de retén nos pusieron morados.

-¿El Visca Catalunya ya no salió más?

-No. Además fui el único que gritó Visca Catalunya, los demás se cagaron.

-Se le habrán pasado las ganas de pronunciar Visca Catalunya.

-Sí, le puedo asegurar que no lo he repetido nunca más (Risas...).

-No sé lo que pensará de esta etapa, pero para mí no hay nada tan lamentable como los yuppies que hablan de estos temas como pecados de juventud, como pasatiempos para justificar su aburguesamiento actual. No sé como lo ve, pero no lo podemos limitar a unas notas nostálgicas.

-Con los años he ido pensando que los yuppies eran unos enanos infiltrados. La burguesía manda a sus hijos para que lo jodan todo, ¿no? y la verdad, la verdad es que los que han pringado, como siempre, son los obreros. La brutalidad que empleaba la policía no era la misma con el hijo de un abogado o de un notario que con el hijo de un pintor o de un paleta...

-No me dirá que les pedían el DNI antes de zurrarles.

-A éstos, de entrada, los masacraban, porque eran los peligrosos. La burguesía, lo que hacía con esos movimientos era enviar a sus hijos, como se aburren, para joder todas las movidas. Ellos, claro está, tenían una formación diferente y se hacían enseguida los líderes de la movida, los cabecillas de toda la historia. Y detrás de todo eso había un reaccionario de tres pares de [50] cojones, ¿no?, el padre les sale por detrás. De hecho, fijese bien, el 90% de esta gente son lo que eran entonces: unos carcas de tres pares de narices, entonces hablan así, como usted dice, que si locuras de juventud. Hasta la derecha te habla del mayo del 68 o de la lucha antifranquista, pero si habla con uno de Fabra y Puig o de Cornellá, vera qué visión tan diferente tiene del tema. El niño bien vuelve a su mansión y el otro a buscarse la vida.

Había cosas tremendas, gente de mucho dinero se ponía a trabajar de paleta para concienciarse más, incluso adoptaban el argot típico del obrero. Eran cosas que yo veía y no me parecían bien, lo que pasa es que no lo decía, porque entonces me podían dar p'al pelo (Risas...).

-Los de su grupo de Agitación y Propaganda arrojaban octavillas clandestinas por el Mercado de San Antonio.

-Sí. Con Toni Rimbau hacíamos las fábricas. Íbamos a La Seda a las cinco de la mañana. Recuerdo un día en el Mercado de San Antonio, que llegamos y gritamos: «Partido Comunista». Y los de las paradas empezaron: «Hijos de puta, fora, canallas, iros a la mierda, cabrones».

-«Que no nos dejáis vender».

-Exacto. Eran los dueños de las paradas, miserias de la vida. Los de la carretilla, los que llevaban las terneras apiladas, decían: «Dame una hoja, a ver qué dicen estos».

-Como siempre.

-Las que estaban cabreadas eran las pescateras (Risas...)

-Normalmente, si se fija, hay como dos focos de reacción. Los de la plaza y los taxistas. No sé por qué rara historia. Éste es un país en que a la que uno tiene coche, aunque esté empeñado hasta el cuello y tenga que hipotecar su vida, se considera un terrateniente. Tener una pequeña propiedad te hace sentir como si fueras el Marqués de Griñón. Recuerdo aquellos insultos y abucheos en el mercado, aunque también había gente que nos apoyaba, pero lo recuerdo como algo bestial. Yo pensaba: «Pero bueno, si son trabajadores», estaban con las manos heladas de remover el pescado, las manos llenas de sabañones. Me parecían unos idiotas.

-Ellos defendían su paradita. Nos olvidamos, a veces, que con Franco alguien debería vivir bien.

-Franco potenció la clase media. [51]

-A los hermanos Creix, famosos policías torturadores de Via Laietana, y a otros muchos, les debía ir bien.

-A esos, les iba de puta madre.

-De todos modos, considero como ha señalado algún destacado sociólogo, que el desencanto tiene que ver con el aburrimiento de lo alcanzado: la democracia. Primero, una gran euforia por lo obtenido, pero lo apasionante siempre es la lucha, el esfuerzo, que una vez conseguido se desvanece en nuestras manos. Usted, por lo que explica, aunque no fuese un líder estudiantil, participaba de estas movidas y de estas luchas, tenía una gran actividad... Esto era más o menos emocionante. Hay quien atribuye el desencanto y el pasotismo político, en parte, a esa falta de emociones. No es lo mismo pegar sellos y contestar al teléfono en el Partido que repartir propaganda clandestina o hablar por teléfono con el temor de tenerlo pinchado. Debía ser muy emocionante todo lo que nos cuenta de las manifestaciones y el reparto de octavillas...

-Yo tenía miedo y el miedo es, de hecho, una emoción, pero tenía un miedo que me cagaba, se lo puedo asegurar, y no me resultaba nada agradable. Cuando me tocaba repartir propaganda tengo que reconocer que me cagaba por la pata abajo, la situación era de miedo, era terrorífica.

-Sí, pero ¿no había nada de aventurero en todo ello?

-Tenía miedo de que le pudiera pasar algo a mi familia... ¿Aventurero? No, no, yo no jugaba a burguesito libertador. De hecho, yo soy hijo de trabajadores, esto está claro. En mi casa vivíamos normal, clase media baja.

-Su padre tenía una pensión, como comentaremos más adelante.

-Pero tampoco éramos gente rica. Éramos ricos de la calle, del pasaje Escudillers. Vivíamos bien, nunca he pasado hambre, pero, mis padres eran trabajadores.

-Horario de quince horas

-Sí, sí. Se dejaban la piel. Todo el día en la pensión. Yo tenía la visión del rollo del trabajador, del puteado, aunque mi padre nunca me habló de política. Descubrí que era de izquierdas o simpatizaba con la izquierda, a la muerte de Franco. A mi padre, durante la Guerra Civil, le marcó soberanamente ver cómo fusilaban a amigos suyos, contra la tapia del cementerio de [52] Villagarcía de Arousa. Esto, supongo, te deja huella, piensas, esta gente no juega. En casa se vivió un poco este temor, este silencio... Tampoco era franquista, no íbamos a ver a Franco cuando desfilaba por Barcelona... Pero vivíamos en silencio, era la España del silencio y empecé a odiar a Franco. Incluso, de joven, pensaba en matar a un policía. Recuerdo con un íntimo amigo de la época, hoy arquitecto, Santiago Padrés me preguntaba: «¿Tú matarías a un social?» Yo decía: «No sé si sería capaz de pegar un tiro, pero ganas tengo», lo que no sé si la mecánica me funcionaría, ¿no? Pero en mi vida, si he pensado en matar a alguien, era a aquellos tíos del régimen.

-Pero, a veces, cuando habla de Franco sonríe un punto... Parece que diga: «Qué cabrón ha sido aquel tío, mira lo que hacía...», pero parece que asome un poco de admiración. ¿Admira usted algo a Franco?

-No creo que se le pueda llamar admiración, es más bien asombro. ¿Cómo se puede ser de esta manera? Después he leído mucho sobre él y he descubierto a un ser muy mediocre. Un enfermo mental, como lo definía un conocido intelectual, del que no recuerdo ahora el nombre. Era un enfermo, el hijo de Dios. Se pensaba que era un escogido de Dios para salvar el país y que todo le estaba perdonado y lo que hizo fue teñir este país de sangre.

-Pero, ¿puede haber sufrido alguna vez una especie de síndrome de Estocolmo con Franco y que le haga, en ocasiones, algo de gracia?

-A mí, se lo digo rotundamente, no me hacía ninguna gracia.

-Ni le hacía, ni le hace.

-Ninguna, ninguna gracia. Veo la Historia de España de esa época y digo: ¿Cómo fue posible aquello? Recuerdo un día, para acabar con las manifestaciones, que me impresionó mucho ver cómo se llevaron a patadas, puñetazos, arrastrándolo de los pelos a Jordi Solé Tura, brillante profesor de la Facultad de Derecho y Económicas, que entonces militaba en el P.S.U.C. y que acabó como ministro con los socialistas. Al ver aquel atropello, me dije: «Esto no se lo voy a perdonar nunca». Cómo ha sido posible que ese enfermo haya mandado cuarenta años en este país y nos haya tenido a todos cagados de miedo. [53]

Biberones

Pepe Rubianes está en estos momentos representando en el Teatro Villarroel su espectáculo antológico *Rubianes 15 años* con un notabilísimo éxito de publico. El trabajo de Rubianes ha ido mejorando peldaño a peldaño. Si sus anteriores montajes ya fueron exitosos, éste los ha superado con creces.

-¿Qué es lo que le gusta al público de Pepe Rubianes? Porque imagino que es consciente de gustar al público...

-Alguien viene a verme, desde luego.

-Pero aparte de venir a verle, notará que gusta al público.

-La verdad, no sé qué contestar.

-No se me haga el humilde y el distraído con «no sé qué contestar»...

-A veces yo me sorprendo y me pregunto «¿por qué habrán venido a verme?». Estoy en el teatro, en el escenario y cuando hay un lleno, me digo «fíjate esta gente lleva desde la mañana hablando de mí». No es que estén todo el día hablando de mí, pero dirán a más de uno «hoy voy a ver al Rubianes». ¿Qué me habrán visto? Me gustaría conocerles para decirles: «Oiga, ¿usted por qué ha venido?».

-Usted tiene la platea llena, sale, se ríe solo, se ríe el público cuando explica sus cosas... ¿Cómo nota que está gustando al público? Desde arriba debe notar un calor que sube...

-Por supuesto, llega el *feeling* del público, que te envuelve y arropa. ¡Hostia!, es una sensación... ¡Es un orgasmo! Ni con una mujer he vivido esa sensación... Eso se lo puedo asegurar, yo y cualquiera que trabaje en este medio, cuando el público responde esa sensación no tiene comparación. Acabas la función, te aplauden y, joder, notas aquellas caras de satisfacción. Es una sensación orgásmica. [54]

-¿Y qué es lo que les hace reír?

-Hay un humor, más bien ácido. También hay una cierta sinceridad, la forma de hacer. Claro hay un humor blanco, que hacen Tricicle, Dagoll-Dagom, o una manera más blanda de tratar los temas... yo procuro meter un poco más de caña.

-De todas maneras, sin menospreciar estos momentos en que, efectivamente usted da caña, con Pepe Rubianes se produce un fenómeno que me recuerda al torero cuando en plena faena tiene al toro entregado y le entran todos los capotes. A veces, usted está arriba sin hacer, sin decir nada y el público se parte de risa.... o improvisa o lo hace ver o se inventa la historia en el mismo escenario. Aquel número de un viaje a Bali con una novia, Margarita Solivellas, pubilla de Manresa en que a usted, por una picadura, le empiezan a crecer los huevos hasta límites insospechados. Parece que adivine rápidamente lo que le gusta al público.

-Sí, es la química que se produce entre el actor y el público. A veces voy al teatro y me quedo enganchado con según qué actores, joder, es que me encantan. Y dices, ¿por qué, si es mejor Fulano? Pero estás deseando que vuelva a salir a escena. Es una química que se crea, el duende que le llama Lorca.

-¿El público vuelve a sus espectáculos?

-Hay gente que durante estos quince años ha venido siempre a verme. Me cuesta entenderlo, yo voy a ver cosas y aunque me gusten, no vuelvo más, ya está visto. A veces, algún espectador joven me dice: «Mis padres le vieron de solteros en la Cúpula Venus».

-No exagere, señor Rubianes, no exagere, no dirá que vienen a verle con diez años...

-Quizás me bailan las fechas, pero le aseguro que muchos padres me han mandado al hijo al teatro. Son cosas que te llenan de satisfacción, dices «¿este hombre qué pensará de mí?», me gustaría saberlo.

-Hay quien dice que tiene usted un lenguaje muy cinematográfico, explica una cosa y la ves, estás en el cine. Por ejemplo, cuenta que está en la selva con el padre...

-Ataúlfo. Ataúlfo Remi.

-El de la lengua partida.

-Sí. [55]

-Pues, en aquel momento, parece que estés en la selva. Ves los mosquitos, los árboles, las plantas carnívoras. Tiene la facultad de hacer ver la película.

-Esta facultad que señala, la aprendí de pequeño. Mi padre era muy severo conmigo por los estudios, y el castigo estaba a la orden del día, y me quedaba solo en casa, mientras mis padres iban de paseo. Y yo, en vez de estudiar, reproducía las películas que había visto. Hacía de Gary Cooper, de Burt Lancaster, imitaba los sonidos... Al día siguiente, en el colegio me decían «Rubianes, ¿qué viste?» *Veracruz* y les contaba la película con todo tipo de detalles. Así fui creando, sin darme cuenta, este estilo de narrar. Se me quedaba la película grabadísima. Entonces venía otro compañero: «Cuéntale la peli al Balançó». Y se la explicaba otra vez. «Cuéntasela al Iniesta»...

-Y le iba añadiendo alguna cosita...

-Sí, bueno, al final la película que yo contaba, ya no tenía nada que ver con la que había visto. Luego la iban a ver y me decían: «Pues esto no sale...» (Risas...). Yo la redondeaba, a mi manera.... También era la época de las «aventis», que después popularizó Marsé con sus novelas. Las aventis eran historias que contabas inventadas por ti.

-Claro, en su infancia no había televisión ni nada.

-Me decían los amigos de la plaza Medinaceli: «Pepe, una de miedo». Y yo, Londres, niebla, ruido de vientos, puertas que chirrían, noche de tinieblas, lobos que aúllan... A mi hermana la tenía acojonada de miedo con la serie de Ibáñez Serrador *Historias para no dormir*.

-Pero esto ya fue un poco más tarde.

-Sí, pero yo continuaba con mis aventis. Del cine empalmé con la televisión y le puedo asegurar que en el colegio disfrutaba de cierta fama y popularidad entre mis compañeros por saber contar historias.

-Yo he asistido en Villagarcía de Arousa, su pueblo natal...

-Ah, ¿usted conoce mi pueblo?

-Sí, señor, muy bonito, por cierto. Tuve la fortuna de asistir a una velada en que la gente, en corro, iba explicando anécdotas. Y destacaba un tal «Biberones», apodado así porque de niño se bebía los biberones de sus hermanos y amigos, que contaba [56] historias del pueblo y te morías de risa. Lo curioso es que la comadrona, que había ayudado a nacer a medio pueblo, le iba indicando al tal «Biberones» las historias que debía contar y los asistentes que ya las habían escuchado muchas veces, se seguían partiendo de risa.

-Mi abuela era especialista en contar historias de meigas de la Galicia ancestral. Me acuerdo que de pequeños, mi abuela nos sentaba a mi hermana y a mí en unos taburetes al lado de la cocina, y mientras cocinaba y nos explicaba las meigas que pasaban, la Santa Compaña y toda esa historia.

-Quizás ha notado usted esta influencia...

-Sí, claro, totalmente. El gallego es muy narrador, el clima condiciona a estar en las casas y contar las historias. Mi padre me decía que, de niño, un hombre viejo les contaba las historias de Galicia, de la aldea: «Entonces por el monte los muertos salen por detrás de los árboles y van con velas...» y estaban todos los chavales cagados. Esta tradición ha tenido mucho que ver con el teatro de Valle Inclán, uno de los grandes dramaturgos de la escena española, las historias de *Las comedias bárbaras*. Valle Inclán lo que hizo fue recoger toda esta leyenda popular gallega y filtrarla con su estilo propio.

-Bien, quedamos en que el éxito es muy satisfactorio, pero ¿qué pasa al revés? Por ejemplo, cuando trabaja en zonas en que es menos conocido o menos querido, un domingo por la tarde con aquel público que se ha vestido para ir al teatro... Qué pasa cuando Pepe Rubianes empieza con «Estaba Jesucristo en el Monte Calvario»... y empiezan a verse aquellas caras rígidas...

-Esto lo viví en el Teatro Infanta Isabel de Madrid. Un teatro al que acostumbraba a ir gente muy conservadora. El espectáculo se llamaba *Por el amor de Dios* y el título les sugería un tema piadoso y se hacían de la picha un lío. Arrancábamos con una historia de Adán y Eva y temas del Paraíso Terrenal. Venía a verme la clásica señora del café a las cinco y después al teatro. Tuve unos líos bastante considerables. Me llegaron a insultar: «¡Vete a tu tierra, catalán de mierda!». Lo habitual. Señoras y señores de corte fascistón, ¿no? Les puedo asegurar, que es una sensación terrible, una angustia salir al escenario.

-Yo no me refería tanto a esta hostilidad, que debe ser muy [57] duro de soportar, sino cuando ves que aquello no gusta, cuando notas una pared...

-Pues es otra sensación terrible. Además ¡solo! Cuando estas en compañía, uno por el otro como el bajel, vas remando. Pero, cuando estás solo, es aquello de «tierra, trágame» y te queda hora y cuarto por delante, porque acabas de empezar (Risas...).

-¿Y los bostezos o cuando se duerme el espectador?

-Peor cuando la gente se va. Lo que pocas veces he vivido es el escándalo, el abucheo, por suerte. El público de teatro es un poco más culto y no reacciona de manera bestial. Se van y lo pasas muy mal, ves caras de mala leche en el patio de butacas, el público que te está mirando con una cara de mala hostia, que te cagas, no sabes si te van a partir la cara o no. Y todo eso es un trago doloroso.

Cuando haces temporada a diario, hasta que empieza a venir público y se empieza a enrollar, es un trago amargo. De todos modos, es mejor que no venga nadie a que venga un público equivocado.

-Desde luego.

-No viene nadie y «mira, mala suerte». Incluso te vas a cenar y dices «hoy no he trabajado», aunque vaya en contra de tus intereses económicos y artísticos. Pero cuando vienen esas caras, es terrible.

-Al principio, le ocurría.

-Cuando voy a una plaza nueva, a pesar de tantos años hay muchísimos sitios en los que no he trabajado aún, voy un poco cagado, porque quieras o no, siempre te viene aquello de «quien va a venir». Ahora, la serie *Makinavaja* me ayuda, porque es un personaje transgresor, destripador y entonces el público ya sabe lo que le espera.

Recuerdo que en una convención de una importante empresa, no sé si Construcciones y Contratas o una de esas, el director general ponía cara de mala hostia y no se atrevía a reír nadie. Había un grupo de personal joven, los de siempre, debían ser los botones que lo pasaban bien...

-Anda algo anticuado, señor Rubianes, botones ya no quedan casi ni en las camisas.

-Bueno, los jóvenes, pero el resto del personal, caballeros trajeados, rubias oxigenadas, abrigo de postín, alhaja y mucho [58] rollo, no se reían para nada. Despaché el tema en una hora.

-Mató al toro rápido.

-Tenía que durar hora y media y me salté la mitad, cobré un millón de pesetas y me fui a cenar contentísimo de acabar con aquella pesadilla.

-Cuando empezó en solitario, lo foguearon en giras por discotecas y salas de fiestas de tercera, lo que debe ser primo hermano de lo anterior.

-Esto es terrible, lo peor. En el teatro o en una convención, por lo menos están callados, ponen cara de mala hostia, pero están callados. Pero en las discotecas van excitados, hay agresión, insulto, jaleo... Me tiraban arroz, monedas, daban gritos normales, mejicanos «iu-ju»...

-¿Es cierto que en una sala de fiestas le pegaron un puñetazo?

-Sí, sí. En Bilbao. No le gustó lo que decía a un tío y fue hacia mí y me lanzó un puñetazo que me dejó K.O.

-Y ¿usted qué hizo?

-Cuando pude levantarme, vigilar que no me diera otro (Risas...). A partir de aquel día tenía un palo escondido a mi lado. En una discoteca de Barcelona estaba en un escenario elevado y alguna vez decía «al que se acerque le pego una patada».

-¿En Muntaner, 4?

-Más tarde se llamó «Shadows» y, ahora, creo que «Metrópolis».

-Allí recuerdo haberle visto trabajar con japoneses.

-Una vez llenaron el local de japoneses. Los pobres no entendían nada (Risas...), pero estaban callados. Había un momento en el número de la Pasión, cuando unos japoneses hacían fotos a Jesús en la cruz y yo decía «Suzuki-Toyota» y hubo un «¡Aahhh!» colectivo (Risas...) Habían entendido algo. [59]

Volver Siguiente

Xavier Sardà

Hoy miércoles, el señor Rubianes me cita en un bar para, cómo no, tomarse el enésimo café cortado del día. A continuación, como un hombre del pueblo, sencillito que es él, va a la bodega del barrio a comprar dos garrafas de agua de ocho litros.

-Para limpiar por dentro.

-Usted, un hombre famoso, que sale en televisión, de compras en la bodega, como uno más de los mortales...

-Me permite un comentario.

-Por favor, diga, diga.

-Es curioso. Siempre que voy a comprar la reacción de los tenderos es muy cojonuda, «qué, no hay mucho trabajo, verdad» (Risas...). Vas a comprar y piensan «mal va la cosa». Además creen que la gente que sale en televisión y goza de cierta popularidad debe tener servicio.

-¿Usted, mayordomo?

-Yo no, desde luego, pero deje que le puntualice esta historia.

-Perdone, perdone.

-Entonces todos los tenderos se asombran de que vaya a comprar. Piensan que hay una relación directa entre ir a comprar y la falta de trabajo. Que la cosa no va muy bien. Están hechos de la picha un lío, porque te ven en televisión y les sorprende que vaya a la compra. Piensan que debería tener criados que comprasen por mí. Todo esto me llama mucho la atención: «¿qué no va muy bien el asunto?» y «¿hay poco trabajo?».

Voy a los bares del barrio, me siento en la terraza de la calle de Los Ángeles a leer el periódico y te miran un poco extrañados, sin que les acabe de cuadrar la cosa. El rollo de televisión lo identifican con vivir en Pedralbes o en Puerta de Hierro, o con [60] tener un chalet... Pero bien sabe, don Carles, que como nací rico, voy al revés. Es normal que la gente que procede de la nada suspire por tener un buen coche, una torre... pero como nací rodeado con los oropeles de la fortuna, pues voy al revés, a la pobreza. Hago el camino a la inversa.

-Usted tiene este espíritu franciscano que le hace ir a la compra como un ciudadano más, pero ha aprovechado mi compañía para convertirme en un porteador voluntario de su garrafita de ocho litros...

-No creo que se haya herniado, don Carles.

-¿Le gusta hacerse el ciudadano normal?

-No me lo hago, lo soy.

-Es usted sencillo.

-He ido a comprar siempre, aparte, me entretengo, me distraigo... En mi barrio lo tengo todo controlado. Voy a Simago, porque hay de todo. Lo que ya no me va es el rollo de ir a varias tiendas. No me gusta lo de tornillos en la ferretería, los calcetines en la mercería...

-Bragas en el mercado...

-...las medias en otro lado. Yo no. Voy a mogollón.

-Por cierto, en Simago hay muchas libretitas.

-Sí, hombre. He comprado alguna para seguir la tradición.

-Ahora bien, me disculpará, no es que le llame mentiroso, lejos de mí semejante acusación, pero al ciudadano de a pie y a mí mismo, le resulta difícil creer que una persona que recibe el aplauso de tanto público se pueda comportar normalmente. ¿Es compatible?

-Tal vez hay mucho idiota en esta profesión, que se empalaga, pero yo provengo un poco de la filosofía...

-No es por ser idiota, pero si se pasa el día recibiendo piropos: «Pepe, cómo me reí con aquello» o «qué bien estuviste, Pepe» o «cómo me gusta aquello, Pepe». Las chicas dicen que usted es tan simpático. Esta recepción constante de halagos como si fuera Su Majestad el Rey, puede afectar la personalidad o llega un momento en que ya pasa de todo.

-No sé los demás cómo reaccionan, pero en mi caso particular, pienso que no. Sé como soy, ya pueden decir misa, que yo no me lo creo. Dentro de todos los halagos, me creo una persona bastante desgraciada en mi forma de ser. Soy una persona [61] insegura, contradictoria. Estas cosas son puramente laborales y tú sabes que todo es efímero. Tengo casi cincuenta años, llevo veinte de profesión y sé que se sube y se baja, ahora te aplauden y después te olvidan. Cuántos compañeros he visto que han gozado de éxito y aplauso y hoy no se acuerda nadie de su nombre, nadie les mira y ya ni les fía la tendera de la esquina.

-Esto debe ser muy duro para estos chicos...

-Claro que es duro. El peligro, es creerte que eres algo importante. Aquí está el gran patinazo y la gran cagada. Siempre me he considerado una persona, ya se lo he dicho antes, que «no ho té massa clar» (no está muy segura). Yo nunca me he creído nada, al revés la gente que me conoce sabe que soy una persona muy tímida. Es más, yo con todos estos halagos y saludos de gente desconocida sufro porque me da timidez, no sé qué decir y a veces, cuando me cogen de mala hostia, los mando a la mierda.

-Eso, eso. Yo he visto que es muy amable con los demás. Saluda al tendero, invita al teatro a todo el mundo, atiende al camarero y, de repente, aparentemente sin más ni más, aunque no dudo que tenga sus razones, se le acerca un señor con un comportamiento parecido para decir o pedirle algo y a usted le coge un ataque de ira y le pega un corte bestial.

-Sí. Hay un tipo de gente que no me gusta por diversos factores. No me gusta su aspecto o su forma de mirar y que estos me digan algo me pone malo, no sé si me explico. Yo me he encontrado con un señor que me ha saludado y con la gente mayor acostumbro a ser muy respetuoso, pero el patachanero, el patacanclero...

-Perdone, el patachanero, ¿eso qué es?

-El patachán, el tomatero es un público que no aguanto. El público de teatro es más culto, más preparado, pero el público de televisión es, por lo general, muy horterón. Entonces, si sales por la televisión es una moneda a pagar. La gente se cree que eres un objeto de su casa, el jarrón que ponen encima de la tele, un muñequito o lo que sea y disponen de ti: «¡Pepe!» Y yo no tengo ganas, no tengo por qué aguantar todo esto, ¿entiende? Para mí la televisión, el cine y el teatro son aspectos laborales. Es como si a un tío que trabaja en el Banco de Bilbao le están recordando todo el día: «Oye, la factura aquella que te dí» cuando [62] el tío está en el campo descansando y quiere olvidarse de su historia. Cuando estoy de relajo o voy por la calle o voy a comprar, también quiero olvidarme de mi historia por unos momentos. Hay gente que te avasalla, porque afortunadamente hay otra que te mira, te sonríe y ¡oye! de puta madre, pero con el que te entra a saco, voy mal. Tú valóralo, vas por la calle y le entras a saco a un tío: «¡Eh!, ¡qué pasa! ¿adónde vas?» a ver qué te dice. Lo primero que hace es mandarte a la mierda, ¿no? Estás pagando un poco el salir en televisión y ser para algunos un mueble más de su casa. A veces, ya te digo con la gente educada da gusto. Jamás he cortado a nadie que haya entrado con educación. He cortado al que se pasa, bueno... usted, ¿quién coño cree que soy yo? ¡Que yo no soy una pelota para chutar en la calle!

-Pero es la misma timidez del público la que le lleva a hacer y decir estas cosas...

-Y la mía.

-Y la de ellos.

-La mía y la suya. La gente, a veces, entra mal. Es como un mal servicio y yo mando la pelota a la grada.

-No sé si se ha fijado, pero el mismo cariño que la persona le profesa a usted o al famoso, se convierte en odio, si no le complace.

-Sí, claro, he perdido un cliente.

-«Con lo que a mi me gusta. Vaya decepción he tenido». Supongo que a Lennon le debieron matar por esto.

-La gente con fama universal tipo Sinatra debe ser horroroso. De hecho fijate cómo van: rodeados de guardaespaldas que como intentes acercarte al Banderas de turno te pegan un par de hostias que te dejan cuadrado. No te permiten el acceso, son karatecas y judocas que saben todas las artes marciales habidas y por haber. Supongo que al señor Sinatra y a Madonna les gustará ir a comprar como me gusta a mí, pero es el precio que están pagando a su historia. También es triste tener que salir con los gorilas. Yo, mis amigos lo saben bien, nunca voy solo por la noche a tomar una copa. Soy incapaz, para evitar este follón. Y siempre me ha gustado ir solo a los sitios y ponerme a escribir en las mesas de los restaurantes. Esto lo acostumbraba a hacer cuando trabajaba en teatro solamente. Iba a cenar solo, sacaba mi libreta e iba haciendo. En Sitges tengo un sitio que se llama... [63]

-No lo diga. No lo diga porque...

-Un restaurante en Sitges, donde el dueño es un tío que me cae de puta madre. Me pone casi un biombo en un rincón, me encanta el local y me inspiro mucho allí. He escrito muchas historias y me tienen un poco controlado para que no me den la paliza. La tranquilidad ya se ha acabado, tengo que ir, no con guardaespaldas como Sinatra y Madonna (Se ríe), con dos o tres amigos. No puedo ir solo, es una cruz que tengo que pagar. Que si la firmita, que si tal que si cual. Con un amigo o me tengo que quedar en casa.

-Comentaba usted lo de un mal servicio. Me han informado que entiende de tenis, que tiene incluso notables nociones como jugador.

-Bueno me defiendo, je, je.

-Resulta curioso y hasta me confunde un poquito que usted, criado entre Villagarcía de Arousa y las Ramblas sepa jugar a tenis. ¿Dónde ha aprendido estas costumbres tan pijas y tan poco partidarias de su escuela revolucionaria?

-El espíritu revolucionario no está en contra del deporte. (Ríe). Está claro que el tenis ha sido un deporte de élite hasta que hace muy poco tiempo se ha popularizado. En la época de Santana, que era la mía, andaba todo el mundo con la raqueta debajo del brazo, pero nunca había sido socio de ningún club de tenis, que, al menos en Barcelona eran para gente de pasta.

De estudiante, no tenía dinero. Jugaba gratis en la ciudad universitaria o pagando una cuota mínima. Allí empezó mi afición, pero no lo hacía por ir vacilando por la plaza Calvo Sotelo, hoy Francesc Macià, con la raqueta debajo del brazo.

-Me han dicho que, de jovencito, para conquistar a una mujer se tiraba los rollos que hicieran falta.

-Yo para conquistar a una mujer he hecho de todo, incluso he utilizado al gran García Lorca en las piscinas de la Ciudad Universitaria. Me llevaba libros de Lorca para las chicas extranjeras que hacían cursos de verano.

-¿No se mojaban los libros en el agua?

-No, sonríe, estaba tumbado en el césped de la piscina. En aquella época todas estaban locas por Lorca. Era casi como utilizar el jamón serrano y el botijo como gancho para ligar.

-¿Como aguantaba el libro? [64]

-¿Qué?

-¿Que cómo aguantaba el libro?

-¿Cómo aguantaba el libro?, no le entiendo.

-Sí. El libro que cómo lo aguantaba, cómo lo cogía.

-Lo tenía allí en la toalla, no me bañaba con él, caballero.

-¿Y la chica qué? ¿Las manos no se le escapaban del libro?

-Hombre, tampoco la cosa iba tan rápido, era más lento todo.

-Primero, la palabra, el verbo.

-Había que empezar por el pico para llegar a...

-Usted siempre me entretiene con historias de mujeres, pero le decía lo del tenis porque de niño me sorprendía, viendo un partido, el silencio que se exigía al público y cómo se enfadaba el tenista cuando alguien hablaba, ¿se acuerda? El público no entendido decía «¡Que vol aquest paio! ¡Tant silenci i tanta merda!» (Qué pretende este tipo, tanto silencio y tanta mierda).

-Si pasaba una mosca volando y paraban el partido, la gente decía ¡Vaya par de gilipollas!

-No sé usted, como yo con el tiempo lo ha ido viendo más normal. Lo saco a colación, porque ustedes los actores, aunque lleven una vida normal, necesitan momentos de soledad, de tranquilidad, de concentración que les hace aparentemente raros, ¿no? Y quizás la gente no lo interpreta siempre bien. A lo mejor piensan estos tíos son maniáticos o gilipollas.

Le contaré una anécdota. Yo frecuento un bar en mi barrio donde voy a desayunar. Me gusta, hay mucha luz, compro la prensa me siento y tomo un café con leche. Pues bien ya hay dos o tres vecinos que me tienen localizado.

-Vamos mal

-Los saludas, se sientan conmigo. Me hablan que tal y que cual. Esto a una persona digamos normal, a una persona de la calle se sienta allí y no le pasa. Eso sucede porque soy artista más o menos famoso. Y es terrible porque no pueden llegar a pensar lo mucho que disfruto leyendo la prensa, empiezo, voy mirando todo, me tomo el café con leche, me relajo, veo alguna niña que entra. Toda esta historia, no sabe el rato de placer que significa para mí. Pues bien, toda esta gente que se me sienta en la mesa y me habla con todo el cariño y la buena intención del mundo ya me ha jodido. Termino escapándome de los bares, ahora voy [65] a otro y empieza a pasar lo mismo. Siempre hay alguno que dice «¿Tú no eres?»..., que también va todos los días, «el café está pagado» y para mí el desayuno, se lo puedo asegurar, es un momento sagrado. O desayuno con una persona muy cercana con la que previamente he quedado o con una amiga con la que puedo haber pasado la noche.

-Alguna de esas lagartonas que usted se trajina.

-Incluso ligado me he ido a desayunar solo. Por ejemplo, tener una novia, estar ella en casa y he bajado a comprar un croissant o algo para que desayune, porque yo nunca, de toda la vida, desayuno en casa. Aprovecho para leer la prensa y después subo otra vez. Es como una manía que arrastro de siempre.

-Se comenta que en alguna ocasión cuando tiene a la lagartona, a la chica arriba y usted ya se ha desahogado, como se decía en los años 50, simula una cita por la mañana para sacársela de encima y cuando la larga se vuelve a meter en la cama.

-Eso son historias que pasaban sobre todo cuando bebía, como los marinos, iba dragando el fondo del mar y arrastraba con lo que pillaba. Y muchas veces me he encontrado al despertar, al abrir los ojos a la vida, con personas que no me gustaban nada. Todo fruto de una noche de locura y de alcohol... Y al ver que aquella persona no tenía prisa he utilizado miles de ardides.

-Pero qué pasaba, ¿quería ser su novia tal vez?

-No, pero igual estar así tranquilamente y pasar la tarde.

-Un amigo mío, muy machista él, dice que algunas buscan desayuno y comida.

-Y la cena

-¿Ah sí? (Risas...).

-Y una semana.

-¿Y cuál era el truco que usaba para despedirlas?

-«¡Coño! ¡Qué hora es! Si tengo que ir a la radio». Siempre he buscado un programa de nombre, como el de Sardà o Luis del Olmo, cosas que suenen porque se lo creen más y tiene más empaque. «¡Hostia, tengo que grabar 'La Ventana' con el Sardà, me cago en la leche!». Y así ellas, al ver que son tíos famosos dicen: «Corre, corre, que esto es muy importante para tu carrera» y entonces me he largado.

Alguna vez me ha pasado una situación curiosa. Iba a las Ramblas, me compraba la prensa y me sentaba a leer el periódico [66] y me encontraba con el señor Sisa.

-¿El famoso cantautor galáctico?

-Sí. Un par de veces lo encontré en una situación parecida.

-¡Ah! Que también había trincado

-Sí, y había bajado a pasear por las Ramblas.

-Usted al señor Sardà le puede agradecer, no tanto sus programas, como las estupendas coartadas que le ha proporcionado.

-Por mi parte he ido a muchos de sus programas y siempre que me ha necesitado, ha contado con mi colaboración.

-El señor Sardà también le ha buscado, por el mismo motivo.

-No, hombre, no. Él me ha utilizado para su programa y yo me he tomado la libertad de utilizarlo para otras cosas.

-Con la crisis de identidad que tiene la gente, supongo que el señor Sardà estará muy satisfecho de que su programa sirva para que usted se libre de una pelma por la mañana. Verá que ha hecho algo importante.

-Se sentirá realizado.

-Por lo que está contando, ustedes los artistas viven en un constante agobio por parte del público, quizás los únicos que pueden llevar una vida normal son los que son unos ogros, que muerden al personal y no hacen caso a nadie. Si fuera un mastín o un bulldog, mordiendo a la gente por la calle, tal vez le dejarían tranquilo.

-No, hombre. Esto es una cosa que hay que asumirla y sé de artistas que lo llevan muy bien. Son educados con todo el mundo, por ejemplo Joan Manuel Serrat, aunque supongo que se buscará sus momentos de tranquilidad. Hay artistas que son más enrollados, pero yo tengo el problema este de la timidez, no sé qué decir, me violento y si me cogen cruzado tengo bastante mal genio.

-¿No ha probado de matar a ninguno?

-No, hombre, por favor, pero sí he estado a punto de darme de hostias. Una vez en un local nocturno uno me vino con el rollo de «¡Pepe!» y me puso el brazo encima achuchándome y otro me llamó para que le contara una gracia a su novia.

-Les resulta tan simpático, que quieren estar con usted. [67]

-Sí, pero coño hay una cosa que también está clara, no dejan de ser unos desconocidos... Hombre yo soy una persona que tengo problemas de relación con la gente. Quizás viene acusado por la timidez, pero no soy una persona muy abierta.

-Casi con cincuenta años, ¿usted cree que puede tirarse el rollo éste de la timidez?

-Esto no se cura, es una conformación casi física. El tímido no se cura nunca.

-No parece usted tímido

-He hecho algunos esfuerzos para superarlo.

-Algunos estudiosos de su vida y obra piensan que la timidez es una argucia que usted utiliza.

-También hay mucha gente que dice que soy maricón.

-¿Y qué hay de esto?

-De momento, nada.

-No ha encontrado aún al hombre de su vida.

-Todavía no, pero no digo de este agua no beberé.

-Pues a mí me habían dicho que tenía relaciones con Danuá Barbany, conocido director teatral.

-Sí, y con el actor Pep Molina y con Joan Lluís Bozzo y con el Flavià.

-Algo me han comentado.

-Sí, muy maricones todos ellos

-Desde luego es usted un aventurero, su vida es una gincana, no me extraña que tenga sobresaltos... Va a desayunar y ya tiene problemas, se tiene que librar de la bella durmiente, simular programas de radio, porque usted ¿qué hace en todo el día? Porque le recuerdo, señor Rubianes que el día tiene veinticuatro horas...

-Hacer, hacer, tendría que hacer muchas cosas, pero...

-No le pregunto, aprovechando su condición de filósofo, acerca de lo que debería hacer, el desiderátum, el imperativo ético, sino que remítase por favor a lo empírico. ¿Qué hace durante las veinticuatro horas del día?

-Depende mucho de la época. Por ejemplo un día como hoy le explicaré lo que he hecho. He actuado dos veces este fin de semana, me he levantado, he ido a desayunar, hoy he desayunado solo...

-Se ha levantado, pero, disculpe, ¿a qué hora se ha levantado? [68]

-A las nueve o nueve y media, pronto, si tiene en cuenta que llevo vida nocturna, me acuesto tarde. Y ya que he visto cierta inquina en su pregunta, le diré que antes de meterme en el teatro he trabajado muchos años y me he tenido que levantar a las siete, tirando de metro y de toda la historia. Pero siempre he pensado que este sistema no era para mí. Tenía que buscar una profesión que me permitiese llevar otro horario y yo no quería, no me salía de los cojones vitalmente hablando, tener que hacer este tipo de vida. Igual hay gente que le encanta ir a trabajar a las siete de la madrugada y otros se cagan en todo, pero si nos dan a escoger supongo que el 90% de la humanidad preferiría no tener que ir a trabajar, ni por la tarde.

Entonces me he encontrado con una profesión que me permite organizarme el día a mi manera, salvo cuando hay algún trabajo en televisión con un horario concreto, pero siempre es algo temporal...

A lo que iba, después del desayuno he ido a ver a mi familia, pues mi padre estaba algo enfermo, luego he comprado unas pinturas y he pintado unos muebles de mi casa. Por la tarde, he leído un rato el guión de una película y me he echado una siesta. Al despertar, he hecho mi tabla de gimnasia, y ahora, la entrevista. Cuando acabemos, me iré a cenar.

-Hoy tiene usted la desgracia de que su padre está un poco enfermo, pero normalmente goza de una salud espléndida.

-Si, es cierto. Goza de bastante buena salud. También voy mucho a pasear, me encanta pasear por Barcelona, la considero la ciudad más hermosa del mundo y ya que tengo la suerte de vivir en ella, paseo por sus calles. Es una gozada. También escribo cosas mías o hago guiones. Tendría que ser más disciplinado en cuanto al trabajo, pero estoy pasando una época en que, no lo niego, no tengo ganas de hacer absolutamente nada. [69]

Volver Siguiente

Ramallets y don Benigno

-¿Usted se aburre?

-Sí, hay momentos que sí, como todo el mundo, supongo.

-No me salga con lo de «como todo el mundo».

-Hay momentos que me aburro, que me viene el mundo encima, me aburro como una mona. Quizás no sé administrar bien el tiempo libre de que dispongo.

-¿Su tiempo libre?

-Cuando no escribo, hace mucho tiempo que no escribo, estoy insatisfecho y me aburro.

-Claro, usted vive solo.

-Sí.

-Tal vez si tuviera una familia, unos hijos, estaría más ocupado.

-No, no. Déjeme de rollos, déjeme. No he nacido para eso. No me gustan ni la familia, ni los hijos... Con eso no quiero decir que no me gusten los niños, pero no es para mí. Me gustan los niños de los demás y no todos, algunos.

-Cuando habla de que le gustan los niños me habla usted en clave de Arny, en plan paidófilo...

-No le hablo en clave de Arny, le hablo en clave de vida normal. Los niños pequeños no me gustan. Cuidado, me gustan algunos que son muy simpáticos pero no estoy especialmente entusiasmado con ellos. Me parece, además, que ahora está saliendo una generación muy mimada y consentida.

He viajado por todo el mundo y he visto niños tercermundistas, que me recordaban un poco a los de España, cuando yo era niño. Eran más vivos, más espabilados tal vez por la carencia de cosas. No hay que prescindir de la sociedad de bienestar, [70] pero me dan miedo los niños estos que están saliendo. ¿Se imagina lo que puede ser dentro de unos años un mundo llevado por una generación de mimados y consentidos, de niños mandones, tontos e imbéciles?

-Los de su generación y los de la mía son los que los han subido así.

-Nosotros éramos más pillos, no teníamos esa mala leche, porque de entrada con tus padres no existía ese lenguaje, este consentimiento...

-Señor Rubianes, cómo me sale con lo del lenguaje, con las palabrotas que usted utiliza en público y en privado...

-Creo que los niños son cabrones, muy cabrones. Yo he visto el comportamiento de hijos de mis amigos, a otros los veo por la calle y son insoportables, bobísimos, pataleteros.

-¿Cómo era usted de pequeñito?

-Yo era revoltoso, pero a mí me marcaban de cerca. Mi padre me dejaba hacer, pero algún guantazo me caía, que una hostia a un niño tampoco le va mal. Somos animales racionales, el padre o los padres tienen que marcar un poco de autoridad, porque si no se te suben a la parra. Si se te sube un amigo ¿qué no hará tu hijo que te tiene más confianza?

-Cómo ha pontificado, cómo ha sintetizado el problema familiar (Nos reímos). Usted ¿qué recuerda de su infancia?

-Ahora la recuerdo con cierta nostalgia. Unas cosas con cierto cariño y otras con cierto horror, pero me vienen muchos recuerdos.

-¿Qué paisaje le viene de su infancia?

-Pues el pasaje de La Paz, la zona de la Barcelona de las Ramblas es el paisaje al que le tengo más cariño.

-No quisiera llamarle mayor, pero ¿cómo eran las Ramblas en los años 50?

-Eran otra cosa, claro. En aquella época no había televisión y recuerdo ciertas calles al lado del pasaje de La Paz donde la gente ponía en verano las mesas en la calle y se sentaban a la fresca. La calle San Francisco, Bofarull, dueño del restaurante Los Caracoles, que llegaba en coche de caballos. Había un juego: mi madre me daba un pedazo de pan y me decía: «Vete allí al restaurante Los Caracoles» y veías cómo asaban los pollos, cuando el pollo sólo se comía por Navidad. Cogías el pan y a la [71] que el cocinero se despistaba, mojabas el pan en el aceite y salía el camarero detrás tuyo: «¡Verás como te agarre!»

-Cuando hacía frío, en invierno, había visto algún mangui quitarse el frío al calor del fuego de los pollos... Por allí también había un tablao flamenco.

-Sí, en la calle San Francisco había dos o tres.

-En la calle Escudillers actuaba «Bola de Nieve», famoso bolerista cubano.

-Sí, el flamenco estaba muy dirigido al turismo. Recuerdo haber visto a Robert Taylor en Los Caracoles.

-¡Hombre!

-A Mario Cabré y a Dalí. Yo jugaba por allí. Siempre estaba por la zona hasta las ocho y media o las nueve en que la gente venía a cenar a la pensión... Veía a Chamaco, famoso torero de la época, que tiene un hijo también torero...

-Los marinos americanos.

-Sí, claro. La sexta flota. Te daban dinero. Les decías: «money, money» y te daban duros o lo que llevaban suelto.

-Usted vivía en el pasaje de La Paz, donde aún viven sus padres.

-Sí.

-Y allí tenía usted una pensión.

-Bueno, yo no, mis padres.

-Aquella pensión también era un mundo.

-Claro que era un mundo. Además, cuando mi padre abrió la pensión tuvo la suerte que coincidió con la llegada del turismo a España, lo que permitió que viviéramos bien. Mis padres trabajaban muchísimas horas, pero gracias a eso pudimos estudiar mi hermana y yo.

-¿Y usted no colaboraba en las tareas de la pensión?

-Sí. Carmen, mi hermana mayor que yo, ayudaba en la contabilidad y yo era experto en cortar el pan de las comidas. Mi madre en la cocina y mi padre en las mesas. Me escaqueaba como podía. A veces me mandaban a por aceite y mi padre se desesperaba al ver lo que tardaba: «¿A dónde fuiste?», preguntaba cuando regresaba.

-Su padre era marino.

-Sí, pero no le gustaba navegar, no le gustaba estar separado de la familia y de ahí lo de la pensión. Yo no he conocido [72] la vida de familia clásica encerrada. En mi casa han vivido siempre como cuarenta personas de todo el mundo, lo que también te daba otra dimensión. Ha habido cosas que me han marcado, por ejemplo, el hecho de que mi familia no fuera aficionada al fútbol, ni a los toros. A mí no me gusta el fútbol, bueno no me gusta, me es indiferente. Me encanta Cruyff, me encantan una serie de futbolistas que son mitos.

-¿Su máximo mito, quién era?

-Hombre, Ramallets y Kubala, por supuesto.

-Usted jugaba de portero en la calle.

-Sí. Un día me encontré en un programa de televisión con Zubizarreta, el gran portero vasco. Tuve la suerte de conocerle, porque es un tío que me cae de puta madre y estuvimos toda la tarde hablando. Le conté que yo jugaba de portero y me dijo que le gustaría escribir un libro para hablar de toda la gente famosa que ha querido ser portero.

-¿Hay muchos?

-El tío dijo que la tira. Gente que no tiene nada que ver con el mundo del espectáculo y del deporte, y que en el colegio jugaban de portero.

-Tal vez para ser portero se requiere una personalidad diferente...

-A mí el que me entusiasmaba era Ramallets. De pequeño, yo vivía obsesionado con Río de Janeiro, porque yo había oído hablar de Río a mi padre, mis tíos, mi abuelo. Había visto alguna foto de Río y me tenía loco. Y Ramallets fue a jugar el Campeonato del Mundo a Río en el año 50 y le llamaban el Gato de Río.

-Y el guapo goleiro.

-Fue la estrella del mundial. Yo lo tenía mitificado. En el año 60 mi tío Lelo me llevó al fútbol, mi sobrina aún conserva la entrada, y tuve la suerte de ver al Barça contra el Santos de Brasil con Pelé, Pepe, Zagalo y el Barça con Ramallets y Kubala y vi unos paradones de Ramallets acojonantes e incluso yo explicaba a mis compañeros de colegio que era familia de Ramallets, que yo me llamaba José Rubianes Ramallets. Cambié el Alegret por Ramallets, que suena parecido.

-Y usted, según cuenta la leyenda, jugaba de portero hasta con el traje de Primera Comunión. [73]

-Bueno ya se sabe que en aquella época el traje de comunión se reconvertía. Me hicieron un traje, creo que era gris, con pantalón largo. Después, una vez hecha la comunión, fuera galones, fuera oropeles y me quedé con un traje que utilizaba los domingos para ir de paseo con mis padres. Un domingo estaba en la plaza Medinaceli con unos amiguetes y partido que te crió y yo con el traje flamante hice una palomita al estilo Ramallets. Caí de lado y me jodí todo el pantalón, se quedó rasgado. Toda la cacha al aire y el pantalón hecho jirones. Me fui para casa y entré de lado ocultando el estropicio y mi padre: «Venga, prepárate, que vamos a cenar, ¿qué llevas ahí, qué pasa?».

El resto ya se lo puede imaginar. Me pusieron a caldo. «Con lo que le cuesta el traje a tus padres». Y mi madre decía: «En la cabeza no, Pepe, que puede quedar tonto». «¿Más aún?», contestaba mi padre.

-¿Éste es el mismo traje con el que paseaba usted por las Ramblas estirado?

-No sé si era el de la comunión o uno de los primeros trajes que me hicieron, aquellos de «Quítate. Ponte bien». Te hacían ir casi como a un maniquí. «Ponte recto que llevas la arruga montada en el zapato por la parte de atrás». «Estírate bien, quítate la chepa», iba como un torero por las Ramblas. Mi madre me veía un hilo y me lo sacaba. «Ven aquí. Hala, vete». Me tenían harto con el traje y eso que tardé bastante en tener un traje de pantalón largo, porque me alargaron el tema de los pantalones cortos que ya me daba una vergüenza de cojones andar con ellos.

-Esto de los pantalones cortos era un fallo tremendo.

-Había un chica de mi calle que me gustaba, pero iba cortado con lo del pantalón corto y cuando me puse el pantalón largo estuve horas delante de su balcón para que me viera.

-Y ¿tuvo éxito?

-Pues no, nada. Que muy bien. Ni caso.

-¿Hacía colecciones de cromos?

-Sí. De futbolistas y de chocolates Batanga, aquellos de los negritos.

-Batanga. Vaya hombre, lo ha recuperado usted de mi memoria. Y debería ir bien de dinero para comprar cromos.

-Sí, le mangaba a mi padre el dinero. [74]

-¿Qué dice?

-Por las mañanas cuando iba al colegio. Mi padre tenía la costumbre de dejar el dinero encima de la mesita de noche y yo al darle el beso de despedida le tapaba la mesita con el cuerpo. Con una mano le abrazaba y con la otra le mangaba alguna peseta o algún duro para cromos.

-Nueva versión del beso de Judas.

-Sí. Hasta que me enganchó. Coño si me enganchó. Él notaba que le faltaba algo y me montó una trampa. Un día me siguió y vio cómo entraba a comprar los cromos. Yo escondía el álbum con los cromos fuera de casa en un escondite muy pequeñito que había en el pasaje de La Paz, para que mi madre cuando limpiara no los viera. Lo tenía tapado con una especie de piedra en un escondrijo perfecto... Mi padre me siguió, vio el agujero, metió la mano, sacó el álbum y cuando volví del colegio, me encontré el álbum encima de la cama. Me dio el álbum y me dio de todo. Me cayó toda la caballería encima.

-Su padre le daba bien...

-«Ladrón. Te voy a cortar la mano», me decía.

-Así que su padre lo ponía guapo (Risas...). Pero es que usted andaba siempre metido en follones.

-Sí. Era un follón continuo.

-Cuentan que era un poco inconsciente, ingenuo, inoportuno con las visitas...

-Había un matrimonio, ya no me acuerdo del nombre, que venía mucho a casa de visita y mi padre decía: «Coño, los pesados estos todos los domingos aquí a dar la lata». A mi madre le gustaba la gente, pero a mi padre no le apetecía el rollo de aguantar a nadie por compromiso. A él le gustaba estar sólo.

-Ha salido a su padre.

-En ciertos aspectos sí. Los domingos por la tarde estábamos en la pensión tan tranquilos y aparecían los pesados con el pastel. «Hola Lolita, hola Pepe». «Para que os habéis molestado con el pastel», decía mi madre. «Sentaros, hala. ¿Un cuenquillo de café?» Así todos los domingos, hasta que un día estaba yo por allí en medio mirando y dije: «Pues sabe lo que dice mi padre, que son ustedes unos pesados y que está harto de verles cada domingo». Mi padre rápidamente terció un «no hagas caso. Son cosas de críos. Pepiño que es un travieso». Se creó un ambiente tenso [75] que se cortaba con cuchillo. «Bueno, nosotros nos vamos a ir». Y mi padre: «Por favor, ¿a dónde vais?, que son cosas de niños». Y yo, insistiendo: «Pero papá, si antes de que llegaran has dicho que eran unos pesados». Y mi padre: «¡Que te calles la boca!».

Se fueron, no volvieron más y me quedé muy satisfecho, por el favor que había dispensado a mis padres. Yo pensaba erróneamente: «Ves, si se dicen las cosas sin rodeos, funciona mejor». Pero al cerrar la puerta, mi padre me demostró con hechos palpables y golpes contundentes que él opinaba de manera distinta.

-A usted le gustaba decir las cosas a la cara.

-Era pura inconsciencia.

-Menos mal que, un amigo de la escuela le echó un cable para reivindicar sus derechos y frenar los atropellos a los que le sometía su padre.

-Sí, había un compañero de la escuela primaria del barrio, de la Plaza Real, porque antes de ir al colegio de pijos, de lo que me acusa usted, estudié hasta los catorce años en un colegio más modesto. Pues bien, yo le contaba a un compañero de clase las tortas que recibía de mi padre y me dijo un día: «¿Tú quieres acabar con esto de los guantazos de tu padre? A mí, mi padre me pegaba hasta que me he plantado delante de él y le he dicho: ¿A qué no me tocas hijo de la gran puta? Atrévete a tocarme otra vez, hijo de la gran puta». Y yo dije, pues manos a la obra. La ocasión no tardó mucho en presentarse y en un momento de esos en que se intuía el guantazo, me planté delante de mi padre y le solté: «¿A qué no me tocas, hijo de...», y ya no me atreví a continuar. Me quedé clavado en el «hijo de», pues ya vi cómo mi padre cambiaba la expresión y el color de la cara. «¿Qué dijiste?» Y antes de que pudiera repetírselo, me arreó una que no veas. De nuevo «¿Qué has dicho?» y otra vez a caldo. Bueno al día siguiente fui a clase y parecía El Lute

en la foto aquella, cuando lo agarró la Guardia Civil tras largos meses de persecución y le pregunté a mi compañero, «¿Pero, qué clase de padre tienes tú, que se acoquina tan rápido?». El mío era como una locomotora que se me vino encima. Todo un tren, el Shanghai de Galicia, como le llamaban entonces.

-También cuentan, esas leyendas gallegas donde se confunde la realidad con la ficción, nunca se sabe, que usted fue un [76] prematuro asesino de un familiar suyo. Ahora que, evidentemente, el delito ya ha prescrito y por lo tanto ya no irá a la cárcel, ¿nos puede aclarar el entuerto?

-Bueno, yo tiré a mi abuela al mar, en las Golondrinas del puerto. También por mi afán de redentor de causas perdidas. Mi padre, que estaba harto de mi abuela que era su suegra, siempre se quejaba, cuando se cabreaba con ella: «¡Ay, esta vieja que nunca muere!». Tanto lo repetía que yo, por hacerle la pelotilla a mi padre, un día que mi abuela me sacó de paseo por el puerto cerca de Colón, cuando íbamos a la orilla del mar, la empujé y se cayó al agua. Un señor que pasaba por allí se tiró al mar y la salvó. Recuerdo a mi abuela con sus setenta y pico de años saliendo del agua con un poco de alga en el pelo. La llevaron a casa el señor que la salvó y un guardia urbano. De todas maneras no acababa de ver claro si mi acción liberadora sería bien interpretada por mi padre. Estaba un poco cagado, después de aquel baño forzoso.

Abrió la puerta mi padre y se encontró con la abuela mojada, el señor también y yo completamente seco. «¿Pero qué ha pasado Pepiño?» me preguntó mi padre. Yo callado y mi abuela decía: «Fue Pepiño, pero no le pegues, pobrecito», decía aquella santa mujer. Pero ni Pepiño, ni pollas. Otra vez la caballería encima.

Me acuerdo de aquel señor, al que mi padre le había dejado un traje que le venía enormemente grande, pues mi padre era así fortote y le quedaba como acharlotado... Mi abuela encadenó un proceso de enfermedades y se murió. Siempre pensé que yo había sido el causante de aquella muerte...

-¿No se le ha ocurrido nunca ir a pie a Montserrat para intentar reparar el daño cometido?

-No, porque mire usted, mi familia no ha sido nunca de misa, una familia así muy católica. Mi madre iba a misa, pero a mi padre no lo recuerdo nunca en misa. Alguna vez, cuando la comunión, dos o tres veces y tal. Mi familia no ha sido así muy creyente.

-¿Su madre no era presidenta de las hijas de María?

-Sí, pero eso era en Villagarcía, luego lo fue dejando. Allí estaban todo el día con el cura.

-Cura famoso.

-Sí. Don Benigno. Todo un personaje, sí. [77]

-Creo que tiene una estatua en su pueblo.

-Sí. Estuvo de cura en Villagarcía la tira de años. Su tío que también se llamaba Benigno y también era cura le había precedido en el cargo.

-Creía que iba a decir que el padre de don Benigno también era cura.

-No, hombre, no. El cargo se pasó familiarmente, pero al final no sé qué coño debió pasar, que cuando era viejo quitaron a don Benigno de Villagarcía y lo mandaron a La Coruña. Cogió un disgusto muy gordo y murió.

-Su padre sospecha que era su competidor.

-Sí. Había las coñas esas. Mi padre dice que mi madre tenía lío con don Benigno, porque el día de su boda, que por supuesto la celebró don Benigno, se giró un momento discretamente, entonces la misa se celebraba de espaldas a los fieles, y le guiñó el ojo a mi madre. Esto, mi padre lo cuenta siempre y ella se descojona.

-Ella lo desmiente

-Sí. Dice: «Si era un santo. Jamás tocó a ninguna de nosotras. Con lo bien que nos trataba a todas...» Bueno, según mi padre, don Benigno se cepillaba a todas las de Villagarcía y a todas las de Villajuan.

-Y, ¿usted qué cree?

-No sé. Alguna habrá caído. (Se ríe).

-Entre confesión y rosario.

-¿Toda su familia es de Villagarcía?

-Sí, todos. Menos mi bisabuelo o mi tatarabuelo, que era de Barcelona, y que se fue a montar una conservera a Villagarcía. Por eso me llamo Alegret de segundo apellido.

-Por el carácter tan alegre que tiene.

-Exactamente.

-¿Cómo se le ocurrió a su padre venir a Barcelona?

-Mi padre era marino mercante y se quería ir a vivir a la Argentina. A mi madre le salió la vena patriótica y le dijo: «Llévame adonde quieras de España, pero, al extranjero, jamás». Los únicos puertos en los que atracaban los barcos en España eran Cádiz y Barcelona. A él no le gustaba navegar. Lo hacía más que nada, porque al acabar la guerra civil tenía unos veinte años, era la única salida que había en la ría de Arousa, embarcarte para [78] ganar algún dinero. Se embarcó y anduvo navegando hasta el año 1952. Entonces con otro compañero del barco hablaron de montar un pequeño negocio en Barcelona.

Mi padre en el barco trabajaba de marinero de cubierta y se fijaba en cómo ponían los camareros las mesas, los cubiertos y toda la historia. Así que con el dinero que ahorraron, más otro que les prestaron alquilaron un piso y montaron la pensión.

La primera idea fue trabajar con los marinos gallegos cuando paraban aquí. Hoy esto se ha acabado, pero entonces había bastante movida. Así empezó y nos trajo a todos a Barcelona. Yo tenía unos cinco años.

-Ustedes vivían en la zona rural y marinera de la ría de Arousa en una casa con abuela, con gallinas, huerto...

-Sí, como en Catalunya lo equivalente a una masía, eso era la casa de mi abuela.

-Y su familia sigue allí.

-Sí, salvo algún primo o primo segundo que vive por aquí, los demás siguen en Villagarcía.

-O sea que usted, sin querer ofenderle, es para los familiares del pueblo, el señorito, el que fue para Barcelona. En una familia de rudos y luchadores marineros, apareció un filósofo.

-Sí, claro. Yo he sido en mi familia de los primeros que estudió, que tuvo acceso a la Universidad. Mi familia ha sido de marinos en un 80%. Después ya han venido otras generaciones y todos han estudiado... pero yo fui, digamos el primero de mi familia.

-A usted le hubiera tocado ser marino tirando de amarre o heredero de la pensión de su padre.

-Ni marino, ni continuador de la pensión tampoco. Él quería que hiciera una carrera universitaria. Abogado, médico, un chico famoso. El plan era cojonudo: ser abogado para casarme con una rica, la hija de una familia de esas poderosas y montarme en el dolar. Pero, los ricos, se lo digo a mis padres, cuando recordamos el tema, no sueltan un duro. Por eso son ricos.

-En la pensión Rubiprat, de Rubianes y Prat, su padre organizaba unas fiestas en plan café-teatro.

-Sí, se hacían muchas fiestas y él cantaba. Muchas veces invitaba a los clientes y aquel día no se pagaba. Mi padre había conocido a muchos artistas que trabajaban en el barco. A veces [79] venía, por ejemplo la compañía de Gracia de Triana y se hospedaban los bailarines que se habían enterado que había abierto una pensión. O él se movía para potenciar el negocio. Era su marketing. Iba a verlos a los teatros: «Hombre, coño Rubianes». Claro, nunca eran las grandes estrellas con las que tenía trato. En el barco se hacían muchas fiestas. Actuaba Rafael Farina, que entonces ya era famoso, Carmen Morell y Pepe Blanco... Las grandes estrellas hacían las fiestas con el capitán y después los guitarristas, los bailaores flamencos bajaban donde estaba la tripulación y montaban unos saraos flamencos impresionantes. Yo recuerdo ver pasar por mi casa compañías enteras de artistas. Había fiestas que duraban tres días. Empezaban el sábado y no acababan hasta el lunes. Si se celebraba un cumpleaños, allí se cantaba, se bebía... Mi madre hacía comida a la gallega: para tres días. Y también cuando venían sus compañeros del barco o familia, mis tíos por parte de mi madre. Siempre que venía alguien allegado era motivo de fiesta, eso sí lo recuerdo...

-Y su padre hacía actuaciones.

-Sí. Se vestía de Lola Flores o de Carlos Gardel y me sacaba a mí de bandoneista, en una especie de escenario en el comedor de la pensión.

-Allí empezó usted su carrera de actor y a hacer los sonidos guturales que le han hecho famoso.

-Sí. Me ponía a su lado, mi madre tiene fotos de esa época y estamos allí en la pachanga.

-Y su tío Lelo, ¿qué?

-Bueno, éste era el no va más. Cuando paraba en Barcelona, me llevaba al Paralelo. Le conocían todas las putas del barrio chino.

Una vez en Villagarcía le dijo a su mujer: «Carmen, me voy un rato a despedir a este amigo». Se trataba de un compañero marino. Mi tía no supo nada más de él hasta que le llamó al cabo de tres días y le dijo que hablando, hablando, lo había acompañado hasta Cádiz. [80] [81]

Aranguren, Tierno y Cugat

-Señor Rubianes, hoy creo que es el cumpleaños de un familiar suyo muy allegado.

-Sí. De Aitana, mi única sobrina. Hoy cumple diecinueve años, diecinueve hermosos años.

-¿Y cómo se ha quedado usted?

-Me he quedado atónito, porque yo siempre pienso que es una niña y resulta que ya tiene novio. Es muy guapa. En eso ha salido a su tío.

-Si piensa que tiene siete años, es porque usted cree tener treinta y uno.

-No, lo que pasa es que mi contacto con ella ha sido muy esporádico. No he estado encima de ella, digamos. Tengo muchas fotos de cuando era una niña con mi hermana Carmen, con mi primera mujer, Lucila. Por cierto, señor Flavià, ¿le suena de algo este nombre?

-Sí, hombre, muy bonito. De la canción de Elvis Presley, *Oh Lucille!*

-Como le decía, tengo la imagen de niña y siempre que la veo, me quedo un poco sorprendido. Es toda una mujer de rompe y rasga.

-Tampoco es usted un niño.

-No, tengo cuarenta y ocho y en septiembre cumplo cuarenta y nueve años.

-Estamos más cerca del final del trayecto que del principio.

-Sí, como Indurain, después de subir el pico del Tourmalet, cuando empieza la bajada en picado, a tumba abierta,

-A tumba abierta, nunca mejor dicho, don José. La diferencia estriba en que Indurain cuando desciende es en pos del triunfo. [82]

-Hombre, morir también puede ser un triunfo. La culminación de un todo: morir de viejo. Por lo menos has resistido como el ñu, cuando logra cruzar la sabana, cosa que entraña mucho riesgo y hace que los ñus que llegan a viejos sean super considerados por los de su especie. Hay una especie de distinción, simplemente por llegar a viejo.

-¡Rubianes, parece un documental de animales de la segunda cadena...! ¿Morir de viejo es lo mismo que morir de asco?

-Depende, los hay que mueren de asco y otros bailando como Xavier Cugat.

-Y otros bailando con sus ideas, como su estimado...

-El doctor Aranguren, una vejez auténtica y total. Lo que tiene que ser tremendo son esas vejeces aburridas, de estorbo. La sociedad en que vivimos tiende a eso, la vejez es símbolo de molestia, de mueble.

-O sea, que usted quisiera ser un viejo verde entre Cugat y Aranguren.

-Un viejo verde, sí. Un poco de baile, un poco de mambo y un poco de libro. Me consta que el señor Cugat también leía.

-Vaya usted a saber si el profesor Aranguren tendría su rinconcito bacilón, porque se comenta del otro gran profesor, don Enrique Tierno Galván, que tanto le impresionó cuando siendo alcalde de Madrid recibió al Papa, Juan Pablo II, hablándole en latín.

-A mí me impresionan todos ellos, Tierno Galván, Aranguren, toda esa gente que fueron los grandes catedráticos de la universidad española en la época de Franco, todos ellos de una excepcional categoría intelectual y de una gran valentía, pues se enfrentaron al sistema y fueron expulsados de la Universidad. Son hombres, lo que se llama campeones, super bien preparados, cultísimos y sabios, viejos sabios.

-Me contó mi amiga Rosana Torres, periodista de *El País* que Tierno era además de viejo profesor, un viejo verde que tiraba los tejos que era un primor.

-Hombre, todos ellos.

-Pero Aranguren era más bien católico.

-Sí, pero...

-Quiere decir que tal vez pecaba.

-No sé, no he tenido el placer de conocerle, pero [83] Aranguren tenía fama de ser muy mujeriego, de gustarle mucho las mujeres. No es nada malo. El libro no está reñido con la curva.

-El libro y la curva pueden unificarse. En su juventud se utilizaba mucho el libro para la curva, ¿no?

-En la mía o en la de Tierno Galván (Risas...).

-No, no, en la suya, señor Rubianes.

-Cuando estaba en la Universidad en el cacareado mayo del 68, había mucho contacto oral en el ligue, mucho cambio de impresiones. Por lo menos se leía algo, a alguien le habrá aprovechado la historia.

-En una de sus obras, *SCUMMM*, recuerdo cómo explica la historia de uno que aprovecha sus recuerdos de la «lucha política» para ligarse a una niña...

-Pero ése es un cabrón, hombre. Hay mucho fantasma con el mayo del 68. Al ser un movimiento juvenil dio cabida a todo dios y aparecen los que lo hunden, los que lo fastidian... Ayer me pasó un incidente, para que vea.

-¿Ayer?, si yo lo dejé tan tranquilo...

-No llegó a incidente, pero casi. Estaba yo en el bar Raval...

-Como siempre.

-Y estaba nuestro común amigo Miguel Horta con un pijo de estos de Barcelona, que se empezó a pasar conmigo, haciéndose el gracioso y yo, por respeto al señor Horta, no le di un puñetazo.

-¿Pero iban los dos juntos?

-Sí. Estaba su prima Ana, Horta y este tío. Y hablaban de mis libretas porque Horta explica todo lo mío.

-Como iban juntos a la Academia de la Plaza Real.

-Empezaba: «Explica lo que te pasó con tu padre el día que le plantaste cara y le dijiste que era un hijo de la gran puta...» Y el otro vacilando, hostia, me puso malo.

-¿Era de la edad del luchador, qué luchador, gladiador antifranquista, Miguel Horta?

-Quizás un poco más joven. Tirando a la mía.

-¿Sabe que a causa de su militancia política tuvo Horta que exiliarse a Londres?

-Sí, fue un héroe de la lucha antifranquista. Héroe ponderado [84] por el «Campesino».

-Hoy empresario de una editorial intelectual...

-Toda esta gente, estos fantasmas y todo este rollo son los que joden y destruyen todo lo que tocan. En el 68 pringó el obrero, el trabajador, el de siempre... Los otros, los señoritos, los cabezas de movimiento, a vivir del cuento. Míralos ahora lo que hacen: contar batallitas de su época universitaria. También hay gente cojonuda y muy valiosa. Te puedo nombrar algunos que, son profesores y trabajan, pero la mayoría son bastante fantasmas y el número de *SCUMMM* refleja al fantasma.

-Total, ahora que son mayores ya no luchan por nada.

-Sí, juegan a estar de vuelta de todo. Para mí una de las cosas más bonitas de tipos como Aranguren y Tierno es que a pesar de todo lo que saben y de todo lo que han vivido, no están de vuelta de nada y son los primeros en manifestarlo. La humildad, seguramente lo podrá glosar usted con alguna frase, es la madre de estos grandes hombres.

-Bueno, usted siempre cita aquella frase archisabida de «Sólo sé...»

-«...que nada sé», de nuestro amigo Sócrates.

-Esta cita, junto a la de Ortega y Gasset de «yo soy yo y mi circunstancia», es número uno en el *hit parade* de frases de filósofos. Son como «El manisero»... Entonces toda esta gente del 68 se está haciendo mayor. ¿También los ve usted mayores?

-Físicamente, sí.

-Y usted ¿se nota mayor?

-Hombre, claro. Me miro en el espejo y no tengo la imagen muy clara. Me veo una mezcla de joven y mayor. Me doy cuenta, cuando la gente joven me habla de usted, como hablaba yo de niño a los amigos de mis padres.

«Me río mucho con usted, señor Rubianes. Me gusta mucho lo que hace», le dicen... Yo a los que veo muy mayores son a mis amigos casados, cuando los veo con la familia y los hijos. ¿Le pasa a usted lo mismo?

-Ah, sí. Veo sus problemas familiares y como estos temas no me han interesado mucho, me parecen de otro planeta.

-Desde luego, con los problemas que tuvo con su padre, herniado con las palizas que le daba, no tiene por qué interesarse en la problemática familiar. Ya cobró lo suyo. [85]

-Cubrí el cupo. Pero a estos tíos los veo en otra onda... Supongo que el ser padre es otra historia y otra vida condicionada un poco por los hijos. Claro, yo soy una persona más libre, en ese sentido no tengo ataduras, no me preocupa ni mi hijo, ni mi hija.

-¿Cómo se ve cuando sea viejo?

-No lo sé, primero no sé si llegaré.

-¿Por qué? ¿Tiene algún achaque?

-No, pero suponiendo que lleguemos, me gustaría estar con mis amigos y pasármelo lo mejor posible. Salvo que me recoja alguna amiga, mi hermana o mi sobrina o tal, no sé..., pero tampoco pienso en ello, ni me preocupa. Ya improvisaremos sobre la marcha.

-Cada día tiene su pena, dice el Evangelio. También cree usted en la Providencia «mirad los lirios del campo como crecen sin que nadie los cuide...»

-Sí. No me hago planteamientos de futuro.

-¿Pero se ve, por ejemplo en un escenario con sesenta y pico de años con aquello de «Estaba Jesucristo...» de su famoso número de la Pasión?

-Con sesenta y pico, pues claro que sí. Yo hablo de vicio, de ochenta para arriba. Es cuando empiezan los problemas físicos.

-Siempre puede interpretar el papel de actor que pierde la memoria.

-Me condiciona el físico. Ahora tengo un desgaste de energía en el escenario que supongo que con sesenta años no podría mantener, pero con pillería y eso, seguramente te va saliendo. Yo vi al gran Darío Fo con sesenta y pico de años en el Teatre Grec y estaba fantástico.

Una vez presencié un partido de tenis entre Andrés Gimeno y Roy Emerson, dos históricos del tenis, tenían más de cincuenta años y era una maravilla verles jugar. No corrían como Sergi Bruguera, pero le daban a la pelota con gran maestría. Vas dosificando las energías.

-Notamos, señor Rubianes, que no mentía al decir que sabía jugar a tenis, porque le vemos bien informado de antiguos campeones.

-Es que aquel partido me impresionó. Vi a Gimeno jugar [86] un partido precioso, jugaban para disfrutar, no para ganar. Era un disfrute presenciar a dos de los grandes maestros del tenis, pelotas al fondo de la pista, dejadas a la red. Hicieron jugadas realmente sensacionales. Con el teatro se puede hacer esto. No haré el salto mortal, pero podré decir cosas, sin moverme tanto. Con los años se adquiere experiencia. Antes acababa las funciones como un futbolista con la lengua un palmo fuera y ahora lo llevo más tranquilo, más en plan de jugar con el gesto.

-Más como su estimado Franz Beckenbauer, entregando la bola sin correr... Por cierto, ¿se le han muerto muchos amigos?

-Hostia, pues sí. Bueno, grandes amigos, por suerte, ninguno. Conocidos sí. Ahora recientemente ha muerto uno, un actor que se suicidó y claro, cuando la muerte anda por ahí...

-Van bombardeando.

-Dices, joder. Es una sensación bastante impactante, no piensas en ella y te aparece de golpe.

-¿Le tiene miedo a la muerte?

-Hombre, no me agradaría, supongo que como a todo quisqui, estar ahí revolcándome de angustia y de dolor hecho una mierda. No le temo a la muerte fulminante que es la que me gustaría: un infarto, una cosita así y pim, pam, fuera.

-Podría ser el último espectáculo de Rubianes, allí en el escenario.

-No, hombre, no. No quiero morirme en el escenario, preferiría los brazos de una señorita, su ternura y su calor. Sería una putada para ella, pero bueno.

-Qué creído es, señor Rubianes.

-No me salga torciendo las cosas. La putada sería por el susto que se pegaría la pobrecita.

-Mientras no se lleve una alegría... De todas maneras yo me refería como su último gran espectáculo el ataúd en el escenario. Espero verlo.

-Estaría bien llevar el ataúd en la furgoneta, por si acaso. «Parramón, pásame el ataúd».

-¿No se ha imaginado nunca su propio entierro?

-Sí, creo que todo el mundo lo ha imaginado. Veo a los amigos, me veo yo puesto, veo que me llevan al cementerio, me meten dentro del nicho...

-Que algún amigo cabrón se ríe... [87]

-Aquello es lo último.

-El cemento, la paleta, ¿cómo es aquel ruido?

-Chuff, chuff. Ahí sí que no hay salida, salvo que el juez dictamine desenterrar el cadáver, pues igual me han envenenado.

-De todas maneras y tal como dice, quizás se valora o se le da excesiva importancia al hecho de morirse, ¿no le parece?

-Claro. Es el peso de la tradición y de la historia. Hay países en los que es una alegría, una fiesta, en Oriente, en la India...

-Es usted tan viajado.

-Aquí es algo espantoso, pintado como una cosa negra, supongo que la Iglesia ha tenido mucho que ver en estas lecturas así tan tenebrosas.

-Siempre la Iglesia, señor Rubianes. A ver si la Iglesia va a tener la culpa de todo. ¿Ha pensado cuánta gente vive de la muerte?

-Muchos, empezando por el de la paleta, los de las casas fúnebres, los de las flores, los de las cintas, los de los grabados de las cintas, aquello de: «le pondremos aquí un doradito», «con cariño de Pepi». Fotos, el notario, el médico, el abogado. Pues pueden vivir igual cuarenta o cincuenta personas.

Siempre he pensado que tener una funeraria debe ser muy fuerte. Una mentalidad muy curiosa. ¿De qué vives?: del muerto. Aparte es un negocio que no se acaba.

-Recuerdo la película *El verdugo*, que supongo habrá visto, en que salía el gran Pepe Isbert y nada más empezar aparecía un enterrador diciendo: «En este oficio no se gana mucho dinero, pero es seguro. No hay crisis».

-Hombre, vi la película aquella del verdugo, pero no me acuerdo del director.

-Sí, su amigo Luis G. Berlanga.

-No, me refiero a un reportaje sobre los verdugos, que hizo Patino.

-Y ya sabe que su hermano era el secretario e ideólogo del cardenal Tarancón.

-¡Ah!, sí, que era sacerdote.

-Martín Patino, que escribía en *La Gaceta Ilustrada.*

-Que son castellanos viejos. Precisamente ahora que menciona al cardenal Tarancón me compré los videos de la serie *La* [88] *Transición* y hay momentos en la muerte de Franco en que se ve a los fachas insultándole con el famoso «Tarancón, al paredón». Tenía que ver la postura y el empaque que tenía enmedio de aquel griterío de generales para arriba. Él hacía oídos sordos a toda esa escandalera, supongo que le pediría al Señor «perdónales porque no saben lo que hacen».

-Hace unos días don Adolfo Suárez dio una conferencia en la Universidad de Madrid en la que destacaba el papel de la Iglesia en la transición. Por lo visto, don Adolfo hace como usted: va de bolos por ahí. ¿Cree que le darán algo al duque por estas charlas?

-Creo que sí. A esta gente le tienen que pagar bien, deben tener un caché potente. De hecho, deben vivir de eso.

-¿Tendrá manager también que les organice las actuaciones?

-Hombre, manager, no. Tampoco van de actores, tendrán secretarios. Piense que un ex-presidente de gobierno, aun retirado, tendrá un equipo de gente trabajando para él bastante potente. Me parece que este hombre ha tenido muchos problemas familiares a nivel de enfermedad con su mujer y su hija y lo ha pasado bastante mal.

-Pues cuando está jugando al golf no parece que esté tan afectado.

-Ahora está bien, pero sé que lo ha pasado muy mal y se ha gastado todo el dinero que tenía en operaciones de su hija en América. Ahora dicen que resurge otra vez, por suerte. Además, es un tío que me cae de puta madre y me alegro de que haya superado todo eso y haya vuelto un poco a la vida.

-Estábamos, perdone usted...

-¡Ah!, sí, con los verdugos. Pues en la película de Patino, que cuando se rodó el oficio aún estaba en vigor, hablaban los verdugos como de su trabajo: «me levanto a las nueve, voy allí con mi herramienta, llego, pun-pun desayuno», era una rutina muy amena. Imagínate: «hijos míos, papá se va a trabajar».

-¿«De qué trabaja papá»?

-Por suerte ya no había muchas ejecuciones, pero después de la guerra civil, en los años 40, tendrían mucho trabajo.

-Igual les pagaban más. Tendrían un plus.

-Por muerte ejecutada. Aunque lo que más se llevaba era [89] el fusilamiento: el tiro al plato. Y aparte Franco, he leído en un libro que tengo por ahí, que Franco mientras tomaba el café ponía en el parte: «fulano garrote, fulano fusilamiento». Hacía una selección de métodos, según las personas. A otros les daba publicidad en la prensa...

-Al padre de Fernando Rey creo que también se lo cargó.

-No, lo tuvo en la cárcel. Franco había sido compañero de Academia con el padre de Fernando Rey, que era el general o el coronel Casado, no me acuerdo bien y en una recepción que dio Franco con motivo del estreno de una película, de esas de los años 40, le preguntó a Fernando, despistando: «¿Qué cuenta su padre? Mi padre, excelencia, está en la cárcel». Lo que no sé es cómo acabó la historia.

-Franco lamentaba el verse obligado a mantenerlo encerrado en prisión. Por cierto, ¿dónde ha leído todo eso?

-En libros que tengo de la época.

-Me refiero al de las ejecuciones del garrote vil, en que Franco va dando las recetas.

-Uno que se llama algo así como *Franco, el dictador implacable*.

-Si se acuerda de la película *El verdugo*, Nino Manfredi, el protagonista que interpreta el papel de verdugo, se pasa todo el rato separando gente que está a punto de pelearse...

-Sí, para que no haya líos y acabe en muertes y tenga que trabajar, porque se ha metido en este trabajo el pobre y está cagado... Al final, cuando hay una ejecución, hasta el reo le va consolando: «Hombre, tranquilo, que sólo es un momento». Una película genial por cierto, del gran Luis Berlanga.

-Pues fíjese bien, con la cantidad de gente que vive a costa de la muerte y usted puede decir con orgullo que lo que vende es alegría. No vende muerte, vende alegría. Total sólo cuatro gatos lo hacen: las putas, los restauradores del estómago, los camareros. ¿Cuándo vamos al abogado? Cuando tenemos problemas. ¿Al médico? Cuando tenemos un susto. ¿Al lampista? Cuando se estropea algo. Todos viven de las desgracias ajenas, en cambio usted, ¿qué vende?: Alegría. A lo mejor un matrimonio está cabreado, va al teatro y se lo pasan bien.

-A veces los reconcilio.

-El día que estuve en el recital de su amigo Joan Manuel [90] Serrat, pensaba: «la de gente que habrá pegado un polvo escuchando a este hombre». Esto, ¿también se le puede aplicar a usted?

-Me acuerdo, de jovencito, que fui de excursión con gente de mi barrio, de la plaza Medinaceli, a la montaña, no recuerdo exactamente a dónde...

-A ver un mossén, quizás...

-Ibas el domingo por la mañana y volvías por la noche y me acuerdo que uno del grupo se pasó todo el viaje cantando canciones de Serrat, del que yo no había oído hablar nunca: *Ens ho ha de dir la veu tremolosa i trista d'un campanar*... A mí me gustaba una de las chicas que iban allí y es curioso, porque siempre que oigo esta canción, me acuerdo de ese momento y de esa mujer, que no he vuelto a ver más en la vida. Tendría dieciséis o diecisiete años...

-Más vale que no la vea ahora.

-Estaba muy enamorado de ella y entonces, al escuchar aquella canción me encantó. Son de esos momentos de: «¡hostia, qué canción!». «Pues sí, es de un tío nuevo que ha salido que se llama Serrat». Supongo que mucha gente que va a sus recitales, se conocieron en aquella época y siguen juntos. Sí, vivirán un pequeño recuerdo: «Te'n recordes, nena?» y «Ponte que voy».

-Usted, más que fomentar el polvo familiar, igual ha ayudado a ligar. El tío que lo ve a usted en el escenario, le ve vacilando y ligón y, por mimetismo, va por ahí haciendo de Rubianes, ¿no? «Hola guapa, qué tal, a dónde vamos»... y la tía ji-ji, ja-ja y fíjese qué labor. ¡Es usted un Mesías!

-Hombre, algún polvo por mi culpa, habrá caído así en tantos años...

-Y alguna bronca...

-Una vez me vino un tío, para que le firmara la entrada de su novia, pues era un regalo que él le hacía en el día de su cumpleaños. La invitaba al teatro y con mi autógrafo en la entrada. Tendrían unos veinte años. A mí me gustó mucho el detalle, se la firmé y le deseé suerte.

Pasó el tiempo y el otro día me lo encontré por la calle. Me saludó: «Hola, ¿te acuerdas?» y yo «Ah, sí ¿qué tal?» y me dijo: «No sabes tú, la de veces que me he cagado en aquel momento».

-¿Por qué? ¿Se casaron? [91]

-Se casaron, se separaron.

-¿Con su autógrafo tampoco les fue bien?

-Nada. Mal rollo, mal rollo. «Maldito el momento en que la llevé al teatro o se me ocurrió invitarla». Supongo que habrá historias de todo tipo.

-¿Sabe cómo crea broncas en las parejas? La chica, a riesgo de que me tache de adulador, queda prendada de sus gracias y ella: «Ja-ja-ja, qué simpático es, m'ha agradat molt» (me ha gustado mucho). Claro y el tío normalmente quemado, porque esto lo he visto yo en alguna actuación suya suelta: «Pues yo no se dónde le ves la gracia».

-Sí, y a veces, al saludarte el tío está con cara de palo y ella, entusiasmada.

-Compréndalo. Tiene que comprenderlo.

-No deja de ser un peligro. Seguramente Serrat también será un peligro. Muchas casadas se irían a la cama con él.

-El peligro aún se puede controlar, porque sales con la mujer amarrada, pero la bronca... «Cómo me ha gustado. Que bueno está el Rubianes y qué simpático es». Y el tío ya tiene que decir: «Pues vete a tomar por el culo con el Rubianes». ¿O no?

-Sí, hombre, por supuesto. Con Serrat pasará lo mismo o peor. El tío dirá: «Vaya rollo de recital, ya no es lo que era, no me ha gustado nada».

-Y ella: «Pues a mí, sí, qué guapo es». Y él: «¿Guapo? ¿Qué le ves de guapo? Si parece que tenga sesenta años». Y ella: «¿Sesenta? Qué más quisieras tú, si no tiene ni cincuenta».

-A mí me ha pasado a veces por la calle, encontrarme con un matrimonio y la señora: «Mira, no el coneixes?» (mira, ¿no lo reconoces?). Y él: «Pues no».

-Y miente como un bellaco. Se nota que le conoce.

-Se nota en la cara el que te conoce de verdad. «Ara no hi caic. Es que no miro la tele. No tinc temps» (no caigo, es que no veo televisión, no tengo tiempo).

-Y entonces la mujer lo machaca: «Es que mi marido no se entera de nada».

-La gente trata de despreciarte, es mala. Yo he vivido eso de hacer ver que no saben quién eres: «¡Ah!, pues no le conozco de nada» y ellos saben que eso a un artista le jode, que aunque no tenga ninguna popularidad, eso siempre duele, no sé cómo, [92] pero siempre toca. La gente tiene siempre este instinto de «homo di lupus...» del gran...

-Tomas Hobbes. «Homo homini lupus», perdone que le corrija, qué le tengo que enseñar que usted no sepa... Pero comprenda que la pobre gente del pueblo, ante ustedes que quedan magnificados en el escenario, omnipotentes, como pequeños dioses, se sienten minúsculos y su defensa consiste en ignorarles. Lo que deberían hacer ustedes cuando la crítica les ataca sin piedad. Pero los actores y directores, si me permite, son tan cortos, que hacen caso al crítico, le otorgan un poder que no tiene, que ustedes le dan. El teatro no puede vivir sin actores, pero puede perfectamente vivir sin críticos. Porque hay críticos que tienen mala hostia, ¿verdad? ¿Duelen las críticas?

-A mí, la verdad, sólo me ha pegado un varapalo el director de la Real Academia de la Lengua, el señor Lázaro Carreter que me hizo una crítica espantosa en la revista *El Mundo.*

-¿Qué le decía? (Risas...).

-La tengo por ahí guardada, siempre conmigo.

-¿Le llama de todo?

-Me dice de todo. Si quiere ya se la enseñaré. Me arrasa. La verdad es que he tenido bastante suerte, no he sido de los que han recibido palo. Los críticos importantes, por suerte, me han dejado bien.

-Pero, cuando ve a un compañero que lo dejan mal, ¿jode?

-Yo he visto insultar. Yo tenía una buena relación con un crítico al que la gente de la profesión desprecia, pero al que le tengo una cierta admiración, el señor Sagarra, Joan de Sagarra, hijo de Josep Maria de Sagarra, el escritor. Una vez metí la pata con él, porque firmé una carta de esas colectivas en contra suyo y me metí donde nadie me había llamado.

-Pero, permítame que le diga ¿por qué no hizo caso de los consejos paternos? ¿Qué le hubiera dicho su padre?

-«A ti quién te mandó meterte en esto. Haz lo tuyo y deja a los demás con sus vainas». El problema era que decían que agredía a la gente de la profesión, porque a ellos les había dado palo, y me metí allí como un capullo y al final perdí la relación con esta persona. Es una espinita que tengo clavada. Estoy deseando verle para pedirle disculpas.

-Bueno, a lo mejor como tiene buena amistad con Isabel [93] Gemio, en ese programa *Sorpresa, sorpresa*, tal vez pueda hacerle un favor.

-¿Sabe que me llamaron para trabajar en el programa? Ayer lo vi y me daba vergüenza ajena. Tenía que hacer lo que hace el señor Caparrós, ir por el mundo paseando a la gente, pero al final, por suerte, no salió.

-Esto, Andrés Caparrós lo debe hacer bien.

-Vi ayer el programa y me pareció lamentable. Deben creer que son Dios, después de hacer tanto el bien. A continuación de Dios ya debe venir Isabel Gemio.

-Se olvida de Teresa de Calcuta.

-Lo de ayer era impresionante, no sé si ha visto el programa.

-Mis actividades me han impedido verlo. Había un Español-Barcelona en otra cadena.

-¡Ah!, que por cierto, empataron y perdió la liga el Barça.

-Vi un momento lo de la Gemio, unos bomberos que no sé qué pintaban.

-Sí, salió un bombero que quería torear. Estaba Matías Prats, que dijo lo más genial de la noche: «Yo recuerdo de siempre al torero-bombero, pero lo que no había visto nunca era el bombero-torero». Pero, no me interesó el programa, porque joder, ir por todo el mundo con ese rollo. Es como aquel programa de *Reina por un día*, que hacía Mario Cabré, pero modernizado.

-Mario Cabré, el tío de su amigo Mario Gas, gran director de teatro.

-Exactamente, ¿se acuerda de *Reina por un día*? Antes no llevaban al concursante ni a Esplugues, pero ahora los llevan a Indonesia, al Caribe. Los vuelven locos una semana y luego vuelven...

-A su mediocridad, podríamos decir... Usted sabe que Mario Gas era un gran fan de su tío. La única vez que le he visto perder los papeles al gran Mario Gas fue cuando se publicaron las memorias de Ava Gardner en las que decía que sólo había estado una vez en la cama con Mario Cabré. Se lo comenté con algo de sorna y se indignó: «No es verdad». El mito de su tío caído por los suelos.

-Aparte, no hablaba muy bien de Mario Cabré. [94]

-Al señor Mario Gas le dice usted que un montaje teatral no le ha quedado muy bien y le da lo mismo, pero esto de empañar la memoria de su tío en la cama, no le gustó nada.

-Señor Rubianes, una vez más nos hemos ido de una cosa a la otra. La muerte, los verdugos, los críticos, que son otra clase de verdugos, Mario Cabré, que desgraciadamente sólo torea en el más allá... Vamos a dejar ya lo del último viaje, al que no parece darle excesiva importancia, este viaje sin retorno.

-El de los hijos de la mar: «Me encontraréis a bordo ligero de equipaje», como decía el gran Antonio Machado.

-No quiere que le hagan ninguna cursilada de éstas cuando palme, cenizas y..

-Qué va. No he pensado en eso. Lo bueno es el epitafio de Groucho Marx: «Perdone que no me levante» (Nos reímos.).

-Y lo de Buster Keaton antes de morir, que le decía a su mujer: «Tengo frío». Y ella le contestó: «Es normal. Todos los que van a morir, están fríos, cariño». «Pero no Juana de Arco», le replicó.

El viaje sin retorno no le preocupa, pero los viajes por el mundo sí le preocupan, porque no para.

-Lo llevo en los genes, es una herencia familiar. Vengo de gente marinera.

-Sí, pero ha superado el viaje marino y lo ha cambiado por el aéreo. Usted no ha ido en busca del mejillón por el mundo en plan Pescanova.

-No, no he practicado el viaje laboral en teatro. Bueno, algo sí: Canadá, Cuba, Argentina, Italia, Francia. Pero sobre todo mis viajes han sido de placer. Toda América, África, Filipinas, Vietnam...

-Y no se ha encontrado con un psiquiatra de segunda mano que le pregunte: «Pepe, ¿de qué huyes con tanto viaje?»

-Sí, hombre. Recuerdo que un amigo mío en Raiatea, una isla cercana a Bora-Bora (Polinesia), me comentó: «Pepe, esto se acaba aquí, ya no podemos tirar más».

-Esto está inspirado en la película *Dos hombres y un destino*. Paul Newman y Robert Redford están huyendo todo el día y de todo el mundo hasta que llegan a California, al Pacífico y se acaba el Oeste. El mundo tiene unos límites. Se acaba y ha estado usted en muchos sitios. [95]

-Sí, he viajado bastante, pero quiere que le diga una cosa, después de tanto viaje, ahora me da pereza moverme. [96] [97]

Volver Siguiente

Joan Lluís Bozzo

-Señor Rubianes, a lo largo de esta conversación nos ha ido informando de la dureza de su trabajo, que no acaba en el escenario, continúa con el acoso de fans. A veces es víctima del famoso acoso sexual de jovencitas veinteañeras, agobio de los medios de comunicación, pasto de afiladas críticas de los entendidos... En estas circunstancias me parece cínico y excesivo por mi parte preguntarle si existe la felicidad, si cree en semejante abstracción, pero dígame por lo menos: ¿Usted cree en la minifelicidad? O mejor aún, ¿qué le produce satisfacciones en la vida?

-Yo, cuando me he sentido bien es cenando con mis amigos o con la novia en plan relajado.

-Tiene fama de hombre de sobremesa.

-Me encanta la charla.

-Que ejecuta a la perfección en el Bar Raval, al que acude sin fallar nunca. Parece que esté en nomina como relaciones públicas.

-Sí. Allí nos encontramos compañeros de profesión entre los que hay una especie de cariño. Es un trabajo duro y jodido y con mucha gente parada. En Catalunya me parece que hay dos o tres mil actores. Bueno, vamos a poner mil quinientos. ¿Cuántos trabajan? Porque censados, hay la hostia en barca, pero que trabajen... Pues cien o doscientos. ¿Dónde están los mil trescientos restantes?

-En la Passió d'Esparraguera hay unos cuantos, ¿no? Y en Els Pastorets (Risas...).

-Hay cantidad. Aquello es una cantera.

-Me ha parecido observar que, entre los actores, es muy importante dar sensación de felicidad, de mucho proyecto de [98] curro, de todo de puta madre. Es muy importante, casi imprescindible, estar bien.

-Estar bien queda muy bien. Animo que no falte. A mí me gusta este ambiente. Hay gente que me dice: «Siempre estás en el Raval. Nunca vas a ningún otro lado». Yo digo: ¿Para qué? ¿A quién tengo que ver? ¿Qué hago yo en Bikini?, aparte me condiciona mucho el hecho de no beber.

-De no beber alcohol.

-Sí, hombre, ¿qué quiere que me deshidrate? Me he informado de que también usted ha guardado largos períodos de abstinencia y que, incluso, ahora no bebe. Supongo que sabe lo terrible que es aguantar al que va bebido y más aún, cuando va en grupo. De fiesta, todos colocados y tú allí con cara de palo.

-Y no miden la distancia cuando hablan, con un pestazo de alcohol.

-Joder. Te echan todos los «capellans» (Salivazos.).

-Y te van manoseando en plan cariñoso.

-Y además son pesadísimos. Te pegan unas palizas... Yo, desde que dejé de beber, he dejado de ir al 90% de sitios que iba. Al Raval, vale, además ahora lo tengo al lado de mi casa, aunque también iba cuando vivía más lejos, para ver a mis amigos del teatro, pero me da pereza salir del barrio. Vamos, desde que actué en el Nitsa, sala muy conocida de Barcelona, no he vuelto por allí, ni por ningún otro local.

-Desde luego usted o se planta en Filipinas o no pasa de la plaza de Catalunya.

-Sí. Salto gordo o nada, pero yo lo atribuyo al hecho de no beber. Incluso algunos días bajo al Raval y si no hay gente, me vuelvo para casa. Antes, como vivía más lejos alargaba, pero ahora voy al bar y si no hay nadie que me interese, me tomo un café y me subo. Me pongo a ver la tele, a escribir o a leer algo.

-Qué familiar es la escena de verlo dicharachero con sus contertulios, riéndole sus gracias.

-Es más, le explicaré un secreto. A veces he salido con alguna tipa con intereses de revolcón y, por lo que sea, si en la cena no me ha entusiasmado mucho, he buscado una excusa, creo que ya se lo he comentado anteriormente, la he acompañado a su casa y me he ido al Raval a tomar un café.

-Me había explicado sus falsas coartadas radiofónicas, después [99] de una noche loca de pasión.

-Sí, pero lo que le digo, es ni llegar a la mañana, o sea, después de cenar, mejor dicho, durante la cena ya se me ha caído el tenderete. Me he enterado después que ellas han comentado: «Oye, pues me envió para casa, tú. Qué tío más raro, ¿no?». La otra parte imagino que venía dispuesta a vivir una suave e inolvidable historia, pero... (Risas...).

-Es, si me permite, algo presuntuoso, señor Rubianes. Si esto lo lee alguna de esas señoritas, dirá: «Qué más quisiera. Aixó es el que volia ell» (esto es lo que él quería).

-Claro, ahora me entrarán a saco. Pero bueno, yo de la otra manera me lo paso mejor. Aparte es curiosa, porque no estás hablando con los amigos todo el rato, con Francesc Orella, David Bagés, pero estás allí. Te has visto el día anterior, pero, fíjate, siempre se recibe con alegría la presencia de esta gente. Son personas de tu vida que están ahí y yo igual estoy hablando con alguien que no tiene nada que ver con el rollo. Encuentro a una chica que me gusta, pero sabes que están allí. Es importante, no sé cómo decirle, es parte de mi vida, ¿no?

-¿Es un solitario que vive rodeado de gente?

-Más o menos.

-Tiene muchos amigos, pocos...

-Muchos no tengo, más bien pocos... Hombre, la amistad no creo que sea una cosa muy amplia, aunque, por lo general, la gente se queja de que tiene pocos amigos... Yo tengo dos o tres amigos. Pero tampoco me gusta estar todo el día con ellos, voy bastante a mi bola.

-Digamos que es un gran amigo del señor Joan Lluís Bozzo. Tienen una curiosa manera de vivir esa amistad.

-Es mi mejor amigo, que no le quepa la menor duda. No obstante, en algunas cosas, somos tremendamente diferentes.

-Al parecer, el señor Bozzo es también un gran solitario...

-Sí, pero él prefiere a la gente mucho más que yo. Le encanta estar acompañado. Le encanta la familia, la vida de familia. Tiene un hijo y está loco por él. Yo, por el contrario, soy bastante indiferente a todo eso. No he formado una familia, no tengo hijos y, nunca hasta ahora, me he planteado el tenerlos. Bozzo, como gran artista que es, vive la soledad a su manera. Yo he sido testigo de la tremenda incomprensión de que goza y muchas veces he [100] tenido que defenderle ante cuatro idiotas que hablaban mal de él sin haberle conocido jamás, sin haber cruzado una sola palabra con él. No es una persona que «caiga bien» de entrada por un ademán altanero-defensivo que le da aureola. En lo más hondo es como un niño pequeño atemorizado ante la enorme mala leche que le circunda tanto en lo profesional como en lo vital.

-Los que les conocen a ustedes dos dicen que cada uno admira del otro su parte opuesta, lo que no tienen, pero que tienen en común mucho más de lo que parece a simple vista. O sea, que Bozzo aparenta ser muy serio y a lo mejor no lo es, y usted tiene un aire de sinvergüenza y a lo mejor no lo es tanto...

-Yo soy mucho más mundano e independiente. Él es más trabajador y hombre de equipo. Yo voy de salir, él es casero. Él es monógamo, yo soy variado. Él es ahorrador, yo soy despilfarrador. Se dice que a uno le gustaría ser lo que no es. A mí me gustaría ser trabajador, casero, monógamo y ahorrador, pero no puedo. Es de creer que él, muchas veces piense en que le gustaría ser como yo, pero de hecho, a estas alturas de la vida ya es muy difícil cambiar, y, ¿vale la pena?

-¿Han viajado juntos alguna vez, por placer?

-Nunca. Siempre que lo hemos hecho ha sido por motivos laborales. Por placer, jamás. ¿Sabe una cosa? Me encantaría enseñarle Kenia a Bozzo, todo lo que yo viví del mundo de los grandes mamíferos. A él le encantan los animales, allí alucinaría. Pero nunca se ha dado la ocasión. Una vez me propuso irnos a New York. Acepté, pero al final iba un grupo muy numeroso de gente acompañándole y me eché para atrás. Con él hubiera ido, pero en plan mogollón, no.

-Él es afín al proyecto de Convergència i Unió.

-Más que yo sí, desde luego. Él está mucho más favorecido por el poder que yo. A ellos les ayudan (Dagoll), sin embargo a mí, no, absolutamente en nada. Dagoll hace una labor teatral afín a la ideología imperante. Yo paso de ellos olímpicamente. En las Municipales Bozzo apoyó a Roca y yo a Maragall. Apoyé a Maragall porque me parece uno de los políticos más interesantes del siglo y un gran alcalde. No soy del Partido Socialista, pero voté a la persona, y puestos a escoger, me quedo antes con los socialistas [101] con todos sus defectos que con los de Convergència. Tan sólo de pensar en el aspecto físico de estos últimos, me dan náuseas. Tienen cara de rara comunión entre la hostia consagrada, a la que son muy adictos y la mentalidad fenicia miserable. Claro, después se confiesan a ese Dios que se han creado, quedan perdonados y vuelta a empezar...

-Y dígame, señor Rubianes, Bozzo y usted ¿se han cogido alguna vez de la mano?

-Que yo recuerde, nunca. A pesar de todo, ya se lo dije antes, es una de las personas que más quiero en esta vida. No concibo mi vida sin su presencia. Es de esas pocas personas que cuando te preguntan «cómo estás» escucha lo que le respondes. Él me ha ayudado mucho, tanto personal como profesionalmente hablando. Siempre he contado con su apoyo y estímulo. Debo reconocer que yo no le he correspondido igual. Nunca se ha quejado, ni tan sólo ha supuesto un problema en nuestra relación.

-¡Cásense, Rubianes, cásense!

-Lo haríamos, pero nuestros padres no nos dejan (Risas...).

-Pero lo tienen bien, Maki es soltero.

-No me hable de la televisión. El otro día enganchamos al maître de una pizzería y le dimos un repaso magistral. El tío tiene que estar alucinando. Hablábamos de televisión, porque los dos trabajamos en televisión. Y yo decía que era una mierda de cojones. Y lo mantengo. La televisión es una puñetera mierda y más con las prisas con las que se trabaja. Hombre, yo me cabreo mucho con las prisas, porque no hay tiempo de nada, no se ensaya, con esa fiebre de la popularidad, de la audiencia y luego tampoco pasa nada. Le puedo asegurar que, si me he hecho famoso, ha sido por el tiempo que llevo en el teatro. El personaje de Maki el Navaja no va a gozar de la fama que pueda tener Isabel Gemio, es un personaje marginal, de fama restringida.

Yo me cabreo más, porque según José Luis Cuerda, director de la segunda parte del Maki, tengo el teatro, el seguro del teatro.

-¿Esto le decía José Luis Cuerda?

-Bueno, seguro. ¿De qué seguro me habla? Aquí no hay ningún seguro. Siempre puedo recurrir al teatro, mientras acuda [102] el público, pero me gustaría trabajar en televisión en condiciones, como trabajo en el teatro. Toda la gente que ha pasado por el medio sabe cómo funciona eso y ahora con la locura de la competencia de las cadenas, ya es la hostia.

-Y todo eso le explicaron al maître del restauran?

-Sí, estaba el pobre que no entendía nada. Y todo, porque tuvo la poca fortuna de decir que me había visto en una entrevista en el programa *Amb el cor a la mà.* Allí empezó toda la historia. Pero la verdad, basta que yo ataque una cosa para que Bozzo empiece a defenderla.

-Recuerdo una imagen cuando usted aún bebía su vinito blanco, que era una visión cercana a la felicidad: aparecían ustedes por la puerta del Raval después de cenar. Se les veía satisfechos, con un puntito de alegría, de haberlo pasado bien, cenando el domingo por la noche...

-Sí, hombre. Ya le he dicho antes que me gusta ir a cenar con un amigo.

-Sí, me lo comentó al hablarme de lo que le hacía feliz. Pues sabe, lo más feliz que yo veo es un chico subnormal. ¿Usted ha visto a alguien más feliz que a un subnormal?

-Pues, no, hombre, va a su bola.

-Son cariñosos, dan besos. En TV3 vi un reportaje de una pareja de chicos subnormales, que se besaban. Eran novios y se decían te quiero con mucha potencia. Se veía a sus padres, aparentemente normales, que estaban hasta cortados porque los niños se declaraban el amor con tanta fuerza e ingenuidad.

-Claro, ellos no tienen ni prejuicios ni historias.

-Será la felicidad cosa de subnormales.

-Puede ser. [103]

Copito de nieve

Pepe Rubianes es un hombre al que le gusta estudiar, le gusta cultivarse. Conoce perfectamente la obra de su paisano Valle Inclán. Ha viajado varias veces a Fuente Vaquero (Granada), tras las huellas de Lorca y no se cansa de documentarse acerca de la Guerra Civil. Sin embargo, el gran público tal vez deja un poco de lado esta faceta más intelectual de este actor, licenciado en Filosofía y Letras, y se siente más atraído por su fama de *bon vivant*.

-Señor Rubianes, es conocida su fama de mujeriego, de ligador, de latin lover, como quiera usted llamarle, pero ¿cuántas novias ha tenido?

-Oiga, primero quisiera puntualizar que yo no soy un frívolo.

-Disculpe, yo no le he llamado frívolo.

-Me ha calificado de mujeriego, ligador, don Juan de capa y espada, quiero decir que...

-Que reniega de su pasado.

-No, pero le puedo asegurar, que con la mujer siempre ha sido una historia llena de sentimiento y que nunca he vivido una historia porque sí. He tocado más que nada la sensibilidad, el sentimiento, la pasión... Yo no he hecho de ligador, como el don Juan. No he sido de almacenar mujeres como si fueran sacos de harina, o barras de pan o monedas. Yo he ido con la pasión, la entrega. Con todas las personas que he estado, siempre ha habido una historia de amor, nunca ha sido una cosa superficial y barata.

No se me ha ocurrido contar las novias que he tenido, pero en toda mi vida con cuarenta y ocho años ya se puede imaginar. Alguna ha habido.

-¿Alguna? No me interprete mal, señor Rubianes, no quisiera atacarle, pero muchas veces en conversaciones le hemos oído decir: «Ésta fue novia mía». Y no una vez, sino varias.

-Fíjese que digo siempre «novia mía», nunca digo «esto fue [104] un ligue mío». Hombre, no le negaré que en noches de borrachera, de alcohol ardiente, ha caído alguna de «hola i adéu» (hola y adiós).

-¿Pero a esto también le llama novia?

-No. Yo le llamo historia.

-Bueno, habrá tenido amores, pero se han ido fundiendo, no han tenido duración. Vamos, que ha tenido amores varios, espero no ofenderle, más bien esto despertará la envidia de muchos mortales como yo, que se han de conformar con una mujer o con ninguna...

-Yo también he vivido períodos largos de una mujer, pero descubrí que no había nacido para eso, que por mi nerviosismo o mi espíritu inquieto, yo no soy de establecerme con una persona. Soy propenso al aburrimiento rápido e incapaz de estar con alguien por estar, mi pareja se ha contagiado y se ha aburrido mucho conmigo. Se cae en un tedio que te hace salir rebotado. Yo no creo en lo permanente, creo más en lo inmediato.

-Perdone. Tendría que tomar algún apunte. Permanente, inmediato, no alcanzo a comprenderle.

-Mi vida es así.

-Usted que es filósofo está más con Heráclito que con Parménides. Prefiere el cambio a la permanencia.

-No hay nada permanente. Todo va fluyendo en la vida. Y curiosamente, porque con la mayoría de personas que he tenido una relación un poco estrecha, continúo siendo amigo, nunca he acabado una relación traumáticamente.

-Por suerte, habría ingresado en varios hospitales. De todos modos, no se suelta del todo, no suelta prenda.

-Hombre, cuando alguien convive contigo significa que hay algo, no es una relación de hola y adiós, sino que hay una historia y un peso. Normalmente con las personas que yo he estado ha valido la pena y cuando se acaba la relación, digamos amorosa, nace otra que es la amistosa, puede ser, incluso para toda la vida.

-Pues sí que vamos mal. Debe tener muchas amigas habitualmente. Si cada ex-novia la convierte en amiga, tendrá un harén de amigas.

-Le hablo como relación fuerte. Después cada una de ellas hace su vida y tiene su historia. Tampoco nos vemos cada día. [105]

-No tendría ni tiempo, ni horario, ni fecha en el calendario, como la canción, para atender a tantas amistades. Y además las tiene en diversas capitales, ¿no?

-Sí, claro. He viajado mucho.

-Estaría como Miguel Indurain pedaleando por toda la geografía hispana.

-Además, cuando la ex-novia tiene nuevo novio, la cosa deriva en culebrón, el mundo de los celos hace su presencia, es una especie de apocalipsis.

-Usted ha notado lo de: «Hoy vendrá Pepe», dice la niña. «¿Otra vez?», contesta el novio. Se palpa el malestar.

-Ves al otro que suelta: «Bueno y el Pepe ese no tiene nada más que hacer o qué».

-«¿No actuaba tanto en el teatro»? (Risas...).

-«Ése, ¿trabaja o no trabaja?», y ya empieza el otro a tocar los cojones.

-«No, es que es muy buen tío. Ahora está solo, está pasando un mal momento y queremos hablar»...

-«¿Y tú eres su madre? Pues que se vaya con su madre».

-Es usted de los que llegan a los sitios con un pastelito en son de paz.

-No lo he llevado, por si acaso me daban con él en la cara, como en las películas de Charlot.

-¿Sabe que le espían por la calle?

-Cómo, ¿me siguen?

-No se asuste. Nosotros para obtener datos de su vida hemos contratado a gente que le sigue e investiga sus movimientos. Le llevamos controlado y desde hace unos tres años no se le ve con mujeres, tampoco con hombres. ¿Qué ha pasado con sus novias? ¿Se ha acabado el gran Rubianes, torrente de amor?

-También yo me lo planteo, pero no tengo ganas de salir con nadie. Tiene que ser alguien que me sorprenda mucho, pero de lo que conozco a nivel de amor en plan pasión, no hay nadie que me atraiga.

-Es muy exigente.

-No lo sé, pero no soy del rollo de salir por salir, si no me interesa la persona.

-Sin ánimo de ofender a las mujeres, parece que los animales le interesan más. [106]

-Supongo que lo dice por la colección de libros de animales que tengo en casa. Desde que estuve en África viendo un poco la movida de los animales he descubierto un mundo que me tiene fascinado. Tampoco hay tanta diferencia entre lo que ellos hacen y lo que hacemos nosotros. Me atrae toda la relación del mundo animal con el hombre, no me refiero a tener un gato en casa, sino al hecho de admitir y comprobar que somos animales racionales y que no es tanta la diferencia. Creo que incluso, son más nobles.

-Ya estamos, señor Rubianes con el tópico de la nobleza de los animales. ¿Será porque mantiene una cierta amistad con Copito de Nieve, no?

-En mi espectáculo *¡ÑO...!* tenía que hacer de mono e iba al parque cada día a tomar notas de sus movimientos, cosa que a sus guardianes les tenía un poco así obnubilados. Decían: «¿Qué hace este tío haciendo el mono?» Acudía a horas en que no hubiera gente para evitar el famoso agobio de los niños y los papás chillando. Por las mañanas, a horas en que no había casi nadie, me ponía delante del espacio en que está Copito de Nieve y tomaba nota de los movimientos que hacía. El montaje de *¡ÑO...!* arrancaba con un mono encaramado en una silla. Una cosa muy escueta, como un apunte.

-Pues, al parecer, su amigo Copito de Nieve está como usted, ya no alterna con las gorilas.

-Bueno, está claro que Copito debe tener ya sus años. Es mayor que yo. La edad de Copito equivale, supongo, a la de un señor de setenta u ochenta años. Ya le baila un poco la cosa y además lo que tenga que hacer ya lo ha hecho porque vive rodeado de gorilas.

-Pero, usted se siente bien, así, solo.

-Sí, en principio sí. Gozo de la independencia que da la soledad, no tengo que dar cuentas a nadie, no existen los plurales en mi vida de momento. Pero, lo que le comentaba de ir a cenar con alguien, si me aburro prefiero venirme a casa y leerme un libro o ver un programa de televisión, o alguna historia. Me gusta más que perder el tiempo hablando mierda hasta las tantas para conseguir después un revolcón. Me ha pasado la fiebre de la época ésa en que el revolcón lo justificaba todo. Ahora no lo veo así. [107]

-Señor Rubianes, antes me ha comentado que el amor es lo único que le interesaba, que no iba de don Juan a pegarse el lote.

-Sí, bueno, con todas las personas con las que salía había siempre la pretensión de que surgiese una historia, si veías que no salía quedaba siempre el consuelo del revolcón. Pero ahora, no. Ya paso hasta del revolcón.

-Da mucha importancia a su independencia, defiende con uñas y dientes sus costumbres personales, pero físicamente, ¿cómo se encuentra? Parece que está fuerte.

-En principio, sí. Tengo los achaques del medio siglo...

-Pero hace gimnasia cada día.

-Sí, aunque me lesiono más. Tengo algún tironcillo, que antes no tenía... Siempre hay alguna cosa física que se va presentando. Hombre, tengo una edad en que ya empieza a salir algún achaque.

-Qué manía con lo de la gimnasia.

-Bueno, yo he hecho gimnasia toda mi vida, pero además mi trabajo en el teatro lo exige. Es imprescindible una preparación física como la de un deportista. No tengo la edad de un futbolista en activo, pero los veteranos del fútbol como Ramallets llevan toda la vida entrenándose. Yo empecé muy joven con lo de la gimnasia y estoy tan habituado, que si un día no hago, me siento mal físicamente, me falta algo. Lo he ido manteniendo a lo largo de mi vida: cada día una hora de gimnasia, ahora mismo, sin ir más lejos, antes de verle he hecho una tabla.

-Para estar fresco y ágil en sus respuestas.

-Sobre todo para mí. No lo hago ni muchísimo menos para estar guapo y musculoso. Sin gimnasia no podría hacer la función.

-Ya se considera suficientemente guapo.

-Cuando se nace guapo... (Risas...).

-Ahora bien, tanta gimnasia, ¿no le ha creado conflictos?, ¿no le ha separado de ninguna mujer?

-Le aseguro que no se puede dejar la dinámica de la gimnasia. Por ejemplo he viajado a Kenia con una amiga y estábamos juntos en la tienda. Como no podía salir a correr, porque estaban los leones fuera, me lo montaba en la tienda que era espaciosa. Ponía un biombo para no molestar y allí hacía mis [108] ejercicios cada día. Si estoy de gira hago gimnasia en la habitación del hotel o *footing* por la calle.

-Esto habrá sido objeto de broncas con alguna de sus novias.

-Pues sí. A veces algunas querían guerra, teníamos que salir de viaje y no había tiempo...

-Para el combate del amor.

-Exacto, pero ¡coño! tampoco se acaba el mundo y la preparación física hay que hacerla, es una disciplina y la tengo completamente asumida. No sé, a mí no me gusta tomar el sol y más de una vez me he sacrificado acompañando a la que le dije con la sombrilla para que tomara el sol, cosa que me fastidia, porque yo un día de playa no lo aguanto ni loco. También he aprovechado el bronceado de mi acompañante para irme a correr por la montaña o por las cercanías de la playa, cosa que me ha creado algún disgusto. «¿Por qué te vas? ¿No quieres estar conmigo?»

-Lo que resultará divertido es, cuando está enfadado con su novia, hacer la tabla en pleno mosqueo.

-Sí, porque así libero energías.

-Debe ser bonito oírle decir a ella: «¡Y encima, la tabla!»

-Se van. Dan un portazo y acabo la tabla (Risas...).

-Además de su preparación física, nos consta que excelente, también está preparado en plan lavandería. Pepe sorprende al personal lavándose la ropa en el camerino al acabar su actuación en el escenario. ¿Usa Ariel?

-Antes compraba Ariel, pero ahora me he decantado por el jabón Lagarto, que es más clásico.

-Sí, señor, Lagarto. El jabón de nuestros abuelos.

-Tengo por costumbre, al acabar la función, lavarme la ropa, porque me relaja. Cojo la camiseta, le pego un «lagartazo», la cuelgo en el perchero cerca de la calefacción para que se seque, la dejo allí y al día siguiente está limpia.

-Pero esto no cuadra con el «look» del divo. Ahí, lavándose la camiseta...

-Hombre, no sé las costumbres de los demás, supongo que cada uno tendrá sus manías. Hay quien se tumbará en una camilla para quedarse relajado un rato, a otro le apetecerá fumarse un canuto. Yo tengo esa historia.

-Se lava la ropa. [109]

-Y me la plancho antes de entrar en escena. Normalmente hay una señora en el teatro que se ocupa de la ropa, pero le digo: «Déjeme a mí». Plancho la camisa, hago la raya al pantalón. Me relaja.

-En su casa, ¿también se lava la ropa?

-Sí, sí.

-¿Y también cocina?

-No, cocinar, no.

-¿No sabe?

-El Señor no me ha dado esa gracia.

-No es un moderno, aficionado a la gastronomía.

-No soy de comida de paladar. Como porque lo exige el cuerpo. No disfruto comiendo como aquellos de «aquí hacen un puré de calabacín que te cagas».

-Como su amigo Bozzo.

-¡Ah!, sí. Bozzo va de gourmet, prueba los vinos, los cata: «Éste está un poco picado». Yo soy más de rancho.

-Es austero. Es capaz de comer un año seguido entrecotte con huevos fritos y patatas.

-Sí, como no soy de paladar exquisito… Me encanta el entrecotte con los huevos y las patatas, es como una obsesión. Puedo estar jamando eso cada día. Comer para mí es más cubrir una necesidad, que disfrutar con los manjares.

-Desde luego, lo tienen mal sus admiradoras para conquistarle. ¿Cómo debe ser la mujer de su vida? ¿Qué habilidades ha de poseer para llevárselo al zurrón? Que le cocine bien, no le importa, lavarle la ropa, no se lo permite, planchar, tampoco...

-Señor Flavià, vaya haciendo bromita con esto que igual le dan con el libro en la cabeza.

-Porque, ¿qué espera de la mujer? Precisamente el otro día lo vi en televisión, no sé si era la catalana o la murciana, porque no para de salir en todas las televisiones del mundo y estaba de tertulia con su admirado profesor el filósofo Rubert de Ventós, y le preguntaba si aceptaría una sabia en su vida.

-Estábamos en un programa, sentados en un sofá en plan tertulia. Rubert de Ventós había sido profesor mío en la Universidad. En aquella época era ya un profesor brillante y solicitado por los alumnos.

-Y por las alumnas, según me han contado. [110]

-Sí, hombre. Siempre iba rodeado de guapas.

-Les explicaba el ser y el devenir.

-Esto era hace unos veinticinco años. Siempre he tenido un gran respeto por la gente ilustrada, intelectualmente preparada, que se ha preocupado de estudiar. En la entrevista recordamos aquella época en que la gente entraba a sus clases por la ventana. Era un campeón Rubert de Ventós. Y le solté: «Si fuera mujer, me casaría con usted. Tener una novia sabia, no va mal». Una persona preparada, da gusto, una persona culta y preparada es una gozada. Lo que no soporto es a la cateta de turno. Me pone malo. Además, el cateto como tal es el primero en hacer crítica de puchero a todo lo que sea culturizarse un poco... ¡Cuidado! No es que yo sea un espíritu ilustrado, ni muchísimo menos.

-Qué modesto es, señor Rubianes.

-Pero, por lo menos, me preocupa un poco. Entonces la patachana, me jode. A los actores jóvenes les digo: «Hostia, tío, no te olvides de leer».

-¿También da consejos?

-Sí, bueno, cuando me hablan del tema. Yo no aconsejo a nadie, pero, si sale a colación les digo: «Tío, podrías hacer una carrera universitaria».

-Lo mismo que le aconsejaba su padre.

-Sí, yo no lo encuentro desacertado, él casi me obligó a estudiar y se lo agradezco. No pienso en absoluto: «Coño, qué tiempo perdí», sino más bien al revés, «tenía que haber estudiado más».

-Ahora cuando me vaya tiene toda la tarde, para seguir estudiando.

-Sí, sí. Leo cosas al margen del teatro. Ahora estoy leyendo la última novela de Paco Umbral.

-¿Le gusta mucho Paco Umbral?

-Sí. A mucha gente no le gusta, pero a mí me gusta mucho, qué quiere que le diga. Me parece un gran escritor y de una gran agilidad. Estoy leyendo una novela suya sobre la Guerra Civil, no recuerdo exactamente el título.

-Este tema parece que le gusta. En el cine español, la Guerra Civil ha sido lo que el *western* en el cine americano...

-Sí, es importante, porque ha habido una especie de [111] amnesia generalizada. Hay un período de la historia de España que la gente no quiere recordar, pero hay que empezar a acordarse y analizar lo que ha pasado aquí. A mí me parece de locos la historia de España del 36 al 75. Pienso que España, antes de la Guerra Civil, era un país brillante y que ahora empieza a resurgir, aunque estemos pagando la moneda de cuarenta años de dictadura, que no es moco de pavo. Todo eso, lógicamente, me interesa.

-Tal vez si hubiera nacido en esa generación hubiera encontrado una mujer más sabia.

-¿A qué generación se refiere?

-A la de los años 30, cuando dice que España era un país brillante.

-Bueno, no sé esto de la sabia.

-¿Qué pasa, no conoce a muchas sabias?

-No me muevo en ese ambiente. No estoy en un ambiente, digamos, culturalmente fuerte. Supongo que, en el mundo de la filosofía. Se lo digo por lo que he estudiado y vivido en mi juventud hay gente de cojones. Hay catedráticas, que igual no son sabias, pero que están muy preparadas, más que yo por lo menos.

-Está reclamando lo que le dijo en televisión a una chica que se quejaba de que su novio la había decepcionado. Usted le preguntó que dónde lo había conocido y ella le contestó que en una discoteca. Se ganó el aplauso del público del estudio con aquello de: «Chica, menos discoteca y más biblioteca».

-Sí, es un poco lo que le acabo de decir. Está muy bien la discoteca, pero que sin dejar la biblioteca.

-Además, cae en verso...

-Hoy, cuando iba a un programa de televisión, el taxista estaba con el tema de Cruyff y de Núñez y al cabo de un ratito le he dicho: «Muy bien, pero sabe quién es Paco Umbral». Y me ha contestado: «Lo he visto en la tele» y he seguido investigando en plan Sherlock Holmes: «¿Pero el Umbral éste es futbolista?». «No, suelta el taxista, creo que es un actor». «Vamos bien», le he replicado. «Sabe quiénes son Cruyff y Núñez y no sabe quién es Paco Umbral». No jodamos, hombre. Hay cosas que son de formación básica. Yo también he seguido el problema de Cruyff y del señor Núñez, pero bueno, es preocupante que una [112] persona no sepa quién es Cervantes. Leer *El Quijote* tendría que ser obligatorio, como pagar a Hacienda. Todo catalán debería estar obligado a leer un libro de Josep Pla.

-Le gusta a usted el señor Pla.

-Y Valle Inclán. No puede ser esta historia de aborregamiento. La cultura no hace daño, pienso yo. El fútbol sí que mata a la gente. No verá darse de hostias entre los de Pla y los de Valle Inclán.

-Bueno, el señor Valle Inclán se quedó manco porque...

-Bueno, tuvo una discusión con un amigo, una pelea con un amigo.

-Una pelea literaria cegado por la pasión de la pluma...

-Hay rivalidades literarias, pero no llegan ni de lejos a esa historia brutal y bestial del fútbol. A mí me parece un deporte hermoso, pero desmadrado de contexto. No puede ser que una persona viva pendiente de un deportista. Si se fija, todos los futbolistas hablan igual, los jugadores de veinte años: «Lo importante es pensar en el futuro, vamos a echar el resto». Todos dicen lo mismo, una colección de tópicos. De vez en cuando surge la excepción, pero, en general, parece que les hubieran metido un disquette, una máscara de bobos. Usted veía un Ramallets, un Kubala, su cara transmitía algo, ahora todos parecen cortados por el mismo patrón. Si viera una cinta que me he comprado de Pelé, tiene una personalidad, un empaque, aflora el genio que fue.

-Esta hablando del mejor o de uno de los mejores futbolistas del mundo, no del extremo izquierda del Alcoyano...

-Perdone, le estoy afirmando que los futbolistas de antes tenían más carisma.

-Perdone, pero ahora estudian más.

-Pues lo aprovechan poco. El nivel es bajísimo. Al futbolista medianamente culto como Guardiola, se le ve otra cosa, es un tío al que yo admiro mucho, por lo menos cuando no sabe algo se calla. Y es una persona agradecida. El otro día comentaba de Cruyff. «Le debo todo lo que soy».

-¿Le debe dinero?

-Lo que le debía, decía, era su descubrimiento y lanzamiento como futbolista. Explicaba otras cosas.

-Lo que parece molestarle es la colección de frases tópicas de los futbolistas. Como si todos dijeran lo mismo. [113]

-Lo que más me jode es que el fútbol se haya convertido en el «refugium pecatorum» del catetón, de un populachero total. Ves a los seguidores y es algo terrible. Son unos bestias, a mí me da pánico, es como una fábrica de fascistas. Gana el Barça la liga y tienes que alegrarte por cojones, pasas por las Ramblas, cuando han ganado y si no estás por la fiesta, se mosquean. El fútbol es la agresividad en el comportamiento, en el sentimiento. Todo esto, como fenómeno, me preocupa, qué quiere que le diga.

-¿Pero cree que esta agresividad es culpa del fútbol? A mí me parece, que lo visceral utiliza el fútbol como válvula de escape.

-Yo creo que todo proviene de la falta de cultura.

-Que desemboca en el fútbol, porque este fanatismo y este apasionamiento en otros países se da en el fútbol americano, el boxeo o lo que sea.

-La televisión, con todo el poderío que tiene, no hace más que retransmitir partidos de fútbol. Incluso pasan partidos de Grecia y Turquía. El machaque es continuo, esto no sucedía antes. El fútbol está aniquilando todos los restaurantes. Hay un lío montado de tres pares de cojones.

-Ahora se me va de tema. Esto no tiene nada que ver con la cultura.

-Pienso que es peor el fútbol que la heroína.

-¿Que usted piensa que el fútbol es peor que la heroína?

-Tal como está planteado, sí. Cuidado que a mí es un deporte que me gusta. Me gusta, cuando juega Pelé, bueno ya no juega, pero cuando ves partidos de Cruyff, Pelé o ves al Milán o al Barcelona, me parece una delicia. El Barça de la gran época de Cruyff era una gozada verlo, era puro arte, pero, se está sacando de contexto, se está saliendo de madre.

-Pero el problema no es el fútbol, sino cómo lo vive el personal. Porque a usted le gusta el fútbol y no le dan esos ataques.

-Pero desgraciadamente el 80% de la sociedad, mal que nos pese, lo vive alienadamente, es el constante tema de conversación. Ahora, sin ir más lejos, sólo se habla del despido de Cruyff como entrenador del Barcelona.

-Recogiendo el pensamiento marxista, antes la religión era [114] el opio del pueblo, quizás ahora el opio es el fútbol. Pero creo que el problema es que la gente se aliena con el fútbol o con lo que sea.

-Pienso que habría que hacer una campaña de extensión cultural potente, si queremos arreglar esto, no sé cómo, pero creo que es un tema grave.

-Usted, si me permite, tiene una gran intuición. Ve el problema, pero modestamente se lo digo, debería matizar algo más. Ve el caos del fútbol, incluso afirma que es peor que la heroína, pero como estudioso de la filosofía no creo que pueda sostener que el fútbol, como deporte, sea peor que la heroína.

-Yo le hablo del fútbol como fenómeno social, no como deporte.

-De las consecuencias que origina.

-Estoy hablando de la repercusión que tiene este fenómeno, que es tremenda, es terrible. Arrasa familias, destroza todo lo que pilla. La excusa del padre de familia para aguantar el griterío de los niños y el aburrimiento con la mujer.

-Dele la vuelta ¿y si no existiera el fútbol?

-No sé, igual leían más.

-O igual se mataban más.

-Hombre, leer un libro no hace daño. Parece que sea un aburrimiento. Más aburrida es la típica vida de familia.

-Pero no va a llenar un campo de fútbol con ochenta mil tíos leyendo.

-No, pero sí crear una dinámica cultural, que la gente lea. España es el país en que existen más librerías y donde menos se lee. No sé, habría que potenciar la lectura y la formación de la gente.

-De acuerdo, pero el problema no es que la gente vaya al fútbol, sino que no lean.

-Es que no interesa que lean. Es aquella máxima cubana de ser cultos para ser libres. Si te vas desarrollando culturalmente descubres demasiadas cosas, que no les interesa que sepas a los que dominan el cotarro, a los que dominan nuestras vidas, a los grandes *trusts* económicos, ¿entiendes? No les interesa la protesta, no les interesa que la gente sea culta y preparada porque les descubren el chollo.

-Veo que tiene un alto concepto del ser humano. Cree que [115] el hombre puede progresar y hacer mucho más de lo que hace.

-Creo que en alguna fábrica de L'Hospitalet de Llobregat, por ponerle un ejemplo, habrá muchachos que no han tenido acceso al mundo cultural y puede haber entre ellos un Einstein, por qué no. Al nacer en este contexto acabará engrasando tuercas toda su vida y este tío, con formación, podría ser la hostia y ahí se morirá de asco.

-Le insisto en que el fútbol que pone como ejemplo de desastre, sirve para que un hombre no mate a su mujer o a sus hijos. Aliena como la televisión, pero es como la morfina. Calma al personal.

-Sí, hombre, reconozco que no te vas a pasar el día estudiando, que de vez en cuando ver un programa de varietés o el rollo que sea, está muy bien, pero lo que no puede ser es que el fútbol sea el centro de tu vida.

-Habrá observado que mucha gente, no sé usted, cuando llega a su casa enciende la televisión, aunque no la mire. Es una compañía.

-Sí, claro. Antes le comentaba que me lavaba la camiseta para relajarme, no voy a estar todo el día leyendo.

-Parece como si oír una voz alivie la soledad.

-Sí, y ver un partido de fútbol. Pero insisto, hacer del fútbol el centro de tu vida y coger esos cabreos y esos disgustos si pierde el Barça o liarte a bofetadas como pasó el otro día en el bar de ahí delante por el problema del Núñez y el Cruyff, es demencial. Además, me parece un insulto para el trabajador que un tío se mate por un señor que cobra ciento cincuenta o doscientos kilos de ficha.

-Hay compañeros de su profesión que también ganan muchísimo dinero.

-Nadie en España haciendo teatro o cine gana, ni por asomo, lo que gana un futbolista. No tiene equivalencia lo que gana un buen actor, comparado con lo que gana un buen futbolista. Claro está que el fútbol, como espectáculo, mete a cien mil personas en un estadio y en un teatro caben muchísimas menos.

-Ahora bien, hablando de los tópicos de los futbolistas, también podíamos hablar de los tópicos de los actores, porque así como las declaraciones de los futbolistas son repetitivas, las de los actores también son lucidas: «Yo no acepto cualquier papel. [116] Yo no me vendo, yo no me alquilo. Sólo me desnudo si el guión lo exige. Lo mío es realizarme...»

-El yo no me vendo, ya no se lleva. Se llevaba hace muchos años. Ahora me vendo, me alquilo y lo que haga falta. Es una profesión que no va sobrada de ofertas de trabajo. La gente a la que pilla algo se agarra como a un clavo ardiendo, y más ahora, que en televisión se han puesto de moda las series de culebrones.

-¿Todos las hacen?

-Sí, está todo dios metido.

-Muchos de los que querían hacer solamente cine de interés, hacen culebrones.

-La gente tiene que trabajar, se busca la vida y si el culebrón tiene sesenta capítulos, pues mejor que cuarenta.

-Estos culebrones alienan tanto como el fútbol.

-Sí, sí, por supuesto.

-O más. Son veneno puro.

-Es que todo es un plan: fútbol, culebrón.

-Va organizado. Es un *forfait*. Va combinado.

-Es todo un esquema.

-¿Es usted un hombre apasionado?

-Hombre, en según qué cosas sí.

-En las discusiones, por ejemplo.

-Según de lo que vayan.

-Yo le he visto discutir en televisión apasionadamente, porque le va o parece que le vaya bastante la tertulia de bar.

-Ahora ya no voy. Me di cuenta de que me estaban utilizando como *enfant terrible*, parecía que me pagaban para provocar. Yo lo que digo, lo siento, no voy a televisión a quedar bien. Cuando sale un tema como estos del fútbol o del amor, digo lo que creo y entonces me di cuenta y me dije: «Estos cabrones me están cogiendo a mí como chirigota, en plan de *epater* al personal».

-Una vez en un bar, estaban hablando unos pijos acerca de una intervención suya en televisión. Creo que era un programa en que se hablaba de las madres de las artistas y usted dijo algo así como que estas madres eran la ruina de las artistas y que si usted pudiera las mearía en la cara, no sabemos si lo dijo en plan erótico. Pues bien, estos tertulianos pijos, decían: «A mí Pepe Rubianes, me hace mucha gracia, pero cuando se pone en plan [117] trascendental o reivindicativo no me gusta y para mí mea fuera de tiesto como Pedrito Ruiz». Yo pensé que este comentario no te agradaría. ¿No ha pensado que estas opiniones suyas algo faltas de matiz, con este verbo tan bonito que Dios le ha dado, le hacen quedar mal y van en contra suyo?

-En televisión va todo muy rápido y no se puede matizar nada. Hay un tiempo marcado y no te puedes extender y entonces queda todo confuso. Con la experiencia procuro sintetizar y si es un debate, según veo a la persona, ya no pierdo el tiempo discutiendo con ella, pero a veces te preguntan directamente y digo lo que me parece acerca de que la pareja es un aburrimiento o que no me gustan los críos. No lo digo para impresionar a nadie, tengo mi vida como muestra: soltero y con pocas ganas de compromiso. [118] [119]

Volver Siguiente

De Genís Hernández a Fidel Castro

Sitges, lunes de Pascua por la noche. Los domingueros acaban de desaparecer. Nos encontramos en la terraza de un bar. La cita ha sido de las de gincana. Errores de horario y de ubicación, esperas para el señor Rubianes, que «si no te acuerdas que habíamos quedado», que «sí, perdona, pero iba confundido...» El talante comprensivo del señor Rubianes, convierte en anécdota este pequeño contratiempo.

-Usted pasa aquí muchas horas. Me comentaba que descansa muy bien en Sitges.

-Para mí es un lugar de una extraordinaria belleza y me proporciona un gran relajo. Es un sitio que te enamora y no me extraña que la gente se quede colgada con este pueblo.

Bajo mi punto de vista sólo le pondría una pega: el tipo de veraneante que acude a Sitges. En un gran tanto por ciento esta formado por gente mayor bastante apijotada, señores que se les ve que «les va bien la vida», se nota en sus ademanes. O sea, que hay bastante imbécil por la calle, por decírselo de alguna forma. Es el único punto negro que le pondría a la historia.

-¿Tantos pijos hay?

-Sí, hombre. Éste es un lugar de alta pijería. Sólo tiene que mirar las casas que hay por ahí. Ahora no se nota porque estamos en el centro del pueblo y ellos andan por las zonas residenciales.

-Yo lo que veo son muchos homosexuales, pero pijos no he visto.

-Pues hay un mogollón. Concéntrese. No mire tanto a los mariquitas y esté más por los pijines.

-¿Quiere decir que entre los homosexuales no hay ningún pijo? [120]

-Vaya observando y me informa. Tenga en cuenta que dentro de la movida mariconil, Sitges está considerado, con Río de Janeiro y la isla de Mykonos, uno de los sitios de encuentro de la homosexualidad internacional.

-¿Le molesta a usted?

-A mí no. Es una gente que va a su bola, están aquí a su historia. Se meten, a lo mejor con ellos, pero ellos van a lo suyo. En cambio, el pijo es aparentemente más suave, pero su aspecto es ya la agresividad, tienen cara de perro de mala leche.

-Usted siempre con sus luchas sociales a cuestas.

-No, hombre, no. Tampoco voy de Che Guevara por la vida, pero los ves y algo te sienta mal. No es precisamente una visión bucólica. El pijo joven con su vocecita engolada y el pijo viejo, con su aspecto pseudoaristocrático, totalmente pasado de moda, resulta patético.

-El dominguero, ¿no le molesta?

-A mí, el dominguero, no. Viene con transistor, novia, va a la playa, se queda allí y pasea poco.

-Además, como usted no va a la playa.

-No, a la playa no voy. He visitado las mejores playas del mundo y no me he bañado nunca. Me habré bañado dos o tres veces en la vida.

-Felizmente se ducha usted dos veces al día. ¿Qué pasa con la playa? ¿Le molesta enseñar el torso?

-No, lo que pasa es que no soy hombre de playa. Me parece que ya le he comentado que cuando voy con alguien aprovecho para hacer ejercicio, para correr un poco, porque no soporto estar tumbado al sol. Me aburre soberanamente.

-La playa es para tomar el sol y también para bañarse, hay que bañarse.

-Ya le he dicho que me ducho, pero también me baño. Cuando voy a correr, me meto en el agua y me refresco un poquito, pero no soy de los de la toalla, la cremita y el espejito para obtener el «moreno Julio Iglesias».

-Usted siempre con estos reflejos espartanos de no estar para disfrutes sino mojarse, refrescarse y seguir con su tabla gimnástica (Risas...). Fíjese, señor Rubianes, volviendo a lo del mariconeo, una pareja mixta, ortodoxa, que se nos ha sentado al lado y él con una pluma de espanto. [121]

-Se contagia del ambiente (Risas...).

-A usted no le preocupa ahora que está sentado conmigo que sus fans puedan pensar: «Mira, el Rubianes, también entiende».

-No se moleste, señor Flavià, pero si un día me lanzo me lo buscaré más jovencito y sobre todo con menos kilos, de peso claro está, y un poquito más de pelo (Risas...).

-Algún comentario habrá surgido de alguna mariquita mala: «Qué hará Pepe Rubianes en Sitges y solo...»

-Me acuerdo que me encontré un día a un compañero de profesión que lo es en una terraza de la calle Dos de Mayo, popularmente conocida como calle del Pecado, cosa que a los suburenses les sienta fatal...

-Ah, sí. ¿Por qué?

-Pues exactamente no lo sé, pero amistades de aquí me lo han comentado... Pues bien, me encontré con este compañero y «Pepe, siéntate», tomamos una copa y tal y me di cuenta que estaba rodeado de mariquitas, no fallaba ni uno.

Al cabo de un rato, ya me había ido del bar, y un amigo de la profesión, de Sitges, me comentó que en otro bar le habían preguntado: «Oye, el Rubianes entiende, ¿no?». Y mi amigo contestó: «Que yo sepa, no». «Anda que no», le contestó la mariquita.

Esto es un pueblo y todo se sabe, pero vamos, no me preocupa que piensen si soy o no maricón. Algún venazo sí que lo tengo (Risas...).

-Tiene la vena que dicen tenemos todos. Desde luego, esto es un constante desfile de «locas».

-Huy, sí. Hoy estaba con una amiga mía...

-Se refiere a una mujer...

-Claro, hombre, claro.

-Es que ya una, perdón uno, se hace un lío (Risas...).

-Pues bien, en el restaurante con la amiga había sentado, en frente nuestro una mariquita, tan mariquita que parecía que se iba a romper, era ya cincuentañera y pensaba como venga «un cop d'aire», se lo lleva.

-Un día estaba yo cenando y había unos moñas que molestaban bastante.

-¿Dónde? [122]

-Ahí, en un restaurante al que va usted a veces. Había una maricona extranjera acompañada de dos o tres más que iba gritando al camarero «Eggs» que, como usted bien sabe, en inglés significa huevos y pegaba unas voces en su afán exhibicionista que incordiaban muchísimo... Pero usted se lo perdona todo.

-Hostia, no me acuerdo...

-Es que usted no estaba, le estoy explicando, con su permiso, lo que me pasó a mí.

-Ah, que lo vivió usted.

-Sí, un mariquita extranjero, bueno ya era una carroza, que pegaba berridos por todo el restaurante.

-Lo jodido de los extranjeros es que ellos gritan mucho aquí, pero haces lo mismo en su país y te echan toda la policía encima. Las democracias europeas funcionan así, como montes un griterío en un restaurante alemán o en Bélgica, Holanda o Suiza, no veas la que te puede caer: te muelen a palos. En cambio ellos, vienen aquí... Y otra cosa quería comentarle...

-Comente, comente.

-El extranjero que vive aquí, le hablo concretamente de Sitges, no se molesta en aprender una sola palabra de castellano, no sé si usted que es tan sagaz lo habrá observado.

-Tendrían que aprender catalán.

-Bueno, catalán o castellano.

-Estamos en Catalunya, «som sis milions» (somos seis millones) y adictos al Jordi.

-Disculpe, ya sé que usted es ultra catalanista.

-Como dijo una vez Terenci Moix, en una de sus pocas frases brillantes, en una entrevista en la revista *Destino,* donde escribía su estimado Josep Pla, yo soy catalán, aunque no me guste Montserrat, el Barça y, mucho menos, la butifarra con mongetes. De todos modos para qué tienen que aprender nuestra lengua, si ellos con la suya van de guapos y les entiende todo el mundo. «Qui paga, mana». Descendemos de los fenicios.

-En verdad le digo «en verdad en verdad os digo», que decía el Maestro, que estas actitudes reflejan la clase de turismo que nos llega: unos catetos que te cagas, catetos educados, pero catetos a fin y al cabo.

-Usted qué espera de la masa, señor Rubianes, siempre con este concepto tan alto de la naturaleza humana. ¿Qué espera de [123] un obrero francés?

-Yo sé que el obrero español cuando va por el mundo, se espabila, no sé como se lo hace, pero se espabila para...

-Cree que el obrero español viaja mucho por el mundo.

-Intenta espabilarse, trata de que le entiendan...

-Y dónde ha visto obreros españoles, ¿en Vietnam, en Filipinas?

-Yo he visto gente por ahí y se preocupa. No le falta el librillo de inglés para decir dos palabras y lograr entenderse, eso no quita que vaya mucho capullo, como los extranjeros que vienen por aquí.

-¿Con su inglés va a todos lados?

-Hombre, poco a poco y con la práctica lo he ido cogiendo.

-Si sabe inglés puede ir a todos los sitios sin problemas.

-Si voy a Alemania, aprendo alguna palabra para saber la carta de los restaurantes.

-Al obrero español, donde lo habrá visto, será en Cuba, claro, a vivir el mito...

-Perdone que le diga, pero cuando yo estaba en Cuba, aún no había turismo. Imagínese que yo era de los dos o tres extranjeros que había en La Habana.

-¿Qué me dice, alternaba con Hemingway o qué?

-No, hombre, no. No estuve en los años 50, estuve en los 80. El turismo en Cuba empezó en el 85, tirando más bien al 90 el turismo masivo. En mi época lo que había era mucho técnico, mucha gente que iba a trabajar.

-¿Ha presenciado lo que hace el obrero español cuando va a Cuba? Ya sabe a lo que me refiero.

-Sí, hombre, claro.

-Lo que hacía usted, lo mismo.

-Disculpe que le diga, yo vivía en Cuba. No iba a follar a Cuba.

-Perdone, pero yo no he usado esta palabra.

-Vivía allí, alternaba, incluso trabajaba, lo que me permitía tener acceso a la vida cubana cotidiana, cosa que la gente que va quince días no tiene. Eso de ahora, gente que va a un «Todo a 100» a comprar un stock de perfumes y jabones y van a Cuba a eso, no lo llegué a vivir, sólo vi algún caso de gente de Iberia. [124]

-A usted quizás no le ha hecho falta, porque ha hecho el amor en todos los rincones del planeta. Bien parecido, no necesita hacer tantos kilómetros...

-Ésta es la mentalidad del capitalismo salvaje, por decirlo de alguna forma, aprovecharse de la necesidad del otro para sacar fruto.

-¿Cree que esto es aprovecharse?

-Hombre, descaradamente, vas con dólares, con regalos y eres una especie de Rey Midas y que la gente que haga esto, pues lo veo muy triste, ¿no?

-Más triste es lo que pasa aquí, me decía un amigo del Club Natación Barcelona, del que creo es usted socio. Este consocio de unos cincuenta años se fue a Cuba y el primer día, él que es feito y de pueblo, se lo hizo con tres, eso sí, por separado.

-Y con veinte, si hubiese querido.

-Hombre, con veinte no creo, a no ser que mi amigo, que no me consta, posea varios atributos masculinos... Me comentaba que, a la vuelta de Cuba, llamó a una amiga cuarentona (las cubanas eran veinteañeras), la invitó a cenar y le dijo para ir a dormir. La otra se hizo la estrecha y le mandó a la mierda. Ésta loco por volver al Caribe.

Hay una parte criticable, desde luego, que es el mercantilismo que usted expresa, pero, por otra parte, con el hambre que pasamos esto constituye un paraíso, ¿no? Encontrarte con gente tan amable que te da el cuerpo y tantas cosas.

-Bueno, dentro de esta frivolidad y de toda esta historia, no le negaré que pueden salir historias de amor acojonantes, supongo... Yo, perdóneme, pero jamás en mi vida me casaría con una cubana. Ellas mismas me lo decían, cuando vivía en Cuba: «Chico, somos putas. Nos gusta mucho el bacilón, mi hermano».

-Por lo menos a aquella gente le gusta follar. No van con la mojigatería occidental, no digamos española. Aquí, como en el chiste, follar no es pecado, ¡es un milagro!

-Los cubanos, cuando conocen a alguien dicen: primero chingar y después hablar.

-Eso debería ser lo más normal del mundo, ¿no?

-Sí, porque follar le gusta a todo el mundo. No he conocido a nadie que no le guste. Es el placer rey del hombre y, desgraciadamente, [125] el que menos practica. En Cuba hay una mezcla de etnias impresionante, con predominio de la raza negra, que es mucho más liberal que la blanca, mucho más libre, más vital, con más energía... y su filosofía es no privarse de lo que les gusta y cuando un español va a Cuba es un poco como irse de putas y cuidado que yo no critico el irse de putas.

-Porque supongo que alguna vez habrá ido de putas.

-Sí, sí, claro que he ido. Lo que no me entusiasma son estas excursiones horteras y obsesivas para ir a follar a Cuba.

-Pero si le damos la vuelta al tema, vemos que esto refleja la miseria sexual que vivimos aquí, que de normalidad sexual, nada, porque esta riada que va a Cuba, al margen de un talante ético discutible, ¿qué demuestra?

-Hombre, la mierda de sociedad en que vivimos y la porquería de vida que llevamos.

-Que un tío para pegar un polvo tenga que hacer ocho mil kilómetros, ya me explicará.

-Pero es que es más que pegar un polvo, lo he observado y vivido en muchos casos, no con el boom de ahora. La historia es cómo te tratan. Te tratan con mucho cariño, la gente recibe el cariño que aquí no se le da. Yo vi en Cuba a un grupo de jóvenes del P.S.C. y, coño, veía a aquellas tremendas mulatas cubanas, ligando con toda aquella juventud catalana y era un espectáculo. Recuerdo a uno de Santa Perpetua de la Mogoda, creo que era, que no medía más de metro y medio de estatura, con aspecto de simio y unas chirucas que no le cabían en los pies y cara de «Visca Catalunya» que, agarrado a la mulata en un cabaret, gritaba desesperadamente: «Hacedme una foto, hacedme una foto para enmarcar y poner en la puerta de mi casa». Aquel tipo estaba colgado, pero colgado de verdad y yo conocía a la negra con la que estaba y le puedo asegurar que estaba encandilada con él. Este hombre sufrió una transformación en su vida, nunca mejor dicho, se le apareció la Virgen.

Aquel tío, que supongo sería el hazmerreír de las chicas de su pueblo, de repente se encontró con una mujer de bandera, que estaba encantada con él y que no estaba para nadie más. Cuando se fue nuestro héroe se ligaría a otro, pero recuerdo que hablaba de él, que si era un gallego, allí a todos les llaman gallegos, de gran sensibilidad. Nunca le oí decir: «el monito ese». [126] Una amiga sí decía: «era feo del carajo», pero ella contestaba: «pero muy interesante, muy interesante».

Ellas estaban hartas de ir con guapos perfumados, con la cadenita de oro colgando, tipo piloto de Iberia. Y el tío necesitado de un amor y un cariño, que seguro que en su pueblo no había tenido nunca, se encontró en Cuba bien tratado, bien follado, bien arreglado a cambio de comprar unas medias a la mulata.

Después, creo que se escribieron y ella me comentó que le había propuesto irse a su pueblo. Imagínate aquella tremenda mulata en un pueblecito de Catalunya, ¡menudo escándalo! Ella le agradeció mucho su ofrecimiento, pero sin Cuba, no podía vivir. Y no me extrañaría nada que el tío se haya ido para Cuba o se vaya a la que pueda.

-Seguramente será lo más importante que le haya pasado a este señor en su vida...

-Supongo que sí.

-Yo conozco a unos cuarentones que han estado en Cuba y pronuncias la palabra Cuba y los ojos les brillan.

-Es que además en La Habana te diviertes mucho.

-A uno de esos que han estado en Cuba le hago un ejercicio que no falla nunca y consiste en preguntarle cosas de Cuba y es capaz de contarme lo mismo quinientas veces. «Pero, bueno, allí se liga o no». Y él: «Que si se liga, ¡no paras!» «Pero ¿están buenas las mulatas?» Y él, otra vez, como un loco: «Están buenísimas», con una carita de pena que pone al recordarlo...

-Tendría que ver las caras en el avión de vuelta a España, unas caras de felicidad... Todo el mundo va bien follado, es un vuelo bien follado. Vienen todos con cara de pan y cara de tristeza, jodidos, porque tienen que volver por el motivo que sea, pero se les nota en la expresión cara de relajo. Los únicos que vuelven amargados son los que van con la novia o con la mujer por lo que se han perdido.

-Les importa una mierda que se caiga el avión.

-Es que es otro mundo, aquella manera de moverse, de hablar, de ser... También hay una cosa curiosa, no existen las clases sociales, lo que considero un buen fenómeno. Todo el mundo es igual, no hay nadie que sea más, ni nadie que sea menos, no existe el pijo, el que le va bien la vida, «a los cubanos [127] nos va mal a todos», decían. Esto crea una «germanor» (fraternidad), como, había, me parece, en España después de la Guerra Civil, salvo los cuatro desaprensivos que se beneficiaban de la historia. Yo recuerdo, de niño en los años 50, que no había tantas diferencias y la gente era mucho más afectuosa, más cariñosa, más abierta. Aquí ha habido un progreso mal entendido, progreso económico pero no progreso cultural, que para mí es el importante y ha afectado negativamente en el alma de la gente...

En cambio el cubano está en la fase de gente noble, gente abierta... Cuidado, piensas que estás saliendo con una chica blanca, pero su abuela es negra, y un negro en la familia marca mucho, es una filosofía diferente... Me acuerdo que tuve una novia mulata, que tenía unos abuelos blancos y otros negros. Me invitó un día a cenar con los abuelos blancos que eran descendientes de gallegos y querían ser un poco europeos, aquello de: «Pepe, quieres un poco más de...» Iban de finos y luego fui a casa de los abuelos negros y aquello era una locura. Con un negrito pequeño, Ramón, que era malísimo: «Ramón estate quieto», le decía su abuela, una negra gorda, con una risa escandalosa que contagiaba. Yo me lo pasé mejor con los abuelos negros, con los que me descojoné de risa y luego con los «ronsitos», empezaron a tocar la conga. Total que la cena acabó a las siete de la mañana, cantando la abuela canciones preciosas de la Cuba antigua.

La gente en Cuba es abierta, hay muy buen rollo por la calle. Allí todo el mundo te saluda y te ríes un montón. Las mujeres hasta te piropean. Esto yo no lo había vivido nunca y me impactó mucho: «adiós guapo, adiós mamey». Mamey es una fruta muy buena. Yo fui allí para quince días y me quedé un año. Vivía bien y me dije: «Aquí me quedo» y eso que Albert Boadella me había conseguido una beca para ir a Francia a la prestigiosa escuela de teatro de Jacques Lecoq. Vi aquello y dije: «Aquí he encontrado mi vida, he vuelto a nacer otra vez».

-Abandonó a Lecoq y su prometedora carrera teatral: «Muy agradecido, pero me quedo con las mulatas».

-Pues mire usted el fruto que le he sacado a mi experiencia cubana.

-Eso le iba a decir. Teatralmente igual le ha ido mejor que con la escuela de Lecoq. [128]

-Yo he viajado por todo el mundo y no he vuelto a encontrar, a sentir en ningún país del mundo la misma sensación que sentí en Cuba. Quizás Egipto sea otro país que me tiene enganchado, como Kenia, pero la fuerza que tuvo Cuba y el impacto que me produjo no lo he vuelto a sentir nunca más. Son los tres países del mundo que cuando estoy ofuscado, cosa que me ocurre bastantes veces, paso por mi mente como películas y me relaja pensar en ellos.

-Ahora conocí a un grupo de gente que se dedican a recoger ayuda humanitaria para Cuba. Lápices, libretas, lo que sea. Y con la cosa de entregar el material, se van diez o quince, para quizás ver el otro material y es que la gente no sabe cómo montárselo para ir a Cuba.

-A la que pueden, se apuntan todos. Hay gente que me dice que quiere ir con la novia o con la mujer y yo les digo: «No seas gilipollas, vete solo». La gente no sabe ir sola por el mundo. Y otros que se tiran para atrás. Una vez estuve en Cuba con un amigo mío, del que no voy a citar su nombre por respeto a su intimidad y se enamoró tremendamente de una cubana. Él tenía en España su vida estabilizada, con mujer, y por un momento decidió quedarse en Cuba, pero luego se acojonó y continuó como antes del viaje...

-O sea, muerto de asco.

-Lo que le puedo asegurar es que en Cuba vives emociones diarias. Allí, como están locos, cada día pasa algo, aquello no es normal y además gritan por cualquier cosa: «¡Ay, lo que pasó!» y te cuentan cincuenta veces la historia. A todos mis amigos les recomiendo que a la que puedan vayan a conocer aquello, la isla es un regalo para el espíritu.

-Tal vez se produce la paradoja de que los que teóricamente van a ayudar al país, resulta que los arreglan a ellos. El europeo va a ayudar, en plan cooperación, y encima le ayudan a él. Porque, ¿cómo veía la vida del país, la situación política?

-Lo veía jodido, en la época que estuve todavía aparecía la Unión Soviética como madre protectora. La revolución cubana ha sido muy puteada, empezando por su vecino el amigo americano. Ha sido una revolución torpedeada continuamente, lo cual no ha permitido una evolución normal y ha creado muchos problemas en Cuba. Yo me pregunto a veces, ahora que nadie [129] apoya a Fidel Castro, si tanto odio tiene el cubano a Fidel Castro, ¿quién mantiene a Fidel?

-Bueno, en España, su paisano Franco también aguantó lo suyo.

-Sí, pero Franco estaba protegido por el gran capital, pero en Cuba no es así, entonces, ¿quién mantiene a Fidel? Algo le tienen que querer, vale que hay una población que quiere irse, pero yo vivía allí y había gente que estaba encantada con Fidel. Recuerdo allí, siempre lo tengo en la cabeza, a un negro, un vecino mío de Cojimar de unos setenta años que me decía: «Chico, yo no soy fidelista, pero hay que reconocer una cosa. Hace treinta años, en la época de Batista, un negro en Cuba podía aspirar a limpiabotas, a conserje de hotel, personal de servicio. Hoy mi hija es médico y mi hijo abogado. Esto en Cuba era impensable y este maricón me los ha hecho médico y abogado. Yo, a pesar de lo duro que es, le tengo que dar mi agradecimiento por haberme subido de status». La revolución cubana tiene cosas muy buenas y cosas malas, como en todos lados, pero Fidel resiste.

-Hoy precisamente el periódico publicaba cómo su presidente Aznar ha cortado la ayuda a Cuba y el vicepresidente de Estados Unidos, Gore, le ha felicitado.

-Hombre, ¿cómo no la va a cortar? Pero bueno, ¿qué quiere que haga este hombre? No me extraña que un personaje lamentable como José María Aznar...

-Perdone, usted tiene que respetar a los que han votado al presidente del Gobierno.

-Pero bueno, le puedo criticar, no me fastidie. Yo, lógicamente, no he votado a este señor, pero tampoco cojo el fusil y me voy a la Sierra de Gredos a levantarme contra él, pero le puedo criticar...

-Pero no insultar, «personaje» tiene un cariz despectivo...

-Puedo decir que no me interesa para nada. Es un chicharelo, como dicen los catalanes. Pero es curioso, un personaje cruel y vandálico como Franco no rompió con Cuba. España fue uno de los pocos países que mantuvo relaciones.

-Su amigo Manuel Fraga, tiene una gran amistad con Fidel.

-Sí. Aznar hará lo que le digan, pero Fraga tiene personalidad. [130]

-Se le nota que le gusta Fraga.

-Como ya le dije, me atrae más Fraga, como personaje político, y eso que no comulgo con él, pero le tengo respeto. Él defiende sus ideas a capa y espada, como yo defiendo las mías.

-Usted tiene que agradecer a Cuba entre otras cosas que allí empezó a trabajar, conoció a «Titina» que nos la presentó en *PAY-PAY* y al «Niño Bueno» que salió en su segundo espectáculo *¡ÑO...!*

-Yo le tengo que agradecer a Cuba el haber vuelto a nacer. A mí se me apareció la Virgen en Cuba. Como a aquel chico de Santa Perpetua de la Mogoda, vi otra vida, descubrí otra cosa, me dio un giro la vida.

-La primera vez que trabajó solo en un escenario fue en Cuba... Pero antes, según dice en uno de sus espectáculos, trabajó en el Tropicana de bailarín.

-Sí, esto forma parte del anecdotario teatral, no me gusta profundizar en este tema.

-Porque esto pone de manifiesto su confusión entre verdad y mentira, realidad y fantasía. Parece cuando lo cuenta, que no lo tiene claro ni usted.

-¿Me permite que estos temas los dejemos en el aire? Con su misterio, porque si no pierden la gracia.

-Dejémoslo en el aire, si no sería como un mago que enseñara el truco.

-Si alguien se quiere creer que yo he trabajado de bailarín en el Tropicana, con el tanga y los manguitos, ¿por qué le va a quitar la ilusión, hombre de Dios?

-Por lo menos tiene usted la sencillez de decir que trabajaba en tanga y en la tercera fila.

-Sé que es usted un defensor de la verdad a ultranza, pero no se puede ir por ahí rompiendo ilusiones. Es como si yo tengo mitificado a Frank Sinatra y usted me está diciendo todo el día que Frank Sinatra tiene almorranas. Me está enturbiando la imagen del señor Sinatra.

-Bueno, aparte del Tropicana, ¿dónde trabajó?

-En un cabaret que se llamaba Atellier, gracias a un amigo mío, Rudy Casanovas, que estaba allí de cantante. Salía a explicar mis números, durante los descansos o los cambios de [131] atracciones en el cabaret. Y también tenía mucho éxito en las tertulias caseras en casa de Gonzalo, un amigo mío, a las que se apuntaba todo el mundo.

En Cuba pasa una cosa que en España se ha perdido, ibas a casa de la gente sin avisar. Yo iba a casa de fulano y no tenía que telefonear previamente como hacemos aquí. Ni loco puedes en Barcelona, por mucha amistad o intimidad que tengas con alguien, presentarte en su casa de golpe. Te presentas y a lo mejor molestas. En Cuba pasabas por la calle y decías voy a subir a ver a fulano y siempre, se lo puedo asegurar, siempre era bienvenido. No importaba la hora que fuese, incluso a las dos de la mañana, se levantaba el amigo y la tortillita a la francesa y el *ronsito* siempre estaba. Nunca había visto hacer una fiesta en casa y pedir permiso al vecino. Aquí no se te ocurra montar un guateque en tu casa sin avisar al vecino.

-Si no pides permiso, los primeros «invitados» son la «Guardia Urbana».

-Sí, los primeros, exactamente. En Cuba se hace una fiesta y el vecino viene solo, no hace falta que le invites. Pero viene el de arriba, el de abajo, el de al lado, todos vienen a tomarse algo y una cosa vi clara: la música no le molesta a nadie. A las seis de la mañana, la música a tope y no hay gente de esa «por favor, pueden bajar la música». Al revés: «dale volumen, mi hermano».

Al regreso de Cuba, después de un año de estancia, recuerdo que fui a ver a un íntimo amigo a su casa, sin avisar, y se quedó como «qué haces aquí..., me has cogido...., no puedes venir luego, es que ahora no puedo...». Igual el tío no estaba haciendo nada, pero se sintió como avasallado en su intimidad...

-Hoy ya se teme que una visita se convierta en un problema. Es como cuando le dicen: «quiero hablar contigo». Nadie quiere hablar para dar algo bueno. Cuando la gente quiere hablar contigo, a no ser de trabajo, que se ve a la legua, normalmente es para pedir algo, que acostumbra a ser dinero. Y cuando llaman al timbre, nunca es para nada interesante: un testigo de Jehová, correo comercial, uno que se equivoca de piso...

-El cartero para no cansarse y tener que esperar, toca todos los timbres a la vez. Molesta a toda la escalera para acabar antes su trabajo. Pero, cuando llaman por sorpresa, abro con sigilo la persiana, procuro encaramarme para ver quién es y no [132] recibir visitas inoportunas.

-Aquí, en Occidente, estamos quemados, es lo de su amigo Sartre, el otro como molestia, «el infierno es el otro» y en Cuba hay una visión más sana, más vital. El otro como hermano, el que da alegría.

-Es que la visita intempestiva te viene a pedir algo.

-Antes se decía visita inoportuna. Ahora no hace falta aclararlo: todas las visitas lo son.

-Aunque sea la familia. Vienen tus padres a verte y tienen que avisarte también: «Oye, que vamos a ir». Pasaremos a verte y dices que no te va bien aunque estés en casa sin nada que hacer.

-El tipo de vida cubano debe ser paradisíaco, te sientes acogido, amado, feliz. Esto me recuerda un poco aquella inocencia que veían los guiris en nosotros, al principio del turismo en los años 60, que veían en España mucha alegría.

-Muchos extranjeros se querían quedar a vivir aquí.

-Cuando intuíamos que un extranjero buscaba alguna dirección aparecían diez tíos para darle explicaciones.

-Me acuerdo de niño en unas vacaciones en Villagarcía que había una pareja de hippies haciendo autostop en la carretera y medio pueblo fue a llevarles cosas, que si empanadas, vino y decían «povriños, pobrecitos, tan jóvenes y en la carretera» y la pareja, aturdida, no entendía nada e iba dando las gracias.

-Ahora es casi imposible hablar por teléfono con alguien en su trabajo. Si no le interesa te responde permanentemente la secretaria: «Está reunido».

-Casi todo el mundo tiene el contestador automático puesto. Es el filtro.

-La muralla, la secretaria casera.

-Sí, todo el mundo, es muy raro telefonear a alguien y que te conteste directamente. Está el contestador todo el día puesto. Y como estés esperando una llamada y te telefonee otro, lo despachas aunque sea el amigo más íntimo y lleves tres años sin verle: «Pepe, qué quieres», le contestas tajante.

-Los hay más radicales, que colocan la gran muralla y no tienen ni teléfono. Aunque no puedan evitar, al salir a la calle, que alguien se les dirija y si sólo quiere fuego, pueden darse por satisfechos.

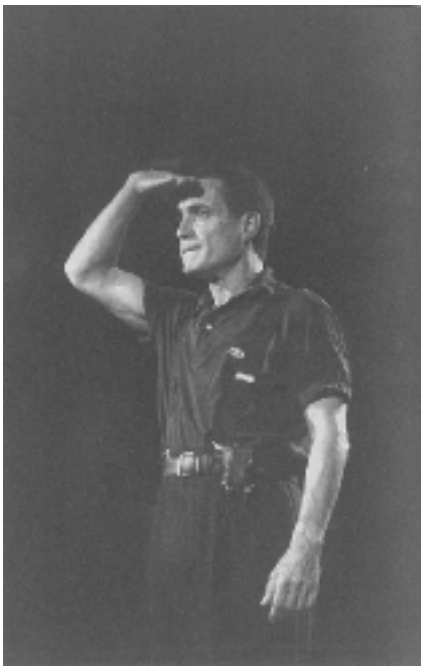
-Pues yo, además de las molestias normales, desde que [133] salgo en televisión, sufro las acometidas del público como ya le he explicado antes. Hay famosos a los que no les importa quedarse encerrados en casa. Pero yo soy un tío de la calle, sin la calle no puedo vivir, soy incapaz de quedarme en el balcón mirando cómo pasa la gente por la calle. Le puedo asegurar que si no pudiera pasear, me suicidaba.

-Es usted un solitario que vive entre la multitud.

-Sí, yo creo que sí. [134] [135]

Volver Siguiente

Gaspar García Laviana



-Bien, señor Flavià, usted dirá.

-Ante todo, buenos días.

-Buenos días en esta soleada mañana de Sitges, descansando del ajetreo de estos días de fiesta, pues estaba esto lleno de gente, a rebosar.

-¿Se han ido ya los pijos aquellos que tanto le molestaban?

-Sí. El escarabajo pelotero ha hecho la pelota y se va.

-¿Quiere decir que estos señores están trabajando?

-No creo, siempre tienen planes y estarán tomando algo.

-Es la primera vez que me atiende a esta hora, tan temprano.

-Yo, perdone que le diga, soy una persona que acostumbra a madrugar mucho.

-¿Qué quiere decir mucho? O se madruga o no se madruga.

-Acostumbro a levantarme pronto, hago mi tabla de ejercicio, que por cierto hoy no he hecho debido a la emoción que sentía de encontrarme con usted (Risas...). La alta responsabilidad que suponen estas entrevistas. Me he encontrado a mi amigo José Manuel Gómez y he estado departiendo con él a lo largo y ancho de Sitges.

-¿Habla mucho al cabo del día?

-Hablo mucho y digo poco.

-Habla mucho y dice poco. ¡Qué modestia!¡Qué humildad! (Risas...).

-Hay quien habla y hace, quien habla y dice y quien dice y no habla.

-Vaya crucigrama más profundo... Dígame de alguien en su vida que haya hablado y hecho. [136]

-Alguien que haya hablado y hecho... Muchísima gente.

-Dígame uno.

-Amigo mío o personaje.

-Hombre, alguien que tenga que ver con su vida, no le voy a preguntar por El Cid Campeador.

-Mucha gente, por ejemplo, usted.

-No, no, yo no. Olvídese, por favor, de este modesto entrevistador. Escarbe en su vida.

-Hombre, mucha gente. Bozzo es uno, yo que sé, mi padre. Ahora me hace bailar.

-Una persona que tal vez haya influido en su juventud.

-¿Que haya influido en mi juventud?

-Sí, su ejemplo.

-¡Ah!, sí, ahora caigo.

-¿Ahora cae?

-Va usted barriendo hacia su portal: el padre Gaspar García Laviana. Tuve la suerte de conocerle en sexto de bachillerato o preuniversitario. Era costumbre en aquella época traer un sacerdote para hacer ejercicios espirituales.

-¿Hacía usted ejercicios espirituales?

-Sí, en la punta del capullo. Entonces había dos modalidades. Una que te llevaban a un convento, creo recordar a una casa religiosa, y estabas allí una semanita de ejercicios y la gente iba allí con la botella de coñac y..

-Perdone, señor Rubianes, mire que tía más buena está pasando. ¿Cómo ve este ejercicio?

-Muy bien. Todo lo que sea ejercicio lo veo muy bien (Risas...) Pues estos ejercicios se tomaban un poco en plan de juerga. Entonces el Colegio S.I.L..., que era un colegio de pago, ya sé que usted fue a un colegio público, yo fui a un colegio de pago mientras que usted era carne de instituto, ¿no? (Risas...)

-Yo hice el preuniversitario en el Instituto Milà i Fontanals.

-No, no. ¿El bachillerato lo hizo en un colegio de pago o del Estado?

-Por desgracia, de pago. Los Hermanos Maristas de la calle Valencia. No tenía que ir como usted cada día de excursión hasta el Tibidabo. También le podían haber pagado el colegio al lado de su casa. Le imagino subiendo por las Ramblas...

-Tenía quince años y esto no me suponía ningún esfuerzo [137] y encima me ahorraba el dinero que me daba mi padre para el metro y el tren de Sarriá.

-Qué hacía, ¿colarse en el metro?

-No, iba y volvía andando.

-¡Qué dice! ¿Andando de las Ramblas hasta el tranvía azul?

-Así hacia ejercicio.

-Buenos zapatos usaría. Y volviendo ahora que lo dice, a los ejercicios...

-Sí, pues nos trajeron a un sacerdote, joven, creo recordar que era jesuita.

-Me parece que está confundido. Pertenecía a una de esas órdenes religiosas de segunda división.

-Bueno, pues vino este hombre, fuerte, de buena planta, encantador. Recuerdo que en aquella época se murió su madre y nos lo contó. La muerte de la madre era algo que nos quedaba a todos lejos, nuestras madres eran muy jóvenes y hablaba de la pérdida de un ser querido: «Disculpen mi tristeza» y ya nos llamó la atención, porque no era un lenguaje habitual para un profesor. Nos hablaba de los Beatles, de los Rolling Stones, de una serie de cosas que ocurrían en el mundo.

-Perdone, señor Rubianes, ¿qué clase de ejercicios eran estos? Los Beatles, los Rolling Stones...

-Sí, bueno. Era un enfoque moderno del tema. Nos hablaba de Jesucristo, como personaje revolucionario, no nos obligaba a ir a misa, lo que nos llamaba la atención. Nos hacía escribir redacciones para ver la vena poética que teníamos cada uno y, por cierto, a mí me felicitó.

-¿Por su vena poética?

-Sí. Por las redacciones. Sobre el tema que se tocaba teníamos que escribir un par de páginas. Hacer un poco de lectura poética o filosófica de la charla que habíamos tenido.

-Usted ya apuntaba el creador que sería más tarde.

-No le diré que no, porque me dijo un día: «Escribes muy bien, Rubianes». Nos hacía escuchar las canciones de Bob Dylan, nos traducía las letras y poco a poco nos fuimos encariñando con él y era pasión lo que sentíamos los alumnos por aquel sacerdote.

El súmmum de la historia fue el día que nos llevó a toda la clase a cenar a l'Agut. Fue la primera vez que iba a cenar a un [138] restaurante. Bebimos vino con autorización de la familia y él pagó todo. Nos invitó, porque al día siguiente se iba hacia Sudamérica en su condición de misionero, en la línea de la, más tarde, llamada teología de la liberación, pues él ya criticaba a Franco. Sólo, curiosamente, recuerdo hablar mal de Franco en aquella época al Padre Santamaría y al Padre Gaspar García Laviana.

-¿De que año me habla?

-Le hablo del 64-65. Le puedo asegurar que uno de los momentos más tristes de mi vida fue el de la marcha del Padre Gaspar. Se me cayeron las lagrimas, después de la cena, en la despedida... No volví a saber más de él hasta que un día, hace ya unos años, leí en una revista que hablaban de un sacerdote guerrillero español, bueno ex-sacerdote, integrado en el ejército sandinista, héroe de la toma de Managua, en la que murió. Era uno de los comandantes de la revolución nicaragüense. Entonces vi la foto y ¡coño! era el Padre García Laviana con unos años más.

-¿Y lo reconoció en la foto?

-Sí, estaba cambiado. Llevaba barba y una boina de comandante con la estrella y todo el rollo. Después ya me empece a interesar por la historia. Por lo visto, era un héroe nacional nicaragüense y me emocioné mucho. Tal como lo recordaba no me extraña que acabara así, tomando partido por los pobres, con la miseria que existe en aquellos países. Había colgado la sotana y se había comprometido con la lucha armada.

-En la línea de la teología de la liberación, del franciscano Leonard Boff y del obispo catalán Pere Casaldáliga, natural de Vic y que está amenazado de muerte.

-Sí, sí. Era de esta movida. En Managua tiene una avenida con su nombre, que he visto, y un amigo nicaragüense tuvo el detalle de mandarme un escrito de Laviana. Una reflexión sobre Nicaragua. No llegó a ver la victoria sandinista, porque murió en el último combate. Eso me hizo coger un asco terrible a los sacerdotes de aquí, cuando los veía gordos y sebosos. Yo recuerdo al Padre Laviana, tipo Jesucristo, no sé cómo decirle.

-¿También conoció usted a Jesucristo?

-No, hombre (Risas...). Me refiero a la imagen típica de Jesucristo, delgado y con barba... Era otra imagen de sacerdote, [139] no usaba sotana, aunque era obligatorio llevarla. El día que vino a cenar, vino de paisano.

-A ver si después de la cena hizo alguna excursión.

-Podría ser.

-¿No lo vio con ninguna señorita?

-Laviana había estado implicado en el caso Favara y era amigo de los sacerdotes que protagonizaron una reivindicación en favor de los agricultores. Una vez nos presentó a uno de estos sacerdotes y, al parecer, alguno tenía novia.

-¿Qué dice? ¿No estará ofendiendo la memoria de estos señores que a lo mejor no tenían novia, ni tenían nada?

-Después me enteré que todo este grupo de Favara había dejado el ministerio y tienen mujer e hijos.

-¿Y usted cree que han hecho bien en dejar la Iglesia para casarse y formar una familia? Pues si la familia, según usted, es una mierda, ¿cómo debe ser la vida de sacerdote?

-Bueno, no sé, pero una persona que no tiene muy claro lo que está haciendo y lo deja, me parece muy normal.

-Sí, pero que lo deje para hacerse trapecista o una cosa más interesante...

-No lo dejarían para casarse. Lo dejarían por otro motivo más de corte filosófico.

-Yo creo que algunos lo habrán dejado para casarse pero, fíjese usted con todo el respeto del mundo que se merecen esos señores, dejar a Dios por una mujer, el absoluto por lo relativo.

-Perdone que le diga, pero para una persona que de pequeñito, como pasaba, lo meten o entra en un seminario y llega a la madurez virgen, como teóricamente tiene que ser la cosa, supongo que el conocimiento de una mujer puede ser toda una revolución en su forma de pensar. Quien pueda cometer la estupidez de dejar una historia por casarse...

-La vuelve a cagar.

-Y quién no lo ha hecho. Ellos son libres de cagarla como todo dios. Quiero decir que se lo planteen así, de que por amor dejen el ministerio sacerdotal, me parece muy bien, aunque después se equivoque, pues bueno, hay más días que longanizas.

-No crea que hay tantos días y tanta longaniza.

-A mí me merece mucho respeto. Antes que estar fingiendo una historia e incumplir con el celibato, más vale dejarlo. O [140] cumples o no, no puedes estar que sí, que no. Yo soy de cumplir: «Oye, me he enamorado de esta tía, dejo el sacerdocio». Eso me parece mucho más legal, a mí lo que no me parece bien, qué quiere que le diga, es el doblete. O enfrentarse al poder de la Iglesia e intentar cambiar la cosa para que los sacerdotes se puedan casar como en otras religiones o, si no es posible, abandonar el sacerdocio como acto de protesta, porque a la Iglesia no le haga ninguna gracia que los sacerdotes se casen, ¿no?

-Yo creo que les da lo mismo. El caso que nos ocupa es que don Gaspar García Laviana lo dejó por su compromiso con los oprimidos... Señor Rubianes, usted que tiene esta sensibilidad política no ha pensado nunca en abandonar su carrera teatral y dedicarse al compromiso político.

-Yo no creo que mi historia sea la de irme a Bolivia a luchar en favor de los oprimidos. El Padre García Laviana ya tenía una «profesión» que le empujó a enfrentarse al poder. Con la palabra de Dios no vamos a ningún lado. Esto no se arregla con hostias consagradas. Hay que luchar con las armas del poder: la violencia.. Yo he viajado por Suramérica y he visto cómo está la gente y entiendes que se produzcan estas movidas de legítima defensa, porque a ti te atacan con la violencia institucional y cuando se acaban las palabras hay que pasar a la acción.

Aparte de sacerdotes, también hay gente de otras profesiones: médicos, abogados, ingenieros que luchan contra la burguesía de sus países incorporándose a las luchas guerrilleras. Y no es nada fácil, cuidado, vivir amenazado, metido en la selva, carcomido por la dureza del entorno... no crea usted que es una labor bonita y romántica...

Una vez en Kenia me hice amigo de un misionero catalán y se me cayó el alma a los pies cuando vi cómo vivía aquel tipo. Pensé: «Hostia, vaya choza llena de mierda, de barro...» No es lo mismo ir de turismo a un sitio y decir: «¡Ah!, qué bonito, he estado viviendo como los de las tribus durante quince días», que pasarte años viviendo metido en un barrizal y tan contento.

-Sí, «en plena naturaleza».

-Y era un tío joven, de unos treinta años y estaba allí en el silencio e igual se morirá allí. No todo el mundo toma la opción de García Laviana, de lucha armada. El misionero estaba haciendo un trabajo callado y silencioso por aquella gente. [141] Tenía conocimientos de medicina y había salvado de la muerte a mucha gente, porque allí, un cortecito insignificante de esos que nosotros decimos: «¡Ay! me he cortado», puede significar la muerte. Tampoco debería estar muy de acuerdo con la manera de funcionar de los obispos y jerarcas de la Iglesia. Supongo que además debe tratar de atraer a los negros a su historia, hablandoles de Dios y todo eso, pero bueno, a mí me dejo muy impresionado que haya gente capaz de hacer eso, gente con esa valentía.

Recuerdo que le pregunté: «¿Cuánto tiempo estarás aquí?» y me contestó: «Toda mi vida»... No me dijo estaré un par de años y me iré a Nairobi o iré a París a hacer un curso de tal, no qué va, su planteamiento era para siempre.

-¿Usted cree que una persona que esté bien de la cabeza puede hacer eso?

-No sé si los que están bien de la cabeza son los que hacen eso y los demás estamos mal o viceversa. Me hace una pregunta que no sé qué contestarle. A mí, cualquier persona que tiene un detalle con otro me parece bien, claro que hoy en día esto significa estar mal de la cabeza, pero es necesaria la gente que da buen rollo a la vida. Yo no salí deprimido de ver al misionero aquel, incluso sentí vergüenza de pensar: «Y yo de señorito en Kenia», me sentía un poco como Hemingway con el fusil por África, tuve una sensación extraña allí con un tío de Gavá.

-Leía hace poco que José Saramago, este escritor que creo usted admira, decía que el instinto le ha funcionado mejor a los animales que la razón a los hombres. Que la razón no la hemos sabido utilizar. En esta línea parece poco razonable la labor de este misionero, porque para llevar este tipo de vida hay que estar medio loco.

-Una locura muy sana.

-La frontera debe ser muy borrosa entre la locura sana y la enfermiza, porque si disfruta debe ser un enfermo. Recuerdo una novela de Pío Baroja, algo así como *El árbol de la vida* o *El árbol de la Ciencia.*

-*El árbol de la Ciencia.*

-Gracias, es gratificante conversar con usted porque enseguida aclara estas lagunas de la memoria (Risas...), pues bien, en la novela sale un hermano de San Juan de Dios tan familiarizado con el dolor y la desgracia que sentía hasta placer de verse [142] envuelto en la mierda y el protagonista de la novela expresa su asco y repulsa ante esta identificación. Llega un momento en que la mierda ya no es mierda, sino...

-Un punto de placer.

-Exacto.

-Es como la maratón. Llega un momento en que no puedes con tu alma y experimentas una sensación de placer. Evidentemente existen unas satisfacciones y unas compensaciones, pero aquello es barro y el barro siempre es desagradable.

Todo esto se lo digo, señor Rubianes, porque si usted y yo estamos de acuerdo con este tipo de actuaciones, en vez de reivindicar la razón, deberíamos reivindicar la locura.

-Todos los grandes hombres de la humanidad han sido grandes locos, ¿no?

-Ya, pero no parece razonable pasarse la vida sacrificándose por los demás. No le digo que pasarse la vida mirando la televisión, me parezca razonable, pero estar luchando solo en la selva contra los elementos...

-Tendrá sus compensaciones, hablando con la gente, obteniendo pequeños logros... viendo otras formas de vida, otras sensibilidades de las que puede aprender mucho.

-Entonces, ¿cómo es que no se pelea la gente para ejercitar esta labor?

-Porque, es muy duro, no jodamos.

-Porque afortunadamente para él y para la humanidad, el misionero no está en sus cabales...

Continuando con estos temas altruistas que abren inquietudes de trascendencia, sorprende que usted, señor Rubianes, que se define ateo trate tanto en sus obras el tema religioso. En *PAY-PAY*, con su famosa *Pasión*, en *ÑO...!* con historias de Dios y el Paraíso terrenal, en *SIN PALABRAS* con la historia de un monje en el monasterio de Sant Pere de Roda, en *Por el amor de Dios* explica la creación, los amores de Dios... Es constante la presencia de Dios en sus obras y personalmente el interés por personajes de la Iglesia como el cardenal Tarancón, el cardenal Jubany... ¿Cómo explica este interés y desinterés a la vez?

-Hombre, yo particularmente, como ha señalado, soy ateo, no tengo ningún tipo de creencia religiosa, ni católica ni ninguna otra, pero he sido educado bajo el manto de la religión católica, [143] porque era la que tocaba, cuando nací. Toda mi vida, sobre todo la primera fase ha estado bajo esta influencia. He arrastrado las cosas buenas que tenía la religión católica y he dejado las malas. Han podido más las malas que las buenas y por eso dejé de ser creyente... El Dios como ente y eso, no me interesa para nada. Soy de la filosofía de lo inmediato, de lo que hay y para de contar. No me planteo un Ser superior que esté allí y nos pone y nos quita... La religión católica como hecho teatral da mucho partido. Es como las leyendas, que son acojonantes. En la Biblia hay unos cuentos y unos relatos preciosos. Es una religión de dos mil años, muy sabia, que tiene sacerdotes preparados culturalmente. No son cuatro catetos y no me llevo a tiros con los curas, soy respetuoso con ellos, aunque a algunos sería capaz de llevármelos por delante, porque son malas personas con descaro.

A mí me merece un respeto toda persona que se toma con seriedad cualquier tema, siempre que no sea un tema nocivo como el fascismo o que va de exterminio y eliminación del prójimo, pero la religión católica no habla de exterminar a nadie, la religión católica en sí propaga el cariño entre la gente, ¿no? y esto nunca hace daño. Lo que pasa es que los métodos que emplean para conseguir este cariño varían según el enfoque que les da el responsable de turno. Pero la religión católica no pretende el mal, que luego se tergiverse, ya es otra cosa. Cualquier persona que se lo tome en serio me merece un respeto y sea un budista o un mahometano, me saco el sombrero ante ellos...

-Pero, ¿por qué esta reiteración del tema religioso en sus obras?

-Yo he cogido la parte teatral de la religión y los números que hago no pretenden ser ofensivos, sino humanizar esos personajes míticos que nos han legado. Si Jesús era hombre, pues cagaría y mearía como yo, ¿no?

-Hombre, pero seguramente en una piedra. Usted tiene la suerte de cagar en la taza del water.

-Los griegos eran distintos, humanizaban a sus dioses y los hacían más asequibles, reducían la distancia con el hombre. Incluso el Evangelio muestra esa familiaridad. En un momento cumbre, en el Huerto de los Olivos, Jesús le dice a su Padre «apartarme el cáliz, que vienen a meterme caña» y el Otro, dice: «Qué coño, hasta el final de la historia». O sea, que tenía sus [144] dudas y sus rollos y a mí lo que me gusta de la religión es lo que tiene de humana y no de etérea y de dioses inalcanzables...

En cuanto dice a Tarancón y Jubany, pues son gente que ayuda a vender esta imagen del Dios inalcanzable y que fueron capaces de dar una imagen más progresista. La Iglesia estuvo en España ligada al poder franquista y Tarancón plantó cara a una situación que era muy jodida. La gente no tiene a veces, memoria histórica, pero a mí estas actitudes me despiertan cierto respeto, qué quiere que le diga. Otros conservadores, como Marcelo González Martín que merecen mi total desprecio. Tarancón y Jubany ayudaron a liberalizar un poco el ambiente tremendo y terrible de un pigmeo enfermo, de un enfermo mental como era el general Franco.

-¿Otra vez con este señor? ¿Cada día lo mismo?

-Me sé toda su historia, era hijo de Dios.

-Usted también es hijo de Dios.

-Pero él era el hijo de Dios oficial, por autonombramiento, y lo más curioso era que la Iglesia lo consentía y le doraba la píldora. A mí me vino a ver al teatro un obispo de izquierdas, Alberto Iniesta, y se reía bastante. La Iglesia con el tiempo fue abriéndose, aunque ahora parece que vuelva a las andadas... Y todo eso lo he mamado desde niño. Si hubiera nacido en Oriente Medio, sería islámico y me hace gracia humanizar a un ser mítico que he concebido en mi cabeza, hablando con acento andaluz, porque si Dios lo es de todos, también lo será de los andaluces, digo yo.

Nunca he entendido eso de cuando un equipo de fútbol le va a ofrecer la Copa a la Virgen con todas esas chirigotadas, pero bueno macho, ¿la Virgen no es también de los que pierden? La ofrenda a la Virgen de Montserrat, ¿es que la Virgen es del Barça?

-Ignora usted que también hay una Liga de vírgenes. Este año la Virgen de la Almudena ha quedado primera, la Xeperueta la segunda y la Moreneta la tercera.

-Saramago ponía muy en cuestión a la Virgen, hablaba de ella como de una señora de pueblo catetona que no entendía muy bien a su hijo. Era una mujer de pueblo a la que le salió un hijo muy listo.

-Además, es que si lee el Evangelio, verá que la Virgen María tiene un papel como el que tenía usted en la obra de Fernando [145] Fernán Gómez, muy cortito, sale poco.

-Pues, cómo la han lanzado. Ni la Claudia Schiffer.

-Serían cinco minutos como los de Marlon Brando: guest estar. De todos modos, fíjese bien que la gran mentira de la religión, como en el caso de la Virgen, consiste en humanizar a Dios, en antropomorfizarlo. Dios ha sido definido por la teología como «el radicalmente otro», el distinto al hombre. No participa de sus limitaciones y miserias. En el momento en que se humaniza a Dios, se está pretendiendo que piense y reaccione como el hombre. Por eso, si me permite, señor Rubianes, tienen tanta importancia en las religiones las influencias culturales y cómo varía la visión de Dios al compás de los cambios culturales. En el cristianismo, por ejemplo, se justifica la indisolubilidad del matrimonio a partir de una frase del Evangelio que vaya usted a saber quién la dijo y a qué hora y en qué contexto. A partir de ahí, observe las consecuencias que de ello se han derivado... Si la humanidad, por ejemplo ha pintado a Dios vengativo, es porque ella ha sido vengativa.

-Ahora responde a los intereses del poder.

-Efectivamente, se ha utilizado a Dios para legitimar el orden establecido como última razón. ¿Por qué las cosas son así?, porque Dios lo quiere. Por eso, la teología más honrada sería, como señalaba Karl Barth, la teología apofática o de negación, que consiste en decir «Dios es amor, pero no ama como el hombre», porque si no, rebajamos a Dios, lo empequeñecemos. Si ve usted una obra de arte, lo mejor que puede hacer es callarse. Si la explica, ya la deforma. Esta deformación cultural, usted me ha dicho que la ha visto en Sevilla con todas las advocaciones religiosas, el Cachorro, el Cristo del Gran Poder, que no aparecen en el Evangelio.

-Sí, sí. La Virgen parece que sea sevillana, todo esto pertenece a la parte folclórica de la historia, pero vamos, se juega usted la vida, si como teólogo pretende clarificar el papel de la Virgen. Aquellos fanáticos son capaces de matarte. La Virgen del Rocío tiene una guardia personal que te pega de hostias como se te ocurra tocar a la Virgen. Se llaman los almonteños, y no permiten que nadie la toque. Es puro integrismo fascista y tiene una lectura sin ningún interés filosófico ya que es puramente visceral y brutal... [146]

-Usted, ¿cuándo vivió en Sevilla?

-A la vuelta de Cuba, viví unos ocho meses.

-En aquella época, parece que estuviese buscando fiesta y alegría constantes. Primero Cuba, luego Sevilla.

-No, hombre, ya estamos con el tópico del folclore andaluz, la camisa de lunares y el sombrero cordobés. Fui a Sevilla por motivos laborales.

-¿Fue a la recogida de aceitunas? (Risas...).

-Ya se lo dije antes, fui con El Brujo.

-Sí, pero el tema de la fiesta iba a tope...

-Sí, claro, en todos lados me he tirado fiestas, también en Barcelona, en donde presumen de serios y trabajadores. Fue una época de mi vida de las más felices que recuerdo, junto con la de Cuba.

-¿Bailaba usted sevillanas?

-Nunca he sabido bailar el baile típico de los lugares. Llevo cuarenta y tres años en Catalunya y no sé bailar sardanas.

-¿Y la muñeira?

-Tampoco, y soy gallego. He vivido la época del auge de las sevillanas y aquello era terrible. Por suerte las aguas han vuelto a su cauce, pero hubo unos años en que era horroroso. La sevillana se puso de moda y todo el mundo, incluso la gente que odia a los andaluces, trataba de aprender que si la primera, que si la segunda...

-Con la gracia que tenemos los catalanes para el baile.

-Eso también hay que sumarlo...

-Pisando uvas (Risas...).

-En Catalunya hay gente que baila de puta madre, tampoco es un pueblo patoso. Ahora bien, una vez que un amigo mío catalán de esos del acento marcado, viendo en Sevilla al Camarón de la Isla, le soltó un olé, con la «I» esa catalana bien marcada, que hasta el Camarón se llevó un susto y se lo quedó mirando. Era un momento del cante de esos jodidos y llenos de sentimiento y el andaluz sabe cuando tiene que decir olé, pero el tío ese, con toda su buena intención, pues le salió del alma, casi le hace perder el compás al Camarón. Y todo el mundo «Psss».

-Lo dio a destiempo.

-Pero no hubo mala reacción, porque se noto que el tío [147] estaba emocionado viendo a aquel pedazo de artista. No era para menos.

-Lo peor es cuando un tío que viene de fuera se quiere integrar a tope en la cultura ajena.

-Sí, pero además, rápido, en dos días. Hay gente que llega a Liberia y a los dos días ya son liberianos.

-¿Iba a los toros en Sevilla?

-Alguna vez fui, pero no mucho. Una vez que toreaba Curro Romero, que es uno de los toreros que hay que ver. En Barcelona había ido de jovencito. No hay mucha afición, pero es entendida.

-Su amigo, el cantante de boleros La Voss del Trópico, es un gran aficionado. Ahora ya debe ser un entendido. Éste era de aquellos que al primer día, ya lo sabía todo.

-Recuerdo un día que La Voss del Trópico, que pesa sus ciento veinte kilos y tiene un vozarrón de espanto, estaba presenciando la faena de José Mari Manzanares y en el momento en que los cuernos del toro estaban a la altura de los huevos y se iba arrimando para forzar el pase del toro, de repente gritó: «Manzanares, estás cagado». Se hizo tal silencio que Manzanares miró hacia el tendido y hasta el toro giró la cabeza del susto que se pegó al ver a semejante cetáceo.

-El toro diría: «¿Por qué no torean a ése?

-En plan la matanza del porc (matanza del cerdo).

-Y qué me cuenta de Sevilla...

-Que la gente es muy abierta y tiene una simpatía innata, tiene un toque como el cubano, el sol, es una ciudad caliente, hermosísima. La gente pasea porque es un gusto caminar por Sevilla. En Barcelona todos van deprisa. Años atrás la gente se paraba en las Ramblas, daba tres pasitos y se volvía a parar. Ahora todos van rápido... Pero en Sevilla es una gozada ver a la gente andar tranquilamente de paseo, por la calle de las Sierpes, su finito, su vinito, su cervecita, su rollo, un poco un disfrute de la vida. Una filosofía que ciertos pueblos tienen y otros no.

-Y de mujeres, ¿qué tal?

-Hombre, alguna novia tuve, faltaría más, y de alguna sigo siendo amigo a pesar del tiempo transcurrido.

-Siempre con el cuento ese de mantener la amistad de sus novias. Alguna novia le debía retener en Sevilla... [148]

-Eran las novias y era Sevilla, una especie de completo. Era la situación, la aventura, venía caliente de La Habana y Sevilla fue una especie de Habana 2.

-Ahora parece como si se hubiera cansado de esos países calientes...

-¿Por qué lo dice?

-Parece que no viaja tanto y si lo hace, que prefiera otras zonas...

-Sí, claro, procuro conocer el mundo lo máximo que puedo. Últimamente he estado en Egipto con mi amigo el actor Pep Molina.

-¿Este muchacho que canta por Camilo Sesto y Nino Bravo y no hay manera que se vaya de los bares, cuando lleva dos copas de más?

-Efectivamente. Fue un viaje que recuerdo con mucho agrado. Era una época en que habían ocurrido varios atentados y viajábamos en crucero por el Nilo con un 20% de ocupación en el barco. Molina estaba entusiasmado con lo que veía. Yo había estado otra vez con Carol, una novia mía, y en aquel viaje la situación era crítica, pues la cosa no iba bien, aunque ahora somos también muy amigos.

-No podía fallar. A usted le va mejor de ex-novio que de novio.

-Seguramente, la cuestión es que con mi amigo «Moli», como le llamo así en plan un poco maricón, fue un auténtico relajo. Teníamos nuestro camarote individual por si caía algo, no diré si cayó o no porque Molina está casado y no puedo comprometerlo.

-Me consta que el señor Molina es muy responsable y seguro que no ligaron.

-Entonces, he procurado viajar lo máximo que he podido y conocer los países que de pequeño había soñado. Lo que pasa es que ahora no tengo el afán y el interés de antes, voy más tranquilo. Ahora me encanta estar en Sitges. Podría estar en Argelia, Marruecos o Turquía, pero, aquí también me siento bien.

-Va a celebrar quince años de carrera teatral en solitario. ¿Cuántos años se piensa dedicar a esto?

-Hombre, yo como Gila, hasta que me muera. Como Don Miguel Gila, al que rindo mi admiración como uno de los cómicos [149] más bestias de todos los tiempos. Supongo que usted también le profesará admiración, o tiene sus peros...

-Los que estamos entrados en años sabemos que Gila era ya una estrella en la radio allá en los años 50.

-Gila ha sido siempre una estrella. Desde que nació.

En la revista de humor *La Codorniz* y en la radio. Los chistes de Gila y su teléfono eran famosísimos... Bueno, y en el umbral del medio siglo ¿qué espera Pepe Rubianes del otro medio?

-A partir de los cincuenta... No sé, no me gusta. A veces pienso, como el gran Errol Flyn que murió a los cincuenta años y en una entrevista le preguntaban: «Usted que ha sido una estrella de Hollywood, ¿qué piensa hacer el resto de su vida?» Y contestó: «Nada, no me interesa nada».

-Y murió a los cincuenta.

-Sí, al poco de la entrevista lo fulminó un infarto.

-Bebía mucho, ¿no?

-Todo lo que podía y más.

-Usted, por lo menos, no bebe...

-No. Hace tres años que no bebo, pero no bebo porque me harté. Me pasó algo así como cuando te separas de una novia porque te aburres. Yo bebía muchísimo y he estado bebiendo toda mi vida, desde jovencito. Puedo decir que he sido un alcohólico y sigo siéndolo, aunque no beba. Me encanta el alcohol, pero ya no bebo, no me atrae. Es decir, como cuando tienes una novia guapa y ya no la ves guapa. Esto me pasó con el alcohol, me cansé, me aburría. Me aburría de mis borracheras, me aburría de hablar mierda y de hablar chorradas.

Un día me asusté porque estuve a punto de pegarme con uno por causa del alcohol... y otro día conté un secreto muy íntimo de un amigo a otro amigo y se me cayó la cara de vergüenza... Entonces le cogí manía a la bebida y dejé de beber. Y la verdad sea dicha, lo que pensaba iba a ser un duro sacrificio, no lo ha sido. Como lo dejé por propia voluntad, no por prescripción facultativa, no lo he echado nunca en falta. Es más, empecé a ver que amanecía en una situación diferente, mejor, sin resaca, era como volver a nacer... Noté un cambio en mí que me animó mucho y me ha ocurrido que si antes me aburrían mis borracheras, ahora me aburren las borracheras de los demás, sus [150] conversaciones y los temas que toca la gente cuando va bebida. Es un agobio: exaltaciones de cariño, palizas a las cuatro de la mañana. Aguantas mejor si tú también vas colocado, es una situación normal, no pasa nada, pero cuando no bebes y estás sereno aguantarle el rollo a otro es un palo, un palo tremendo.

-Tal como va la cosa por la noche hablará con poca gente.

-Sólo voy al Raval o a sitios determinados. No voy a la aventura como antes, que con cuatro gin-tonics te comías el mundo. Ahora sólo salgo con gente que me interesa, no pierdo el tiempo con ligues fáciles y baratos como en los días de vino y rosas. Al dejar el alcohol, me dio un giro todo esto, y no sé si es mejor o peor, pero por lo menos no tengo que aguantar aquellas palizas y me retiro a las tres de la mañana.

-A esta hora aún van serenos...

-A las tres dicen «vamos a tal sitio». Yo me voy a casa, si voy acompañado, bien, y si no, me leo un libro, que nunca hace daño, me acuesto y al otro día me levanto. Al no beber te vuelves más selectivo, pero no creo que sea malo, porque mira que había hablado mierda durante toda la vida... Y ahora ya no hablo. [151]

Lázaro Escarceller y Aitana

Estas entrevistas ya se podían dar por finalizadas. Para redondear, a Pepe y a este humilde transcriptor de sus vivencias, se nos ocurrió hacer una breve prolongación, y dónde mejor que en el Teatro Villarroel, escenario en el que Pepe Rubianes, utilizando una expresión contemporánea, que no es de nuestro completo agrado, triunfa por un tubo o, si lo prefieren, más que el Avecrem.

Se trataba de comentar «lo último», en expresión también actual, de Pepe Rubianes y de aclarar alguna posible confusión a la que abocan la sinceridad y la audacia de nuestro protagonista.

La cosa salió mal, porque en el bar del Teatro Villarroel reinaba un cierto caos. Amigos, el técnico de luz y sonido, José Parramón, fiel escudero de Pepe; la presencia de Joan Lluís Bozzo, que excusó presenciar por «trienésima» vez la obra alegando conocerla perfectamente de cabo a rabo e incluso soñarla en ocasiones, en plan pesadilla... Para acabarlo de rematar tenía anunciada su presencia en el teatro por segunda vez, en plan repetidor nuestro alcalde, el olímpico Pascual Maragall y familia. Afortunadamente la opinión de Pepe respecto a Maragall es distinta como se ha podido comprobar en estas páginas, de la que tiene del mucho más olímpico Presidente del C.O.I. don Juan Antonio Samaranch Torelló.

Finalmente el alcalde no llegó debido a que se le alargó, para su desgracia, el congreso del P.S.C., pero sí apareció su esposa Diana a la que nos consta le entusiasma Pepe.

Sí, fue una lástima, pero tuvimos que suspender la entrevista por exceso de personal y trasladarla, al día siguiente al Bar Raval. Error corregido, pues como dijo Pepe... [152]

-Yo ya se lo había advertido, pero usted no atiende a razones: es un riesgo trabajar en un sitio donde vas a hacer otro trabajo, pues al final acaba dominando el elemento.

-Pero como decía en *Antaviana*, su amigo Bozzo, Dios cierra una puerta, pero abre una ventana. Dios nos castigó ayer en el teatro, pero hoy nos ha conducido con su Providencia al Bar Raval, que es su vida. También puede cantar con Antonio Machín lo de «En este bar te vi por vez primera y sin pensar te di la vida entera»...

-Sí, de hecho me paso más horas aquí que en mi casa.

-Dicen que se le ha visto, a veces, con una escoba y el mocho fregando el suelo.

-No, mi especialidad es cargar neveras, además antes me tenía que desplazar, pero desde que vivo enfrente, lo tengo más fácil.

-No le quiero entretener mucho, porque ahora son las doce y media y creo que mañana es un día ajetreado.

-A las cinco y media, o sea de aquí a cinco horas tengo que levantarme y entonces con alegría y entusiasmo ir al aeropuerto, al puente aéreo, pues a las ocho y media debo estar en Madrid para hacer el doblaje de *El crimen del cine Oriente*. (Se pone a toser).

-No fume tanto que me tose usted mucho. ¿Cuantos cigarrillos fuma al día?

-Muchos.

-No muchos, no.

-Dos o tres paquetes.

-¡Vaya presupuesto señor Rubianes!

-Mucho, estoy un poco cargado de los bronquios.

-O sea, en su interior, sus pulmones son mulatos.

-Más negros que mulatos.

-¿Y cómo es que tiene que ir a doblar la película?

-La película se rodó con sonido directo, pero siempre se cuelan sonidos incontrolados y hay que repetir frases.

-¿No será señor Rubianes, que se equivocó y tiene que ir a clases de repaso en Madrid?

-No me ataque ya, señor Flavià, es lo normal en un rodaje.

-Desde luego. Además no acostumbra a equivocarse nunca. [153]

-Sí, claro que me equivoco, pero se rectifica en el momento a instancias del director, si no le ha gustado. El doblaje de sonido se hace por errores puramente técnicos.

-Esto lo debe cobrar aparte.

-Sí, son ciento veinte millones por el rodaje y cien millones por el doblaje.

-¿Cuánto duró el rodaje?

-Un mes y medio.

-Por un mes y medio cobró ciento veinte millones ¿Y los otros cien millones?

-Quedan a cuenta del día del doblaje.

-Mañana en seis horas cien millones. Le hubiera salido más a cuenta más doblaje y menos rodaje.

-No. ¿Para qué tanto dinero? Si en el fondo el dinero no da la felicidad. Yo con doscientos veinte millones, puedo ir tirando una temporada. ¿Para qué quiero más?

Podía haber pedido más y más, pero, ¿para qué?

-Y se lo hubieran dado.

-Claro, pero si todo va a quedar aquí...

-Para su sobrina me han dicho, ¿no?

-Para mi sobrinísima.

-Cuidado no le envenenen.

-Sí, es verdad, no me vayan a echar la pócima.

-Usted por si acaso no diga nada.

«Oye, a tu tío, por qué no le echamos unos polvitos matarratas», le dirá el novio.

-El novio, como sepa que Aitanita es una rica heredera, igual hace lo mismo que usted con su abuela.

-Por supuesto no iré a las Golondrinas con ellos, pero igual me dejan caer por una escalera en el Tibidado.

-A lo mejor su sobrina empieza con aquello de: «¡Ay! ¿Cuando morirá mi tío?»

-«A ver cuando se morirá, que no se muere nunca, este viejo de mierda.

¡Asqueroso! Que no te aguantas los pedos...» (Risas...).

-Irá un día a buscar setas por ahí con la pareja feliz y lo despeñarán.

-No creo que lo haga, si lo hace ya estaré muy viejo y me dará lo mismo. Igual me facilita las cosas para ir al otro lado, [154] pero dudo que llegue.

-Volvamos a la película. ¿Cómo le ha ido?, aparte de económicamente, ya que hemos visto que discretito.

-Ha sido una buena experiencia. Lo que pasa es que yo prefiero doscientas mil veces más el teatro. En el teatro hago lo que quiero, no tengo que depender de nada, ni de nadie, solamente de mí, de los textos y del publico, claro. He acabado un poco harto del mundo del cine y de la televisión. Se trabaja mal, a mí que no me jodan. La disciplina y el rigor con que se trabaja en el teatro, no se ve en el cine. Van con prisas, es otra maquinaria diferente. Yo, la verdad sea dicha, no disfruto haciendo cine o televisión. Hice la serie *Makinavaja* y lo pasé mal, salvo en la segunda parte que la dirigió el gran director de cine, José Luis Cuerda... Pero en la primera parte de veintiséis capítulos y siete u ocho meses de rodaje, lo pasé muy mal con un pésimo director que tuvimos... Y me preguntaba a mí mismo: «¡Qué hago aquí!». Además pensaba: «Con el paro profesional que hay, para qué vienen a buscarme a mí que voy haciendo mis cosas en el teatro». Incluso llegué a pensar: «Estos me quieren joder ¿o qué?». Pedro Costa, el director del *Cine Oriente*, tenía la mejor de las intenciones, pero no es mi medio. Me aburro, no vibro como con el teatro.

-Vuelven las preguntas existenciales de siempre, asoma el filósofo que alberga en su interior: ¿Por qué yo tanto y otro tan poco?

-No se trata de eso. Lo que hago en el teatro es una forma de hacer muy particular. Para interpretar el personaje que he hecho en *Cine Oriente* o *Makinavaja* hay una serie de actores que lo hubieran hecho perfectamente y mucho mejor que yo, incluso. Lo tengo claro, es otro rollo más clásico de actuación, más al uso...

-Claro. Además, por su manera de actuar, en sus números, improvisaciones, parece que está diciendo que el cine le limita...

-Sí. Yo estoy a disposición de un director. Una vez he firmado el contrato tengo que acatar lo que me diga y no hay más tu tía... Después de tanto tiempo trabajando sólo, me he acostumbrado a ir a mi bola y me cuesta que me dirijan, aparte, depende de quien te toque. Antes cenando hablábamos de Luis Buñuel. Que ese director me dé indicaciones es una maravilla, [155] pero todo el mundo es Buñuel. O sea, que venga «un capullo mañareno» a decirte: «Hazme esto así, porque a mí me da la gana» es duro de asimilar.

-Usted es como las grandes estrellas del fútbol: que tienen que jugar a su aire. No pueden abortarle sus dosis de genialidad. Yo también estoy de acuerdo con usted, que para estar fumando un cigarrillo en el bar del Pirata y decir «Esta tarde robamos», no hace falta que le contraten. Interpretar eso lo puede hacer cualquiera; Pepe Rubianes da más de sí.

-A mí, lo que me gustaría, con el Maki, es dar mi propia versión. Me he criado al lado del Barrio Chino y tengo idea de cómo va el rollo. Disfruté mucho en la segunda parte con José Luis Cuerda, porque es un tío de gran personalidad. Le dio su visión a la historia y era una aventura creativa. Una gozada. Era un tipo muy interesante.

-¿Y le dejaba más suelto?

-No, pero me dejé dirigir a gusto, porque podía aprender.

-Había un desarrollo,

-Ahí veías a un tío genial haciendo cosas. Sí, pero oiga, es terrible cuando viene un «capullete» de estos que van de genial por la vida y resulta que no es tal... Cuando hay un tío genial vale la pena aprovecharlo.

-Además le hablan como actor, pero ya lleva quince años en el teatro y prácticamente es autor-actor-director, porque aunque sus obras las hayan dirigido muchos, las acaba haciendo muy suyas y en realidad habla de director a director y, claro, le cae el alma a los pies con lo que le toca oír.

-Yo acostumbro a ser bastante disciplinado, porque no he montado ningún follón, a pesar de no trabajar a gusto con el Maki. Monté «el cipote» el último día, cuando acabamos el rodaje. Antes no tuve ningún problema, ni pelea, ni escándalos, ni nada.

-Al margen de las diferencias artísticas, si me lo permite, usted es un señor que trabaja sólo en el teatro con su técnico y entre los dos hacen de grúa, focos, maquillaje, producción. Ya señalaba al principio del libro, que estaba harto de trabajar en compañía. Creo que decía algo así como: «Yo no soy de aquellos de vamos, haremos, iremos...»

-De los plurales. [156]

-Veo que tiene fresco el concepto. Entonces allí no hay plural, lo del rodaje ya es demasiado.

-Superplural. Hay un faraón que es el productor-director arriba de la pirámide y va bajando hasta la base. El faraón no utiliza plurales, usa un «quiero». Uno dice quiero y los demás hacemos lo que quiere.

-Y eso de «quiero» es lo que acostumbra a hacer usted en el teatro.

-Sí, lo que ocurre es que en el teatro acostumbro a consultar con el técnico.

-Ya, porque es usted muy humilde. Incluso me ha contado con esos rasgos de humanidad que tanto emocionan a sus numerosos seguidores, que no cenaba en el rodaje, con el director y la protagonista femenina, sino que se iba con el pueblo llano y sencillo.

-No soy de los de mesa aparte con los protagonistas. A mí si me enrolla un técnico y me lo paso bien, nos divertimos comiendo juntos. Este sentido de clase no lo he tenido nunca. A veces coincidíamos Pedro Costa y Anabel Alonso, la protagonista, porque había que comentar algún plano, pero en general cada uno iba a su rollo. Yo me sentaba en la primera mesa que pillaba sin mirar si estaba la peluquera o el maquillador. Además, al final acabas llevándote mejor con los maquilladores y peluqueros, que con tus compañeros de rodaje, porque pasas más horas con ellos. Peluquería y maquillaje, son un poco el confesionario de todo el rodaje.

-Allí se cuentan todas las chafarderías.

-Es el bar. Es el Raval del rodaje.

-Con los cotilleos típicos: «Creo que fulano se ha liado al iluminador,» etc.

-Maquillaje y peluquería es un poco el punto de reunión, como en la calle. ¿Qué pasa cuando va al peluquero? Pues que se habla, que si la jugada del Barça, con gente que a lo mejor no verá más en la vida. Pero en los diez minutos que dura el corte de pelo como digas: «Vaya gol el de fulano el domingo pasado», todo el mundo se apunta. Se crea un clima, todo el mundo esta relajado, para luego continuar su trabajo.

-Resumiendo, que no se le ve muy satisfecho, quizás porque está paladeando su último éxito teatral, no se le ve muy [157] entusiasmado con el cine y la televisión.

-El cine y la televisión no me dan la satisfacción que me da el teatro. ¿Qué quiere que le diga?

-¿Y si la película funciona?

-Me da igual.

-¿Le da igual?

-Seguiré pensando lo mismo. Y seguiré pensando que si la película funciona y me llaman para otras, dudo que las haga... Pedro Costa me decía: «A partir de esta película te vas a hinchar a trabajar en el cine...» y yo pensaba «ya veremos, eso ya lo veremos...» También es posible que no me llame nadie, y si lo hacen no haga la película, porque estoy muy a gusto haciendo teatro.

-A ver si se creen que por doscientos veinte millones va a perder un mes y medio y una mañana.

-¡Anda, ya!

-¡Que se vayan con viento fresco! A estos directores les pasa como a algunos árbitros de fútbol, que van locos por sacarle la tarjeta roja a los mejores, a Maradona, a Romario... Y dicen: «Al Rubianes que me lo traigan que se va a enterar. Es bueno, pero yo lo veo de otra manera, lo voy a centrar...» Quizás esos señores deberían ser más humildes y dejarle ir a su aire...

-Sí.

-Y si me permite, tengo un ejemplo concreto y, espero que no se ofenda, pero yo en el Maki, con el que más me río y he coincidido con bastante gente, es con el viejecito, con Lázaro Escarceller, porque es el que hace lo que le da la gana.

-No le podían controlar.

-¿No? (Risas...). Ustedes los jóvenes son más personas, más educados y hacen caso y él no obedece. Y afortunadamente, desobedeciendo, es con el que más te ríes.

-Sí, es una fuerza de la naturaleza.

-A mí la escena de usted que más me gustó, y es una tontería, es una en que va un negro al water y usted le arrea un coscorrón en el cogote.

-¡Ah!, sí. No vea lo que me costó colar eso, porque lo querían cortar.

-Aquello se nota que es Pepe Rubianes.

-Pues lo querían cortar. [158]

-Oiga para lo que usted hacía, estar fumando un cigarrillo en la barra del bar, ya puede mandar al novio de su sobrina, si quiere heredar. ¿O va a heredar gratis el tío ese?

-El rodaje era terrible, estaba totalmente marcado, no podía hacer nada.

-¿Y para qué coño le querrían, si su especialidad es desmarcarse?

-Al director que te contrata le avisan: «Cuidado con el Rubianes, que como no le controles, se te dispara...» Y ya vienen con esa sobrecarga que le han metido en la cabeza y: «Pepe, no levantes la mano así, déjate la mano quieta». Y me tienen allí «acartonado».

«Acartonado», ésa es la palabra. Esto es como el que se quiere casar con un novia formal y ama de casa y se casa con una puta.

-Como casarte con una puta y quejarte porque te pone cuernos.

-Creo que ha rechazado una oferta de trabajo para hacer de presentador en televisión...

-Sí, en Antena 3.

-¿Qué tenía que presentar, el telediario?

-No, un nuevo programa. El director es un tío interesante, Tom, el dibujante, pero ahora estoy en el teatro y estoy de puta madre y no tengo ganas de marearme. Tenía que ir dos días a la semana a grabar a Madrid.

-Y total por cuatrocientos millones, ¿no?

-Algo más.

-¿Sabe para qué le ficharía yo? Para presentar el telediario.

-Sí, ¿por qué?

-Para darles un poco de color, son muy aburridos.

-«El presidente del gobierno se ha entrevistado este mediodía con...»

-Exacto y de vez en cuando se inventa alguna noticia de esta suyas y la cuela.

-Sí, «Se casa el Papa» (Risas...). Se casa con Teresa de Calcuta.

-No, con otra. «Sor Teresa de Calculta, disgustada».

-Ahora están enfermos los dos.

-Claro, si está mal uno, no va a estar bien el otro (Risas...). [159] Creo que también le ha afectado lo del obispo escocés.

-¿Qué obispo? Ahora no caigo.

-Sí, hombre, uno que se ha fugado con una parroquiana y ahora se va a casar.

-¿A quién ha afectado?

-Al Papa, a Su Santidad.

-Se le ha ido un obispo.

-Hombre, es un escándalo.

-Tiene poca vergüenza el obispo ese. Antes esto pasaba con los curas, ahora ya está alcanzando cotas de obispos. Debe ser, como cuando deserta un general, ¿no? Un cabo, vale, pero un general... ¡No me fastidie!

-Pues a mí me cae simpático el obispo ese. Lo he visto en televisión vestido de gala en una procesión, saludando a los rieles, sonriendo a las feligresas en plan pillín. Me imaginaba a don Benigno en Villagarcía de Arousa, sonriendo a las hijas de María y guiñando el ojo: «A las seis te espero».

-Desde luego, esto habrá supuesto para Su Santidad, un palo tremendo. [160] [161]

Volver Siguiente

Horta, Serrat y Sagarra

-Estoy recién llegado de Madrid después del doblaje de la película. He dormido cuatro horitas, después de estar encerrado en el estudio de doblaje hasta las tres de la tarde y me quedé clavado cuatro horas en el aeropuerto, debido a la intensa tormenta caída en Catalunya. No despegaban los aviones. He llegado a Barcelona a las ocho y media de la tarde. En fin un desastre, mi día de descanso señor Flavià. ¿Cómo lo ve usted?

-Hombre, lo veo mal.

-Descanso de guerrero.

-Mire, hoy la vida se ha vengado de usted. En cambio ha favorecido al obrero. Por ejemplo, los de la construcción están contentos, porque gracias a la lluvia, no han pencado.

-Sí, claro. En cambio los ejecutivos en el puente aéreo andaban revolucionados. Todos con el teléfono portátil a cuestas, llamando sin parar, de un lado a otro...

-Estos se han jodido.

-Estaban jodidísimos: «Pero bueno. Esto no puede ser». Y los de Iberia: «Señores, no se puede volar a Catalunya».

-«Estamos en el tercer mundo»...

-No veas las broncas que había: «¡Tengo consejo de dirección!», etc.

-Y los mecánicos de mi taller, como tienen los coches en la calle, pues no trabajan para no mojarse. Y los dueños, los hermanos Vallés, tienen una mala leche de espanto.

-Y los mecánicos más contentos que la hostia.

-Me sorprende esta magnanimidad de la patronal, de no permitir que se moje el obrero... Como no les ponen un chubasquero en plan Pescanova...

-No creo que sea cosa de la patronal. Si del empresario [162] dependiera, supongo que el obrero trabajaría lloviendo y nevando. Es el obrero que se ha unido en defensa de sus derechos.

-No empiece ya, que no estamos en televisión.

-Algo ha ganado el obrero desde la Revolución Industrial hasta hoy.

-Ha ganado mucho.

-Dicen que el obrero ya no existe.

-Ahora ya no existe ni el trabajo.

-Dicen que todo es clase media.

-Todo es clase vídeo. Todos locos por el vídeo. Y, por cierto, ¿ha ido bien el doblaje?

-Ningún problema. Me han pagado la última parte.

-Los cien millones.

-Sí.

-Por cierto, el otro día le vi en el programa de don Miquel Calzada, más conocido como Mikimoto, estrella de TV3. Y allí, ¿qué cosita hizo señor Rubianes?

-Bueno, pasó un incidente.

-Algo hizo usted.

-El señor Miquel Calzada sacó a colación que en mis actuaciones en el Teatro Villarroel, hacía referencia a lo que había ocurrido en Sitges con el...

-¿Qué ha ocurrido?

-Que uno de los concejales del Ayuntamiento, el de Governació...

-Uno que es amigo suyo.

-No. Es del P.P.

-Usted también se llama Pepe.

-Está muy gracioso hoy señor Flavià.

-(Risas...). Sí, porque no estaba en el puente aéreo.

-Claro, ha llovido y como las plantas, usted se crece con la lluvia.

-Gracias señor Rubianes.

-Entonces este concejal, quería «limpiar», en términos policiales, a Sitges de todo el rollo homosexual. Sitges que ha sido, de siempre, un pueblo abierto y donde no ha habido nunca ningún problema por este tema. Es más, supongo que para el comerciante el colectivo gay es muy interesante, porque no creo que los homosexuales que frecuentan Sitges sean unos «mataos», [163] sino que por lo que he observado son gente con pasta de todo el mundo que tienen a Sitges como lugar de recreo de su ambiente y, supongo que esta gente hace un gasto considerable.

-En tangas dilapidan sus ahorros.

-Y en la vida nocturna... Están de vacaciones, ¿no? Entonces, como pagando, San Pedro baila.

-Canta. Ahora no sé si baila también.

-Sí, canta y baila. Las dos cosas... Pues van a la discoteca aquella tan bonita...

-Trailer, no despiste ahora, señor Rubianes.

-Donde precisamente le pegaron una paliza a un camarero.

-A un camarero de un bar que era lo que antes le llamaban invertido. Cómo va cambiando el nombre de la diferencia sexual.

-Sí, sí.

-Invertido, maricón, parguela, bulla, cartona...

-De todo. Pues el concejal de marras, que hablando en plata es un impresentable, inició esta campaña lamentable, al acecho del homosexual, pidiendo la documentación y molestándoles. La única persona civilizada en este asunto fue el alcalde de Sitges que puso coto y paró al concejal. Entonces en mi espectáculo, hacía mención de este tipo y el señor Mikimoto en la entrevista de TV3 me pidió que hablara del tema. Y yo ni corto ni perezoso, llamé imbécil al concejal y el señor Calzada cortó el asunto.

-La entrevista.

-Sí. «No sigamos por aquí, porque podría tener repercusiones, tal y cual...»

-Y eso en directo y a micrófono abierto.

-Sí, sí. Yo le dije: «Si me preguntas, yo te explico lo que hago y lo que digo en el teatro». Quizás pensó que le iba a hablar del tema de una forma más diplomática. Pero no. Yo le dije, en plan calle, lo que pensaba del concejal ese sin ningún tipo de diplomacia, ni tacto. Yo trato hacer como el gran maestro Josep Pla, el tacto y la diplomacia me lo paso por la punta del nabo.

-Ahora me acuerdo, de que tal vez el señor Calzada ignora que es usted un discípulo aventajado del Padre García Laviana. Un luchador que adonde va, denuncia. [164]

-No hombre, no, yo no soy ningún luchador de nada. Lo que pasa es que hay ciertas cosas en la vida que hay que decirlas. Igual estoy equivocado en lo que pienso, pero ya vale de boberías. Si le llamo imbécil, me arriesgo a que me de una bofetada, pero lo digo, porque es un hecho que atenta lisa y llanamente a la libertad de expresión.

-Si me lo permite, usted no hace el juego a estas preguntas que, parece, le formulan para que no las conteste.

-Sí, exactamente, para jugar,

-Le hacen una pregunta y la contesta. «¿Qué pasa con este señor?».

-Pues, esto. Yo creo que es un idiota y lo digo.

En la campaña electoral y en Las Cortes se habla de asesinatos y se dicen cosas tremendas, ¿me entiende? Se acusaba a Felipe González de asesino. Que yo llame imbécil al concejal de Sitges no es equiparable a calificar de asesino al Presidente del Gobierno. Aquello se decía y no lo cortaban.

-Quizás, sociológicamente, usted que procede del campo de la reflexión convendrá conmigo que hay unos insultos homologados. Si le llama a un político corrupto y asesino, no pasa nada, en cambio, a lo mejor, imbécil, no lo escuchará en Las Cortes.

-Pero es el lenguaje de la calle.

-Claro está. Nada más lejos de mi ánimo que criticarle, pero quiero decirle que a veces el «idiota» sorprende, porque es diferente. Usted no oye «capullo» en el hemiciclo. Escuchará calificativos mucho peores.

-A veces, parece, que lo más sencillo es lo que más jode.

-Ah, claro.

-Puede decir todo lo que quiera con tacto y delicadeza y ser un insulto tremendo, en cambio si le llamas idiota, duele más que todos los eufemismos para decir lo mismo. El idiota directo, que es el lenguaje que oyes en la esquina, ése hace daño. Es lo que decía Quevedo: «En mis escritos uso lo que veo, lo que la gente apunta a escondidas en la calle».

-Ya estamos fajados, y determinados insultos los tenemos integrados, asimilados, y los encajamos como si nada, sin embargo uno aparentemente menor, hace más daño.

-Total, que Mikimoto cortó en plan «pasemos a otra cosa» [165] y no quiso continuar, no porque no estuviera de acuerdo con lo que yo decía, sino por miedo a la repercusión que esto pudiera tener en el programa. Miedo a las quejas, como cuando tuvo follón con el programa de la Infanta, y estaban cagados.

-Les va el pan.

-Claro, al final, la torre adosada que se han comprado es lo que fastidia todo. Pero a mí, lo que más me molesta, es que la gente que hace años iban con el rollo de la «libertad de impresión» con sus barbitas, son los que, ahora, primero te cortan. Yo veo normal que reaccione así un facha, un fascista de la vieja o de la nueva escuela, es algo que ya ni me planteo y que, incluso, me parece más legal.

-Lo ve más coherente.

-Sí, hombre. Yo que Alberto Royuela se cague en todo eso, lo veo normal, no engaña a nadie, aunque, por supuesto, no esté de acuerdo con su ideología. Te dirá, a lo mejor: «Te voy a partir la boca, como te metas conmigo». Pero estos que juegan al «sí, pero no», al final hacen lo mismo que Royuela. No te pegará un puñetazo, pero te corta. El señor Royuela tampoco pega, por lo menos, ahora.

-Alguno habrá que le hayan currado.

-Bueno, ya me entiende. A mí lo que me cabrea son esos progres de baratillo, ex-mayo del 68. No les perdono, por ahí no puedo pasar.

-Quién nos iba a decir hablando en Sitges en los meses de abril y mayo que iba a surgir toda esta problemática. Parece futurólogo.

-Qué va, hombre.

-¿Y a qué cree que se debe todo este follón?

-Yo creo que cuando uno se divierte, hay otro que se jode de envidia.

-Sí, pero los homosexuales llevan años divirtiéndose.

-A mí me parece que la gente cada vez está más amargada por el tipo de vida que lleva y el engaño social que existe. Cada vez estamos más endeudados y de peor humor. Así que si éste se divierte, yo procuraré joderle. Años atrás recuerdo un ambiente mucho más de fiesta, más alegría. Ahora hace un poco de ruido con la música y se lo comen los vecinos, parece que con la sociedad de consumo ande todo el mundo amargado con las [166] deudas. ¿Cómo me voy a divertir si estoy pensando cómo pagar la letra mañana?

-O cómo no pagarla.

-Ya que no me puedo reír, por lo menos trato de fastidiar al que se divierte. Entonces todas estas mentes bienpensantes que existen en Sitges y en todo el mundo se dedican sistemáticamente a joder al que sonríe.

-¿Ha pasado el verano en Sitges?

-Sí, y le contestaré una cosa. Estoy muy bien en Sitges, pero, posiblemente me vaya, porque también estoy muy bien en Barcelona. El otro día fui con mi amigo, el actor Pepe Molina.

-El que canta por Camilo Sesto de maravilla.

-Estuvimos paseando por el Port Olímpic y me encantó aquello.

-Vaya horterada, señor Rubianes.

-Yo de día lo vi bonito y pensé en cambiar el apartamento de Sitges por uno en el Port Olímpic. La playa delante, las palmeras, tengo lo mismo y sin moverme de Barcelona... Además no soporto la pijería del veraneo. No puedo con esos niños tontos de familias horribles y horrorosas de cuatro duros y esas caras de mala hostia y esos coches y esas ostentaciones, que en aquel pueblo, por desgracia, se suelen dar. En invierno será otra cosa, pero en invierno tengo que estar en Barcelona, en el rollo. No soy un hombre de paz. Soy, como Xavier Cugat, hombre de mambo.

-Y usted de un lado para otro.

-A mí eso de: «Ven para acá que se está tranquilito en invierno», no me interesa. Tengo que estar en «el fregado», me muero de aburrimiento en un pueblecito. Quizás me viene de mi padre. De pequeño a veces le decía: «¿Por qué no nos volvemos a Galicia, a Villagarcía que es tan bonito?» Y mi padre decía: «A mí déjame de Villagarcía. Dame Barcelona o Buenos Aires, quiero lío, gentes en la calle, ambiente cosmopolita. Para descansar, ya descansaré, en el ataúd cuando me muera, que creo voy a estar una larga temporada».

-Allí no habrá movimiento.

-No. Se ve que están muy tranquilos. Y este recuerdo me impresionó. Yo, suspirando por Galicia, el mar, mi pueblo y mi padre deseando la pachanga. [167]

-Siempre con su vena poética. Tal vez exista la resurrección para la gente como usted que no puede estar quieta y van siempre de un lado para otro. Habrá gente que igual le dice: «Oiga, ¿quiere vivir otra vida? No, gracias ya estoy bien en el ataúd». Pero a la gente inquieta, quizás le dan una oportunidad en el otro mundo.

-No sé, no sé...

-Ya veremos. Esté preparado y, por si acaso, lleve una muda.

-No tengo ninguna noción de cómo va la cosa por ahí (Risas...).

-Estábamos en Sitges... ¿No habrá asistido al Festival de Teatro?

-He visto alguna cosita.

-¿Es aficionado al teatro?

-Hombre, no soy un espectador adicto de estos que lo van a ver todo, no soy un aficionado ejemplar, pero acudo, cuando trabajan amigos míos.

-Pues tiene fama de no pisar un teatro, ni por casualidad, incluso de que amigos le han dejado invitaciones para asistir a la representación y ha inventado burdas coartadas, toda clase de enfermedades y muertes de familiares, y estaba usted tomándose un cortadito en el Raval.

-Sí. Reconozco que he sido, en este sentido, muy mal compañero y no he correspondido, como lo han hecho conmigo, lo acepto plenamente.

-Y luego tiene que ir con la cantinela de «Perdóname». Desde luego, si todos los espectadores fueran como usted, estaría muerto de hambre.

-Hubo una época, hace diez años, que sí iba, pero ahora sólo voy de vez en cuando, pero no voy a ningún estreno. No sé, si con la edad he ido adquiriendo manías, pero no soporto el ajetreo del estreno. Aquello de: «Hola que tal. ¿Qué estás haciendo ahora?». Y lo tienes que contar veinte veces, prefiero ir otro día.

-Bueno, derrótese y cuénteme, lo que me ha llegado por ahí, de cómo soluciona el tema de quedar bien con sus amigos actores que le invitan al teatro.

-Hubo una época en que a lo mejor se me amontonaban [168] varios compromisos. Entonces iba, al empezar la función, al camerino a saludar al actor o a la actriz y les decía: «Bueno, me voy a acomodar. Mucha mierda», que como sabe es el saludo ortodoxo de la profesión.

-Entonces me ponía al final y a la que salía a escena mi amigo me largaba. Y el otro, convencido: «¡Coño, hoy ha venido Pepe!».

Sin pérdida de tiempo me iba corriendo al siguiente teatro y a la media parte les visitaba en el camerino y «¡Tíos, estáis de puta madre!». Por fin me dirigía al último de la noche, que aparentemente era el más sencillo y al acabar la función les iba a felicitar. A veces me preguntaban: «Pepe, ¿qué te ha parecido la obra? Y yo: «Hombre, mi opinión es lo de menos, lo importante son los aplausos del público».

-Esta picaresca la viví una temporada hasta que uno me trincó y me dijo: «Pepe, qué te ha parecido cuando le grito a la protagonista» Y yo: «Maravilloso». Y resulta que no había ni un solo grito en la obra. Mi amigo interpretaba a un sordomudo. Caí en la trampa (Risas...).

-Vaya corte.

-El otro me dice: «Que no has visto nada, pedazo de cabrón» Yo: «No, es que he llegado un poco tarde».

-No me extraña, con tantos compromisos (Risas...). Usted se limitaba a repartir parabienes, sin entrar en materia.

-Quedaba bien con todo el mundo.

-Y ahora que ya le es más difícil engañarnos, ¿vio algo en el Festival de Sitges?

-Vi sobretodo a Virgilio Expósito, que por la cara que pone, ya veo que no tiene ni idea de quien es. Pues para que haga un poquito de cultura, que no le vendrá nada mal, le diré que es un gran cantante y compositor de tangos argentino y el día en que presencié su actuación Joan Manuel Serrat cantó un par de temas con él.

-¿Su amigo Serrat estaba también allí?

-Sí. Bueno, conocido más que amigo.

-A ver si lee estas entrevistas y se va a enfadar, si sólo lo llama conocido.

-Somos conocidos. Yo jamás he comido a solas con Serrat.

-¿Se lo dice como un reproche? Parece que aproveche estas [169] páginas para sacarle una cena.

-No, hombre, no. De reproche nada, ahora bien, si me quiere invitar... Tampoco le haré un feo... (Risas…). Lo que quiero decir es que hay un cariño profesional, pero no tengo una intimidad con Serrat... Usted ya me entiende lo que quiero decir.

-Un día me pareció ver que en el *Makinavaja* cantaba una canción de Serrat.

-Sí, era un momento en el que Maki y el Pirata recordaban sus años jóvenes y hablaban de los cantantes que les impactaban y el Maki se declaraba fan de Serrat. Decía: «Donde esté *Paraules d'amor senzilles i tendres* que se retiren los demás». Entonces cantábamos la canción así a lo Maki. Cuando llegué a casa me encontré una llamada de Serrat en el contestador agradeciendo que hubiéramos cantado su canción. Y yo le telefoneé agradeciendo la suya. Aparte, Serrat es muy buena gente...

-No sé si creerle...

-Se lo puede preguntar a él. En el contestador me grabó: «*Paraules d'amor senzilles i tendres, no en saviem más, teniem quinze anys*»... Y yo pensaba: «¿Qué coño es esto?» «Hola, soy Serrat, moltes gracies...»

-Y le quedó grabado en el contestador...

-¡Coño!, conservo el cassette, me quedé un recuerdo suyo para toda la vida.

-Ya vale.

-No, hombre, no me lo miro en plan económico, ya sé que usted es «molt català», pero «escolti» no me joda... Considero que Serrat es un gran artista y es un documento para toda la vida y, a veces, puedo escucharlo para que me dé marcha.

-Perdone señor Rubianes, si a la palabra valor sólo le da un contenido económico es un problema. Existe el valor sentimental, el valor de amistad, Diego Valor... ¿Se acuerda de Diego Valor?

-Sí, sí.

-¿También coleccionaba cromos de Diego Valor?

-La colección no. Yo hacía la del Capitán Trueno.

-Bien y al señor Serrat lo saludó en Sitges.

-Sí, estuve con él.

-¿Y también le cantó *Paraules d'amor*? [170]

-No. Pasó otra cosa. Él me había invitado al concierto que dio en el Palau Sant Jordi el 23 de abril en homenaje a la Nova Cançó, y no asistí, porque ya le he dicho que no acostumbro a ir a esos eventos.

-A lo mejor aquel día tenía tres teatros para visitar.

-No, eso era otra época. (Risas...).

-Podía haber ido a escuchar una cancioncita y después largarse.

-No, lo que pasó fue que Francesc Sánchez, uno de los managers, me dijo: «Oye me ha dicho Serrat que te invite». Incluso me insistió, pero como conozco al tal Sánchez y es muy sentimental y muy cariñoso conmigo, pensé que se lo inventaba y que no era cosa de Serrat. Y entonces pasé y di las entradas a otra gente, pero no fue, en absoluto, por desprecio a Serrat. Además ya le he comentado que en estos actos me marco, me pongo nervioso y no lo paso bien.

-No se acabó de creer que Serrat le invitaba...

-Entonces me lo encontré en el bar, antes de la actuación de Virgilio Expósito. No sabía que Serrat estaba allí. Me saludó, él es muy afectuoso y me dijo: *«Em vas fallar»*. Porque yo le había comentado a Sánchez que tenía unas actuaciones. Y le solté: «No, es que no pude venir, porque tuve una actuación en Santiago». Y él, gato viejo se olió el rollo y me contestó: «¿Santiago de Chile o de Compostela?». Y al ver que me había cazado me puse a reír y, me excusé como pude. No creía, ni que se acordara de mi ausencia. «Si quieres, al acabar vamos a cenar unos cuantos. Vente», me dijo. Y yo: «Pues estupendo, hasta luego».

-¿Y fue a la cena?

-Bueno, al acabar el recital ya no iba a ir. Me cortaba ir con tanta gente, ya sabe que llevo una vida retraída y excusé mi ausencia. Y entonces Serrat me dijo: «Vete a cagar», como diciendo «de qué va el Rubianes, ya vale».

-¡Va de Marlon Brando por la vida señor Rubianes!

-No, al final, cuando se fueron pensé: «Voy a ir, coño». Cuando llegué al restaurante Serrat se sorprendió: «Hombre, Pepe, siéntate aquí a mi lado» y al momento me apareció con una bandeja de calamares a la romana. «Coge un calamar», me dijo. Y yo así tímido, «muchas gracias, pero prefiero un pimiento del padrón». Y, como si pensara que iba de guapo, me soltó: «Tú, [171] gallego de mierda o te comes un calamar o te tiro la bandeja por encima. ¡Pretendes putearme o qué!»

-Y a comer calamares por un tubo...

-Sí. Luego ya estuvimos cenando la mar de bien y al acabar me volvió a comentar lo importante que era para él mi presencia y la de los amigos en el recital del Sant Jordi. Y me quedé completamente obnubilado. Es más, le mandé una carta a su casa explicándole lo que significaba para mí. Serrat es algo que llevo en mi corazón. Me acuerdo de jovencito, creo que ya lo he comentado en otra parte del libro, tendría yo dieciséis o diecisiete años cuando la «Cançó de Matinada» que tenía un amigo, Alejandro, que iba de Serrat por la vida. Se sabía todas sus canciones y presumía de conocerle, y no era verdad. Este muchacho se mató en un accidente de circulación con su padre. Iban en coche por la autovía de Castelldefels y fue la primera presencia de la muerte en mi vida, era un amigo de la infancia. Y estaba en la cena en Sitges y me vino a la memoria: «Fíjate, tú, si estuviera aquí Alejandro con Serrat». Me acordé de toda esta historia de hace treinta años y se lo contaba en la carta y le decía que yo, como artista, aparte de admirarle como cantante, le admiraba por la disciplina y el rigor de su trabajo y porque no para de trabajar. Cada año saca algo nuevo sin tener ninguna necesidad. Podría estar mirándose el ombligo, pero sigue arriesgando. Unas le salen mejor que otras, pero bueno, lo que es indiscutible es que Serrat es un mito y en el rollo artístico está por encima de todas las cosas. Me ha dejado sorprendido, nunca pensé que me quisiera tanto. Es más, coincidí con él en las bodas de plata de un amigo mío.

-¿Aún hay bodas de plata?

-Sí, Miguel Horta y Nitsa Antoniu, o algo así, porque es chipriota, deben ser los únicos que quedan.

-Los únicos que llegan a los veinticinco años de matrimonio y los únicos que se atreven a celebrarlo.

-Sí, sí. Debe ser un caso único. Estaba, como le decía, Serrat en la boda y lo noté emocionado.

-¿Con usted o con los mártires de plata?

-Con ellos, hombre. Conmigo le noté un buen rollo estupendo. Estuvimos comentando anécdotas de Cuba, porque él también larga que te cagas, es de anécdota larga. [172]

-Pues si se juntan los dos...

-No vea... En fin lo de Serrat me dejó sorprendido y es más, me honra que me tenga este afecto artístico y personal, aunque sé, por la gente que lo trata, que es un hombre super atento con los compañeros y muy afectuoso.

-Pues sí que le han pasado cosas este verano...

-Hombre, alguna que otra. La vida es un continuo devenir. ¿Sabe lo que significa devenir, usted que presume de tantas citas?

-No me examine que el tema del devenir lo tocamos en charlas anteriores... ¿Y qué me comentaba antes de Joan de Sagarra? No me distraiga... Usted mencionaba al principio de estas conversaciones y, el lector que no se haya fijado, por favor que repase, que los libros se han de leer con detenimiento, no superficialmente, no «por la tapa», como señala usted en *Rubianes, 15 años*.

-Sí, yo nunca he tenido ningún problema con él, sus críticas siempre han sido buenas conmigo, eso no quita que piense que se ha pasado con compañeros. Pero, bueno, éste es un problema entre él y mis compañeros. Total que firmé un manifiesto contra Sagarra y sé que le dolió. Es más, en la réplica, Joan me mencionaba a mí: «Mi amigo Rubianes, me invita a sus representaciones previas y ahora se suma a esta historia...» Yo le invitaba como amigo, no como crítico, porque me interesaba su opinión y un poco le había traicionado.

-En plan Bellido Dolfos.

-Y esto siempre se me quedó grabado, al margen de la opinión que de él tenga la profesión. Y ahora, aprovechando lo de mis quince años de profesión le llamé y le pedí perdón públicamente, ya que le insulté también públicamente.

-Cómo, ¿qué le pidió perdón públicamente?

-Le invité al teatro y en medio de la función paré y le hice un homenaje: «Mira, Joan, la cagué, creo que la cagué, asumo mi responsabilidad y públicamente, pues fue pública la firma de aquel manifiesto, te pido disculpas, porque creo que me equivoqué».

-Esto, ¡ni la penitencia pública con sacos de ceniza! Confesando sus pecados en medio del teatro.

-Creo que tenía que rectificar mi opinión en público. Después [173] me esperó al acabar la función y estuvimos en la cafetería del teatro hablando, y lo que son las cosas de la vida, este tema no lo tocamos. Hablamos de Tahití, porque yo le comenté que había estado en Tahití y que había leído que su padre el escritor Josep Maria de Sagarra y su mujer fueron de viaje de novios a la Polinesia, estuvieron en Bora-Bora, Tahití, sitios en donde yo había estado, y es un sitio que él tiene mitificado. Estuvimos hablando hasta las tres de la mañana de Tahití. Con lo cual, creo que esta historia quedó zanjada, por lo menos para mí.

¡Bueno! Yo conozco a Sagarra y sé que Sagarra, si mañana me tiene que dar un palo me lo dará, esto... él no se casa con nadie, ésa es una de las cosas buenas que tiene. A Sagarra, si una cosa no le gusta, incluso puede llegar al insulto. Puede hacer lo que quiera, pero bueno, yo le respeto su libertad de expresión. Aprovechando lo de Sagarra, a veces en la vida por ligereza de juicios te precipitas y te equivocas. Me pasó con el amigo de Horta, del que también hablamos al principio. No recuerdo en este momento el nombre.

-Oriol Castanys.

-Sí, Oriol Castanys. Lo conocí una noche en el Raval, y te comenté que me había parecido un imbécil y tal. Después lo he ido tratando y me pareció un tío interesante.

-¿Un imbécil simpático?

-No, no, un tipo interesante y..., no sé, a veces me precipito en los juicios y, entonces, pues me gustaría.... ya que estamos acabando, nunca es tarde si la dicha es buena, que me rectifico de lo que dije, porque yo también muchas noches, que usted me conoce bien, la he cagado y quedado como un idiota en noches de borrachera, de salidas por ahí en las épocas que frecuentábamos Bikini, Zeleste y tal y cual. Yo sé de mucha gente que pensaba que yo era un imbécil de tres pares de narices. Después, con el tiempo, he hecho amistad con algunos de ellos, que pensaban de mí eso. Son cosas que van cambiando, depende del grado de marcha o de alcohol que lleves en el cuerpo, a veces cargas mucho. Yo dejé de beber, precisamente para no hacer el imbécil, y sigo pensando que a pesar de no beber, seguiré siéndolo.

-Bueno, ya puede aprovechar usted que estamos en la recta final, para pedir disculpas a todos los lectores del mundo entero, [174] porque usted ha empezado un carrusel con el señor Sagarra, el señor Castanys, «*llibertat, amnistia i estatut de autonomia*» ¡Ja, ja!

-Nadie dudará de mi buen corazón.

-Exactamente.

-Y mi predisposición a pedir disculpas. Y, bueno, ya acabaría estas conversaciones con el personaje con el cual he empezado, es decir, el autor del libro, el señor Flavià, al cual conozco desde hace unos cuantos años, por supuesto, desde hace ya bastantes, casi veinte.

-Y aún nos tratamos...

-Sí. Tenía pelo ¡ja, ja! Tenía pelo cuando lo conocí.

-¡Ja, ja! Me falla la pluma.

-Hay un diferencia. Hombre, es un amigo del tipo Molina, Bozzo, un amigo de estos que piensas que es para toda la vida, con crisis mayores o menores. Es un hombre sencillo, un hombre noble, una buena persona, un hombre abierto a escuchar, un hombre social, un hombre de vida retirada, fuera del mundanal ruido, no soporta las discotecas ni soporta la vida estridente, es un hombre de música clásica, un hombre que disfruta de la lectura, de la poesía y de la filosofía, un gran admirador de Jean Paul Sartre y de Josep Pla y de Camilo José Cela. En fin, acabaría estas conversaciones con un pequeño homenaje a este personaje que, en resumen diría que es tanto y bueno que no sé ni qué pensar de él. Por un lado le quiero, por el otro le odio, por el otro lado le respeto, por el otro lado le desprecio, pero bueno, también la vida es así ¿no? ¿No cree? A mí me pasa con la gente. Hay una especie de amor y odio, pero bueno, eso es la amistad también ¿no? Amor y guerra, «Guerra y Paz».

¡¡Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja!!!!!!!!!!!!!!!

LOS DOS: *¡Guerra y Paz!*, de León Tolstoi.

Volver